

A collage of images including a man's face, a fire, and a field of wheat.

**HASTA
QUE DEJE
DE LLOVER!**

JAVIER MARTÍNEZ

- HA STA QUE DEJE DE LLOVER.

JAVIER MARTÍNEZ

Suscríbete a mi **newsletter** y te informaré de mis próximos lanzamientos.

eepurl.com/gSyRGz

©2020 Javier Martínez

javiermartinez.me

facebook.com/javiermartinezbooks

instagram.com/iermartinez

twitter.com/iermartinez

Diseño de cubiertas: Javier Martínez

Fotografías de portada: Adrian Swancar, Nick Vice, Evie S, Unsplash.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, inspiracionales o para reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de citar al titular del copyright.

Este libro ha sido escrito, editado y publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial. Por este motivo, es posible que el contenido contenga algunos errores ortográficos y/o erratas.

♥ Agosto de 1999

“La vida es el arte de dibujar sin borrar”
John W. Gardner

T.L,

MILO

Sé que soy un bicho raro pero no me importa. Estoy acostumbrado. Mi cabeza no funciona como la de los demás, o al menos como la de la mayoría. Y eso a veces me hace plantearme cosas que a otros ni siquiera se le pasarían por la mente en mil años. Por ejemplo, me cuesta creer que algún día vaya a ser adulto. Apenas he cumplido catorce años y no soy capaz de imaginarme con veinte o treinta. Ni siquiera con dieciocho, que no están tan lejos.

Probablemente sea una tontería, pero a veces, cuando pienso en mi futuro y sólo veo oscuridad, llego a convencerme de que moriré pronto y por eso no alcanzo a percibir cómo seré de mayor. No es pesimismo y tampoco es un presentimiento de que va a ocurrirme algo malo, es otra cosa. Siempre he tenido una imaginación desbordante, y supongo que he llegado a convencerme de que, si no puedo imaginar algo, es que no es posible. No es posible que exista un futuro en el que yo siga vivo para descubrir en qué clase de hombre me habré convertido. Lo sé, lo he dicho: una tontería.

Tampoco creo que sea un deseo de vivir una adolescencia eterna y ser siempre así, como soy ahora. Desde luego que *eso* no es, porque daría cualquier cosa por ser diferente y tener otra vida. Tengo claro que todos crecemos y Peter Pan es sólo un cuento. Cuando miro la foto de mis padres que hay colgada junto a la entrada de casa, soy consciente de ello. Están sentados al borde de un lago, con un par de patos acechándolos desde la distancia sin darse cuenta de que están siendo retratados para la posteridad. Mi padre rodea los hombros de mi madre mientras su mirada se pierde en alguna parte al otro lado del objetivo, mientras ella sonríe tímidamente sin apartar su mirada de la mía, o de los ojos de cualquiera que la observe. Es una foto. Mi madre no podría mirar a otra parte ni aunque lo intentara.

Esa es la única foto que queda de él en casa, al menos a la vista. Mi madre se ha encargado de deshacerse progresivamente de todas las demás. De vez en cuando me pregunto si ésta es especial por algún motivo o si un día, al despertarme y bajar las escaleras, sólo quedará la sombra descolorida del marco en la pared. O tal vez una foto nuestra habrá ocupado su lugar, o un cuadro con una reproducción de algún pintor famoso, u otra cosa. Como el jarrón lleno de flores de plástico que ahora ocupa el sitio de su foto de boda que reinaba en el centro del aparador del salón. O la miniatura de la Torre Eiffel que mi madre puso en lugar de la imagen en la que mi padre me empujaba en un columpio cuando tenía cuatro años. O la lámpara que llena el hueco que

dejó el portarretratos que había bajo la ventana del rellano. Cada imagen ha sido sustituida por otro objeto, porque así la ausencia no es tan perceptible y los recuerdos de lo que un día fue tienen que hacer más esfuerzo para abrirse camino. Hablando de recuerdos: aquel día, el del columpio, terminé abriéndome el labio contra el suelo al impulsarme demasiado y caer de boca; pero de eso no hay foto.

—Nadie fotografía aquello que no quiere recordar —me dijo mi madre una vez, hablando de esa anécdota.

—No creo que los fotógrafos de los periódicos estén de acuerdo con eso —le respondí. Tengo cierta habilidad para ver las dos caras de la moneda al mismo tiempo.

Dejo las llaves en el mueble que hay junto a la puerta, llevo la bolsa de la tienda a la cocina y subo corriendo hasta mi habitación. Esa es otra de mis costumbres. Correr, no subir escaleras. Voy siempre con prisa a todas partes aunque nunca llegue tarde. Me acostumbé a caminar rápido cuando comencé a ir al colegio solo, para evitar a los matones de clase, y ahora es algo tan habitual que me agobio cuando voy acompañado a paso lento. Tal vez por eso nunca engordo, coma lo que coma, porque mi cuerpo vive en un estado de aceleración constante, siempre en marcha, siempre quemando combustible, aunque no lo necesite.

Suelto la mochila en el suelo de mi habitación y me desplomo sobre la cama boca abajo. Resoplo contra la colcha con fuerza, reprimiendo las inesperadas ganas de gritar que se atragantan en el fondo de mi garganta. Me incorporo y busco el mando de la televisión. Una de las ventajas de que ya no esté mi padre por aquí es que me he permitido el lujo de agenciarme la vieja televisión de su habitación. Mi madre apenas la usa. La habitación, no la televisión. No ha dormido en su cama durante estos cinco meses y es posible que el sofá de la sala de estar tenga ya la forma de su contorno dibujada en los cojines.

Enciendo la televisión, sintonizo la Mtv y aparece Mariah Carey bailando en la barra de un cine. Lleva puesto un top rosa y unos pantalones vaqueros recortados por la cadera. Estrenaron el vídeo hace tres días y ya me he topado con él unas veinte o treinta veces. No es mi cantante favorita (aunque reconozco que su disco de Navidad es la banda sonora de mis primeros recuerdos), pero, después de tal bombardeo, no puedo evitar tararear la canción mientras vacío la mochila y coloco los libros, ordenados de mayor a menor, en mi escritorio. No exagero cuando digo que soy el único chico de mi edad que lleva todo el verano estudiando en la biblioteca. Y por amor al arte, literal y figurado.

—¿Otra vez esa canción? —pregunta mi madre. Doy un salto del susto porque no la he oído llegar a casa y se me escapa un ligero grito más agudo de lo que esperaba—. Te pasas el día escuchando lo mismo, ¿no hay más música?

—Pre-pregúntaselo a la Mtv. No-no elijo yo lo que ponen —balbuceo de forma torpe.

Mi madre tiene cierta tendencia a verme haciendo cosas que podrían parecer lo que no son. Esta mañana estuve media hora arreglando la rueda del monopatín, mientras ella desayunaba, y no se dignó a aparecer por mi habitación. Sin embargo, ha aparecido puntual como un reloj en cuanto un elemento no tan masculino y digno de ser alabado ha aparecido en la pantalla del televisor. A veces tengo la sensación de que mi madre desconoce completamente quién soy, porque nunca pregunta nada; y, si sólo se guía por las apariencias, la suerte y la coincidencia no han jugado muy a mi favor.

Como aquel día en el que Rossy Andrews nos quiso pintar las uñas a todos los chicos de clase como reto a nuestra hombría y sonó el timbre cuando sólo me las había pintado a mí y llegué a casa con una chapuza de manicura y la vergüenza por los suelos. O ese otro día en el que me

molesté en recoger la colada de la secadora y mi madre me vio con una de sus blusas puesta sobre mi pecho; sólo la estaba doblando, pero parecía otra cosa. O, madre mía, cuando el año pasado Jessica Harris me dijo delante de toda la clase que no quería ser mi novia y llegué a casa llorando, exactamente después de que anunciaran en televisión que Geri había decidido dejar a las Spice Girls. Sin embargo, aquel día preferí que mi madre pensara que mis lágrimas se debían a la noticia, porque nunca me ha gustado hablar con ella de las chicas que me gustan; y mucho menos cuando me rompen el corazón.

—¿Compraste lo que te pedí? —me pregunta mi madre, levantando la voz desde el baño.

—¡Sí, lo dejé en la cocina!

Si mi padre aún estuviera por aquí, algo tan absurdo como hablarnos a gritos desde distintas habitaciones le habría crispado los nervios. Dentro del conflicto de emociones que siento, la libertad de poder expresarme a gusto sin miedo cae hacia el lado positivo.

Me acerco hasta la puerta del baño justo cuando mi madre sale al rellano. Está visiblemente cansada, pero hace lo posible por disimularlo. Sin venir a cuento, se acerca, me da un beso en la cabeza y sigue el camino hacia su habitación. Es decir, la de invitados, que ahora cumple las funciones de habitación de soltera. Lo de «soltera» es un oxímoron en sí mismo. Digamos que el estado civil de mi madre está desde hace meses en un limbo burocrático. No puede ser viuda de alguien que no ha muerto, pero tampoco le es posible divorciarse de alguien que ha desaparecido.

Mi madre ha pasado cinco meses adaptándose a la rutina de tener dos trabajos para poder pagar las facturas, mis estudios y nuestros gastos habituales. Por las mañanas trabaja en el hospital, donde consiguió que le establecieran un turno fijo en enfermería después de varios años alternando horarios inhumanos, y las tardes las pasa organizando actividades en la residencia de mayores Beazley. Mientras tanto, yo intento sobrellevar esa soledad que otros chicos de mi edad verían como un privilegio.

—No entiendo por qué tienes que hacerle magdalenas a esa gente —le digo a mi madre, mientras la sigo escaleras abajo. Echo un ojo a mi reloj—. ¿No tienes que estar en la residencia en media hora?

—Se llama educación, Milo.

Pongo los ojos en blanco a su espalda mientras murmuro con una mueca lo mismo que acaba de decir.

—Se llama modelo del espacio-tiempo —replico cuando llegamos a la cocina—. Tardas diez minutos en llegar hasta allí, lo que significa que tienes que preparar, hornear y decorar las magdalenas en veinte minutos.

Mi madre rebusca en la bolsa que he traído y extrae la harina y los huevos que he comprado. Abre un armario y coge el azúcar y la levadura. Después saca la leche y la mantequilla de la nevera. Todo ello ignorando mis lógicas dudas respecto a que pueda cumplir su propósito sin llegar tarde al trabajo.

Escucho de fondo la música que proviene de la televisión que he dejado encendida, así que me dispongo a ir a apagarla justo cuando mi madre parece lista para revelarme su secreto.

—Tengo un as bajo la manga —me dice. Yo me pregunto si ese as es una varita mágica y dónde la ha tenido escondida estos catorce años—. No las voy a decorar.

—Sigue sin darte tiempo a...

—Y las vas a hornear tú —me interrumpe, desvelando lo que no parece un as sino una temeraria fe incondicional en mi capacidad para no convertir su buena acción en un incendio que arrase Shea Terrace y salgamos todos en las noticias de las nueve.

Cierro los ojos con paciencia, esperando a ver si se da cuenta de los fallos que tiene su plan. Como no responde, comienzo a negar ligeramente con la cabeza, después más rápido y finalmente se escapa un sonoro «no» de entre mis labios.

—Milo, tengo muchos fallos como madre. —Asiento arqueando las cejas y ella hace un gesto de indignación—. Pero creo que he sido capaz de criar a un chico que puede abrir el horno y sacar un par de bandejas cuando este aparato tan mono que tengo preparado comience a sonar.

Quiero llevarle la contraria, pero eso significaría reconocer que soy un inepto. Y sí, lo soy. Pero no puedo ir por ahí mancillando mi propio ego si algún día pretendo ser un adulto, si con suerte estoy equivocado y no muero antes.

—Sigo sin entender la función de todo esto —añado, dando por sentado que he perdido la batalla—. Deberían ser ellos los que nos traigan un pastel o algo a nosotros, ¿no? Son ellos los intrusos que llegan a un territorio desconocido. Deberían demostrar que vienen en son de paz y que nuestras mujeres y niños están a salvo.

Mi madre se echa a reír sonoramente y casi escupe en el cuenco donde está batiendo la masa de las magdalenas. Festival de babas para los recién llegados.

Los intrusos en cuestión son los nuevos vecinos de la casa de al lado. Hace dos semanas, los Morgan abandonaron Virginia para irse a Carolina del Norte. Teniendo en cuenta que hacia un lado está su casa y hacia el otro está el río, su marcha significó que, oficialmente, mi madre ha sido la única persona conocida con la que he podido intercambiar alguna palabra en cincuenta metros a la redonda. Primero se jubiló nuestro cartero habitual, después mi padre desapareció y ahora los Morgan han pasado a ampliar el grueso de esa parte de mi vida que ha dejado de existir. No es que estuviéramos muy unidos, pero siento que todo está cambiando demasiado en muy poco tiempo. Y yo sólo espero que no desaparezca ella también. Es la única constante que me queda.

—¿Por qué no subes a por un libro o algo que hacer y te lo traes a la cocina?

Queda claro que mi madre tampoco confía en mi capacidad de escuchar el timbre y bajar a impedir que sus dulces acaben chamuscados. Y hace bien. Le hago caso. Subo a mi habitación y aprovecho para apagar la televisión mientras Jennifer Lopez se contonea de un lado a otro de la pantalla y escribo una nota mental para acordarme de pedir su disco por Navidad. Rebusco en mi mochila en busca del *walkman* y los auriculares y regreso a la cocina.

Mi madre ya ha terminado de verter la masa en los moldes y se dispone a introducir las bandejas en el horno cuando suena el timbre de casa. Me acerco hasta la puerta y, al abrirla, me encuentro de frente con una de las personas más insoportables que he tenido la desgracia de conocer en mi corta vida.

—¡Milo! ¡Pero qué grande estás! —exclama ella, aunque me vio hace una hora en la tienda—. ¿Está tu madre?

Es una pregunta retórica. Primero, porque nuestro coche está aparcado en la entrada. Segundo, porque Bertha sabe que mi madre siempre está en casa a esta hora. Y tercero, porque antes de que termine la frase ya va camino de la cocina sin que nadie le haya dado permiso para entrar.

Bertha Anderson es la típica vecina cotilla que todos tenemos cerca. La típica mujer sin trabajo ni hijos que vive por y para el cotilleo y las visitas inesperadas. Con la sutil diferencia de que Bertha no vive en la casa de al lado, ni un poco más allá, sino a unas seis o siete calles de distancia. Y aun así encuentra el tiempo para visitar a mi madre dos o tres veces por semana. Ellas dos son amigas desde siempre, quizás porque mi madre es la única mujer de Shea Terrace —y probablemente de todo Portsmouth— que no le ha cerrado la puerta de su casa en las narices. Lo cierto es que me he acostumbrado tanto a ella que ya no molesta, pero lo de ser irritante ya forma

parte de su definición básica y no puedo buscarle un nuevo adjetivo a estas alturas.

—¡Linda, cariño! —Bertha levanta la vista hacia el reloj de la cocina mientras se pasea por la estancia como si viviera aquí. Con menos disimulo del que cree, desliza un dedo sobre la encimera y luego lo observa de cerca, como si estuviera rodando un anuncio de productos de limpieza—. ¿No deberías estar trabajando?

Lo que hace que yo me pregunte por qué ha venido hasta aquí si daba por hecho que mi madre no estaría.

—Sí, sí —le responde mi madre, apurando la última bandeja dentro del horno. Después prepara el temporizador y lo deja sobre la encimera—. ¿Te encargas?

Bertha se señala a sí misma con la punta del dedo sucio y después mira a su espalda, en dirección hacia donde estoy yo. Asiento con una sonrisa forzada y me pongo los auriculares del walkman en la cabeza. En lugar de apretar el botón de reproducción, me siento en uno de los taburetes de la cocina y meneo la cabeza al ritmo de la inexistente música. Bertha le dice a mi madre que me ha visto en la tienda, tal y como sospechaba que haría. Pero añade algo que no esperaba escuchar. Me vio ojeando un ejemplar de la revista RollingStone con Ricky Martin en la portada y un montón de «merluzas» nadando en pelotas alrededor.

Me estremezco e intento disimularlo, pero mi madre termina de recoger la cocina sin hacerle mucho caso a Bertha. Le dice que ahora estoy en una fase de descubrimiento musical y se van juntas escalera arriba hacia la habitación de mi madre, que solamente usa como armario y vestidor. De hecho, sólo sube a la planta superior de la casa para cambiarse de ropa y usar el baño. Supongo que todavía le cuesta afrontar según qué recuerdos, teniendo en cuenta que allí arriba fue donde ocurrió todo. El fuego, el tablón de madera, la sangre... Si lo pienso bien, lo raro no es que mi madre duerma siempre abajo, sino que yo haya sido capaz de hacerlo arriba.

Poco después, subo las escaleras y finjo que voy a mi habitación, pero merodeo por el rellano intentando captar un poco más de conversación entre ambas. Los auriculares no me permiten escuchar del todo bien, así que me retiro uno hasta apoyarlo detrás de la oreja y entonces oigo claramente la palabra «homosexual» en boca de mi madre. Vuelvo a estremecerme. Ya solo me faltaba que mi madre pensara que...

—¿Cómo va a ser homosexual Ricky Martin? —pregunta y exclama Bertha—. Con lo guapo que es.

—¿Nunca has oído eso de que todos los guapos están casados o son gays? —le pregunta mi madre con cierto tono burlón. Oigo una cremallera—. Pues casado no está. Echa cuentas.

Mi estado de alerta se desactiva justo cuando ambas salen de la habitación. Finjo escuchar música apoyado en la barandilla de la escalera. Por suerte, el oído que tengo libre es el derecho y ellas pasan por mi lado izquierdo. En cuanto estoy a su espalda, vuelvo a colocarlo en su sitio y las sigo escaleras abajo.

—¿Eres nuestro guardaespaldas? —me pregunta mi madre al llegar abajo.

Estoy a punto de responderle, pero Bertha hace un comentario sobre sus deseos de tener la figura de Whitney Houston. Gracias a eso, recuerdo que se supone que no las estoy escuchando y sigo mi camino hasta el salón, tarareando algo improvisado sobre la marcha. Mi madre tira de mi camiseta, me hace un gesto para que me quite los auriculares y accedo.

—Me voy, cariño. Nos vemos a la noche. —Asiento y me da un beso en la mejilla—. Acuérdate de...

—Está todo bajo control.

—Adiós, Milo —se despide Bertha, con una pícaro sonrisa que no alcanzo a comprender.

—Hasta la vista, señora Anderson.

Unos veinte minutos más tarde, mientras holgazaneo en el sofá, escuchando música y contando las grietas del techo, presiento que un coche se acerca y me quito los auriculares de la cabeza.

Es algo recurrente que suele ocurrirme. Tengo una especie de sexto sentido para presentir cuando alguien o algo inusual anda cerca. Excepto cuando se trata de mi madre, que a veces es como un fantasma. No sé si percibo una vibración o tengo el oído agudizado como los perros, pero muchas veces puedo detectar que hay algo diferente en un sitio conocido antes de tener ningún estímulo real que lo confirme. Y en este caso el ruido de un motor confirma mis sospechas.

Voy hasta la cocina, retiro la cortina de la ventana y veo un vehículo detenido frente a la casa de los nuevos vecinos. Una pareja se baja de los asientos delanteros y después un chico de más o menos mi edad. O quizás algo mayor, porque medirá como un metro setenta. Se cuelga una mochila al hombro, coge una caja del asiento de atrás y cierra la puerta del coche con un sonoro golpe que hasta hace temblar el cristal de mi ventana. Es delgaducho pero proporcionado, y, aunque no tiene cara de estar de muy buen humor, sus dientes relucen bajo el sol del verano cuando abre la boca para hacer una mueca de enfado. Lleva un cordón desatado y me pregunto si es una nueva moda de la que no estoy al tanto. La gorra le cubre el pelo, pero es rubio y tiene cierto parecido con Brad Pitt en *Thelma y Louise*. El pelo, no él. Más quisiera. Él, no yo.

La madre del chico está visiblemente enfadada, pero no aprecio nada de lo que está diciendo. El padre intenta calmarla y avanza hacia la puerta principal junto a su mujer. Doy por hecho que son una familia, claro está. El chico se queda atrás, rezagado. Mira hacia abajo y resopla con desdén. Se agacha, deja la caja en el suelo y se ata el cordón de las deportivas que llevaba arrastrando.

El temporizador que tengo al lado hace *clic* y después el estridente timbre me perfora el tímpano y retumba en todas las paredes de la cocina. El chico levanta la vista. Nuestras miradas se cruzan. Yo me bloqueo. Él ladea la cabeza. Yo agito las manos intentando rodar la cortina hasta que lo consigo. A través de la tela transparente veo que se acerca. Agarro el temporizador y lo detengo al mismo tiempo que me agacho y me escondo delante del fregadero. Muerto de la vergüenza, repto hasta salir de la cocina y subo corriendo a mi habitación.

—¡Mierda! —se me escapa en voz alta. ¡El horno!

Me asomo ligeramente por el ventanuco del rellano que da hacia el jardín lateral y compruebo que el chico ha desaparecido y no sigue frente a la ventana de la cocina. Bajo, apago el horno, saco las bandejas y las dejo en la encimera.

Muy bien, Milo. Espiando al vecino nuevo desde el primer día. Qué bien empiezas.

AXEL

Ya he perdido la cuenta de las horas que llevamos de viaje y estoy descubriendo que a lo mejor tengo cierta tendencia a la hiperactividad. Incluso he empezado a mordirme las uñas por primera vez desde que conseguí dejar atrás la jodida manía hace un par de años. Necesito entretenimiento, alguna distracción más allá del repetitivo paisaje de Virginia. Estoy tan saturado de altas montañas y vegetación, que imaginar que nos mudamos a la desértica Arizona empieza a convertirse en una tentadora fantasía. Ojalá existiera algún tipo de aparato o mecanismo que me permitiera ver la televisión o alguna película durante el trayecto en coche. El *discman* se quedó sin pilas hace una hora, cuando ya iba por la sexta o séptima vuelta de *Californication*. Iluso de mí, que llegué a pensar que ese disco y mi vida se habían sincronizado inesperadamente en torno al mismo concepto.

Cuando mis padres me dijeron que nos trasladábamos a la playa, supuse que el cambio sería a mejor. Lo de dejar atrás mi vida de siempre no parecía ser tan desgarrador si podía hacerlo en el clima veraniego perpetuo de California, rodeado por las olas del mar y la brisa marina. Me imaginé un estilo de vida desenfadado: ir al colegio en chanclas, no usar jamás pantalones largos y ver el atardecer tumbado en la arena cada día. Pero no solo hemos estado viajando en la dirección opuesta, sino que hace un rato mi señora madre me ha desvelado, a traición y como si fuera un detalle sin importancia, que nuestra nueva casa está a unos cuarenta minutos en coche de la playa más cercana. Cuarenta jodidos minutos.

Vale, sí. Donde vivíamos, en Beech Grove, Indiana, la playa estaba a tres horas de distancia y debería estar agradecido de que ahora pueda ir y volver en el mismo día, pero eso no se hace. Ese no era el trato que yo había aceptado. O, mejor dicho: no era el trato con el que me había ilusionado; porque jamás se me dio la posibilidad de aceptar otra cosa. Hemos cambiado un pueblucho triste por otro exactamente igual, y el nuevo trabajo de mi padre ya no lo veo como la gran oportunidad de cambio y prosperidad que me vendieron estos dos sinvergüenzas de los asientos delanteros.

—¿Ves, Axel? Tienes el río —dice mi madre, rompiendo el silencio, mientras cruzamos por otro puente más. Supuestamente, el último antes de llegar a nuestro nuevo barrio. Yo inspiro con intensidad y después dejo salir el aire lentamente por la boca entreabierta.

—Ya me quedó claro hace cinco minutos cuando cruzamos el río por primera vez. Y sigue sin ser lo mismo, gracias.

Apoyo la cabeza en el cristal de la ventanilla del coche, observo las grúas del puerto y siento que ya es real, que ahora vivo en esta ciudad, que da igual mi opinión porque sólo soy un pringado sin voz ni voto en este asunto. Intento ver el lado positivo y admirar el color de lo nuevo, valorar el hecho de estar empezando de cero en un lugar en el que nadie sabe quién soy ni qué he hecho, pero algo dentro de mí me lo impide. No es un presentimiento ni nada de eso, sino la angustia de sentir que no sólo se han conformado con anular y ningunear parte de lo que soy, sino que también han borrado de un plumazo todo lo que un día consideré mi hogar.

Entiendo que lo mejor (y más fácil a largo plazo) era marcharnos, y que el traslado que le han concedido a mi padre ha llegado casi como un milagro cuando más lo necesitábamos. No me molesta la mudanza, sino la mentira. No soy un crío de diez años al que deben engañar para

conseguir que recoja sus juguetes, haga las maletas y se suba en el coche. Tengo dieciséis años. Sé que la vida no siempre es fácil ni como uno quiere. Me habría subido en el coche aunque el destino fuera Texas. No me quedaba más remedio. No costaba tanto decirme la verdad, y ahora no me sentiría ridículo por haberle dicho a los pocos amigos que me quedaban que me iba a la costa oeste en busca de una vida mejor, haciéndome el interesante.

—Mira, esa es.

Mi madre señala hacia una casa que se parece bastante a la antigua, ubicada en una zona un poco apartada y sin mas compañía que otra similar que hay junto a ella. Ambas están situadas en un recoveco del río. Mi padre detiene el coche frente a la puerta principal y enseguida encuentro una diferencia notable con respecto a nuestro hogar anterior: no tiene garaje.

—Lo sabes, ¿no? —le digo a mi padre, mientras le doy un toque amistoso en el hombro.

—¿Qué es lo que sé, Axel? —me pregunta, mientras echa el freno de mano y se queda mirando a la nada. Como no respondo, mira hacia la parte de atrás del coche y coloco mis manos simulando que toco una guitarra.

—Os tendréis que aguantar con la música en mi habitación... Si es que tengo una —bromeo sarcásticamente, porque a estas alturas ya no doy nada por sentado.

—¡Claro que tienes una habitación! —exclama mi madre, enfadada, y abre la puerta. Mi padre la sigue y yo hago lo mismo. Me pongo la gorra hacia atrás y salgo del coche mientras me cuelgo la mochila al hombro y mi madre sigue quejándose de mi actitud—. ¡Es que llevas todo el camino igual! ¡Más de doce horas aguantando tonterías! Te recuerdo que no estaríamos aquí si...

Mi padre le pone la mano en el hombro y ella deja la frase en el aire, pero los tres sabemos a qué se refiere. Y no es justo. Porque sí, mi madre tiene razón. Estamos aquí por mí. Pero tampoco he hecho nada horrible. No he matado a nadie, joder. Precisamente ella debería saber que hemos dejado todo atrás porque era la salida fácil, no porque nadie de esta familia piense que realmente lo que hice fue para tanto. Eso, o son los mayores hipócritas que me he topado jamás. Y buenísimos actores.

Cojo la última caja con mis cosas del asiento trasero y doy un portazo que interrumpe el absoluto silencio que reinaba en toda la zona hasta entonces. No era mi intención, se me ha escapado, pero, vista la situación, tampoco me apetece pedir disculpas. Ojalá todo se pudiera arreglar de la misma forma en la que se ha arreglado mi perturbación de la paz en el vecindario. Ha vuelto el silencio y sólo se escuchan los graznidos de las gaviotas que sobrevuelan el río.

Me doy cuenta de que llevo una zapatilla desatada y me agacho para solucionarlo. Dejo la caja en el suelo y, de pronto, escucho un timbre continuo que resuena a lo lejos. Instintivamente, levanto la vista hacia el lugar del que creo que proviene el sonido y, en la casa de al lado, veo un chico mirándome desde el otro lado de una ventana. No se mueve y me pregunto entonces si el timbre viene de su casa o de otra parte. No me quita el ojo de encima y es probable que piense que soy yo el origen del ruido que perturba su tranquilidad. Justo cuando voy a hacerle un gesto que indique que no estoy provocando este sonido, el chico cierra la cortina de golpe y desaparece. Me acerco hasta su casa para comprobar si el timbre proviene de ahí y se detiene justo cuando llego hasta la ventana. Puedo ver el interior de la casa a través del pequeño espacio que hay entre las cortinas. Y entonces miro hacia abajo y no puedo evitar reírme. En el espacio de suelo que alcanzo a ver entre el fregadero y la isla de la cocina, el chico en cuestión se arrastra gateando hasta salir huyendo de la habitación.

—¡Axel! —Oigo a mi madre, ligeramente, llamarme desde dentro de la casa, así que regreso por donde he venido, recojo la caja del suelo y entro en lo que espero que se convierta en un buen

hogar en poco tiempo.

En el interior, el salón está completamente patas arriba. Nuestros nuevos muebles se mimetizan con los que ya había en la casa y las cajas de la mudanza están repartidas por toda la estancia. Mis padres, que ya habían venido hace un par de semanas para ultimar los detalles de la mudanza y firmar la compra, me hacen un tour guiado por las nuevas paredes que deberán cobijarme de todos los males de la humanidad. La sala de estar, la cocina, el cuarto de la colada, el aseo, el jardín trasero. Subimos a la segunda planta y descubro que las tres habitaciones tienen camas dobles, por lo que puedo elegir la que quiera para mí.

—A ver, a ver —digo, pensando en voz alta—, ¿con cuál me quedo?

—Elige la que quieras, menos la que tiene baño propio —me aclara mi padre—. Esa es la nuestra.

—Robert, que elija la que le dé la gana —añade mi madre, todavía malhumorada pese a que no he vuelto a abrir la boca hasta ahora—. Si quiere la grande, pues la grande.

Mi padre le da un beso en la frente a mi madre a modo de apremio y cierta consolación. Mi primera intención es elegir la que debería ser su habitación, pero después pienso en todos los problemas que podrían surgir con el tiempo debido a mi caprichosa elección y decido ser buen hijo. No es el momento de vengarme ni de aprovecharme de la situación. Quedan dos habitaciones y elijo la de la izquierda. Una vez dentro, descubro que se ve el río desde la ventana y pienso que no está nada mal. Podría acostumbrarme.

—Entonces la de Olivia es ésta —escucho que dice mi madre al otro lado del rellano, dentro de la habitación opuesta, y no puedo evitar hacer el comentario:

—Querrás decir la de invitados. Dudo mucho que tu hija vaya a vivir aquí a tiempo completo nunca más.

—Sólo son tres horas de avión —intenta justificarse mi madre—. Tú hermana es bastante más sentimental que tú, y lo sabes. Seguro que vendrá por aquí más de lo que piensas.

Olivia empieza este año la universidad en Yale, y se trasladó a la residencia hace unas semanas, en cuanto supo que nuestra mudanza era oficial. Fue su forma de huir. No de lo que hice, sino del drama que suponía trasladarnos. A fin de cuentas, ella iba a marcharse con o sin mudanza familiar, por lo que ha sido la que ha salido mejor parada en todo este asunto. Diría que tengo ganas de que pasen los dos años que quedan y así poder ser libre como ella, en cualquier universidad del país, pero no tengo del todo claro que el concepto universitario encaje demasiado en mi futuro.

Mi hermana y yo nunca hemos estado demasiado unidos. No tenemos nada en común. Ella es un cerebritito sensible fan de Madonna y yo un perdonavidas sin sentimientos con predilección por los Red Hot Chili Peppers. Pertenece a universos diferentes que podrían implosionar si llegaran a rozarse durante demasiado tiempo. Sin embargo, reconozco que el incidente de final de curso provocó que nos uniéramos un poco más, aunque sólo fuese durante la primera mitad del verano. Supongo que, después de tantos años siendo la abanderada de las causas perdidas, saber que su hermano podría llegar a ser un rebelde contra el sistema le hizo descubrir una parte interesante de mí. Además, antes de irse a Yale me regaló su colección de discos de vinilo de Bon Jovi, lo que jugó bastante a su favor.

—Hannah... Aunque me duela reconocerlo, Axel tiene razón. —¡Que se pare el mundo! ¡En marcha las rotativas! ¡Preparad las conexiones especiales en directo! ¡Mi padre va a darme la razón en algo!—. Olivia siempre tendrá su sitio aquí si decide regresar, pero mientras tanto lo mejor es darle otro uso a esta habitación.

Deambulo por la estancia y compruebo que es ligeramente más pequeña que la habitación que he elegido, aunque el techo es más alto porque en este lado no hay desván y también está más cerca del baño. Pero al asomarme a la ventana descubro que no se ve el río y pierde un montón de puntos en favor del equipo contrario, al otro lado del pasillo.

No sé por qué me ha entrado esta obsesión con ver el río, si he vivido toda la vida sin ver más agua que la que sale de los grifos. Supongo que es mi forma de revelarme contra la situación o de aceptar que no hay playa y, efectivamente, el río es lo más cercano que hay a ver mis expectativas cumplidas. Tal vez es que me siento tan perdido ahora mismo que ansío volver a sentir la libertad que tenía hace unos meses, antes de la mudanza, antes de que Olivia se fuera, antes del inicio del verano, antes de fin de curso, antes de que mi secreto se hiciera público, antes del baile de graduación, antes de Tommy.

Nunca he sido demasiado bohemio con este tiempo de cosas. El mar, el río, la montaña, los atardeceres... Todo eso siempre me ha dado igual. Lo único a lo que le he prestado atención en mi vida es a la música (especialmente a la guitarra eléctrica), a la comida y a las chicas. Bueno, realmente eso último empezó a cambiar sin previo aviso y sin darme demasiada cuenta de ello. Se supone que es un pecado, o eso dice la Iglesia (aunque en casa nunca hemos sido demasiado religiosos), pero no es algo que haya podido (ni querido) evitar.

Ocurrió sin avisar.

Hace un par de años, empecé a fijarme más de la cuenta en las imágenes de Anthony Kiedis descamisado; que son la mayoría, a ese hombre le quema la ropa. Después le tocó el turno al bueno de Matt Brody corriendo por la playa con su bañador rojo en *Baywatch*. Y, para cuando llegó el turno de ver a Devon Sawa encarnando la versión humana de Casper, yo ya empezaba a tener claro que aquello que sentía no era admiración, sino el deseo certero de que ese guaperas fuese mi príncipe azul y mandara a tomar viento a la aburrida Kat y su cara de oler mierda. *Buf*, lo siento. Me pueden los celos.

No quise darle importancia pero entonces apareció Tommy, todo cambió y se desencadenó la secuencia de acontecimientos que me condujo hasta este instante, en el que estoy mirando a través del cristal hacia un horizonte en el que no veo un río que hace dos horas no sabía que necesitaba. Cuando voy a retirarme hacia el interior, me doy cuenta de que la ventana que tengo enfrente es la de la habitación del chico que he visto antes al llegar, el escurridizo vecino.

—Vamos a dar una vuelta con el coche a ver si encontramos un sitio cerca donde podamos comprar algo de comer —me dice mi madre, apoyándose en el marco de la puerta—. Te comerás lo que encontremos, así que espérate a mañana para ponerte en plan exquisito—. Asiento con la cabeza sin decir una palabra—. Y ve subiendo las cajas a tu habitación, a ver si cuando vuelva me das una alegría.

—¿No te parece poca alegría que esté aquí y no me haya encadenado al váter de nuestra casa? —Intento bromear, pero mi madre meneaba la cabeza lentamente, como si le molestara tener cuello, y suspira.

—Esta es tu nueva casa. Ahora vives aquí. Cuanto antes te hagas a la idea, mejor.

Me encojo de hombros porque estaba de buen humor y no me apetece seguir discutiendo por algo que no tiene vuelta atrás. Mi madre mira hacia el alto techo con un gesto de exasperación y se marcha escaleras abajo. Le pido gritando que, al menos, haga el intento de traerme un par de Coca-Colas y vuelvo a mirar hacia la casa de al lado. La puerta de mi nueva casa se cierra.

El vecino tiene la ventana abierta. Aunque, viendo cómo actuó antes, está claro que no se ha dado cuenta. Porque ahí está, con sus pantalones cortos de verano y su camiseta a rayas azules y

blancas, dando vueltas por la habitación mientras escucha música por unos auriculares conectados a un *walkman* amarillo. De vez en cuando se le escapa algún baile esporádico y, por un momento, pienso que a lo mejor estoy equivocado y no se estaba escondiendo de mí. Se mueve con los ojos cerrados al ritmo de la música, o eso espero, y extiende los brazos como si quisiera llenar con ellos todo el espacio vacío de la habitación. Descubro que estoy sonriendo y pienso que, a lo mejor, vivir aquí no va a ser tan aburrido como suponía.

Entonces abre los ojos y me ve. Y vuelve a poner esa cara de empanado que puso antes. No sé si está asustado, avergonzado, o un poco de las dos cosas. Corre hacia la ventana e intenta cerrarla, pero se ha atascado y el cristal no baja. Me llevo la mano a la frente y me apoyo en mi ventana mientras me río y sacudo la cabeza. Finalmente, consigue cerrarla y se queda quieto al otro lado. Lo sigo viendo a través del cristal, así que le hago un gesto con dos dedos frente a mis ojos y lo señalo. «Te veo». El chico retrocede rápidamente y lo pierdo de vista.

Media hora después, he subido mis cajas hasta mi nueva habitación y he comenzado a desempaquetar mis cosas. Lo primero que he hecho ha sido sacar mi guitarra de la funda y colocarla en una esquina, apoyada en su base de madera. Ya le buscaré un sitio, pero no quiero que pase más tiempo encerrada. Taylor necesita respirar. También he sacado los pocos libros que tengo, las cintas de vídeo, los casetes de música, los CDs y los vinilos y los he colocado de aquella manera en la estantería que he traído desde la otra habitación. Toda mi ropa está tirada sobre el colchón desnudo de la cama y las zapatillas desperdigadas por el suelo. Desenrollo el póster de tamaño considerable de los *Red Hot* y lo pego en la pared, sobre la cama. Una vez observo el resultado de lejos, siento la extraña necesidad de quitarlo. Creo que en su lugar podría poner alguna otra cosa. Quizás algunas matrículas de coches o una señal de tráfico si consiguiera alguna. O, ¡guau, sí!, un rótulo con luces de neón. Mi madre me mataría, pero mi padre fliparía porque le apasiona la estética de los años ochenta.

Oigo que la puerta se cierra en el piso de abajo y salgo a recibir a mis padres.

—¿Todavía no te has quitado esa gorra? —me pregunta ella nada más verme—. Se te va a caer el pelo de tanto usarla. En casa no hace sol.

A veces pienso que mi madre nunca fue joven. Que nació y ya era una señora de cuarenta años cansada de todas las cosas divertidas de la vida. Mi padre es todo lo contrario a ella, así que, o es cierto eso de que los polos opuestos se atraen, o definitivamente mi madre era mucho más alocada y ahora finge ser una señora adulta para que yo no descarrile más de lo que lo he hecho. Desearía que, tan solo por un día, entendiera que no todos los chicos de mi edad estamos locos por crecer y ser adultos para poder hacer todo aquello que está prohibido. Algunos, como yo, sabemos que no tendremos esta edad para siempre y queremos aprovechar mientras aún podamos hacer tonterías sin que se nos juzgue por ello. Y si una estúpida gorra le cripa los nervios, no me quiero ni imaginar la reacción que tendrá el día que empieza a hacer gamberradas propias de mi edad.

Bajo a la cocina y compruebo que lo primero con lo que se han topado mis padres en su búsqueda ha sido una pizzería, porque hay tres cajas en la isla central. Ni tan mal. Las voy abriendo hasta que encuentro una que solo tiene queso y cojo una porción, que me llevo a la boca como si fuera la última cena de un condenado a muerte. Estoy hambriento y ni me había dado cuenta.

—Me alegra saber que, por lo menos, has subido las cajas —dice mi madre, mientras rompe una porción de pizza y la deja sobre una servilleta de papel—. Supongo que seguirán en el

rellano, sin abrir.

Niego con la cabeza mientras le doy otro bocado a la pizza.

—Al final me he instalado en la de Olivia. —Mis padres me miran confundidos—. Es decir, que he elegido la otra habitación, la que iba a ser para...

Mi madre asiente con la cabeza mientras muerde la pizza y el queso derretido chorrea hasta su barbilla. Es increíble ver cómo su cara se va transformando. Como si su malhumor no hubiera estado provocado por mi actitud sino por su estómago vacío.

—Pensé que querías la otra —dice entre mordiscos, con la boca llena. Pero soy yo el maleducado, ¿eh?—. ¿No es más grande?. Y además se ve el... —Se tapa la boca con la mano y con la otra me hace un gesto para hacerme entender que vale, que no lo volverá a decir. Yo no puedo evitar sonreír un poco.

—El río, sí. Lo sé. Puedes decirlo.

Mi madre se encoge de hombros y yo me acerco. Le doy un abrazo para firmar la paz que tantas horas de viaje nos ha costado conseguir. Ella me rodea con un brazo mientras le da otro bocado a la pizza. Prioridades.

MILO

—Tenemos que poner cortinas en mi habitación.

Mi madre acaba de llegar de la residencia y no hay tiempo que perder. Después del ridículo que he hecho esta tarde y la vergüenza posterior que he sufrido, poner una barrera entre el vecino y mi intimidad es urgente. Parece que el chico nuevo tiene la misma habilidad para pillarme haciendo tonterías que mi madre. Aunque esta vez no tengo excusa y no ha sido un «esto no es lo que parece» de manual. Lo que ha visto es la realidad. Y no debería darle tanta importancia porque tampoco estaba haciendo nada inconfesable, pero he ido acumulando tantas situaciones similares que ya no tengo margen para ser objetivo.

—¿Y eso ahora a cuenta de qué? —me pregunta ella, con su habitual tono de voz cansado de esta hora, subiendo por la escalera camino de su habitación—. No has tenido cortinas desde que... —Deja que la frase se evapore en el aire, aunque es demasiado tarde para que mi cabeza no viaje hasta uno de tantos recuerdos que desearía no haber vivido—. ¿Te molesta el sol por las tardes?

—No es eso —Intento no desvelar demasiado de mis motivos, pero tampoco puedo inventarme algo ahora después de tantos meses sin haber dado importancia a algo tan mundano como un trozo de tela—. Es que... —Resoplo—. No sé. Los Morgan eran buena gente, pero estos nuevos no sabemos quiénes son. Y seguro que desde su ventana se ve toda mi habitación.

—¡Los vecinos! —exclama mi madre, subiéndose la cremallera del vestido que había empezado a quitarse—. Me había olvidado por completo. ¿Habrás...?

—No hemos tenido que lamentar víctimas reposteras —la interrumpo—. Las magdalenas están en la cocina.

Mi madre vuelve a calzarse las sandalias y se encamina escalera abajo. Yo regreso a mi habitación y, desde la puerta, observo la casa de los vecinos al otro lado de mi ventana. La luz de la antigua habitación de Leslie, la hija mayor de los Morgan, está encendida. Me acerco un poco más a mi ventana y distingo una cama llena de ropa tirada y una sombra que se refleja en la pared, inmóvil.

Me doy media vuelta y rebusco en el cajón de mi escritorio en busca de los prismáticos. Son uno de los pocos regalos que me hizo mi padre, y en realidad los acabó usando más él que yo. Fue lo segundo de lo que me apropié, después de la televisión, cuando él se fue. Pese a que, técnicamente, en este caso sólo estaba recuperando lo que me pertenecía. Cuando los encuentro, los uso para observar más de cerca el interior de la habitación que tengo enfrente. Hago un barrido de derecha a izquierda y veo una estantería con cintas de casete, lo que parecen discos de vinilo, un equipo de música, la pared, la cara del vecino mirando hacia aquí... ¡Mierda!

No sé si he sido lo suficientemente rápido agachándome.

—¡Milo! ¡Baja! —grita mi madre.

Me arrastro de nuevo por el suelo, esta vez el de mi habitación, porque cualquier precaución es poca y llego hasta el rellano. Me pongo en pie y, al girarme, mi madre está al pie de la escalera con una bandeja en la mano.

—¿Qué haces en el suelo? —me pregunta, meneando la cabeza y poniendo los ojos en blanco. No parece esperar una respuesta porque acto seguido coge las llaves y me hace un gesto para que

la siga—. ¿Llevas las zapatillas? Sí. —Se responde ella misma al mirarme los pies—. Vamos, acompáñame a dar la bienvenida a los Foster.

Abro los ojos como platos y niego con la cabeza, entre sorprendido y asustado. Me aferro a la barandilla a mitad de escalera. Mi madre no entiende lo peliaguda que es mi situación con el hijo de los Foster ahora mismo y yo tampoco voy a explicársela, porque no lo entendería. Ni yo mismo entiendo cómo puedo estar haciendo el ridículo tantas veces seguidas en tan poco tiempo. Es un nuevo récord. Ella insiste y finalmente bajo las escaleras y la sigo hacia la casa de al lado. Me sudan las palmas de las manos, así que las meto en los bolsillos, pero ahí dentro el calor es peor y las vuelvo a sacar. Camino despacio, deseando que realmente el as que tenía mi madre bajo la manga fuese realmente una varita mágica para poder desaparecer... o borrarle la memoria al vecino, mejor.

Frente a la puerta de los Foster, me crujo los nudillos de las manos y aprieto incómodo la mandíbula. Tan solo espero que no sea un nuevo matón en mi instituto. «Por favor, por favor, por favor».

La señora Foster abre la puerta y parece que ya se le ha pasado el mal humor que traía por la tarde. Saluda a mi madre como si se conocieran de antes y caigo en la cuenta de que ya se habían visto, por eso mi madre sabía que llegarían hoy al vecindario. Enseguida aparece su marido. Adivino que ambos deben de tener la misma edad que mi madre (año arriba, año abajo). Accedemos al interior y tengo la extraña sensación que produce estar en su sitio que ya conoces pero que no se parece demasiado a lo que recordabas. La estructura y disposición de las habitaciones es exactamente igual que en nuestra casa, pero el papel de las paredes es mucho más moderno y la madera del suelo está bastante mejor conservada. Supongo que esa es la diferencia entre el señor Morgan y mi padre: uno era el hombre de su casa y el otro simplemente estaba por allí de prestado.

Evidentemente, el salón es un desastre porque tienen cajas y muebles desperdigados por todas partes, pero no me es difícil distinguir cuáles son nuevos y cuáles viejos. Hacía unos tres años que no entraba en casa de los Morgan —bueno, ahora de los Foster—, pero memoria es algo que siempre me ha sobrado. Mi madre le entrega la bandeja de magdalenas a la señora Foster y ella le responde con el típico «no hacía falta que te molestaras». Yo continúo nervioso, a paso lento, un metro por detrás de mi madre, como un perrillo temeroso que no sabe si avanza sobre seguro.

—Este es mi hijo, Milo —dice mi madre, alzando el brazo hacia atrás en mi búsqueda—. Va a empezar noveno curso.

Yo me limito a forzar una sonrisa sin dientes y a asentir con la cabeza. Entonces mi madre me mira con cara de pocos amigos y yo capto la indirecta al vuelo.

—Encantado, señora Foster —le digo a mi nueva vecina, tendiéndole la mano.

—Ay, por favor, llámame Hannah.

—De acuerdo, señora Hannah. —¿Qué he dicho?—. Esto... ¡Hannah!

El señor Foster me saluda también y soy consciente de que hacía muchos meses que no le estrechaba la mano a un hombre. Esa sensación cálida y fuerte que se percibe cuando un adulto aprieta tu mano intentando no parecer un debilucho, pero controlando no estrujarte tus pequeños dedos entre los suyos.

—Yo soy Robert —me dice—. Y este... —Mira hacia arriba, al rellano del piso superior—. ¡Axel!

Suelto todo el aire que llevo dentro y también la mano del señor Foster antes de que note que empiezo a sudar otra vez. Cierro los ojos y pienso en qué puedo hacer para desaparecer de aquí.

Tanta imaginación no sirve de nada si no me ayuda a escapar de situaciones como esta. Pero ya es tarde, porque el rellano se ilumina con la luz de la habitación, cuya puerta ahora está abierta. Y, antes de que pueda juntar dos palabras juntas en mi cabeza para trazar algún plan de escape, el chico ante el que he hecho el ridículo tres veces el mismo día baja trotando las escaleras con aire desinteresado, pasándose los dedos por el pelo para colocárselo detrás de la oreja.

—Axel, estos son tus nuevos vecinos —le dice la señora Foster. Es decir, Hannah. Sin «señora».

Axel le tiende la mano a mi madre, pero su cara sigue mirando hacia Hannah.

—Creo que los nuevos somos nosotros, no es por nada —le dice Axel a su madre.

Su voz suena grave y suave, con una ligera afonía. Ahora que lo tengo delante, claramente es mayor que yo, lo que provoca que mi vergüenza se multiplique porque no solo he hecho el ridículo, sino que también he quedado como un mocoso. Y ese sentimiento de angustia parece una minucia comparado con cómo me siento en el instante en el que sus profundos ojos color avellana se topan con los míos y sonrío.

—Soy Axel —me dice con su mano tendida hacia mí.

—Eh... Ho-Hola. —Las palabras se tropiezan en mi lengua a pesar de que he puesto de mi parte para no seguir cometiendo estupideces—. Yo... Eh... Soy, yo soy Milo.

Estrecho su mano y tengo exactamente la misma sensación que tuve con su padre. No tiene manos de adolescente, por lo menos no al tacto. El instante dura dos segundos, pero yo me siento tan incómodo que parece que ha tardado media vida en soltar mi mano. Seguidamente, saluda a mi madre.

—Encantado, señora...

—¡Fisher! —escupo casi sin darme cuenta. Y enseguida me doy cuenta de mi error.

—Mejor llámame Linda —le aclara mi madre.

—Encantado, Melinda.

—Linda —le aclara mi madre.

—Ah, vale. ¿Y el señor Fi...? —comienza a preguntar Axel.

—¿Quieres cenar, Linda? —le pregunta Hannah a mi madre, poniéndose delante de su hijo. Y, como la conozco bien, sé que va a aceptar la propuesta si con eso se ahorra el tener que fregar los platos si cenamos en casa—. Llevamos todo el día a base de pizzas y nos sobra bastante.

—Axel, cariño, ¿por qué no cogéis una pizza y le enseñas a Milo tu habitación? —le interrumpe la señora Foster—. Seguro que tiene curiosidad por ver a Taylor.

Axel desaparece hacia el fondo y reaparece sobra la marcha con una caja de pizza en las manos. Me hace un gesto para que lo siga escaleras arriba y mi mente comienza a divagar, preguntándose si Taylor es una perra, una gata, una iguana o el nombre de su novia que espera arriba en silencio. A medida que subo las escaleras, la imagen de los gemelos de Axel flexionándose y estirándose al ritmo de sus pasos me hipnotiza. Pese a ser flacucho, tiene unas piernas bonitas y me da envidia, porque yo lo único que tengo medio decentes son los ojos azules. Lo único destacable que heredé de mi padre.

Desde que era pequeño, Bertha Anderson ha estado enamorada de mis ojos. Durante muchos años, no había ni un sólo día en el que no hiciera algún comentario sobre ellos, añadiendo siempre detalles acerca de lo mucho que iba a ligar cuando fuera mayor. Solía decirme que «las mujeres caemos rendida ante un buen par de ojos y lo demás deja de importar». Obviamente me sentí engañado cuando fueron pasando los años y descubrí que mis ojos no servían para ligar, y mucho menos para que el resto de mis carencias físicas dejaran de importar. Bertha Anderson es una

embustera. Cotilla y embustera.

Al entrar en la habitación, Axel cierra la puerta y yo avanzo lentamente sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Me acerco a la ventana y veo cómo la luz del acuario tiñe de azul claro parte de mi habitación. Compruebo que no se ve mi cama, sólo el escritorio, el armario y la puerta. Por lo menos podré dormir tranquilo sin sentirme observado. Me doy la vuelta y Axel permanece en pie, apoyado en la puerta y observando mis movimientos. Me intimida de una manera sobrehumana. No solo por mi ristra de torpes decisiones de hoy, sino porque es mayor que yo y nunca me he sentido cómodo con chicos de su edad. Creo recordar que, al saludarla, su madre mencionó que Axel iba a empezar el penúltimo curso, así que tiene dos años más que yo. Y eso, en el contexto de un instituto, es como media vida de ventaja. Seguro que ya ha besado a varias chicas. Quizás incluso algo más. Y yo estoy aquí, con mi patética actitud de perrillo maltratado, esperando a ver si dice algo o piensa roturarme con el silencio hasta que mi madre decida que es hora de irnos.

—¿Ya no te doy miedo? —me pregunta con su voz grave.

Aprieto los labios intentando controlar una risa nerviosa. No esperaba que, de todas las posibles situaciones, el miedo fuese lo que él ha percibido de mí exactamente. Yo habría tirado más bien hacia la vergüenza. Niego con la cabeza.

—¿Eres de educación especial o algo así? —me pregunta, mientras aparta algunas camisetas y se sienta en la borde de la cama con la caja de pizza en los muslos.

—Oye, no te pases. —Eso me ha salido prácticamente sin pensar—. Que no soy tonto ni nada de eso.

Disparo la mirada hacia el suelo y la anclo entre los listones de madera. No estoy acostumbrado a responder así a nadie, salvo a mi madre. Y a veces a Bertha Anderson. Axel suelta una risa camuflada en un resoplido y se echa hacia atrás, apoyándose en los codos. No sin antes volver a colocarse el pelo detrás de la oreja. Deja la pizza a un lado de la cama.

—Vale, perdona. Es que entre lo de esta tarde y tu actitud ahora... Me habías confundido.

—¿Escuchar música en la habitación es de retrasados? —le pregunto con cierto aire de indignación y me siento en el alféizar de la ventana, junto a una brillante guitarra eléctrica blanca.

—También estabas bailando —añade él, y mis mejillas se convierten en dos ardientes bolas de fuego—. Pero no lo decía por eso.

Pierdo la vista hacia la ventana porque me muero de la vergüenza, pese a que Axel no parece juzgarme demasiado por mi bailoteo inofensivo. Tal vez si supiera que estaba escuchando a Shania Twain la situación sería distinta. Empiezo a tranquilizarme un poco porque parece que mi cadena de desdichas han pasado desapercibido ante sus ojos.

—Entonces... ¿a qué te refieres con lo de esta tarde?

—Me refiero a cuando me espías por la ventana de tu cocina.

Se me escapa una aireada risa involuntaria que parece provenir de lo más profundo de la garganta, pero no es de felicidad sino de vergüenza.

—No te estaba espiondo. Sólo... curioseaba.

—¿Y por eso huiste reptando por el suelo?

Abro los ojos de par en par y sonrío. No es que la situación haya perdido intensidad, sino que la forma en la que Axel relata lo que ha visto me hace sentir seguro. No percibo ningún ápice de ofensa en su voz. De hecho, cada vez que menciona algo lo hace con una medio sonrisa en su cara, así que supongo que no me ve como el imbécil de su vecino, sino como un crío de catorce años haciendo cosas de crío de catorce años.

—No quería que pensaras precisamente eso, que te espía. Y lo de los prismáticos...

—¿Qué prismáticos? —me interrumpe. Yo cierro la boca de golpe y la lleno de aire que, posteriormente, expulso lentamente.

—No, eh... —Piensa rápido, Milo. ¡Ah, ya sé!—. ¡Neumáticos! Quería decir que escuché el coche llegar y me asomé a ver quién llegaba.

—Tiene sentido.

Axel se levanta, coge un trozo de pizza y deambula por su habitación, observando el caos que reina en la estancia entre ropa, zapatillas, cajas y demás trastos; como preguntándose cuántos años va a tardar en desempaquetar todo y convertir estas cuatro paredes en un refugio seguro a prueba de padres, decepciones y corazones rotos.

—Si quieres, te ayudo a... —Señalo alrededor.

Axel se encoge de hombros y mira el reloj Casio de su muñeca. Tira de la correa para desabrocharla y lo deja encima de la estantería donde expone su colección musical.

—Hoy es ya un poco tarde, pero si no tienes nada que hacer mañana...

Ahora soy yo el que repite su gesto con los hombros. Aparte de ir a la biblioteca, mis planes de verano consisten en ver las horas pasar mirando el techo de mi habitación o ir a explorar por las cubiertas a lo largo del la ribera del río. De pronto caigo en la cuenta de que no hay ningún animal en la habitación.

—¿Y cómo has conseguido novia nada más llegar a Portsmouth? —le pregunto, queriendo saber quién es esa tal Taylor.

—¿Novia? —me pregunta, haciendo una mueca de extrañeza—. Si yo soy... Es decir, no tengo novia.

—¿Y entonces quién es Taylor?

Axel camina hasta donde estoy, se queda mirándome a medio metro de distancia y aprieta los labios sonriendo. Cuanto más cerca lo tengo, más envidia siento de no ser como él. Ojalá yo tuviera una cara encaminada a ser bonita y no este careto pálido y sonrojado que me ha relegado a ser el tonto del pueblo toda mi vida. En sentido figurado, no soy tan relevante como para que la gente se moleste en ponerme ni un apodo.

Me pierdo entre las facciones angulares de Axel, veo cómo se agacha ligeramente y su cara se acerca cada vez a la mía. Me bloqueo. Lo miro perplejo mientras sus ojos cada vez están más cerca de los míos. Justo cuando nuestras caras están a un palmo de distancia y puedo sentir el calor de su respiración, justo cuando empiezo a sentir algo extraño que no había sentido nunca, justo cuando me dispongo a apartarme y preguntarle qué está haciendo, su brazo se extiende hacia la guitarra que tengo junto a la pierna y la levanta de su base, recuperando de nuevo cierta distancia entre ambos.

—Taylor es esta preciosidad.

Axel da vueltas sobre sí mismo, simulando que es una estrella de rock. Yo suspiro e intento respirar despacio para que mi corazón aminore la velocidad. Asiento en silencio con una ligera sonrisa forzada e intento aclararme a mí mismo la situación para poder comportarme como una persona normal. No pasa nada. Axel no tiene novia. Taylor es su guitarra. Y no pretendía besarme.

AXEL

Detengo la reproducción de *Save Tonight* de Eagle Eye Cherry porque creo que he escuchado a alguien llegar. Abro la puerta de mi habitación y veo a Milo subir las escaleras corriendo. Ha tardado dos semanas en dejar de comportarse como un ratoncillo perdido entre las paredes de mi nueva casa. Si no fuera porque ya lo conozco un poco, colaría como un chico normal y corriente de su edad (y eso no tiene por qué ser necesariamente algo positivo).

Han sido unos días curiosos en los que yo he fingido haber olvidado cómo se escondía de mí el día que nos conocimos y el finge no darle importancia. Yo no tengo amigos por aquí, ni los tendré hasta que empiece el instituto en unos días, así que es la única persona con la que he podido relacionarme. No es una queja, sólo una observación.

Milo es una pasada. Pese a ser dos años menor que yo, tiene en el coco todo lo que a mí me falta. Es listo a rabiar, tiene una alucinante capacidad de imaginar cosas, y casi siempre está dispuesto a aventurarse a cualquier plan que le proponga. En estos días, me ha ayudado a instalarme y organizar mi nueva habitación, y me ha mostrado todo el vecindario, la ribera del río donde se suceden diferentes cubiertas para amarrar las embarcaciones, los árboles que son más fáciles para escalar e incluso visitamos el que era su refugio secreto, dentro de una enorme tubería abandonada a un par de calles de aquí, escondida entre árboles y maleza.

He sabido que, a diferencia de como yo solía ser en el mío, Milo no es demasiado popular en su instituto. Por no decir nada popular. Sus amigos se pueden contar con los dedos de una mano (y sobran) y además hay un par de tíos de clase que solían hacerle la vida imposible y que, de vez en cuando, deciden retomar sus viejos hábitos. Le he prometido que, si vuelven a molestarle este nuevo curso, me pasaré por allí para amenazarles. Milo dice que yo tengo ese aspecto de chico mayor desinteresado que no tendría problemas en romperle el brazo a quien se atreviera a meterse conmigo. Reconozco que me sorprendió cuando me lo dijo, porque yo jamás me he visto así. De hecho, si esa fuese mi realidad, probablemente no habría tenido que mudarme, porque habría afrontado la situación de forma diferente. Un par de guantazos en las bocas correctas y todo se habría solucionado.

Lo que no entiendo es por qué alguien como Milo se ve envuelto en ese tipo de situaciones. Quizás es por su aspecto físico: enclenque y con esa cara de asustado que luce a todas horas. No lo sé. Lo que sí tengo claro es que no tiene una personalidad que encaje con ser un marginado, excepto, claro está, su afición a pasarse el verano metido en la biblioteca. Menos mal que he llegado a tiempo para arreglar eso.

—Tienes que oír esta canción —me dice nada más llegar—. No es nada mi estilo, pero me encanta y seguro que a ti también.

Milo se descuelga los auriculares del cuello y me pasa el *walkman*. Aprieto el botón de reproducción y comienza a sonar una canción que ya he oído hace meses.

—¿The Cranberries? —pregunto retóricamente.

—¿Los conoces? —me pregunta con cierto aire de decepción en la cara—. Pero si ni siquiera son de aquí.

Me duele porque no me gusta ver cómo se pone cuando las cosas no salen como él espera, pero me levanto de la cama y rebusco entre los CDs hasta que encuentro *Bury the Hatchet*, el

disco que incluye la canción que Milo ha querido descubrirme, *Animal Instinct*. Se lo tiendo para que le eche un ojo y poco a poco su expresión se va animando.

—¿Son todas igual de buenas que esta?

Me encojo de hombros porque los gustos son como los culos: cada uno tiene el suyo. Y la música, generalmente, no es objetiva. A cada uno le toca una fibra de su ser distinta. Yo sería incapaz de sentir absolutamente nada por *La Macarena*, pero si fue un éxito mundial será por algo.

—Yo prefiero el segundo álbum, pero este no está mal tampoco —le respondo—. Venga, te lo pongo.

Extraigo el disco de la caja de plástico y lo introduzco en el *discman* que he conectado a mi viejo equipo de música. Le doy al botón de reproducción y le lanzo el libreto a Milo para que pueda leer las letras de las canciones y así poder apreciarlas en todo su esplendor a la primera escucha. Nos sentamos en el suelo con las espaldas apoyadas en el borde de la cama y yo echo la cabeza hacia atrás, admirando cómo reluce, en lo alto de la pared principal, mi flamante nuevo rótulo de neón.

Hace dos días, Milo me dijo que cerca de aquí, en Norfolk, había una tienda donde vendían rótulos de neón, así que convencimos a su madre, en su día libre, para que nos dejara su coche. Mi madre le garantizó que soy un chico responsable al volante, aunque no he tenido tiempo de perfeccionar demasiado mi técnica, y no pudo negarse.

Tras conducir durante quince minutos hacia el norte, llegamos a la tienda de Riehl Deal y la decepción fue mayúscula. No era una tienda llena de luces por todas partes, sino un simple taller. Había un par de letreros en el suelo, junto a la entrada, pero estaban apagados. Aquello no había sido una buena idea. Sin embargo, un hombre nos vio y nos preguntó qué estábamos buscando y qué hacían dos *criajos* de nuestra edad perdidos en su taller. Yo quise irme, pero Milo le explicó que estábamos buscando algún letrero de neón que no fuera demasiado grande, para colgar en una pared. Yo daba por hecho que no había nada que hacer, que nos ofrecería hacer el encargo personalizado y que saldría una buena pasta. Pero era nuestro día de suerte. O tal vez fue porque Milo puede llegar a ser muy persuasivo.

—Tengo algo, pero no sé si os gustará. Venid.

Entramos con el tipo este en el oscuro taller, donde otro operario testaba las luces de un rótulo de Ford del tamaño de una camioneta. Lo seguimos hasta una habitación trasera y, cuando yo empezaba a imaginarnos descuartizados y metidos en un congelador, el tío extrajo de una caja de cartón un amasijo de hierros y tubos oscuros lleno de polvo del tamaño de una persona. Una pequeña, como Milo.

—Esto es una muestra que tuvimos que hacer para que nos aprobaran el diseño —nos dijo el hombre—. La buena es diez veces más grande y la llevamos a Las Vegas.

El tipo sujetó el extremo de un cable y miró a su alrededor hasta que encontró la conexión de una alargadera, conectó ambos enchufes y, de pronto, se iluminó ante mis narices una estrella verde con una guitarra azul en el centro, cuyas cuerdas brillaban en un cantoso rosa fucsia. Como cuando un personaje de dibujos ve dinero y el símbolo del dólar se le dibuja en los ojos, yo tenía dos guitarras brillando en el centro de mis pupilas, sin necesidad de efectos de animación.

—¿Cuánto cuesta? —le preguntó Milo, tímidamente.

El hombre sacudió la cabeza. No podía ser cierto.

—¿Por qué nos la has enseñado si no nos la ibas a vender? —le pregunté, enfurecido, con

ganas de coger alguna piedra y estamparla contra los neones, que justo se apagaban en ese momento.

El hombre volvió a meter el letrero en la delgada caja y la empujó con el pie hacia nosotros.

—Es vuestra. Sin más.

Milo no daba crédito y yo arqueé una ceja en señal de desconfianza.

—¿En serio? —preguntó Milo.

—¿Cuál es el truco? —pregunté yo.

Y entonces el hombre señaló a su espalda otras tres cajas similares a la que teníamos delante. Nos contó que hicieron varios modelos y que llevaban un par de años ahí tirados cogiendo polvo, precisamente porque no son una tienda, sino que trabajan bajo encargo. Y le habíamos caído bien. Sin pensárnoslo demasiado, por si se arrepentía, arrastramos la caja hasta el exterior del taller y la metimos en el asiento trasero del coche. Intentamos ofrecerle treinta dólares al hombre, en compensación por el amable gesto, pero nos lo rechazó y nos dijo que nos lo gastáramos en el McDonald's. Y eso hicimos.

Cuando terminamos de escuchar el disco de The Cranberries, mi madre abre la puerta de la habitación y nos pide que bajemos todo lo que haya en el desván. Los Morgan han llamado y le han dicho que se dejaron algunas cajas olvidadas ahí arriba. Y como aún no hemos terminado de abrir todas las nuestras, el desván ha sido hasta ahora la única zona que todavía no se me ha ocurrido inspeccionar. Vale, miento. Pero siempre me acuerdo cuando es de noche y paso de subir a oscuras. A saber qué me encuentro.

Como Milo está acostumbrado, porque su casa es igual que esta, sube el primero por la escalera plegable y abre la trampilla del desván. Cuando sus piernas dejan espacio, le sigo y llego arriba para descubrir que no da tanto miedo. De hecho, no da absolutamente nada de miedo.

Una pequeña estancia del tamaño de mi habitación, o quizás un poco más grande, pero con el techo mucho más bajo y con forma de punta de flecha se abre ante mi mirada. Al fondo, la luz del atardecer se cuele por la ventana y las motas de polvo revolotean por el espacio abierto, recuperando lentamente su posición en el suelo. Aparte de algunas cajas, hay una canoa, un remo, un neumático con cuerdas que en algún momento seguramente hizo las funciones de columpio, un mueble con muchos cajones y una estantería con muchos libros viejos y un radiocasete.

Milo se acerca hasta el aparato, comprueba que hay una cinta de música dentro y aprieta el botón de reproducción. Una voz de ultratumba lucha por hacerse oír durante unos segundos hasta que finalmente desaparece y la cinta se detiene.

—No tiene pilas —me dice Milo.

—¿En serio, Sherlock? —le pregunto, mostrando una mueca de incredulidad forzada.

Milo sacude la cabeza y sonrío, después deja caer las rodillas al suelo para no andar todo el tiempo agachado y se apoya contra el cristal de la ventana. Le sigo y me siento con las piernas cruzadas a su lado. Estiro la mano hasta alcanzar algunos de los libros que hay en la repisa y descubro que son anuarios. Milo baja la vista y, al toparse con ellos, abre los ojos de par en par e intenta arrebatármelos. Me echo hacia atrás, forcejeamos un poco y al final consigo huir unos metros más allá de él.

—¡Doy por hecho que son de tu colegio!

Milo no dice nada, solo niega con la cabeza y resopla de esa forma tan desquiciada pero adorable que llevo viendo dos semanas.

—Año 1996 —digo en voz alta, y voy pasando las páginas, buscando el curso en el que calculo que estaría Milo. Quinto.

Ojeo a todos los niños de la foto hasta que doy con la misma cara de atontado que esperaba encontrar.

—Milo Fisher —digo en voz alta mientras leo el pie de foto—. ¿Te has dado cuenta de que nuestros apellidos son casi iguales? Sólo cambian dos letras.

El Milo del presente no me hace caso, así que bajo la vista hacia el Milo del pasado. No ha cambiado casi nada. Los mismos ojos azules, los mismos mofletes sonrojados, la misma postura dejada de aquel que está cansado de la vida... Lo único diferente es el pelo, que por aquel entonces lo tenía un poco más largo y peinado hacia un lado. Ahora lo lleva ligeramente desenfadado, pero apuesto a que lleva su trabajo conseguir que le quede así. Milo no da punzada sin hilo.

—Qué mono —se me escapa. Carraspeo y levanto la vista. Milo me observa con miedo y no lo entiendo. O quizás sí—. A ver, no quería decir que... O sea, que eras muy gracioso. Bueno... Y ahora también, pero de otra forma. En fin, que no...

—¿Has terminado ya? ¿Puedes cerrarlo y mirar otra cosa?

Caigo en la cuenta de que no le ha molestado lo que he dicho. Prácticamente ni se ha dado cuenta. Lo que le inquieta es que siga con esto aquí abierto en mi regazo. «Pero si ya lo he visto», pienso, echándole otra ojeada a la foto. No sé por qué le molesta que vea cómo era de pequeño. Todos hemos... Entonces me fijo en su pierna y en el color que tiene su rodilla. Un considerable moratón le cubre toda la zona y parte de la pierna. Y, ahora que me fijo mejor, también tiene una mancha similar, más pequeña, justo donde comienza el cuello de la camiseta.

Levanto la vista y Milo se ha dado la vuelta y observa por la ventana.

—¿Qué te pasó? —le preguntó.

—Nada. Me caí —me responde, sin dirigirme la mirada—. Los tontos nos caemos.

Me pongo en pie y avanzo semiagachado hasta donde está él. Me arrodillo a su lado.

—Todos nos caemos, Milo.

Le enseño una cicatriz que tengo en el muslo, de una vez que corría con una botella de cristal en la mano, tropecé, la botella se estalló contra el suelo y yo caí de bruces encima de ellos. Tengo otra en el pecho, pero no es cuestión de levantarme la camiseta ahora. Milo dirige su mirada hacia mi muslo y puedo ver cómo mueve su dedo, lejos de mí, casi con el puño cerrado, como si recorriera la línea de la cicatriz.

—Y no eres tonto, ¿vale? Ojalá yo fuera tan inteligente como tú.

—No. Ojalá yo fuera como tú —me responde enseguida, mirándome a los ojos, con los suyos repletos de lágrimas contenidas, incluso más allá de las que tiemblan en el borde de sus párpados.

—No sabes lo que dices, Milo. Créeme. No quieres ser como yo.

Él se resigna con un gesto con los hombros y siento la necesidad de darle un abrazo, pero se supone que los chicos no hacemos esas cosas. Y no quiero que se repita lo de Tommy. No quiero volver a caer en el mismo error, volver a creer que hay una conexión que no existe.

—Si no te gusta cómo eres, cámbialo —le digo finalmente.

—No es tan fácil.

—No he dicho que fuera fácil, sólo que lo hagas. Los exámenes que apruebas con la máxima puntuación tampoco son fáciles y aun así eres un puto genio, ¿no? Pues esto es lo mismo. Nadie va a estudiar por ti para sacar buenas notas y nadie va tampoco a cambiar quién eres si no lo haces tú.

La verdad es que ese mismo consejo me lo debería aplicar a mí mismo y dejar de esperar que los demás cambien mi forma de ser. No comprendo muy bien quién soy, qué soy o cómo soy, pero si no siento que esté haciendo nada malo y no he perjudicado a nadie, no veo la necesidad de fingir y pretender ser algo distinto a lo que mi naturaleza me indica. Pero a lo mejor yo sí que prefiero optar por el camino fácil y esperar a cumplir los dieciocho años, para entonces ser libre realmente y poder tomar las riendas de mi vida lejos de todo lo que juega en mi contra.

Milo se limpia las lágrimas con la mano antes de que empiecen a resbalar por sus mejillas y me pide que no le cuente a nadie que ha estado llorando.

—Venga, vamos —le animo—. Hay que bajar todos estos trastos de los Morgan.

—Espera —me dice, sujetando mi brazo. Después retira la mano y permanece en silencio.

—¿Qué?

—¿Por qué eres mi amigo? —me pregunta, sin venir a cuento.

—¿Por qué no iba a serlo?

—No tenemos nada en común. Somos de mundos distintos. Y a veces siento que...

Vuelve a guardar silencio.

—¿Qué? —le pregunto—. No tengas miedo de decir lo que piensas, Milo.

Me mira y se ruboriza, baja la mirada y habla como si estuviera teniendo esta conversación con sus zapatillas.

—Creo que sólo pasas tiempo conmigo porque no tienes a nadie más.

—Eso no es ver...

—Y que pasarás de mi —me interrumpe— cuando empiecen las clases y conozcas a otra gente.

No entiendo cómo puede pensar eso. No alcanzo a imaginar qué clase de pensamientos tiene este chico a diario para desmerecerse de esa forma. Es como si alguien le hubiera dicho que no vale la pena y él se lo hubiera creído. Y yo que sé, sólo hace dos semanas que lo conozco, pero no había visto a nadie así en mi vida. En Beech Groove era popular, pero nunca tuve una afinidad así con ninguno de mis mejores amigos. No en tan poco tiempo.

—Hay cosas que no sabes, y si las supieras a lo mejor serías tú el que dejaría de hablarme.

—Lo dudo —me responde firmemente—. No me puedo permitir el lujo de perder un amigo. Como habrás visto, no me sobran.

—A ver si al final va a ser que eres tú el que se conforma conmigo porque no tiene a nadie más.

—Es posible.

Se ríe y le doy un empujón amistoso hasta que cae de espaldas. Paso gateando por encima de él y mi piel roza la suya desordenadamente. Tiro de su brazo, arrastrándolo hasta la trampilla. Él patalea, pero se deja llevar. Le amenazo con dejarlo aquí arriba encerrado y empiezo a bajar la escalera, pero se levanta rápidamente y se queda de pie, viéndome marchar. Llego hasta abajo y miro hacia arriba, convenciéndolo de que lo voy dejar ahí encerrado.

—Tú mismo —me dice, cruzando los brazos—. La señora Hannah te enviará de vuelta en cuanto vea que no has bajado los trastos de los Morgan.

Me echo a reír, porque tiene razón y porque me encanta cuando llama «señora Hannah» a mi madre. Es su forma particular de reírse de sí mismo y de sus torpezas.

MILO

—¿Estás loco? No quiero morir joven.

—Venga, Milo. No seas... —Intuyo que iba a decir «nenaza», pero se lo ha pensado mejor y deja la frase sin terminar.

Estamos a las afueras de nuestro vecindario, en el lado oeste. Justo en la zona que he tenido siempre prohibida precisamente por los peligros a los que Axel quiere lanzarme de cabeza. Los siete carriles de autopista, las vallas metálicas que hay que saltar, las cinco vías de tren y la maleza. El único riesgo que falta es el cauce del río, pero estamos en el lado opuesto.

En un par de días comienzan las clases y hemos pensado que era buen día para explorar la zona, ya Axel apenas se ha movido del barrio desde que ha llegado a la ciudad. Creo que sólo ha salido para ir al supermercado con su madre y el día que condujimos en busca del rótulo de neón que ahora ilumina su habitación por las noches. Desde mi ventana se ve genial, y ya no tengo que preocuparme porque piense que lo estoy espiando, aunque reconozco que a veces aún lo hago; sobre todo cuando toca la guitarra y se emociona cual Richie Sambora porque piensa que nadie lo ve.

No quiero morir atropellado en los próximos minutos, pero tampoco quiero parecer un mindundi ante Axel, así que decido seguirle, que es lo que llevo haciendo todo este tiempo para que no piense que soy un mocoso. Me tiemblan las piernas y cada pisada en el césped la siento como si fuera la última. La valla que separa la carretera de tierra de la zona de la autopista está abierta unos metro más adelante, así que la cruzamos y nos pegamos al muro. Caminamos separados por unos metros mientras doy patadas a algunas piedras. Al terminar el muro, la autopista se extiende ante nuestros ojos y me siento como Simba intentando cruzar a través de la estampida de ñus. O a lo mejor era Mufasa.

—A la de tres, corremos sin mirar atrás —me dice Axel, sujetando mi mano. Me suelto de un manotazo.

—No soy un niño pequeño, puedo hacerlo.

Axel se encoge de hombros. Es domingo, así que al mirar a la izquierda comprobamos que no hay demasiado tráfico. Después del tercer vehículo que cruza ante nuestra mirada, corremos hasta el bloque de hormigón que separa los dos sentidos de la vía. Lo saltamos y repetimos la jugada hasta llegar al lado opuesto. Es probable que no muera aplastado por un coche, pero todavía cabe la posibilidad de palmarla arrollado por un tren. Genial.

Avanzamos por el césped hasta encontrar un trozo de valla roto, hundido sobre sí mismo, y cruzamos al otro lado. La buena noticia es que los trenes se ven venir de lejos, así que al final esta parte del trayecto no es tan peligrosa como había anticipado. Caminamos por encima de las vías y Axel salta de una a otra intentando mantener el equilibrio sobre una pierna, hasta que se cae y se da tal porrazo que pienso que se ha partido la boca en dos. Pero se echa a reír y se levanta antes de que llegue hasta él para ayudarlo. Se sacude la tierra de las rodillas y continúa su juego. En una de las vías, hay abandonados algunos vagones de carga. Nos subimos en uno de ellos y nos sentamos de cara al atardecer con las piernas colgando.

—¿Cómo es la gente de aquí? —me pregunta Axel, mientras rompe, trocito a trocito, el tallo de una planta que ha arrancado del suelo antes de subir aquí arriba.

—No sé... ¿Como yo?

—Nadie es como tú, Milo. —Me rebuja el pelo con la mano—. Me refiero a si es gente... ¿amable? No sé, abierta de mente y eso.

La verdad es que no sé cómo responderle a eso. Supongo que cada uno lo verá diferente. La gente no es que haya sido muy amable conmigo en general, al menos no en el ámbito escolar. Siempre me han visto como al bicho raro que soy y me han tratado como tal. Menos Bertha Anderson, pero esa mujer no puede ser usada como representación de la población de Portsmouth.

—Hay de todo, supongo. No creo que alguien como tú vaya a tener problemas para encajar — le digo finalmente. Axel es guapete y le gusta la música rock, ver deportes e incluso practicar algunos. Yo la única actividad física que realizo aparte de caminar es montar en monopatín de vez en cuando, y las veces y los cuandos cada vez son menos.

—Te sorprenderías. Hay muchas cosas de mí que no sabes.

Ladeo la cabeza y observo cómo los rayos del sol del atardecer le iluminan media cara, provocando que un ojo le brille como la llama de un mechero y el otro se sumerja en la oscuridad. Algunos mechones de pelo le caen desde la base de la parte trasera de la gorra (que lleva del revés, como siempre) hasta la cara, y hace que me pregunte qué clase de dificultad podría afrontar alguien como Axel Foster de cara a hacer amigos y ser considerado un chico popular en su instituto. Lo tiene pan comido.

—Lo único que necesitas para triunfar en tu instituto nuevo es llamar la atención el primer día con algo que a la gente le parezca guay.

—No me refería únicamente al instituto, sino en general. Hay vida más allá de las clases. Y muchas veces los adultos son peores que nosotros, te lo digo por experiencia.

Eso no hace falta que me lo jure. A pesar de los insultos por los pasillos, de las bromas pesadas, de las humillaciones en los baños del colegio, y de los matones que me esperaban a la salida de clase cuando era más pequeño, nadie nunca jamás me ha hecho tanto daño como un adulto en particular, tanto física como mentalmente.

—A mi padre no le gustaba cuando dibujaba. —No sé por qué he dicho eso ahora que no tiene relación con lo que estamos hablando—. Y él vivía aquí en Portsmouth, así que supongo que no, que no todo el mundo es amable, y no todo el mundo va a respetar quién eres.

Vuelvo a mirar a Axel, con su aspecto desenfadado, sus brazos flacuchos pero fuertes y sus Air Max colgando del tren, y me doy cuenta de que he hablado por mí. No hay nada en él que el mundo tenga que respetar, porque nada en él es fuera de lo común. Siendo extraordinario, no podría ser más ordinario ante los ojos de los demás.

—Pero algunos lo tenéis más fácil que otros —añado finalmente, sintiendo cierta envidia.

Me gustaría saber qué se siente al ser como él. No me refiero a lo físico (que también), sino a su vida: su familia perfecta, su facilidad para expresarse, su actitud temeraria y esa disposición permanente a hacer algo inesperado en cada momento, a correr riesgos y a saltarse las normas. Yo nunca he sido así porque todo me da miedo. No sé muy bien por qué soy así, pero siempre tiendo a pensar en las consecuencias fatales de todo lo que supusiera salir fuera de mi rutina habitual.

Axel se baja de un salto del tren y camina por las vías en dirección hacia el almacén de contenedores que hay al lado. Le sigo y pasamos por debajo de un agujero que hay en la valla hasta estar fuera de la zona prohibida. Instantáneamente, echo de menos estar al otro lado de la valla, porque colarnos en las vías del tren ha sido la única experiencia emocionante que he vivido en mucho tiempo, y me gustaba cómo me sentía hace unos segundos. Ahora vuelvo a ser yo, el Milo aburrido de siempre. Pero ese sentimiento no dura demasiado, porque el temerario Axel tira

de mi brazo y nos colamos en el almacén sin que nos vea el guardia se seguridad que está haciendo la ronda cerca de la entrada. Mi mente salta entre dos emociones diferentes: el vértigo que me produce la idea de que nos pille el guardia y la inseguridad que me sigue provocando que alguien, aparte de mi madre, me coja de la mano.

Corremos por un pasillo, cobijados en la sombra que producen los enormes contenedores apilados unos sobre otros, y giramos al final hasta dar con una zona apartada de la mirada del guardia. Un poco más allá, Axel comprueba la resistencia de unas cajas que parecen contener frigoríficos y escala por ellas hasta subirse encima de un contenedor metálico del color del cielo del atardecer que tenemos sobre nuestras cabezas.

Me siento completamente inútil cuando intento seguirlo y apenas tengo fuerzas para escalar la primera caja, pero la vergüenza de quedar como un enclenque ante Axel puede más y consigo subirme antes de que me vea. Salto de una caja a otra y me mareo ligeramente cuando una de ellas se mueve y me hace perder el equilibrio. El miedo a caer al suelo me obliga a dar un salto hasta el contenedor en el que me espera Axel, evitando una caída de unos tres o cuatro metros hasta el suelo.

—Axel Foster, vas a conseguir que no llegue a los quince —le digo, sentándome en el suelo del contenedor para recuperar el aliento. O el techo, según se mire. Rebusco en el bolsillo hasta dar con mi bola Koosh que uso de llavero y me distraigo tirando de los pequeños elásticos, escuchando el ruido que hacen al recogerse de nuevo a toda velocidad.

—Claro que llegarás, Milo Fisher —me responde, pese a que yo no lo decía en serio—. Y harás grandes cosas.

Me sorprende que una persona que me conoce desde hace menos de un mes crea más en mis posibilidades que yo mismo, que me conozco de toda la vida. Desconozco si eso dice más de Axel o de mí, pero me gusta que sea así conmigo. Me hace sentir que no soy tan bicho raro, que solamente he crecido rodeado de la gente equivocada. Quizás todos tenemos algo que ofrecer al mundo y sólo necesitamos gente alrededor que nos exprima y nos ayude a mostrarlo.

—¿Y cómo es que te dio por la guitarra? —le pregunto. Axel se sienta a mi lado y apoya la espalda contra la pared de un contenedor que tenemos detrás, encajado sobre otro que hay debajo.

—Igual que a ti te dio por los bailecitos en tu habitación, supongo.

—¡Oye! —Intento darle un puñetazo en broma, pero es más rápido que yo y lo esquivo—. En serio.

—No he mentado, joder. ¿Tú sabes explicar porque te gusta bai... la música pop, los peces, leer mil libros o ir a explorar al río? —Me encojo de hombros y creo que entiendo a dónde quiere llegar—. Era demasiado pequeño para recordarlo, pero mi padre dice que flipé la primera vez que vi una guitarra. No sé, creo que me sorprendía el hecho de que unas cuerdas mágicas emitieran música al tocarlas con los dedos.

—Te entiendo, porque a mí también me fascinaba el hecho de que algo tan pequeño como un libro pudiese almacenar información que podía hacerte viajar, aprender, descubrir cosas del mundo e incluso cambiar quién eres.

—Visto de esa forma, creo que entiendo un poco tu obsesión.

Hablamos de los músicos que le gustan, aunque ya me he hecho una idea viendo su colección de discos. De hecho, he intentado varias veces descubrirle nueva música pero no hay manera de sorprender a este chico por más que lo intente. También me habla de Beech Grove, el lugar desde el que se trasladaron el mes pasado, de su vida allí, de sus amigos y de la decepción que le supuso saber que tenían que dejar todo lo conocido por el traslado del señor Foster. Siento que hay algo

que se guarda para sí mismo, pero no soy yo precisamente el mejor indicado para obligar a nadie a contar aquello que no le apetece.

Axel era medianamente popular en su antiguo instituto, aunque nunca quiso serlo. No le gusta ser el centro de atención. Típico. El guapito que cae bien a todo el mundo harto de ser un guapito que cae bien a todo el mundo. Creo que estrenaron una película sobre eso mismo hace poco en el cine. A él le gustaría ser más como yo y a mi me encantaría ser como él, así que somos los candidatos perfectos para chocar entre nosotros como si fuéramos personajes de Dragón Ball, y despertarnos al día siguiente con las mentes cambiabas, cada uno en el cuerpo del otro. Seguro que se vive muy bien siendo Axel Foster.

Me doy cuenta de que se ha hecho de noche cuando no distingo las facciones de la cara de Axel, sólo su contorno y el brillo de sus ojos. Sugiero que deberíamos irnos. Saltamos hacia las cajas de los frigoríficos y después hasta el suelo. Me doy de bruces contra las rodillas de Axel. A estas alturas, ya ha dejado de sorprenderme lo patoso que puedo llegar a ser cuando él anda cerca.

De pronto, suena su teléfono móvil y Axel responde la llamada mientras yo me asomo desde una esquina para comprobar si el guardia de seguridad nos ha escuchado. Colarnos de día fue fácil, así que salir de noche debería ser pan comido, si no fuera por la inesperada musiquilla orgánica que ha interrumpido el silencio del lugar.

—Sí —susurra Axel—. Estoy bien... Sí, con Milo... Erm... Por el río. —Me mira y me hace un gesto para que no hable—. Sí, en un rato vamos.... Supongo que sí, espera. —Se dirige a mí—. Pregunta mi madre que si te quedas a cenar. —Dudo, pero mi cabeza asiente por sí misma—. Sí, se queda... No sé, un par de bocadillos. De lo que sea.

—Dile que avise a mi madre.

Axel cuelga la llamada antes de hacerme caso y una voz nos sorprende al otro lado de la fila de contenedores a nuestra espalda. Después el flogonazo de luz que nos ciega.

—¿Qué hacéis ahí?! —nos grita el guardia.

Axel no se lo piensa dos veces.

—¡Corre!

Avanzamos a toda prisa por el pasillo que da hasta la salida, mientras la luz de la linterna del guardia se mueve de un lado a otro y a gritos nos pide que nos detengamos y, al mismo tiempo, nos recuerda que no deberíamos estar aquí. Ese hombre debería analizar sus prioridades. Llegamos al exterior y seguimos corriendo calle abajo hasta estar seguros de que no nos sigue. Y entonces nos detenemos a coger aire y reírnos de lo ocurrido.

—¡Qué oportuna la señora Hannah! —le grito, hasta las cejas de adrenalina—. Creo que, oficialmente, ya no quiero tener un teléfono móvil.

Axel jadea intentando recobrar el aliento e incluso se quita la gorra para recolocarse el pelo hacia atrás. Me hace señas para que lo siga hacia las vías del tren y me niego. De noche no. Bastantes riesgos he corrido ya por hoy. Axel acepta mi decisión, lo que significa que tenemos que regresar a casa por el camino largo, bajando hasta el puente que cruza las vías y la autopista. Pese a que ha oscurecido, todavía no es noche cerrada, así que nos damos prisa para llegar a casa antes de que el camino sea demasiado intimidante.

Por la noche, tumbado en la cama. Observo en el techo de mi habitación el reflejo que produce la luz del acuario ondeando con el ligero vaivén del agua y los peces. En casa de Axel apenas he podido terminarme el bocadillo porque todavía estaba excitado por la aventura que hemos vivido

esta tarde. Y no lo digo únicamente por el susto con el guardia de seguridad, sino por todo en general. Hacía mucho tiempo que no tenía una tarde de exploración tan fructífera, y hace que me cuestione qué clase de cosas me he estado perdiendo todo este tiempo por no haber tenido ningún amigo de verdad.

Me viene a la mente la incertidumbre que me produjo Axel al contarme los motivos por los que vinieron a vivir a Portsmouth y, honestamente, no quiero saberlos. Si es que, realmente, hay algo más que me ha ocultado. Porque, fuese lo que fuese, agradezco a Dios, al cosmos o a lo que sea que controle todo que se fueran los Morgan de aquí y llegaran los Foster en su lugar. En menos de un mes, he sentido una conexión con Axel que jamás había sentido antes con ninguno de los hijos de los Morgan. Ni con Leslie, ni con Nick, ni con Jeremy, que tenía mi edad pero nunca se acercó a mí ni para pedirme la pelota cuando se colaba en nuestro jardín trasero.

Axel es otra historia.

AXEL

Taylor necesita una puesta a punto rápida.

Afino las cuernas lentamente para dejarla perfecta y otra vez estoy pensando en Milo, y no precisamente de la forma en la que debería. Sé que no hago nada malo, pero somos amigos y los amigos no tienen esta clase de pensamientos. Los amigos no buscan el roce de su piel constantemente. Los amigos no desearían poder abrazarse a todas horas. Los amigos no tienen ganas de besarse.

A lo mejor es que yo soy un amigo para Milo, pero Milo es algo más que un amigo para mí, y todavía no lo sabe, ni debería saberlo nunca. Porque, si hay algo que aprendí con Tommy, fue a no permitir que mis sentimientos se interpongan entre una amistad. Aunque, realmente, Tommy y yo no éramos amigos, pese a que nos comiéramos con la mirada día tras día. Pero yo me entiendo.

Por eso me alegro de que ya hayan empezado las clases. No importa que sea un estudiante tirando a mediocre y que no conociera a nadie en ese lugar. Un nuevo curso de instituto significa tener la mente enredada en otras cosas, en otras personas, en otros peligros diferentes. Y hasta ahora no puedo quejarme.

Tal y como Milo sugirió, empecé el primer día llamando la atención. Fui con Taylor, fingiendo que tenía clases de guitarra nada más salir del instituto. Eso fue suficiente para que varias personas se acercaran a mí, dando por hecho que era un chico interesante, una aspirante a estrella del rock. Ahora tengo la opción de formar parte de la banda del instituto o seguir a mi bola sin renunciar a mi recién conseguido estatus social adolescente.

Ahora que ya han empezado las clases, Milo y yo tenemos menos tiempo para vernos. Diría que su madre no le deja salir de casa entre semana, pero lo cierto es que Milo se enclaustra voluntariamente para estudiar, leer, realizar tareas y estar completamente al día. Lo que significa que estos días yo he podido dedicar un poco más de tiempo a practicar con Taylor, a descubrir los nuevos lanzamientos musicales de la temporada y a aprender a jugar al Buscaminas en el ordenador. ¿Alguien entiende el objetivo de ese juego? Aprovechando que es fin de semana, estamos pasando la mañana explorando el río. Después de la aventura en las vías del tren y el almacén de contenedores, Milo no estaba por la labor de correr más riesgos y le he permitido elegir una actividad menos Axel y más niño burbuja.

—Dime, perdonavidas, ¿hay alguna que te guste? —me pregunta Milo, saltando de una piedra a otra, cada vez más cerca del agua.

—¿Alguna qué? —Intento seguir su ritmo, tanto literalmente como en sentido figurado, porque no sé a qué se refiere y estas rocas están tan resbaladizas que empiezo a pensar que sus zapatillas tienen ventosas en la suela.

—Alguna chica —me aclara, girándose hacia atrás y haciendo un gesto de obviedad con las manos—. En tu nuevo instituto.

Se acuclilla en la última roca seca que hay y remueve el agua con el palo que lleva en la mano. Un par de peces giran a su alrededor y después salen disparados entre las piedras. Tal vez yo debería hacer lo contrario y no huir de su pregunta, decirle la verdad: que a mí las chicas no me interesan. Pero no lo conozco tanto como para saber qué pensará al respecto de que a su nuevo vecino y amigo le gusten los tíos. Ni yo mismo lo termino de entender y me siento raro si lo

analizo durante un rato, no quiero ni pensar en cómo podría reaccionar él.

—Me gusta alguien —le respondo finalmente. Una verdad a medias—, pero no hay nada que hacer. No le gusto.

—¿Le has pedido salir? —me pregunta, encogido en el suelo y volviendo sus casi transparentes ojos azules hacia mí con una expectativa que me revuelve el estómago. Si le gustara, aunque sea un poco, no me haría esa pregunta con tanta ligereza y sin un ápice de celos.

—Qué va. No hace falta.

Llego hasta Milo y me siento en la roca que hay al lado. Me quito las zapatillas y meto los pies en el agua del río. Me inclino hacia atrás, apoyándome en los codos y levanto la cara hacia el sol. Ya no quema tanto como hace un par de semanas. Está claro que el verano está ya de capa caída y en el trayecto de regreso al lugar del que vino. Listo para desaparecer hasta dentro de nueve meses.

—Yo creo que deberías arriesgarte —me dice.

—¿Igual que te arriesgas tú?

—A mí no me gusta ninguna.

Giro la cara hacia él a la velocidad de la luz y arqueo las cejas.

—Ninguna de clase —me aclara, y mi ilusión vuelve a hundirse en el fondo del río.

—No me refería a eso, sino a que no eres el más indicado para ir diciéndole a otros que corran riesgos, que vivan la vida y esas cosas.

Milo tira el palo de madera con fuerza y cae en el agua a unos cuantos metros de nosotros. Dos tipos pasan en una lancha motora y nos miran confundidos, como si fuera la primera vez que ven a dos chicos comportándose como adolescentes y trasteando junto al río.

—La gente de por aquí no suele venir a explorar, ¿no? —le pregunto a Milo, señalando a los dos que acaban de pasar frente a nosotros.

—La verdad es que no. Por eso me gusta. Así puedo estar tranquilo. En la punta aquella de allí —continúa, señalando hacia la zona norte de nuestro vecindario—, hay una cubierta chula que llega hasta donde el río es profundo y la gente se baña y eso.

—¿Y tú no vas?

Milo aprieta los labios y se encoge de hombros por enésima vez desde que lo conozco.

—Estoy bien por aquí.

Después de dar un par de saltos más entre las rocas, Milo se sienta a mi lado, se quita las zapatillas e introduce los pies en el río junto a los míos. Imita mi postura torpemente y entrecierra los ojos, cegado por la luz del sol, al intentar mirar hacia el cielo. La verdad es que nos habrían venido bien dos pares de gafas de sol. Y un par de refrescos. Entonces sí que estaríamos viviendo el verdadero sueño americano.

—No sé qué encuentras de cómodo en esto —se queja Milo—. Me duelen los codos, el musgo de las rocas entre los pies es desagradable y...

—Estás bueno tú para irte de excursión a la montaña —le interrumpo.

Milo vuelve a hacer el gesto de conformismo y sonrío. No sé qué tiene, porque desde luego no es como la versión humana de Casper ni como ningún otro de los chicos en los que me he fijado antes. No tiene apenas músculos, sus facciones son bastante comunes, tiene las piernas estrechas y es más tímido que una cría de ratón. Pero tiene algo en la mirada que te pide a gritos que le quieras, por favor, que lo necesita más que nada en el mundo. Y a mí cada vez me cuesta más ignorarlo.

—Me gusta explorar lo que puedo controlar y siempre desde la distancia. Esto da asco, tío.

Milo se pone en pie mientras yo me río de su actitud remilgada. Un día de estos me lo voy a llevar de acampada lejos de aquí, aunque sólo sea una noche, y va a volver a Portsmouth convertido en un hombre de provecho. Da un par de pasos sobre la roca húmeda y, al tercero, sus pies mojados ceden. Se me escapa una risa involuntaria, pero entonces sus pies resbalan roca abajo, intento sujetarlo estirando un brazo y cae de espaldas al río, haciendo aspavientos con las manos para intentar sujetarse a algo en el aire.

—¡Milo! —Me levanto de un salto pero no he reaccionado a tiempo y llego tarde.

Observo el agua turbia, conteniendo la risa porque no sé aún qué ha pasado, pero Milo no sale a la superficie. Lo veo bocabajo sin moverse a través del agua y me tiro al río a por él. Lo sujeto por un hombro, sacando su cabeza fuera del agua, y lo arrastro nadando hasta una zona donde las rocas son más bajas y se hunden en la tierra de la orilla. Lo tumbo boca arriba y me arrodillo a su lado.

—¡Milo! ¡Milo! —le grito y le doy un par de golpes en la cara—. ¡Ey! ¡Espabila!

No reacciona y no tengo ni idea de si respira o no. Tantos capítulos de *Baywatch* y me he estado fijando siempre en lo menos importante. Es imposible que se haya ahogado. No ha estado ni 20 segundos bajo el agua. Le doy un par de golpes más y me planteo hacerle el boca a boca, pese a que no tengo ni idea de cómo se hace realmente. Me acerco a su cara pero me retiro enseguida. Joder, no quiero que se despierte y piense que lo estoy besando. Sería muy humillante que me escupiera en la cara por haberme aprovechado de su caída para besarlo. Pero claro, si además... A ver, Axel, céntrate, ¡que a lo mejor se está muriendo! ¡Déjate de tonterías y hazlo! Que piense lo que le dé la gana, que no es el momento ni el lugar para sentir vergüenza.

Me inclino hacia Milo para hacerle el boca a boca y, cuando estoy a menos de un palmo de sus labios y pretendo cerrarle la nariz, sus ojos se abren inesperadamente. No es como en las películas. No tose exageradamente, ni echa agua, ni escupe nada. Simplemente se queda ahí, quieto, mirándome con su brillante y mojada expresión, entre asustada y perdida. Y supongo que la mía debe de ser parecida, porque me he asustado bastante y creo que, si llega a pasarle algo, también me habría sentido un poco perdido.

—Ya es la segunda vez que te pasa lo mismo —le digo, recordando la vez que me contó que se había caído en el río y se hizo un Cristo las piernas y el pecho—. Y luego dices que cruzar la autopista es peligroso.

Milo menea la cabeza, negando con decepción, se incorpora y se sienta, abrazando sus rodillas contra el pecho. Toma una gran bocanada de aire y la suelta lentamente. Me siento a su lado y le paso el brazo por encima. Joder, menos mal que no ha pasado nada. Me siento fatal conmigo mismo por no haber sabido qué hacer. Soy año y medio mayor que él, debería haber reaccionado de otra forma. Más eficaz, más rápido. No me ha gustado la sensación de que la vida de Milo dependiera de mí y haberme bloqueado mentalmente. Esto no puede volver a pasar. Indistintamente de lo que esté empezando a sentir por él, su bienestar debería estar siempre por encima de todo. Y de todos.

Aprieto mi brazo para juntar nuestras cabezas y miramos en silencio el agua del río, que ya ha regresado a la calma, con su ligero vaivén habitual. Milo empieza a temblar, supongo que del susto, porque, pese a estar mojado, hace el relativo calor de finales de verano. Froto su brazo con mi mano.

—No es verdad, no me caí —me dice después de un rato.

—No te avergüences, tonto. Ya te dije que todos nos caemos.

—No me caí, Axel.

—Milo, acabo de verte. No pasa nada, joder.

—¡No hablo de ahora! —exclama, molesto, sin levantar la vista de entre sus rodillas.

—¿A qué te refieres?

—Lo de la foto del anuario. No fue en el río, sino... otra cosa. En otro sitio.

—¿Te caíste en otro sitio? Da igual, tonto. Eso no importa. Ahora estás bien.

Milo asiente en silencio, se levanta con cuidado y escala las rocas, de rodillas y sujetándose todo el tiempo a ellas con las manos, hasta llegar a sus zapatillas. Se las pone y emprende el camino de regreso a tierra firme, con mucha más delicadeza y menos temeridad que cuando llegamos. Yo hago lo mismo y le sigo. A lo mejor quiere comprobar si me intereso por su vida y sus problemas, así que le pregunto por eso que parecía que iba a contarme, aunque acabo de decirle que no tiene importancia. Tal vez para él sí la tiene.

—¿Entonces qué ocurrió? —le pregunto.

Milo sigue caminando en silencio, dando patadas a una piedra.

—¿Sabes que puedes contarme cualquiera cosa, verdad?

—Olvidalo, no quiero hablar de eso ahora —me responde, caminando un par de pasos por delante de mí, sin apenas girar la cara hacia atrás—. No debería haber dicho nada.

Si hay algo que he aprendido en los últimos meses con mis propias vivencias, es que odio cuando alguien intenta hablar conmigo de algo que no me apetece mencionar o para lo que no estoy preparado aún, por lo que decido no insistir. Está claro que no lo conozco tanto como para que mi intuición sea infalible. Milo sigue teniendo un mundo interior al que no tengo acceso. Avanzamos entre los jardines de dos casas y llegamos a la calle que conecta con la nuestra. El tráfico es inexistente y caminamos por mitad de la vía. Nuestra ropa mojada va dejando un hilo de gotas en el pavimento.

—Deberíamos cambiarnos.

—¿Adónde crees que voy? —me pregunta un poco de mala gana. Camino más rápido que él y me pongo delante. Extiendo un brazo y lo detengo. Milo levanta la mirada en busca de la mía y, sin decir nada, creo que entiende que yo no tengo la culpa de lo que le pasara y tampoco de que se haya caído en el río—. Lo siento.

—Venga, vamos a buscarte otra camiseta de marinero de esas tuyas.

Consigo sacarle una sonrisa y, para cuando llegamos a su casa, ya le ha vuelto a cambiar el humor y vuelve a ser el encantador y risueño Milo de siempre. Bueno, desde que lo conozco.

Un par de horas después, tras cambiarme, regresar a casa de Milo y comenzar a ver una película, me ruge el estómago e intuyo que la hora de comer está cerca, pero no me he puesto el reloj y Milo se ha quedado dormido a mi lado. Me inclino hacia el otro lado de la cama, sobre él, y busco su mano. Hago un ejercicio de contorsionismo para alcanzar a ver la pantalla del reloj sin mover su muñeca. Casi la una de la tarde.

Al tenerlo tan cerca, no puedo evitar observar su cara, sus casi invisibles pecas, las mejillas coloradas y el pelo alborotado, que se le ha secado sin forma y parece que lleva durmiendo varios días seguidos. Ahora puedo reconocer que me he asustado antes. No me ha dado tiempo a pensar y, para cuando pude ser consciente de lo que había ocurrido, Milo ya había vuelto a abrir los ojos. Pero desde entonces he estado sintiendo una angustia en el pecho que no sabría definir.

Me levanto de la cama, me acerco a la antigua televisión y la apago. Ya he visto *Romy & Michele* antes y sé cómo termina. Pienso en regresar a casa, pedirle a mi madre algo de comer

para Milo y para mí, y regresar, pero oigo que se cierra la puerta de entrada y la voz de la madre de Milo anunciando su llegada. Él se incorpora de golpe, asustado. Y tarda un segundo en reaccionar, como si no recordara cómo ha llegado hasta aquí. Después se levanta de la cama y alisa la colcha, borrando todo rastro de la siesta que se ha echado. Intento preguntarle si tiene prohibido dormir a deshoras, pero entonces caigo en la cuenta de que está ocultando el hecho de que estábamos los dos tirados en la cama. Algo le han hecho a este chico que todo le da miedo y por todo siente vergüenza y la obligación de justificarse.

—¡Milo! ¿Hay algo de...? —dice la señora Fisher, mientras se acerca hasta la habitación—. ¡Ay! Axel, cariño, no sabía que estabas aquí.

—Hemos ido a explorar al río —dice Milo, buscando algo por el escritorio.

—Y a daros un chapuzón también. —Su madre le revuelve el pelo con la mano.

Milo retrocede y se detiene frente al espejo. Intenta arreglarse el peinado con los dedos, pero no hay forma de que recupere su aspecto habitual. Sacude la cabeza y resopla.

—Empiezo a entender por qué vas siempre con gorra —me dice.

Encojo un hombro y ladeo una sonrisa. Me ha pillado. La pena es que no puedo llevarla al nuevo instituto, cosa que sí podía hacer en el de Indiana, así que he tenido que acostumbrarme a peinarme todas las mañanas para no parecer un vagabundo por los pasillos de clase.

—¿Queréis ir al McDonald's a comer? —nos pregunta la madre de Milo, regresando a la habitación.

—¿Te da tiempo? —le pregunta Milo, mirándome después a mí en busca de mi opinión acerca del improvisado plan. Me parece bien.

—Si vamos en coche sí —responde Linda—. Lo puedo llevar yo ahora y a la vuelta... —Me mira—, a la vuelta lo puedes traer tú, Axel. Y ya después vuelvo dando un paseo, que la residencia no está tan lejos. Además, hoy es domingo y los horarios son menos estrictos.

—A mí me parece bien, señora Fisher.

—Linda, Axel. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Yo no soy *la señora* de nadie —me dice, con una sonrisa, mientras caminamos escalera abajo—. ¡Milo!

—¡Voy! —grita él desde el baño.

Miro hacia atrás y lo veo metiendo la cabeza en el lavabo para mojarse el pelo otra vez. Después lo seca con una toalla, se lo peina perfectamente y, una vez parece un perfecto monaguillo en misa de domingo, lo rebuja con los dedos para darle ese aspecto un poco más desenfadado que lleva siempre.

MILO

Hace ya bastante tiempo que dejé de creer en Santa Claus, pero esta Navidad en concreto tengo la necesidad de mirar hacia el cielo y pedirle que me traiga un padre. No a mi padre, sino un padre de verdad. Que nos devuelva a todos al pasado y podamos empezar de cero en este mismo lugar pero con un padre decente que actúe como un ser humano y no como un animal sin empatía ni capacidad de razonamiento. Es nuestra primera Navidad como dúo, pero no por ello hemos decidido suspenderla. Todo lo contrario. Por primera vez en muchos años, mi madre sonrío mientras decoramos el árbol y probamos las luces nuevas que hemos comprado. Nos dijeron en la tienda que estas son más modernas y que, si se funde una, las demás no dejarán de funcionar. Me lo creeré cuando lo vea.

Observo detenidamente a mi madre mientras suena el disco navideño de Mariah Carey (no es cosa mía, lo ha puesto ella, como cada año) y el brillo de sus ojos me transmite toda la seguridad que necesito para afrontar esta época. Porque otros años lo hacía desde el miedo. No sabía en qué momento al viejo Jack Fisher se le iba a cruzar el cable e iba a transformar el espíritu navideño en una sucesión de insultos e improperios porque la cena estuviera un poco fría, o la cerveza un poco caliente, o los cigarrillos demasiado lejos, o las flores demasiado cerca (era alérgico, o eso decía). Ahora la casa está llena de adornos navideños, de luces de colores y de flores, muchas, muchas flores.

—Entonces... ¿Qué le vas a pedir a Santa Claus? —me pregunta mi madre y me guiña un ojo.

—No sé —le respondo al mismo tiempo que intento colocar la estrella en lo alto del árbol medianamente enderezada—. Puede que un *discman*.

—¿Y para qué quieres uno si toda la música la tienes en casetes?

—Por eso, *ma*. Me dijo Axel que hay un programa de ordenador nuevo. Napster o algo así. Que puedes descargarte música por internet y grabarla en discos.

Mi madre sonrío furtivamente, cierra las cajas vacías de los adornos de Navidad y deja caer la razonable duda de cómo voy a descargar música por internet si no tenemos internet.

—Usaré el ordenador de Axel, aunque tengo la esperanza de que el nuevo milenio traiga consigo el internet a esta casa, la verdad.

—Milo... Primero vamos a ver qué pasa el uno de enero, porque mucho me temo que el caos tecnológico va a traer consigo graves consecuencias.

Sacudo la cabeza, negando semejante augurio, y hago una mueca con la lengua fuera. Mi madre lleva semanas atacada con todo eso del *efecto 2000*. Dicen que la tecnología no está preparada para ello y sufrirá una especie de trastorno a nivel global que provocará un desastre internacional descomunal, pero yo estoy convencido de que son todo pamplinas. Los aviones no se van a caer del cielo, los semáforos no se van a volver locos y los ordenadores no van a dejar de funcionar sólo porque los numeritos de la pantalla pasen del 99 al 00. En todo caso, como mucho, la tecnología creará que es el año 1900 otra vez, pero no por ello implosionará el mundo.

—¿Seguro que no prefieres un Furby?

Miro a mi madre con una expresión asesina que podría provocar la Tercera Guerra Mundial en este salón.

—Tú hazme caso y dile al bueno de Santa que me traiga un bonito *discman*. Uno azul.

Por la tarde, Axel y yo estamos en mi habitación disfrutando del primer día de vacaciones de Navidad. Me he propuesto sorprenderle de verdad, así que he encontrado la canción perfecta. Tuve que pedirle a Rossy Andrews que me prestara la cinta del recopilatorio donde sabía que estaba incluida y grabarla en otra virgen, como hago siempre que descubro alguna canción que me gusta cuando me presta su *walkman* en el recreo, ya que mi madre me tiene prohibido llevar el mío al instituto.

Me acerco al radiocasete, introduzco la cinta y pulso el botón de reproducción. The Corrs son un grupo irlandés que poca gente conoce aquí. Jamás he escuchado su música y ni siquiera la Mtv emite sus vídeos. Los he descubierto gracias a Rossy y su recopilatorio comprado en Londres durante sus vacaciones del invierno pasado. La guitarras de *Only When I Sleep* suenan en los altavoces y Axel arquea las cejas. A estas alturas, lo conozco lo suficiente como para saber que se ha sorprendido. Subo el volumen y cierro la puerta.

Axel se deja caer sobre mi cama y mira hacia el techo con los brazos desplegados sobre la colcha. Su vista se pierde entre los dibujos que cuelgan de la pared. Todos míos, de cuando aún me apetecía pasarme las horas recreando en papel todo lo que se me pasaba por la mente. Su pie derecho se mueve al ritmo de la música y asiente con la cabeza mientras se le va dibujando una sonrisa. Sé que él prefiere los vocalistas masculinos como Red Hot Chili Peppers o Aerosmith, pero esta canción tiene un encanto difícil de resistir. Y las guitarras eléctricas conducen la canción transportándola a otro nivel que estoy convencido de que Axel sabe apreciar. De ahí que piense que es la canción perfecta, porque combina la mezcla de algo poco habitual en su discografía como es el pop con algo tan adentro de su ADN como es la guitarra ligeramente agresiva.

Llega el puente y los acordes de metal se unen a los violines y la flauta irlandesa. Axel sonrío con fuerza y menea la cabeza al ritmo de la canción. Incluso mueve su boca intentando seguir una letra que desconoce. Los últimos estribillos se repiten entre dobles voces y la canción termina. Yo me quedo en silencio, sentado en la silla del escritorio, mordiendo la manga de mi chaqueta y esperando una reacción por su parte.

—Bueno, pequeño Miles... Parece que a la sexta ha llegado la vencida.

—Sigo sin acostumbrarme a que me llames de esa forma.

Axel sonrío, pero no demasiado.

—No sabía que fuese el primero que te llama así. Si no te gusta, yo...

—No, no. Me gusta —le interrumpo y retomo el tema—. ¿Y a ti en serio te ha gustado la canción? —Me levanto de un salto y me tiro en la cama junto a él.

—Mucho, te lo juro. —Se muerde el labio, y se gira para mirarme, apoyándose en una mano—. No sé quién es esta tía, pero quiero más. ¡Has conseguido lo imposible, tío! ¡Me ha gustado una canción pop!

Echo la cabeza hacia atrás y sonrío victorioso, estirando los brazos con los puños cerrados hacia el techo. Por fin. Axel se levanta y se acerca a la ventana. Le sigo con la mirada y descubro que lo que le llama la atención es que ha empezado a llover con fuerza.

—Me encantan estos días —me dice. Se vuelve hacia mí y creo que mi cara habla por sola—. ¿A ti no?

Niego con la cabeza y giro sobre mi cuerpo hasta quedarme de lado, dando la espalda a la ventana, a la lluvia y a Axel. La noche en la que se fue mi padre llovía, por dentro y por fuera. Los relámpagos iluminaban la casa cada pocos minutos, el agua repiqueteaba contra el tejado y los cristales de las ventanas. Y mi padre estaba tan fuera de sí que fue la última vez que ocurrió. Aquella noche, mi madre tomó la decisión que salvó nuestras vidas. Y, desde entonces, odio

cuando llueve. Porque la lluvia me recuerda cuánto dolía.

Mi madre entra en la habitación, me mira de forma cómplice y le sonrío de vuelta para que no se preocupe. Nos pregunta si queremos unos sandwiches para cenar y aceptamos sin pensarlo demasiado.

—Ha llamado tu madre, Axel —nos avisa—. No saben cuándo llegarán porque han cortado algunas carreteras. La tormenta es brutal hacia el sur y viene de camino.

Me estremezco e intento no pensar en ello. Sólo es agua. Sólo fueron golpes. Todo va bien ahora.

—Si no quieres dormir solo en tu casa, puedes quedarte en la otra habitación.

En estos meses, mi madre decidió recuperar su territorio perdido y regresar a su habitación, la grande, la que compartía con el viejo Jack. Desde entonces, la habitación de invitados ha recuperado su función como «la habitación de los trastos y una cama». Bertha Anderson irrumpe en mi habitación sin previo aviso y casi nos mata del susto, porque ni Axel ni yo sabíamos que estaba en casa. Y, además, ha aparecido justo cuando un sonoro trueno retumbaba en las paredes.

—Linda, preciosa, me voy, que me va a pillar la tormenta.

—Pero te vas a empapar, ¿a dónde vas con la que está cayendo?

Mi sonrisa dice «claro, mujer», el resto de mi cara grita «¿pero qué estás haciendo, mamá?». Por suerte, Bertha Anderson es demasiado mujer como para permitir que cuatro gotas o una tormenta tropical le digan lo que puede o no puede hacer, así que decide irse de todos modos para no dejar a su marido desatendido. Antes de marcharse, nos echa una ojeada a Axel y a mí y vuelve a mostrar esa pícara sonrisa que lleva regalándome desde el verano. No tengo ni idea de cuál es su rollo, pero cada vez me incomoda más.

Dos horas después, la luz se ha ido y estamos a oscuras en mi habitación, iluminados solamente por la luz de algunas velas y una linterna que nos vamos intercambiando para ponérsola bajo la barbilla y ver cómo la cara del otro se convierte en una imagen fantasmagórica. Afuera sigue lloviendo, el agua golpea las ventanas y las ramas de los árboles rugen con el viento. La parte intensa de la tormenta parece que ya ha pasado, pero la lluvia seguirá molestando durante un rato más.

Axel se levanta para ir al baño y me quedo solo, sentado en el suelo de la habitación, moviendo el haz de luz de la linterna de un lado a otro. Enfoco el acuario y los peces dan coletazos nerviosos alrededor de las paredes de cristal. ¡Ups! Lo siento. Cambio la luz de sitio e ilumino la ventana, llegando más allá, hasta la ventana de Axel. Parece mentira que hace cuatro meses estuviera muerto de miedo porque me vio bailando en este mismo lugar y escondiéndome de él en la cocina. Ahora lo sabe casi todo sobre mí. Nos hemos vuelto inseparables y por primera vez en mi vida sé que lo que es tener un amigo de verdad. Uno leal. ¿Quién necesita un *discman* cuando tiene un Axel Foster?

Continúo moviendo la luz de la linterna y, sin querer, la detengo sobre el listón de madera que estaba suelto, cerca de la puerta. El pedazo de suelo que se balanceaba cada vez que lo pisaba. El pedazo de suelo bajo el que escondía mis tesoros de pirata cuando era pequeño. El pedazo de suelo que mi padre utilizó para... Las lágrimas empañan mi visión y los pies de Axel se detienen justo donde está el círculo de luz, sobre el listón de madera arreglado que ya no se puede levantar del suelo.

—¡Ey! —Corre a arrodillarse a mi lado—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando?

Giro la cara hacia el lado opuesto e intento secarme en vano las lágrimas con el cuello de la camiseta.

—¿Es por la tormenta? No pensé que realmente te diera miedo. Miles, es solo agua. No se va a venir abajo el mundo.

—¿Y por qué siento como si fuera así? —le pregunto, aunque sé que mi estado no se debe a la lluvia específicamente, sino a lo que representa.

Axel se queda en silencio, se sienta con las piernas cruzadas a mi lado y respira lentamente. Oigo el ruido que produce su boca al abrirse y cerrarse varias veces, como si intentara decir algo y no se atreviera.

—Venga, dílo.

—No quiero meterme donde no me llaman. No quiero verte mal.

—Da igual. Ya se me está pasando. No es nada. Suelta ya eso que te arde en la boca, anda.

—¿Es por tu padre? —No me esperaba esa pregunta, pero no me incomoda porque ya estaba pensando en ello, así que no llega removiendo nada. Fluye.

—¿Cómo sabes eso?

Axel me recuerda el día en el que estábamos en el desván y encontramos el anuario de los Morgan, cuando recién habíamos empezado a ser amigos y vio mi foto con once años. No terminó de creerse que los golpes que tenía en el cuerpo fueran por haberme caído y pienso que ojalá la gente hubiera sido tan incrédula como Axel, porque entonces mis excusas de por aquel entonces no habrían resultado verosímiles y, quizás, todo se hubiera terminado antes. Pero si pude engañar a mi madre, ¿cómo no iba a engañar a vecinos y profesores?

Le cuento a Axel que todos los que me conocían sabían que me encantaba ir a explorar al río, así que haberme caído entre las piedras y haber vuelto a casa por mi propio pie resultaba una historia bastante convincente; pero quizás todo habría sido diferente si alguien se hubiera fijado en que uno de los golpes tenía la marca de varios dedos. Los mayores siempre están ocupados con problemas de verdad. Son cosas de niños. Mi madre me prohibió ir al río solo y yo no entendía por qué tenía que aguantar las palizas de mi padre sino y, además, me castigaban por ello. Callé, por supuesto. Porque tenía principalmente dos miedos: a mi padre y a que me siguieran arrebatando cosas.

—¿Tú madre no sospechaba nada? —me pregunta Axel.

—Mi madre bastante tenía con aguantar lo suyo.

No fue hasta que aprendí a disimular los golpes esporádicos de mi padre cuando me di cuenta de los que recibía mi madre. Porque actuaba tal y como yo lo hacía: evitando ciertos ángulos, quejándose del frío para poder llevar ropa de manga larga, no queriendo coger sol en verano... Pasaron dos años y todo se detuvo. De pronto, no hubo más golpes, ni más gritos. Los insultos eran mucho menos habituales. Di por hecho que los demonios se habían ido, que todo había sido un mal sueño, una extraña fase que quedaría como un borrón en nuestra historia familiar y saldríamos adelante. Y entonces llego marzo.

Una tarde, mientras hacía un dibujo de Nick Morgan levantando pesas en el jardín de su casa, bajo la lluvia (porque era lo que estaba viendo y no encontraba otra cosa que me inspirara) mi padre entró en la habitación. Estaba empapado, apestaba a alcohol y a tabaco, de un modo que hacía meses no ocurría. Me preguntó dónde estaba mi madre, que había ido a comprar a la tienda, y me apretó los hombros con sus manos mientras sostenía un cigarrillo que casi me quema la cara. Me quejé. Se disculpó. Bajó la vista y vio el torso desnudo de Nick Morgan delineado en mi cuaderno de dibujo. En ese momento supe que había dejado de ser mi padre. Nunca antes había

visto esa ira en sus ojos. Ni si quiera durante las otras palizas.

Con las manos aún sobre mis hombros, dejó caer el cigarrillo sobre el dibujo y tiró de mi espalda hasta que caí al suelo, a los pies de la cama. El viejo Jack cogió el dibujo entre sus manos, mientras comenzaba a arder y lo tiró al suelo. Levantó la bota para pisotearlo pero, en vez de caer sobre el cuaderno, su pie cayó sobre mi mano. Me quejé de dolor, pero buena parte de mi mano se encontraba bajo el puente entre la suela y el talón, así que pensé que había tenido suerte. Nada más lejos de la realidad. Volvió a levantar la pierna y me dio una patada en el costado que me hizo rodar hasta golpearme contra la cama. Mientras tanto, el cuaderno con todos mis dibujos ardía en el suelo bajo la ventana.

Axel no da crédito y señalo con la luz de la linterna hacia la zona en la que ardió el dibujo. La madera todavía está oscurecida.

Intentaba explicarle que no era lo que parecía, que sólo era arte, pero él había dejado de escuchar la poca voz que salía de mi interior. Siguió dándome golpes mientras yo intentaba protegerme la nuca y la cara. Una vez había leído que alguien había muerto por recibir un golpe en la nuca y, en aquel momento, sólo podía pensar en que no quería morir de un golpe así. No quería morir. Punto.

El fuego del cuaderno de dibujos cada vez cobraba más intensidad y alcanzó las cortinas mientras mi padre continuaba su paliza y yo intentaba con todas mis fuerzas ponerme en pie y salir corriendo. Las cortinas ardían, mis pulmones ardían, mi piel ardía y, si aquello continuaba así, acabaríamos ardiendo los dos y la casa entera.

Entonces se dio por vencido y se dio la vuelta para marcharse. Pero regresó. Agarró con fuerza las cortinas de la ventana y las arrancó de cuajo. Las pisoteó junto a mis dibujos y después tiró mi chaqueta favorita encima para lograr apagar el fuego. No sé si soy tonto o buena persona, pero en aquel momento quise gritarle que, por favor, no tirara mi acuario sobre el fuego. No hizo falta. La chaqueta fue suficiente.

Se quedó plantado allí, de pie, mirando por la ventana cerrada. La tormenta había empeorado y los relámpagos silueteaban la figura de mi padre frente al cristal. Los truenos hacían vibrar las paredes. Mientras salía, pisó el tablón de madera suelto. Y estoy seguro de que recordó la vez que encontró allí mis tesoros de pirata, entre los que había algunas pulseras viejas de mi madre. ¡Era un tesoro! Sin embargo él no lo vio así, sino como otra cosa. Levantó el listón de madera y lo agarró con firmeza. El fuego de la ventana había sido apagado pero brillaba más que nunca en su mirada. Apretó la mandíbula y se abalanzó sobre mí con el trozo de madera en alto. Un golpe en el muslo. Otro golpe en el hombro. Cuando se disponía a darme el tercer golpe, y a saber cuántos más, un grito de mi madre lo paralizó.

—Y fue a por ella —me dice Axel. Sostiene mi mano entre las suyas y tengo la cabeza apoyada en su regazo.

—Eso pensé yo en aquel momento, pero no.

Mi madre había llamado a la policía antes de que mi padre pudiera impedirselo y él supo que estaba acabado. Las demás veces lo habíamos sabido disimular, pero aquella vez no había forma de inventarse una excusa que justificara mi estado. Todas las heridas, la sangre repartida por el suelo, la piel desgarrada... Pero le dio la opción de salvarse. «Vete y no vuelvas en tu puta vida», le dijo. Y él aceptó el trato para evitar una condena segura. Metió algo de ropa en una bolsa, cogió el fajo de billetes que escondía en lo alto de su armario y se fue sin mirar atrás. Ni al tiempo ni a nosotros.

—Milo, yo...

—No digas nada. —Me limpio las lágrimas con mi camiseta, o quizás es la de Axel. Estamos a oscuras—. No sé por qué te he contado todo esto ahora. Lo siento.

Axel me aprieta entre sus brazos y supongo que eso lo dice todo. Esta aquí, conmigo, para escucharme, para comprenderme, para simplemente estar. Y es suficiente, así que nos quedamos así un rato mientras me recompongo y dejo de llorar. Escuchando el sonido de la lluvia al otro lado de la ventana e intentando, tal vez, crear un nuevo recuerdo en torno a las noches de tormenta.

—Estoy cansado. Deberíamos dormir —le digo después de un rato, interrumpiendo el silencio de la habitación.

—Me voy a la otra cama, entonces —responde Axel, pero no hace el más mínimo movimiento.

—Vale. Mañana salimos a explorar los destrozos de la tormenta —sugiero, aunque ahora mismo me encuentro tan mal que lo último que me apetece es salir de paseo por la mañana.

Recordar lo ocurrido no me ha sentado bien. Tal vez hablar de ello con alguien haya cumplido alguna función, pero ahora mismo no me encuentro cómodo conmigo mismo. Por algún motivo que no comprendo, tengo miedo de que vuelva. No mi padre, sino el dolor. Estoy cansado de que los recuerdos del pasado hagan más daño que los golpes físicos del presente. Me gustaría poder dejar atrás lo ocurrido, pero lo veo complicado dadas las circunstancias. Me gustaría, por un día, ser un chico normal, como Axel. Me gustaría no tener esta mierda pegada a mi espalda que me impide sentirme ligero y avanzar sin resistencia.

Yo no elegí nacer. No me preguntaron si quería existir. Simplemente ocurrió. Y no es justo que, no habiéndolo elegido, se me castigue de esta forma con situaciones desagradables que ningún niño debería sufrir. Porque, al principio, suponía que era algo normal, que la vida era eso, que todo el mundo pasaba por lo mismo. Pero con los años me he dado cuenta de que ni es habitual, ni es normal. Mi padre era un desgraciado y seguramente lo siga siendo allá donde esté, vivo o muerto. A veces deseo que sea lo segundo, otras espero que sea lo primero y esté sufriendo todo lo que merece.

Estoy cansado de pensar así, de tener la mente siempre atrás, de que todo me recuerde a eso. Han pasado nueve meses desde que se fue y algunas heridas siguen ardiendo como aquella noche, como todas las noches anteriores, aunque en la piel ya no quede rastro de ellas.

—¿Qué te pasa? —Axel enciende la linterna y me enfoca con ella el cuerpo—. Estás temblando.

—Nada. No es nada. Vete, que estoy bien.

—Si quieres, me quedo contigo —me dice Axel en voz baja, retirando la luz de la linterna hacia otra parte.

Me lo pienso un poco. No quiero dormir solo. Hoy no. No así. No en este estado. Pero tampoco quiero que Axel esté obligado a compartir cama conmigo. Seguro que le resulta incómodo dormir con un mocoso llorica.

—Vale...

Retiro un poco la colcha de la cama y nos metemos debajo. Axel deja caer la espalda y apoya la cabeza en un cojín. Apaga la linterna. Nos quedamos en silencio otra vez y me pregunto si realmente se quedará a dormir o si esperará a que me duerma y después se escabullirá a la habitación de invitados.

—Me quedaré el tiempo que necesites, Miles. —Su voz resuena entre los ecos del silencio como si leyera mi mente.

—Hasta que deje de llover.

—Vale, eso haré —me responde—. Intenta dormirte, estoy aquí y no va a pasarte nada.

Cierro los ojos y evito las imágenes que se me pasan por la cabeza hasta que me quedo dormido.

AXEL

El nuevo año se acerca y la gente se carga la mochila de los propósitos. Dejar de fumar, empezar a hacer deporte, hacerse un tatuaje, viajar por Europa... Todos tenemos una lista de cosas que nos motivan muchísimo los primeros tres días y que hemos olvidado para cuando llega febrero. Por eso yo paso de listas este año y haré lo que me dé la gana, porque al final las cosas cambiarán y nada de lo que haya planeado habrá servido de mucho. Eso sí, no descarto que este nuevo año sea cuando por fin me haga mi primer tatuaje: una botella rota con cada mitad a cada lado de mi cicatriz del pecho, para recordarme siempre que no soy perfecto y no pasa nada.

En realidad, mi propósito a cumplir cuando el reloj dé las doce y celebremos la llegada del nuevo año es besar a Milo. Sé que somos amigos y tengo claro que no debería hacerme ilusiones ni crearme determinadas expectativas en cuanto a él, pero no lo puedo evitar. Lo quise besar desde que vi el anuario en el desván y casi lo hago cuando que se echó a llorar en mi regazo la noche de la tormenta, pero no era el momento. No sé si es un instinto de protección, si es que me atrae su fragilidad o si me he enamorado sin más. Ya he sentido cosas antes por otros tíos, pero ha sido siempre algo físico. Lo de Milo va más allá, porque su físico, aunque me encanta, es lo menos importante de todo lo que él es.

Lo que me asusta es que, si es correspondido, no sabría qué hacer. Esto sigue siendo nuevo para mí. Nunca he tenido novia, y la palabra «novio» me resulta algo incómoda. Y también está el hecho de que yo tengo dos años más que él. A priori no parecen tantos, pero no sé si él está en ese punto de su vida en el que se platee este tipo de cosas. Yo a su edad sí lo hacía, pero siempre he sido espabilado y siempre he vivido un par de pasos por delante de lo que me corresponde. No quiero espantarlo y tampoco quiero dejar escapar la oportunidad de que ocurra algo guay entre nosotros. Algo incluso mejor de lo que ya hemos conseguido en tan poco tiempo. Pero, si dejo de pensar en mí por un momento, siento que no puedo cometer el mismo error dos veces. No puedo creer que hay algo donde probablemente no lo hay. No sé hasta qué punto merece la pena arriesgar nuestro presente por un futuro que tal vez sólo esté en mi cabeza. Perder a Tommy me jodió, pero no lo pasé mal. Perder a Milo me destrozaría por dentro.

A finales del curso pasado, después de todo un año recibiendo miradas sospechosas, gestos insinuantes, momentos de complicidad a solas y un sinfín de señales que me indicaban que Tommy quería lo mismo que yo, decidí dar el paso durante el baile de graduación.

La noche estaba siendo de lo más monótona y mis amigos habían desaparecido todos con sus parejas de baile. Yo había decidido ir solo porque no me apetecía dar largas y excusas a ninguna chica. Era mucho más práctico ir de tipo duro que no quiere atarse a ninguna. Ví a Tommy sentado solo y, después de todo un curso completo sin mediar palabra, me envalentoné y le dije si quería salir de allí y hacer otra cosa. Aceptó y nos fuimos al exterior del gimnasio del instituto. El cielo de junio brillaba completamente despejado y nos sentamos en un muro. Para mí eran señales claras de que no me había estado imaginando nada. Éramos del mismo equipo y nuestros impulsos latían hacia la misma dirección. ¿Qué demonios, si no, pintábamos dos desconocidos por fuera del instituto, mirando la noche estrellada?

No me atreví a besarlo allí, al aire libre. Soy valiente pero tengo mis límites. De modo que

finjí querer ir al baño a mear y Tommy me acompañó. Las luces estaban apagadas, pero no las encendí al entrar y Tommy, que venía detrás de mí, tampoco. Mi segunda señal oficial. No estaba loco. O sí, pero era otro tipo de locura. Ni siquiera entré en uno de los cubículos, sino que permanecí por fuera, junto al ventanuco por el que se colaba un pequeño halo de luz. Tommy se acercó hasta mí, con su elegante smoking y sus ojos adormilados y se apoyó en la pared, a mi lado. No hablábamos, sólo nos hacíamos compañía. Todo era muy extraño pero, al mismo tiempo, era como si las piezas comenzaran a encajar y estuviéramos dando forma al puzzle que tanto tiempo habíamos tardado en ordenar.

—Daría mil dólares por saber lo que piensas —me dijo.

La tercera señal. Lo vi claro. Me incliné hacia él para besarlo, él se movió y mis labios aterrizaron en su mejilla. Quise morirme allí mismo. Un tiro en la sien. Rápido, eficaz, mortal. Pero entonces ocurrió algo que él negaría unos pocos segundos después: Volvió a girar la cara antes de que yo me apartara del todo y me besó en los labios. No había duda. No había sido un accidente. Tommy lo había provocado. Y el resto de las dudas se despejaron cuando mis labios se movieron en torno a los suyos y su mano comenzó a deslizarse por mi brazo con suavidad.

Pero se encendieron las luces del baño y Tommy no tardó ni medio segundo en empujarme.

—¿Qué haces, maricón? —me gritó.

No supe qué ocurría hasta que miré hacia la puerta y vi que un par de alumnos nos estaban mirando sorprendidos. Justo detrás, apareció el señor Smith y Tommy aprovechó para rematar su actuación.

—¡No vuelvas a tocarme, Foster! —gritó, para que el señor Smith, el director del centro, pudiera enterarse bien de que es lo que supuestamente había pasado—. ¡Ve a besar a otros como tú, desviado!

Tommy abandonó el baño corriendo. Yo abandoné el baile. Y el instituto abandonó toda posibilidad de encubrir lo que había pasado cuando corrió la voz por todo el alumnado. Les dejaron claro a mis padres que debían buscar otro centro para el siguiente curso, porque los padres de los demás alumnos no iban a pasar por alto algo así. El resto es historia.

Lo que para mí fue un gesto de amor, para el resto de padres había sido acoso sexual de tipo homosexual hacia un compañero de centro. Pero lo que más me dolió fue que Tommy hiciera algo así. Parecía buena persona y pensé que podíamos llegar a ser algo para lo que realmente no estábamos destinados. Ha sido la primera y única vez que he besado a otro tío. Y a pesar del drama, la mudanza y todo a lo que hemos tenido que renunciar, valió la pena cada segundo de aquel beso. Porque, si no sirvió para enamorar a Tommy, desde luego sí cumplió con otro cometido mayor y mejor: despejar mis dudas y ayudarme a comprender una parte de mí que llevaba un tiempo tratando de ignorar.

Miro a Milo, con su pajarita blanca y sus ojos azules a juego con la elegante camisa y tengo claro lo que quiero. Pero no puedo arriesgarme. Debo controlarme como he hecho todo este tiempo y no poner a prueba nuestra amistad. Y al mismo tiempo siento que voy a hacerlo. ¿Tiene sentido? No, no lo tiene. Encendemos la televisión para ver la cuenta atrás y comenzar el nuevo año. Mis padres, Olivia y Linda se sientan en el sofá, mientras Milo y yo nos quedamos en el suelo.

Ha sido un año peculiar para todos. Milo y su madre han pasado sus primeras navidades desde que el impresentable de su padre se fue, y ahora son una familia nueva y rara. Nosotros pasamos las primeras Navidades fuera de Indiana, aunque al menos estamos todos. Dicho eso, mejor que

falte gente a que haya personas como Jack Fisher.

—¿Estáis seguros de que no se van a fastidiar todos los aparatos electrónicos? —pregunta la madre de Milo.

—Linda, créeme. No va a pasar nada.

—Con el debido respeto, señor Foster —interrumpe Milo—. Si no me cree a mí, que me paso media vida en la biblioteca, no le va a creer a usted.

—En la facultad la gente estaba como loca con ese tema —añade Olivia—. Incluso hemos hecho apuestas y cosas así.

—¿Has estado apostando dinero con tonterías, Olivia? —Esa es mi madre.

—No, no, mamá. Tú sabes que yo no... —Mi hermana me mira de reojo y esconde una furtiva sonrisa detrás de su copa de ponche.

El reloj antiguo del salón comienza a dar las campanadas de las doce y todos caemos en la cuenta, después de meses viviendo aquí, de que está adelantado, por lo menos medio minuto. Mi padre aprovecha para ir a la cocina y traer otra botella de vino. Al regresar, mi madre le indica con un gesto que no la abra. Ella ya sabe lo que ocurrió con el padre de Milo, y me pregunto si esto ahora lo ha hecho por respeto a Linda o porque teme que su marido acabe siendo otro alcohólico similar.

La bola comienza a caer en Times Square y todos nos ponemos en pie frente a la televisión. Enseguida la cuenta atrás aparece en la gran pantalla y el momento ha llegado. En alguna parte, el megafiestón de Jennifer Lopez de *Waiting For Tonight* está apunto de sufrir un apagón. El contador llega al 1 y gritamos todos juntos, intentando atraer un poco de buena suerte a este año que nos espera. En la pantalla, el número 2000 se enciende entre fuegos artificiales. Mis padres se besan. Linda le da un beso en la frente a Milo. Mi hermana me mira. Yo miro a mi hermana. Negamos con la cabeza.

Parece mentira que sea el año 2000. Ya estamos en el nuevo milenio. Es el futuro. Hace décadas, la gente daba por hecho que, por este entonces, los coches ya volarían y viviríamos en casas de cristal. Pero lo cierto es que seguimos igual que estábamos en el pasado, hace unos minutos. El futuro ha llegado pero todos los adelantos tecnológicos se han olvidado de aparecer.

Media hora después, mi hermana ya está sopa en su habitación y la madre de Milo se va a su casa, muy agradecida por la invitación. Nosotros no tenemos sueño todavía, así que subimos a mi habitación y conectamos la Nintendo 64. Ponemos el juego favorito de Milo, *Star Wars Episodio I: Racer*, y echamos una media docena de carreras en las que, a pesar de mis esfuerzos, siempre acabo perdiendo. Hablamos del nuevo año, de lo aburrido que ha sido que no haya tenido lugar el *efecto 2000* y de lo triste que es celebrar este día en casa y no por ahí, en alguna fiesta chula. Aunque Milo deja claro que, de todos modos, tampoco se sentiría del todo cómodo en una fiesta llena de gente de su edad o de la mía.

Milo se frota los ojos, mira su reloj de pulsera y suelta el mando de la consola en el suelo.

—Digas lo que digas, es muy triste que mi beso de media noche sea cada año el de mi madre —se queja Milo mientras se tira en mi cama y las luces de neón de la guitarra de la pared se reflejan en sus ojos—. Al menos este año no he tenido que compartirlo con él.

—A mí no me ha besado nadie, no te quejes.

Milo se incorpora y pone los ojos en blanco.

—Tu podrías besar a la que quisieras.

Entiendo de dónde puede venir esa percepción, pero no comprendo por qué ha dicho eso, teniendo en cuenta que nunca hablamos de chicas. Yo porque no me interesan y Milo porque... es Milo. Nunca le he hablado de haber tenido novias, ni de famosas buenorras que me gusten, ni nada similar. De modo que no sé de dónde saca esa idea de que soy un ligón que puedo tener a la chica que señale sin problema. No es desacertado, al menos en lo que respecta a cuando yo tenía su edad, pero no sé por qué da por hecho algo así.

—Yo paso de eso, Miles —le digo, aunque Milo no va a captar el doble sentido de mis palabras.

Me siento en la cama junto a él y observo su mano cerca de la mía. Si esto fuera una película romántica, nuestros dedos comenzarían a atraerse como la gravedad hasta terminar entrelazados. No obstante, es el mundo real y, mientras tengo este pensamiento, su mano se mueve hasta su pecho, a dos mil años luz de distancia.

—De todos modos, no sé por qué tienes esa fijación con el beso de medianoche. No es para tanto.

Milo menea la cabeza y me mira con cierta desconfianza.

—Tú no lo entiendes porque seguro que ya has besado a muchas. No es porque sea una noche especial y todo eso, sino porque nunca lo he hecho. Voy a cumplir quince y no he besado a nadie.

Me había olvidado por completo de que el sábado que viene es su cumpleaños. Tendré que pensar en algo rápido que pueda preparar en menos de una semana, porque estoy sin blanca.

Milo vuelve a dejarse caer sobre la cama y su mirada se pierde en el techo. Yo decido dejar de pensar y comenzar a fluir. Me arrastro por la cama hasta estar cerca de la pared y me apoyo sobre el brazo, con la cabeza descansando en mi mano. Milo me mira desde abajo sin darle importancia a mi movimiento y yo descubro un infinito de colores en sus ojos azules que reflejan las luces del neón.

Sólo puedo fijarme en lo guapo que me parece, en lo bien que me siento a su lado y en las ganas que tengo de besarlo. Y entonces comienzo una cuenta entras en mi cabeza. «Diez, nueve». Nos conocemos desde hace unos meses y he visto cosas que me hacen pensar que Milo es como yo, que solo necesita descubrirlo. «Ocho, siete». Por favor, lo único que pido es tener algo guay y correspondido. «Seis, cinco». Algo como él. «Cuatro, tres». Algo real. Justo en este momento, Milo cierra los ojos y me lo tomo como una señal.

—Dos, uno... —susurro.

Me inclino sobre su cara y le doy un beso en los labios. Milo abre los suyos y me acaricia la cara con la mano. Le estoy besando... ¡y él me está besando a mí! No se aparta. No se asusta. Acaricio su cara y sonrío sobre su boca. Me aparto, abro los ojos y él abre los suyos.

Se incorpora y sus ojos dejan de brillar. Niega con la cabeza repetidamente y susurra un nervioso «no, no, no, no...» que empieza a resultarme amargamente familiar.

—¿Qué has hecho? —me pregunta, rozándose los labios con los dedos.

—Miles, yo...

No, por Dios. Otra vez no, por favor. No huyas, no te alejes. No me rompas.

—E-esto... —tartamudea Milo—. Esto no... No, no... No está bien. Pero, pero ¿qué?

Se calza los zapatos, mira a su alrededor, como si se hubiera perdido, y seguidamente abre la puerta de la habitación.

—¡Milo! —le grito, intentando correr tras él, pero tropiezo al bajarme de la cama y caigo al suelo. Cuando me levanto a trompicones, llego hasta el rellano y veo la puerta de mi casa cerrarse.

Regreso a mi habitación, me asomé a la ventana y quiero gritarle que vuelva, pero las ganas se mueren en el fondo de mi garganta. Espero un rato junto a la ventana, con la esperanza de que se encienda la luz de su habitación, pero no pasa del tenue azul del acuario.

Permanezco aquí, inmóvil, con la cara pegada al frío cristal, mirando hacia la ventana de su habitación y preguntándome cómo he sido tan estúpido de joderlo todo por un puto beso.

♥ Junio de 2004

“Nadie puede hacerte sentir inferior sin tu permiso”
Eleanor Roosevelt

MILO

Me despierto al sentir unas cuantas gotas de agua cayendo sobre mi cara. Otra vez no. Miro hacia arriba y descubro que se ha vuelto a filtrar el agua de la tubería que cruza el techo de mi habitación. Ocurrió lo mismo el agosto pasado, cuando llegué a la residencia dispuesto a comenzar mi nueva vida universitaria y no me permitieron cambiar de habitación. Yo realmente no lo quería, porque es de las pocas individuales que hay en este sitio. En el listado de prioridades, una tubería rota está por encima de un compañero de habitación. Supuestamente la habían arreglado, pero está claro que la chapuza ha durado poco más de nueve meses. Ha llegado con retraso, pero aquí la amiga tubería ha vuelto a romper aguas justo a tiempo. Y esto, aunque lo parezca, no es sarcasmo; porque, si hubiera ocurrido mañana, habría regresado después del verano a una habitación inundada o algo similar. Al menos, de este modo, puedo dejar aviso del incidente antes de regresar a Portsmouth.

Otra gota estampándose en mi frente me recuerda que es hora de levantarse y dejar de divagar. Aparto la colcha, que sorprendentemente seguimos usando pese a estar a finales de junio, y me vuelvo hacia Jess. Le acaricio el pelo con suavidad y después el hombro. Me encanta lo suave que tiene la piel. Es probablemente una de las cosas que más me han eclipsado. Eso y su sonrisa, que provoca que todos los más grandes desastres pierdan importancia. Sin embargo, no tiene buen despertar y no suelo ver sus dientes hasta que se ha tomado un café o, en su defecto, ha realizado sus estiramientos matinales.

Al levantarme de la cama, Jess se gira y queda boca abajo con el brazo colgando de la cama. El despertador acuático del techo no tarda en perturbar su tranquilidad.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? —pregunta, incorporándose de golpe.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos, que te dije que no tenía compañero de piso? —le pregunto, de espaldas a la cama, encendiendo la cafetera eléctrica y llenando el depósito de agua—. Te mentí. Está muerto en el desván y ha empezado a gotear.

Jess se sienta al borde de la cama y retira la almohada para que el agua no la moje. Después se da cuenta de que mojará el colchón y lo rueda hacia abajo. Meneo la cabeza, mientras observo la situación, y le acerco un vaso, que coloca justo donde caen las gotas de agua.

—Arriba no hay desván, sólo la azotea —dice finalmente—. ¿Ya no recuerdas la noche en la que te descolgué notas frente a tu ventana para que me perdonaras? He estado justamente aquí encima, enterado.

Me acerco hasta Jess en silencio, recordando cuando discutimos acerca de mi padre y le doy un beso en la frente.

No habíamos empezado a salir todavía. De hecho, no hacía ni un mes que habíamos descubierto que podríamos ser algo más que compañeros de clase. Sin embargo, tuvimos una de esas noches especiales durante las que la vida parece detenerse y sólo existen dos personas compartiendo verdad. Jess me habló de la muerte de su hermana melliza, Avery, y de cómo tuvo que superar la pérdida de la persona que más quería en el mundo, su mejor amiga, su confidente, su otra mitad. Me contó todo lo ocurrido: la discusión entre sus padres, el camión que circulaba en plena noche sin luces, el volantazo, las sacudidas y vueltas de campana del coche, el terror al detenerse boca abajo contra un árbol y, peor aun, el pánico que sintió al mirar a su lado y ver que no había nadie, en ninguna parte. Avery era la única que no llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Yo le conté lo de mi padre: los maltratos, los insultos, las borracheras y la vez que casi me mata y prende fuego a la casa. Todo iba genial, dentro de las circunstancias, hasta que me pidió que hablara con él, que intentara localizarlo y escuchara lo que tuviera que decirme. No lo podía creer. Evidentemente, le dije que no tenía ningún tipo de intención de volver a cruzarme con ese hombre en mi vida y Jess comenzó a chantajearme emocionalmente con su propia historia. Yo debía hablar con mi padre e intentar arreglar las cosas porque Jess no podría hablar con su hermana nunca más. No tenía ningún sentido, o al menos yo no se lo veía. Ojalá pudiera hablar con Avery y recuperar a su hermana, pero eso no significa que mi padre no sea un monstruo y que yo necesite tenerlo en mi vida de ninguna forma imaginable.

Jess no lo entendió. Discutimos y estuvimos varios días sin hablarnos. Una noche, mientras estudiaba, una cuerda se descolgó desde la azotea, frente a mi ventana, situada en la última planta. De ella colgaba un pequeño cartel que decía «lo siento» por un lado y «¿amigos?» en el otro. Lo cogí en el aire, cogí un rotulador y escribí «yo también» en un lado y «espero que algo más» en el otro. Tiré de la cuerda ligeramente y desapareció hacia arriba. Cinco minutos después, Jess llamó a mi puerta, la abrí ligeramente, lo justo para vernos las caras.

—Por ese hueco no puedo entrar —me dijo.

—Es suficiente —le respondí bromeando, como si siquiera enfadado.

Pero Jess asintió con la cabeza, se acercó hasta la rendija que había entre la puerta y el marco, y apretó su cara contra la madera hasta que sus labios tocaron los míos y nos besamos. Cuando se separó y dio media vuelta para irse, abrí la puerta por completo, tiré de su brazo hasta mí y le devolví el beso mientras dos chicas, sentadas en el suelo del silencioso pasillo, miraban atónitas nuestra escena.

Tuvimos una primera cita oficial, y una segunda, y una tercera, y muchas más hasta que Jess se convirtió, poco a poco y sin expectativas, en mi primer amor. Es la única persona de la que me he enamorado realmente y estos meses han sido geniales porque he podido descubrir por primera vez lo que es tener una relación sentimental de verdad, con sus más y sus menos. Después de ser el marginado de la clase, de haberme sentido como el patito feo del cuento, de haber sido humillado por unos cuantos noes y de haberme acostumbrado a sentir que los síes no eran para mí, Jess me ha cambiado la forma de ver no sólo la vida, sino a mí mismo como persona.

Sé que probablemente este tipo de cosas deberían salir de uno mismo y no estar sustentadas por la validación externa de personas que, igual que llegan, se pueden marchar. Pero lo cierto es que Jess ha conseguido que gane seguridad en mí mismo, que me sienta meritorio de recibir amor

y, ¿por qué no?, halagos, que camine por el mundo como uno más y me integre, dejando a un lado esa personalidad huidiza obsesionada con vivir siempre al margen de todo.

—Tú puedes ser quién te dé la gana de ser —me dijo una vez, mientras comíamos donuts y batidos sentados en el muro de la azotea—. Da igual quién hayas sido antes y quién la gente crea que eres, Milo. Eres libre de ser otra persona, de cambiar tu vida o de modificar tu aspecto. Lo que quieras. Y al que no le guste... ¡Aire!

Y supongo que me lo creí. Desde entonces, he sido quien he querido ser. He dejado a un lado los miedos, las inseguridades y el temor a no ser aceptado por ser un bicho raro o por tener gustos peculiares. He dejado atrás todas las miradas condenatorias de mi padre y las frustraciones personales que me provocó y que me retenían en una jaula sin poder echar a volar. Su imagen levantando el tablón de madera del suelo ahora tan sólo es un mal recuerdo de una película triste que vi una vez en el cine cuando era pequeño. O al menos eso espero.

—Venga, vamos —le digo a Jess—. Todavía tengo que terminar de hacer la maleta e ir a por la tuya. La dejaste hecha anoche, ¿verdad?

Jess asiente, levantándose de la cama, soltándose la media melena rubia y meneándose por la habitación para estirar el cuerpo y espabilar. Lo bueno de tener una habitación individual en esta residencia universitaria (tuberías rotas aparte) es que puedes permitirte el lujo de andar medio en cueros sin que nadie te vea. O, en este caso, yo puedo admirar a Jess practicando sus ejercicios sin apenas tela que le cubra el cuerpo. Y las vistas me encantan, porque la luz de la mañana, que se cuele entre las hojas del enorme árbol que hay frente a mi ventana, resbala suavemente por su piel como yo lo hacía hace un momento, e ilumina el suelo de toda la habitación, creando una sombra que persigue cada uno de sus lentos movimientos.

Unos minutos después, se acerca hasta mí, me acaricia la cintura con una mano y con la otra toma la taza de café que hay sobre la mesa (mi taza) y se la lleva junto a la ventana. Se sienta en el escritorio, literalmente sobre él, y cierra los ojos mientras deja que el sol termine de despertar lo poco que queda dormido de su cuerpo a estas alturas.

—¿Tu madre sabe que vamos? —me pregunta, llevando la vista hacia el exterior, probablemente perdiéndose entre los tejados y las calles, llegando hasta el río Potomac—. Es decir, que voy yo contigo.

Lleno otra taza de café, le echo algo de leche que guardo en el minifrigorífico, y me acerco hasta el escritorio, pasando mi brazo por encima de Jess, rodeando su cuerpo.

—Eeh... No. —Jess me mira de reojo por encima de su hombro y mi brazo—. Prefiero que no se cree expectativas.

—Bueno, es tu madre. Tú sabrás mejor qué hacer.

Asiento en silencio y miro hacia el vaso que recoge el agua de la gotera. Lo llevo hasta el baño y lo vacío en el lavabo.

—¡Lo bueno es que sólo será una noche! —me grita Jess desde la ventana.

—¿Lo bueno? —Regreso a la habitación, colocó el vaso en el lugar donde caen las gotas y me siento en la cama con la taza de café en la mano—. Según se mire, ¿no? A mí no me hace tanta gracia que tengas que irte mañana.

—Vale, sí. Es verdad. Pero también nos viene bien separarnos un poco y echarnos de menos, ¿no? —Jess se vuelve hacia mí y deja la taza de café vacía sobre la mesa—. Nos hemos visto casi todos los días desde que nos conocemos.

—Mentira. Te fuiste a Filadelfia en Navidad —Según digo esto, me doy cuenta de mi error, pero ya es tarde.

—Dije «casi», listillo. Y todavía no entiendo por qué pasaste las fiestas aquí solo —añade con cierta melancolía. Por aquel entonces, yo estaba en proceso de cambio y no quería regresar a casa y que todo me recordara al Milo que intentaba desterrar al pasado. Había cosas que era mejor dejar guardadas bajo llave.

—No me líes —bromeo—. Me sigue pareciendo fatal que sólo te quedes una noche.

—Cuento con la ventaja de no tener que aguantar la tensión incómoda si a tu madre le caigo mal o piensa que no soy suficiente para ti.

Me río, porque no es la primera vez que lo hablamos, y seguramente no sea la última de aquí a Portsmouth. Quiero creer que, después de haber sido un niño que no tenía amigos, que hacía carreras en monopatín con entes invisibles y exploraba por el río en soledad día tras día, mi madre haya llegado a la conclusión de que lo importante es que ahora sea una persona medianamente sociable y con pareja. Cualquier persona decente debería parecerle suficiente para mí, porque será mejor que envejecer solo y marginado, en un apartado del mundo. Estar lejos de casa me ha facilitado vivir la vida que me ha dado la gana, según iba sucediendo todo. No me he sentido juzgado ni señalado porque aquí en Washington es como si todo le sucediera a otra persona. El viejo Milo sigue en algún parte de Portsmouth, escondiéndose de todo. No quiero regresar y encontrarme de nuevo con él.

Cuando tengo todas mis cosas listas, bajo a la tercera planta en busca de Jess. Cerramos su maleta, cogemos de la nevera las cosas que compramos ayer para el camino y dejamos atrás el pasillo. Al salir de la residencia, un grupo de chicas observan nuestras manos entrelazadas y murmuran entre ellas. Han pasado ya meses y algunas personas de por aquí todavía no han aceptado que Jess esté con alguien como yo; que, pudiendo haber elegido a cualquier cachas del equipo de fútbol y convertirse en un cliché cinematográfico, me haya elegido a mí, el antiguo pringado.

—No les hagas caso —me dice Jess—. El problema no somos nosotros, sino sus celos.

—¿Tú crees? —le pregunto, pero enseguida meneo la cabeza—. Bueno, da igual. Que digan y hagan lo que les dé la gana.

Normalmente no les hago caso. Ni siquiera me doy cuenta de que están ahí acechando, comentando, cotilleando y criticando. Pero está claro que el viejo Milo de Virginia está empezando a rascar la superficie y quiere salir a flote. Y yo pretendo hacer todo lo posible para que se hunda de nuevo hasta el fondo y vuelva con su amigo Jack Dawson. Vale, eso ha sido cruel.

Ya en el coche, Jess me pregunta de nuevo por mi madre y cómo era realmente mi vida en Portsmouth. Sabe qué clase de persona era, pero nunca hemos hablado de mi infancia porque nos hemos centrado en el presente. Nuestro presente. No sé muy bien qué contarle, porque gran parte de mi vida allí fue una soberana mierda, y los momentos más especiales terminaron siendo un espejismo de algo que no supe entender en aquel momento y que eché a perder por culpa de mi inmadurez. Normal, apenas rozaba la quince años. Le cuento por encima parte de mi historia, omitiendo todos aquellos fragmentos que sigo guardando para mí solo.

Los últimos años de instituto los pasé como un suspiro. Después del anecdótico tiempo con Axel, durante el que creí que me convertiría en un Milo nuevo, volví a mi estado anterior. Como si aquellos meses antes del temido año 2000 no hubieran sido más que una experiencia ajena a mi

vida real. Un recordatorio de que ahí fuera había una vida mejor, con gente genial y experiencias enriquecedoras. Una vida que no era para mí porque yo no estaba preparado para vivir sin miedo. Me sumergí de nuevo en mis libros de arte, en la música que cada vez sonaba mejor y no parecía tocar techo creativo, en estudiar y aprobar con las mejores notas posibles. Me centré en demostrarme a mí mismo que podía salir de aquella vida en la que parecía haber encajado tan bien. Podía estudiar, podía descubrir el mundo, podía olvidarme de que, en realidad, no era más que un adolescente mutilado que no dejaba de repetir la misma escena en su cabeza y que, a pesar de todo, seguía temiendo a un padre que ya no existía en nuestras vidas. Creo que en el fondo seguía teniendo miedo de que regresara y no supiera hacerle frente.

Pasaron las semanas, los meses e incluso los años; durante los cuales, mientras yo avanzaba hacia la meta de conseguir una beca universitaria para poder huir de todo lo que me atrapaba en mí mismo, Axel se convertía en un vecino casi desconocido para mí. Honestamente, tal vez siempre lo fue y aquel tiempo que pasamos juntos no sirvió para descubrirnos mutuamente, sino para hacernos compañía en un momento puntual en el que ambos lo necesitábamos. Me resulta complicado juzgar aquellos días de forma objetiva porque mi cabeza era un caos y me dejé llevar hasta el punto en el que llegué incluso a creer que no podría sobrevivir en un mundo sin Axel Foster. Supongo que era la fijación semiinconsciente que tenía por ser como él.

Cuando quise darme cuenta, había conseguido una beca para estudiar Historia del Arte en la Universidad George Washington y estaba guardado mi colección de música, libros y revistas en cajas, ansioso por conocer qué tipo de vida podría comenzar a vivir una vez llegará a este lugar y pudiera empezar de cero, sin pasado, sin recordatorios de que Milo Fisher no era más que el empollón callado sentado al fondo de la clase y que no encajaba en ningún grupo establecido.

Mi madre siempre me dice que la vida cada vez transcurre más deprisa. Que, cuanto mayor te haces, más rápido se van los años. Si eso es cierto, yo debo de estar sufriendo el mismo síndrome que ese tal Benjamin Button de un relato de F. Scott Fitzgerald que leí una vez en la biblioteca, porque desde que me fui de Portsmouth siento que mi vida se ha ralentizado y ahora todo transcurre a un ritmo en el que soy capaz de apreciar mejor los detalles. Incluso he perdido esa necesidad de caminar siempre a toda velocidad. Bueno, esto último quizás se deba a que ahora hago algo de deporte y quemo la energía de otra forma. Ahora, con diecinueve años, soy una persona diferente. Pero a veces las heridas son tan viejas que intentar sanarlas parece tan absurdo como soplarlas cuando escuecen.

Hace un año hacía este mismo trayecto en sentido inverso, en la furgoneta nueva de mi madre, con cajas de libros y dos maletas llenas de ropa. Empezaba una nueva vida lejos de todo lo que siempre había conocido, lejos de mi ciudad y de mi hogar, lejos de las pesadillas (aunque esto último todavía no lo sabía). Me alejaba de Portsmouth y aquel Milo se revolvía por dentro pensando en todo lo malo que podría ocurrir al estar tan fuera de aquel radio que consideraba su zona segura, su pequeña cápsula de confort dentro de un mundo que le fascinaba y asustaba a partes iguales. Ahora rehago mis pasos desde el último al primero, con los miedos disipados, la autoestima en forma y los miedos acorralados por la fascinación que me produce descubrir cada parte nueva de mí que surge de vez en cuando.

Cansado de llevar casi todo el viaje soportando las emisoras de radio que cortan a publicidad cada dos o tres canciones, rebusco entre los discos que Jess guarda en la guantera del coche y cojo el de Anastacia. Se lo regalé yo hace un par de meses, en un intento de unificar nuestros

gustos musicales. Yo más pop, Jess más rock comercial.

—¿La salida era esta? —me pregunta Jess, indicando con el dedo índice hacia la derecha, sin soltar el volante del coche. Levanto la vista mientras desengancho el disco del soporte.

—Creo que no. La siguiente.

Introduzco el disco en el equipo de música. Automáticamente, la radio deja de sonar y comienza a reproducirse el disco con la inesperada aparición de Avril Lavigne, preguntándome si soy consciente de lo que le hago sentir.

—Pues de momento, que te has equivocado de lugar —pienso en voz alta, riéndome yo solo de mi propio chiste sin gracia. Ahora soy así de simple.

—¿Cómo que me he equivocado? —me pregunta Jess—. Si me has dicho que era la siguiente.

—No, no, tú vas bien —Vuelvo a reírme solo y aprieto el botón para expulsar el disco. Dejo a Avril con el verso a medias.

—¡Ey! Me gustaba ese disco.

—Lo siento. Hemos tenido un problema logístico.

Busco en la guantera la caja del disco de Avril Lavigne, y en su interior está el disco de Evanescence. Lo extraigo y pongo el correcto en su lugar. Busco la caja de Evanescence y, cómo no, en su interior hay otro disco, pero no es el de Anastacia. Repito la jugada dos o tres veces más hasta que consigo ordenarlos todos y, por último, encuentro por fin el disco que buscaba en la caja de *In The Zone* de Britney Spears.

—Es todo un detalle que tengas el CD que te regalé en la caja del único disco que es mío —le digo a Jess, mostrándole la caja de Britney y el disco de Anastacia en alto.

—No sé. Como las dos son rubias...

—Sí, sí... —murmuro, mientras devuelvo cada disco a su lugar e introduzco el que quiero oír en el equipo—. Son iguales, ¿eh? Tan parecidas como Whitney y Yoko Ono.

—¿Esta sí es? —me pregunta Jess, ignorando mi comentario. Asiento y salto a la segunda canción del disco, *Left Outside Alone*. Jess la reconoce enseguida—. Ah, vale. Esta es la que sonaba en la tienda de discos, ¿no? Cuando te cogí la mano por primera vez.

—¿Ahora te das cuenta? —Me llevo una mano a la cara y me apoyo en la puerta del coche, fingiendo cierto dramatismo—. Por eso te regalé ese disco en concreto.

Jess muestra una sonrisa inocente, que siempre ayuda para escabullirse de cualquier situación incómoda, y yo la acepto, porque me gusta, porque me encanta lo desastre que es, y porque, de entre todas las cosas nuevas que este Milo ha adquirido a lo largo del último año, enfadarme por tonterías no es una de ellas.

Poco más de diez minutos después, avanzamos por mi vecindario, y entonces ocurre una de esas cosas que tanto me gustan: que lleguemos al destino justo cuando termina una canción. Mientras Anastasia canta «*I'm floating... I'm floating on air*», Jess tira del freno de mano y oficialmente hemos llegado a casa. Todo sigue igual que hace un año, pese a que yo no sea el mismo. Mi vida ha cambiado y diez meses han parecido varios años, pero aquí en Portsmouth el tiempo se ha detenido. Es curioso cómo uno llega a un lugar, después de tanto tiempo, esperando que todo sea completamente distinto, sin darse cuenta de que las personas cambian y se transforman, pero los lugares suelen permanecer iguales. Sólo cambia nuestra perspectiva.

Hablando de cambios, mi madre acaba de salir a recibirnos. Se ha cortado el pelo y está más delgada. Durante medio segundo, he llegado a creer que había aparcado frente a la casa de los Foster, porque lleva el mismo tipo de corte que Hannah Foster la última vez que la vi. Y ambas siempre han tenido el mismo color.

Miro a mi izquierda y descubro que Jess está respirando lentamente con la mirada perdida.

—Deja los nervios en el coche —le digo, sujetando su mano—, que sólo es mi madre, no un juez. Y su opinión no va a cambiar nada entre nosotros.

—No sé, Milo, y si...

—No pienses en eso —interrumpo sus palabras—. Vamos.

En realidad, yo también estoy nervioso, porque no sé qué va a ocurrir en estos días. No sé si a mi madre le va a gustar o no, pero, indiferentemente de su opinión, Jess se marchará mañana y seré yo el que tenga que afrontar la situación durante el verano. No será nada agradable tener que pasar varias semanas aquí compartiendo vida y momentos con una madre que no acepta la nueva persona que eres ahora, ni tampoco la persona de la que te has enamorado.

Salgo del coche y camino hasta mi madre. Le doy un abrazo después de tantos meses sin verla y casi puedo percibir que sigue enfadada por no haber venido en Navidad. Pero bueno, ya estoy aquí y es lo que importa, supongo. El contador de días que llevamos sin vernos se pone a cero y el pasado debería dejar de importar. Las heridas cerradas, los recuerdos archivados y aquí no ha pasado nada. Directos al siguiente drama.

Jess abre la puerta del coche y sale por su lado. Rodea el vehículo lentamente mostrando una timidez que nunca antes le había visto, como si fuera un perro a las puertas de un refugio.

—Es un placer conocerla, señora Fisher —le dice Jess, mientras le tiende la mano.

Mi madre observa detenidamente desde sus zapatillas hasta su peinado, con los ojos entornados y apretando los labios, cada vez más seria. Mierda. Menea ligeramente la cabeza y saltan todas las alarmas en mi interior. El silencio es tan abrumador que es incómodo y hasta casi puedo escuchar a Jess tragar saliva. Entonces mi madre me mira de reojo y sonrío.

—¡Que es broma! —exclama gesticulando con una mano en el aire—. Ven aquí —Le da un abrazo a Jess y ambos respiramos de golpe todo lo que no hemos respirado en los últimos treinta segundos—. Y llámame Linda, por favor. La señora Fisher hace ya muchos años que no vive aquí.

Y ahí es cuando compruebo, del todo, que a mi madre le gusta Jess; porque, por mucho que odie a mi padre y su recuerdo, sólo se quita el apellido de casada de encima cuando quiere ser cercana y amable con alguien. Me acerco al coche y cojo mi maleta del asiento trasero. Cuando cierro la puerta y me doy la vuelta, de forma inconsciente mi vista se pierde más allá de nuestro porche y llega hasta la ventana de la sala de estar de los Foster. Allí, al otro lado del cristal, alguien me observa. Nuestras miradas se cruzan y se congelan. Es él, y no sé por qué pero me estremezco y me da un vuelco el corazón. No puedo reaccionar a este momento en el que el nuevo Milo se cruza con el viejo Axel. Un Axel que ya conocía a este Milo incluso antes de que yo tuviera el placer de hacerlo, porque vio en mí algo que yo no descubrí hasta después. Instintivamente, le sonrío y Axel cierra la cortina de golpe.

—¡Milo! —me llama mi madre desde el umbral de la puerta abierta y hace un gesto para que espabile.

Sacudo la cabeza, regreso a las escaleras del porche y entro en casa. En cuanto cruzo la puerta, siento que nada ha cambiado, pero, al mismo tiempo, percibo algo diferente. Quizás soy yo, que ahora lo veo todo con otros ojos. Tal vez sean las paredes, que mi madre ha vuelto a pintarlas y el color no es exactamente el mismo. Es probable que sea simplemente lo extraño de ver a Jess en el lugar en el que crecí, como si ahora se hubiera hecho realidad la idea de que el viejo Milo y el nuevo son realmente la misma persona. Pero entonces, miro a la izquierda y descubro lo que realmente estaba percibiendo como extraño: el marco de fotos de la pared tiene otra foto diferente. Adiós, viejo Jack. Hola, nuevo Fisher.

AXEL

Mira, la verdad es que mentiría si dijera que no esperaba este momento, que venir a pasar el verano a Portsmouth después de dos años no me llevó instantáneamente hasta aquel verano de 1999 en el que conocí a mi vecino Milo, que no llevo todo el mes de junio asomándome a la ventana cada vez que escucho el ruido de un coche que no es el nuestro. Mentiría como un bellaco si dijera que no tenía ganas de verlo, de saber cómo había crecido, de ver sus ojos azules que parecían esconder las respuestas a todas mis inquietudes. Mentiría, sí, lo haría, si dijera que he olvidado todo lo que vivimos y lo mal que lo he pasado desde que nuestros caminos dejaron de estar unidos.

Pero no miento cuando digo que estoy muy enfadado ahora mismo con él, que acabo de sentirme como un gilipollas de manual y que me han dado ganas de salir fuera y decirle «¿pero tú de qué coño vas?». Porque lo último que imaginé cuando pensaba en este momento era que el jodido Milo Fisher tuviera novio.

Sí, sé que aquello pasó hace casi cinco años, que éramos dos críos (sobre todo él), que quizás Milo no se había descubierto a sí mismo y que cada uno tiene su proceso; pero no puedo evitar sentir esta furia por dentro al saber que yo tenía razón y que hemos estado tantos años sin hablarnos y sin ser amigos porque fui lo suficientemente respetuoso como para no insistir y empeorar las cosas. Tal vez, si hubiera puesto más empeño, habría abierto alguna puerta hacia esa parte de él que todavía permanecía cerrada. En realidad, creo que estoy enfadado conmigo mismo, no con él. No, no. Con él también, joder.

Hace dos días, mi madre y Linda estuvieron hablando por fuera de casa cuando se cruzaron en sus respectivas rutinas. Yo estaba hablando por teléfono con James, pero escuché a Linda decirle a mi madre que Milo vendría a casa con Jess. Idiota de mí, di por hecho que era una tía. Y nada más lejos de la realidad.

Los he oído llegar. Me he asomado a la ventana, dando por hecho que sería otra persona, y he visto a Milo salir del coche y darle un abrazo a su madre. He sentido cosas. Poco después, la puerta del conductor se ha abierto y ha aparecido este tío de metro ochenta y pico, un poco más flaco que Milo (que ya no es tan delgaducho, por cierto) y con una camiseta de Green Day, ondeando su media melena rubia y quitándose las gafas de sol. Ha sido como verme a mí mismo al otro lado de la ventana, si no fuera porque yo llevo tres años con el pelo rapado, ya voy por el cuarto tatuaje y jamás me pondría una camiseta de Green Day. No sólo resulta que Milo Fisher sí que es gay, sino que su novio es una versión más cosmopolita de mí mismo, el tío que rechazó hace cinco años. Hay que joderse.

—¿Te lo puedes creer? —le digo a mi padre, después de cerrar la cortina de la ventana.

—¿Qué ocurre? —Él levanta la vista del periódico ligeramente y me observa por encima de las gafas.

—Milo... —Arqueo las cejas y aprieto los labios, señalando hacia la ventana—. Que acaba de llegar con su novio.

Una ligera risa explota en la boca de mi padre e intenta reprimirla. Se lleva la mano a la boca, pero no consigue disimularla. Lo que me faltaba. Todo el mundo en mi contra.

—¿En serio? —Resoplo y me levanto indignado. Subo las escaleras.

—¿Y qué esperabas? —me grita mi padre desde abajo, todavía riéndose—. ¿No es lo que querías?

Justo antes de entrar en mi habitación, vuelvo hacia atrás y me alongo de la barandilla de la escalera.

—No exactamente —le respondo a mi padre, que se levanta y se acerca hasta la entrada de la casa.

—Podría haber sido peor.

—¿Peor? ¡Sí, claro! Podría haber llegado con un harén de tíos buenos. —Me dejo caer sobre la barandilla de madera, como si fuera una toalla colgada—. O incluso casado. Ya ves.

—O podría haber venido con una chica y que nada hubiera cambiado —añade mi padre—. Ahora por lo menos tienes alguna oportunidad.

Tener una oportunidad con Milo no es precisamente algo bueno en este momento. Por muy indignado que esté con la situación, no es más que un reflejo de la frustración que siento respecto a lo ocurrido en el pasado. En mi presente actual, no podría involucrar a Milo en la caótica vida que tengo ahora mismo.

Dejar la universidad de Charleston a mediados del segundo curso no fue una decisión demasiado meditada, pero no me arrepiento. Amo la música y quiero ganarme la vida con ella, pero en la carrera estaba aprendiendo demasiada teoría, demasiada información que ya conozco, y demasiado rollazo de conservatorio que sólo me serviría si quiera montar una orquesta o dar clases. Yo sólo quiero tocar la guitarra, componer canciones, ayudar a producirlas... No sé, trabajar en un estudio de grabación o tocar en la gira de algún artista. Quién sabe, quizás incluso tomarme en serio lo de Red Panda y grabar un disco decente.

Red Panda es el grupo que teníamos en la universidad y con el que tocaba en algunos bares y salas pequeñas, haciendo versiones de los Red Hot Chili Peppers. Evidentemente. Éramos cuatro y, después del primer año, solo quedábamos James y yo, haciendo miniconciertos acústicos con su voz y mi Taylor. No obstante, de llevar a cabo ese proyecto de forma profesional, el nombre sería lo primero que tendría que cambiar. Y el vocalista, porque James no quiere hacer esto seriamente. Es decir, que tendría que cambiarlo todo y empezar de cero. Y ahí es donde entra la pereza.

Tener claro cuál quiero que sea mi futuro no significa, ni por asomo, saber qué pasos tengo que dar para conseguirlo. Siendo realista, no vivo en Nueva York ni Los Ángeles. No es fácil hacer contactos cuando se vive en el puto Portsmouth, capital del Culo del Mundo. No sabría ni por dónde empezar, aunque supongo que mudarme de ciudad sería lo más conveniente. Horror. Ahí es donde entra el caos, porque no tengo ni idea de qué clase de vida voy a tener después del verano. Ya he holgazaneado más de cuatro meses y me quedan dos más antes de que mi padre me obligue a buscarme un trabajo de lo que sea si quiero seguir viviendo aquí. El caso es que no quiero, voy a pirarme en cuanto elija un destino, pero para ello tengo que elegirlo, y ahí es donde me bloqueo y aparecen los miedos. Miedo de mí mismo, de no saber qué hace, de no confiar en mi supuesto talento, de mi falta de disciplina. Necesito una motivación, un impulso que me empuje a dejar de ver la vida pasar y empezar a hacer algo para cambiarla, que tengo casi veintiún años y no puedo convertirme en un parásito.

Joder, es que lo pienso y no lo creo. Milo dejó de hablarme de la noche a la mañana, literalmente, por haberle dado un beso, porque no quería seguir siendo amigo de un chico gay, o de un chico que estaba enamorado de él, o ambas. Ahora aparece aquí con su novio como si nada. Y encima, para colmo de males, me gusta que no veas. No lo había visto desde hacía dos años (pese a no hablarnos desde lo del beso), porque no vino a casa las Navidades pasadas, yo pasé el

verano anterior trabajando de monitor en un campamento y las Navidades de hace dos años las pasamos en casa del novio de Olivia para conocer a su familia. La última vez que vi a Milo, Beyoncé no era *Beyoncé*, *Buscando a Nemo* inexplicablemente no existía en nuestras vidas y el mundo todavía no había sido agraciado con *The Scientist* de Coldplay.

Ahora no sé qué hacer o qué pensar. Me ha sonreído y yo le he cerrado la cortina en las narices, en sentido figurado. Entiendo que ha sido su forma de decirme «¡ups! ¡Mira tú por donde! Ya no puedo odiarte», pero no sé hasta qué punto yo estoy dispuesto a hacer como si nada y fingir que no me está tocando lo más profundo de la moral todo este asunto.

Es que no fue nada justo que mi único amigo en la zona me hiciera eso. Ya había conocido a gente en mi nuevo instituto y no me quedé tirado como una colilla en la puerta de un cine, pero Milo era mi amigo, mi mejor amigo. Indistintamente de lo que yo sintiera por él, nos habíamos hecho uña y carne en muy poco tiempo y no fue normal que él decidiera echar todo por tierra sin más, sin importarle mis sentimientos, ignorándome cuando nos cruzábamos u obligándose a saludar por educación con algún murmullo o un gesto levantando la barbilla. Al final me acostumbé a que sólo fuera mi vecino, el extraño chico de mejillas sonrosadas que vivía en la habitación frente a la mía, y al que veía con poca frecuencia porque siempre tenía sus nuevas cortinas echadas, pero lo recuerdo como algo doloroso y, sobre todo, humillante.

Me tiro en la cama con Taylor entre los brazos y rasgo las cuerdas al boleto, suavemente, solo por escuchar algo que no sean mis pensamientos. Olivia entra en mi habitación.

—Enano, dice mamá que sí vas a... —Olivia deja de hablar. Levanto la vista y la veo mirándome—. ¿Qué te pasa?

Niego con la cabeza y ella se deja caer de rodillas en la esquina de la cama. Mira hacia arriba.

—Había olvidado esta horrerada que tienes colgada —me dice, observando la guitarra de neón que cuelga de la pared, apagada.

—Llevas aquí una semana y ahora es cuando te fijas —respondo con desgana, dejo la guitarra a un lado y me tumbo bocabajo.

—¡Ah, claro! —exclama Olivia a mi espalda—. Estás así por el vecino.

—No.

—¡Venga ya! Recuerdo que me dijiste que comprasteis la cosa esa juntos.

Me doy la vuelta para mirar a mi hermana y la fulmino por ser tan sabelotodo.

—Nos la regalaron.

—Lo que sea. —Olivia coge a Taylor de la cama, la deja en el suelo apoyada en la pared y se tumba a mi lado—. Debería darte vergüenza, Axel.

—Joder, Oli, es sólo una guitarra de neón. Ni que fuera una tía en cueros.

Olivia se ríe. De mí, no conmigo.

—Me refiero al vecino. No puedes ponerte así por un crío de catorce años que no te devolvió un beso.

—No sé para qué te cuento nada —refunfuño entre dientes—. Y ya tiene diecinueve, enterada.

Olivia se incorpora, se baja de la cama y camina hacia la ventana. Silba para que le haga caso y señala al exterior.

—No, Axel. Yo tengo veintitrés años, tú tienes veinte, aquel chico de enfrente tiene diecinueve y el Milo del que estás enamorado tiene catorce, porque te aseguro que aquel chico y el que tienes en la cabeza son dos personas diferentes. —Olivia regresa junto a mí y se sienta en el borde de la cama—. No me malinterpretes, pero creo que antes de sacar conclusiones y sentirte como una mierda, deberías conocer al Milo actual a ver si te sigue gustando. A lo mejor se ha convertido en

un imbécil. La universidad cambia a la gente y tú deberías saberlo.

Supongo que Olivia tiene razón. Después de todo, no sé nada de su vida actual, aparte de que tiene un novio con nombre unisex. No sé qué quiere hacer con su vida, a qué se quiere dedicar, qué planes de futuro tiene, si sigue gustándole la música pop, si sigue yendo por ahí a explorar donde quiera que viva ahora... Pero me cuesta creer que haya cambiado tanto como para que no me guste. A ver, que no estoy enamorado como ha dicho mi hermana. Lo que siento es frustración (no celos) por haberme encontrado con esta inesperada sorpresa y por no poder aprovecharla a mi favor.

—Dudo mucho que Milo pueda haber cambiado tanto —le digo a Olivia finalmente.

—No sé, Axel. Yo, si fuera tú, no querría tener nada que ver con esa familia.

—¿Por qué lo dices?

Olivia desvía la mirada y se pierde por el suelo de la habitación.

—Nada... No sé. No me dan buena espina. En esa casa hay demasiadas cosas raras, y mira que yo apenas paso tiempo por aquí.

—Eso lo dices por lo que te conté del padre de Milo, pero él no es así.

—Pues el tío ese con el que anda la señora Fisher no creo que sea de fiar.

—¿Eddy? —Hago una mueca de despreocupación—. Es un buen tipo. Y Linda se merece ser feliz después de lo que pasó con el hijo de puta ese.

Olivia se encoge de hombros y puedo percibir que no está siendo del todo sincera conmigo, pero no sé exactamente si sabe algo que yo desconozco o si, simplemente, no le ha caído en gracia esa familia desde el principio y opina en base a sus prejuicios.

—Pero, ¿ha pasado algo? —insisto—. ¿Has visto algo raro?

Olivia vuelve a repetir el gesto con los hombros y sonrío incómodamente. Suspira, como desvaneciendo la incómoda conversación en el aire. Quizás, asumiendo que está dando por sentadas determinadas cosas que en realidad sólo están en su cabeza. Yo no quiero alimentar su percepción negativa de Linda, Eddy y Milo, así que aparco el tema y retomo la conversación dónde la habíamos dejado antes de que se tensara la situación.

—De todos modos, no puedo conocer al nuevo Milo —le digo a Olivia—. Ha venido con su novio, Jess.

—Bueno, pues eso lo tienes que respetar y no meterte en medio de su relación. Pero eso no significa que no puedas hablar con él y conocerlo. Por lo menos así sabrías si te sigue gustando o no.

—¿Y si me gusta? —le pregunto desconsoladamente.

—Si te gusta, pues te jodes, Axel. Pero al menos te sentirás mal por algo del presente, no por algo que te pasó con dieciséis años.

Dejo caer la espalda sobre la cama y resoplo, observando el sistema de sujeción del rótulo desde abajo, siguiendo los cables que van de un tubo de neón a otro.

—En el mejor de los casos —continúa mi hermana—, descubrirás que ya no te gusta y te habrás quitando un peso de encima.

—En el mejor de los casos, dejaría a su novio por mí —bromeo.

Olivia menea la cabeza con una ligera sonrisa, se levanta de la cama y se marcha de la habitación. Me escurro hasta el borde de la cama y estiro el brazo, tanteando en el aire hasta dar con Taylor. Y entonces caigo en la cuenta.

—¿Qué quería mamá? —le pregunto a Olivia, levantando la voz.

—¡Que si vas a querer la pasta con tomate o con nata! —me grita ella, mientras escucho cómo

baja la escalera.

—¡Con tomate! —le respondo—. ¡Y salchichas!

—¡Vale! —grita Olivia de vuelta.

—¡Eso también lo sé hacer yo! —nos grita mi madre desde abajo.

Salgo de la habitación, bajo las escaleras corriendo y voy hasta la cocina, donde mi madre está preparando tortellini en un caldero grande y tres tipos de salsas diferentes en otros más pequeños.

—¿Qué es lo que sabes hacer? —le pregunto, mientras meto un dedo en la salsa de tomate y la pruebo.

—Gritar, Axel, gritar —me responde ella, cogiendo un trozo de pasta con un tenedor para comprobar si está *al dente*—. Le pido a tu hermana que suba a preguntarte para no andar berreando como si fuéramos tejanos, y va y hace justo lo que podría haber hecho yo.

—Eso te pasa por permitir que salga con un tío de Houston —bromeo.

—Un respeto a tu futuro cuñado —Mi hermana ha aparecido por detrás y no me he enterado.

Desde que llegó el otro día, anunció a bombo y platillo que Lemar le había pedido matrimonio, pese a que tienen veintitrés años, ni siquiera viven juntos y él no ha terminado todavía la universidad. Yo sigo sospechando del asunto, porque la mano de mi hermana no luce un anillo como cabría esperar de un chico tradicional de Texas, con una familia tan conservadora que todavía no me explico cómo no aprovecharon la ocasión hace dos Navidades para quemarnos a todos en una hoguera en mitad de la calle, por herejes.

—Le guardaré respeto cuando vea un anillo en tu mano, jovenzuela.

Mi hermana tira de una cadena de plata que lleva metida por dentro de la blusa y una alianza se descuelga desde el interior.

—Parece que no soy el único que está enamorado de un adolescente.

Apenas he podido pegar ojo sabiendo que Milo y Jess estaban un poco más allá de mi pared, cruzando el jardín lateral, al otro lado de su pared, durmiendo juntos. Probablemente abrazados. No es que haya intentado espiarlos, pero las cortinas echadas de la habitación de Milo no me han permitido ver nada. Por un momento eché de menos aquellos pocos meses durante los que su ventana estaba libre de obstáculos y podía observar casi todo lo que hacía. Madre mía, parezco un acosador, pero a cualquiera se le puede ir el ojo hacia la ventana de enfrente con la intención de ver algo cuando sabe que, en esa dirección, se encuentra el chico que le gusta. O le gustaba. Lo que me dijo Olivia ayer sigue rondándome la cabeza.

Siendo realistas, no conozco a este Milo. Conocí una versión suya durante cuatro meses a finales de 1999 y, desde entonces, todo lo que he sabido de él ha sido a través de mis padres y de su madre. Y tampoco es que haya sido gran cosa, porque al principio no quería saber nada (ya que no entendía su desprecio) y después no quise tener información porque, mientras no estuviera en casa, no me acordaba de él. Casi nunca. No con frecuencia. Yo he cambiado, aunque en esencia me sienta igual, y es lógico pensar que Milo también lo ha hecho. Desde luego, sería triste si este chaval de diecinueve años se comportara igual que el chico de catorce que conocí.

Por eso no entiendo por qué me siento de esta forma. Debería ser capaz de coger toda esa aplastante lógica y destrozar lo que siento por el Milo del pasado sin esfuerzo, pero no lo consigo. Su esencia sigue ahí, enterrada en mi recuerdo, haciéndome creer que el pasado es el presente y que todo lo que viví hace cinco veranos ha ocurrido hace apenas unos días. No comprendo cómo

puedo sentir esta falta de control hacia algo que, cuando he estado lejos de Portsmouth, apenas formaba parte de mi vida. Joder, he tenido relaciones esporádicas y algún intento de estabilidad durante este tiempo, pero ninguno de ellos se ha instalado en mi cabeza de esta manera. Es como si Milo tuviera la llave de mi propia mente, para abrirla cuándo y cómo le dé la gana, y ni siquiera lo supiera.

Le doy una última calada al petardo que me he liado a escondidas de *la señora Hannah*, como la llamaba Milo cuando éramos críos. La puerta de los Fisher se cierra de golpe y el ruido me expulsa de mis pensamientos, de vuelta al mundo real. Me levanto del banco que tenemos en el porche y llego hasta la esquina que da a la casa de al lado. En la puerta, Milo y Jess están hablando con muy poca distancia entre ambos.

Milo le pasa el pelo por detrás de la oreja a Jess y él le acaricia el brazo sonriendo. Daría lo que fuera por escuchar lo que están diciendo. No, daría lo que fuera por estar yo en lugar de ese tipo. ¡*Argh!* No, no daría nada. No tengo que desear esto. Joder. El mes que viene cumplo veintiuno y parece que tengo doce. Creo que sí, que daría lo que fuera, pero por saber cómo ha conseguido Milo que comporte de esta forma sin tan siquiera dirigirme la palabra en todo lo que llevamos de siglo. Literalmente.

Milo y su novio bajan las escaleras del porche y se acercan al coche. No quiero mirar, pero no puedo evitarlo. Se besan y algo se me remueve por dentro. Me gustaría haber sido yo, haber sido el primero. Bueno, en cierto modo lo fui, aunque no creo que él lo recuerde como tal. Para Milo sólo fui un pirado que quiso más de lo que él estaba dispuesto a darle.

Jess se sube en el coche y Milo se apoya en la ventanilla abierta del lado del conductor. Vuelven a besarse y a intercambiar palabras que no puedo escuchar pese al silencio que reina en la zona. Silencio que es destrozado en pedazos por el ruido del motor del coche cuando se pone en marcha. Se dan otro beso y Jess da marcha atrás, para después alejarse por el vecindario. Sigo el coche con la vista, como si pudiera maldecirlo y provocar que nunca regresara por aquí, que me diera la oportunidad de intentarlo.

Cuando el coche gira en otra calle y desaparece, me giro hacia Milo y descubro que está quieto en el mismo lugar en el que estaba hace un momento, mirándome. Arquea las cejas y esboza un intento de sonrisa. Yo, como ahora soy gilipollas, no expreso ningún tipo de emoción. Apago el porro, me lo escondo en el puño cerrado y entro en casa. Tras cerrar la puerta, me apoyo en ella y pienso en lo guay que sería oír que alguien toca al otro lado con los nudillos de la mano, abrirla y tener a Milo a dos palmos de mi cara. Pero nada de eso sucede.

MILO

Pues ya estaría.

Jess se ha ido y ahora comienza la gran aventura de comprobar si nuestra relación es lo suficientemente estable como para sobrevivir a más de dos meses separados, hasta que volvamos a reunirnos en Washington a mediados de septiembre. Soy realista y sé que la mayoría de los amores universitarios son tan fugaces como uno de verano, sobre todo cuando el nuestro ha surgido en el entorno de una universidad artística repleta de chicos gays, mentes abiertas, crisis existenciales y amores experimentales más basados en el cine de culto que en la vida real.

Me ha dicho que tenga confianza en que va a salir bien, que son sólo dos meses y que no es el fin del mundo. Además, me ha hecho ser consciente de que nuestras ciudades no es que sean precisamente Nueva York o San Francisco, y la probabilidad de que conozcamos a otras personas es casi nula. Podremos hablar por teléfono, escribirnos mensajes y vernos por webcam cada vez que queramos. No será como las relaciones de nuestros padres, que sólo podían comunicarse por cartas que tardaban semanas en llegar. Nosotros tenemos la posibilidad de revivir el amor cada día a tan sólo un router con conexión ADSL de distancia.

—Bueno, ahora en serio, ¿qué te ha parecido? —le pregunto a mi madre, tomando asiento en un taburete de la cocina mientras ella prepara sus *tupperwares* con la comida de toda la semana que viene—. La verdad.

—¡Ay, Milo! —exclama ella sonriendo—. La verdad es la que has visto, ni más ni menos. Jess es un buen chico y me gusta para ti.

—¿Seguro?

Mi madre deja los utensilios sobre la encimera, se limpia las manos en el delantal y se gira hacia mí.

—Vamos a ver, cariño. Lo que yo opine da igual, porque te tiene que gustar a ti y te tiene que hacer feliz a ti. Pero sí, seguro.

Me alegra saber que, pese a lo que uno ve por televisión y escucha por ahí, mi madre es una mujer abierta de mente que no juzga quién soy ni de quién me he enamorado. Ojalá todo el mundo fuera como ella y Jess y yo pudiéramos ir de la mano por ahí, o salir a cenar a algún restaurante sin sentir que la gente nos está mirando de forma sospechosa. Aunque tampoco puedo juzgar a esa gente, porque yo, en cierto modo, todavía no me acostumbro a ser lo que soy. Es decir, que incluso a mí me parece raro a veces, o incluso siento vergüenza; sobre todo aquí, en Portsmouth, hablando con mi madre de algo que se ha encontrado de pronto en la puerta de su casa, vestido con una camiseta de Green Day. Hasta ayer por la tarde, mi madre no tenía la menor idea de que Jess era un chico.

Claro que el hecho de que la foto de mis padres en el lago haya desaparecido y ahora haya en su lugar una con Eddy me hace sospechar. No las tengo todas conmigo y me urge la duda de si realmente mi madre es una mujer moderna o si finge que todo es genial para que yo no ponga el grito en el cielo por lo peculiar de su nueva relación.

—Deberíamos poner una foto de los tres allí, ¿no? —le digo a mi madre, señalando hacia la pared de la entrada.

—¿Estás celoso? —me pregunta mi madre, espero que bromeando. Yo me limito a asentir con

la cabeza, de forma sarcástica—. Cuando quieras, sólo quería sustituir la de tu... bueno, ya sabes, la otra.

—La de mi padre —le respondo, completando la frase que ha dejado ella en el aire. Mi madre no se inmuta y continúa metiendo raciones de comida en los recipientes de plástico—. ¿Dónde está, por cierto?

—¿Quién? ¿Tu...? —mi madre vuelve a dejar la frase incompleta.

—No, mi padre no. Eso sí lo sé. Mi tío.

—A él me refería —me aclara ella. No es capaz de mencionar la palabra «padre» y ahora parece que también le incomoda recordar el hecho de que Eddy es mi tío, el hermano del viejo Jack—. ¿Y qué es eso de que sabes dónde está tu padre? No habrás hablado con él.

Siento la extraña necesidad de decirle a mi madre que sí, que mi padre se puso en contacto conmigo el año pasado, que consiguió mi número de teléfono móvil a través de una poco discreta cadena de contactos que iban desde su hermano hasta él, que me contó que está viviendo en Chicago, rehabilitado y con un trabajo estable. Pero otra de las cosas que ha aprendido el nuevo Milo es a estar callado cuando debe, porque ser familia no significa que tengamos que saberlo todo los unos de los otros. Después de todo, la conversación sólo duro cinco minutos porque no quise acceder a su petición de vernos, y fue Jess el que estuvo allí para comerse el marrón después de colgar el teléfono y casi sufrir una crisis de ansiedad.

—No, claro que no. Pero sé que está en Chicago. Un antiguo compañero de clase lo vio y me lo dijo —miento.

—Más te vale. Lo último que necesitamos ahora mismo es a ese hombre de nuevo en nuestras vidas —me amenaza sutilmente mi madre mientras cierra los recipientes con sus respectivas tapas de colores, uno para cada día.

—No te lo tomes a mal, pero difícilmente estará completamente fuera de nuestras vidas si ahora te has encaprichado de su hermano.

Mi madre abre los ojos como platos y levanta su dedo acusador, el índice. Camina hacia mí entornando los ojos y después se queda en silencio, detenida bien por no saber qué decir o bien porque tal vez mi cara está reflejando involuntariamente cierto pavor a su reacción.

—Eddy no tiene nada que ver con tu padre. No los compares.

—Tienen la misma sangre.

—Entonces ten cuidado, que tú también la tienes, no vayas a acabar siendo otro maltratador.

Vale, me lo he merecido por pasarme de la raya. Pero no ha sido nada agradable escuchar esa palabra por primera vez, después de tantos años, siendo usada en mi contra en vez de para definir a mi padre. Mi instinto me dice que me calle, mi boca ya está preparada para reprocharle sus palabras, pero mis ojos ven cómo Eddy se baja del coche por fuera de casa y opto por cerrar el pico hasta que lo veo entrar por la puerta con su propio juego de llaves.

Entiendo que son pareja, que se han enamorado, que llevan juntos desde antes de Navidad y que no me lo habían dicho porque querían que fuese en persona. Culpa mía, supuestamente, por haber decidido pasar las fiestas en Washington. Lo que no comprendo es que hace un señor que hasta hace nada era mi tío, al que sólo veíamos una vez al año a lo sumo, entrando en mi casa con sus propias llaves como si fuera el hombre de la familia, cuando, supuestamente, no lleva ni un año siendo pareja de mi madre.

Después de ver cómo saluda a mi madre con un beso y a mí rebujándome el pelo, como si fuera un adolescente o algo, retomo la idea principal de esta conversación que se ha perdido por el camino.

—Tío Eddy. —Sí, lo he hecho adrede—. Le estaba diciendo a mi madre que deberíamos poner una foto de los tres allí, en la entrada, ¿no crees?

—Me parece fantástico —me responde Eddy, bebiendo a morro de la botella de agua que ha cogido de la nevera—. Podríamos pedírselo al tipo que hizo la foto que había colgada antes, ¿no? —Le guiña un ojo a mi madre.

—Sí claro —ironizo—, ahora en un momento viajamos a los ochenta y buscamos al fotógrafo.

—La foto la hizo él, listillo —añade mi madre.

Entonces lo entiendo todo. Y todo me parece un desastre porque no es el «todo» que esperaba jamás entender. A ver, no, no puede ser. Seguro que me estoy montando una película o no he entendido la gracia del chiste.

—¿La foto la hizo Eddy? —Pregunta retórica. Ahora que lo he dicho en voz alta tiene incluso más sentido. Miro a mi madre y su cara de circunstancia me revela que no es una broma absurda—. ¿Por eso no la quitaste cuando papá se fue? ¿Por eso estuvo colgada todos estos años?

Eddy asiente sonriendo. Creo que no se da cuenta de que esto no es tan divertido como suena.

—Espera. —Me pongo en pie y deambulo por mi metro cuadrado de espacio personal—. ¿Me estás diciendo que has estado enamorada de él todo este tiempo y por eso esa foto era especial?

Mi madre se encoge de hombros y yo empiezo a ponerme furioso.

—Milo, hijo —me dice Eddy—, digamos que Linda y yo siempre hemos tenido cierto... asunto pendiente. Aunque de vez en cuando nos dejábamos llevar. Ya sabes...

—¡Eddy! —exclama mi madre—. Es suficiente.

Me bloqueo y no puedo apartar la vista de ambos. Salto de uno a otro como un psicótico que no puede hacer otra cosa más que mirar de izquierda a derecha y viceversa. Mi madre y mi tío han estado siempre liados, a escondidas de todos, incluso cuando mis padres estaban juntos, ¡incluso antes de nacer yo!

—Por favor, dime que no eres mi padre —le digo a Eddy casi sin pensar. Eddy arquea las cejas y mira a mi madre.

—¡No, por Dios! —exclama ella—. Tu padre es tu padre, aunque me pese.

—No puedo creer que engañaras a papá —le respondo—. Me da igual lo que nos hiciera. Que él fuese un monstruo no te daba permiso para engañarle y mentirme a mí también.

—Milo, campeón, no te pongas así —me pide Eddy, apretando mi hombro con su mano. Me vienen recuerdos que no quiero tener. Me zafa de ella y vuelvo a mirarlos totalmente desconcertado. Es como si, de pronto, no tuviera familia.

Todo este tiempo he pensando que mi madre era una víctima de un pirado desequilibrado, y ahora descubro que sí, lo era, pero también una adúltera que engañaba a mi padre incluso antes de que llegaran las borracheras y las palizas. Y encima actúan como si no pasara nada, como si fuera lícito lo que han hecho porque la violencia de mi padre los legitima a ocultarnos a los demás sus propias mentiras.

—No puedo seguir hablando de esto.

Los dejo en la cocina y me largo de casa. Cierro la puerta tras de mí y respiro hondo, aguantando las ganas de echarme a llorar, porque no me creo que esto esté pasando. Tenía miedo de regresar a casa y que se reavivaran los miedos y las pesadillas con respecto a mi padre, pero no esperaba que fuesen a aparecer nuevas historias del pasado que retorcieran incluso más todo lo ocurrido en mi infancia. Necesito irme de aquí, coger aire, dejar de pensar, escapar de todo lo que siento ahora mismo. Sabía que no era una buena idea volver. Lo sabía.

—Ten cuidado, no te vayas a caer otra vez —dice alguien a mi espalda. Me giro. Es Axel—. No hay dos sin tres.

—No hay uno sin dos, entonces —le respondo, bromeando—. Recuerda que la primera me la inventé.

No sé qué decir, así que esbozo la misma sonrisa ladeada que llevo mostrándole desde ayer para hacerle ver que no hay malos sentimientos hacia él y vuelvo a dirigir la vista hacia el agua turbia del río. Juraría que antes era diferente, más limpia. No tengo claro de si es el río el que ha cambiado o mi percepción al contemplarlo. Tal vez este agua también lleva toda la vida ocultándome su verdadera naturaleza. O quizás es que el sol acaba de ponerse y, después de un par de horas aquí sentado, todo cada vez es más oscuro.

Axel avanza tímidamente hasta mi lado y se sienta en la misma roca, a pocos centímetros de mí. Observamos el paisaje frente a nosotros, aquel que hace años nos unió durante un breve instante. La franja anaranjada del horizonte cada vez es más estrecha y las luces de la ciudad al otro lado del río se multiplican sin parar.

—Es guapo —me dice, después de un rato de silencio.

—¿Quién? —Creo que sé la respuesta.

—Tu novio, el rockero.

Me quedo en blanco. Después de aquel verano. Después de la conexión que tuvimos. Después de que me besara y yo lo echara a patadas de mi vida. Aquí estamos, hablando de Jess. La situación es, como poco, irónica. Y un poco hipócrita también por mi parte.

—No es rockero.

—¿Ah no? ¿No tiene una Taylor o una Christy o una Mandy en su habitación?

Niego con la cabeza e intento disimular malamente una sonrisa. Este tío es tonto, pero con sólo tres frases ya ha conseguido que me ría y me olvide de que en casa hay una pareja de desconocidos que fingen ser mi madre y mi tío. Supongo que hay cosas que nunca cambian, aunque no sean precisamente las que esperas que se mantengan con el tiempo.

—Lo siento —le digo, casi sin pensar, como si las palabras llevaran varios años queriendo saltar desde mis labios y hayan visto el camino libre—. No debí...

—No —me interrumpe—. No debiste hacerlo. Porque teníamos algo muy guay y no fue justo que te lo cargaras, tío.

—Bueno... —De verdad que no quiero discutir. Con él no—. Tú me besaste. No es que la culpa sea toda mía.

—¿Y desde cuándo un beso es tan malo como para romper una amistad? —me pregunta, ligeramente dolido, después de tantos años... Y tiene razón—. Pero, Milo, da igual. No era el momento y lo reconozco. Está claro que yo te vi antes de que tú te vieras a ti mismo.

No puedo llevarle la contraria porque es justo lo que pensé ayer al volver a verlo después de tanto tiempo. No puedo culparle de sentir algo por mí, ni de querer llevar nuestra amistad a otro nivel para el que yo no estaba preparado. Él tenía dieciséis años pero yo apenas iba a cumplir quince y nunca jamás me había fijado en un chico, no de ese modo. O al menos no de forma consciente. Es probable que se me fueran los ojos hacia los brazos de JC Chasez en los videoclips de 'N Sync por aquel entonces sin que le diera la importancia que eso tenía. Cuánto más viajo al pasado, ahora que sé quién soy, más detalles por el estilo encuentro.

—Ojalá lo hubiera sabido antes —le digo, y me doy cuenta de lo que eso significa.

Axel suspira pero no dice nada, simplemente me aprieta ambos lados del cuello con su mano y desliza sus dedos por mi nuca hasta que se juntan. Después retira la mano y me estremezco. Es la

primera vez que siento su tacto desde la noche en la que huí de su habitación. Y me siento confuso porque lo que siento ahora es lo que sentía entonces. Quizás una parte de mí sí estaba dispuesta a ser algo más que amigos, pero la parte de mí que seguía temiendo a mi padre la bloqueaba por completo.

—Si te sirve de consuelo, no lo supe hasta llegar a la universidad —añado, cogiendo una piedra y tirándola al agua, intentando que rebote varias veces sobre la superficie.

—No sé por qué iba a consolarme eso, pero vale.

Sigue siendo tan dulcemente arrogante como era con dieciséis años.

—Idiota —le digo con una sonrisa, para que no lo malinterprete—. Me refiero a que no lo descubrí en el instituto. Habría sido peor que te hubiera estado ignorando mientras sabía al mismo tiempo que era gay, ¿no?

—Joder, Milo... Qué raro me resulta escucharte decir esa palabra, después de tanto tiempo. —Axel se levanta y me observa desde arriba—. Mírate, si es que pareces una persona y todo. ¿Dónde está el enclenque que no podía ni subirse a los contenedores del almacén?

—Aquí —le digo, señalándome el pecho—. En alguna parte por ahí escondido, con miedo a que lo vean.

Axel vuelve a sentarse y yo aprovecho para ganar parte de la confianza perdida. Le paso la mano por su cabeza rapada, sintiendo las cosquillas que provocan los miles de pelitos duros resbalando entre mis dedos.

—No soy el único que ha cambiado —le digo—. ¿Te hartaste de ser el guaperas de Charleston?

—¿Cómo sabes que iba a Charleston? —me pregunta, ignorando mi comentario.

—Que tú y yo nos distanciáramos...

—Tú —me corrige—. Tú te distanciaste.

—Bueno, sí. Eso. Que me distanciara —hago énfasis en cada palabra— no significa que nuestras madres no se hayan hecho amigas. ¡Si hasta la mía le ha copiado el peinado a la tuya!

Axel se ríe y me empuja con el hombro ligeramente. Echaba de menos nuestra complicidad, los gestos que hablan solos, las miradas que cuentan todo. Me fijo en el cuello de su camisa y puedo ver parte de un tatuaje que ahora lleva en el pecho. También tiene otro en el antebrazo.

—¿Estás saliendo con alguien? —le pregunto casi sin venir a cuento. Creo que necesito saber que él está con otro chico para así no sentirme mal. Necesito saber que mi actitud aquella noche de Año Nuevo no le ha supuesto la pérdida del amor de su vida ni nada por el estilo.

—Ahora mismo no, la verdad. He tenido mis aventuras y algún intento de relación estable, pero nada ha funcionado.

No es la respuesta que esperaba oír, pero por lo menos no ha soltado lo típico de no haberme superado, ser el amor de su vida, o algo parecido que provocara que la situación fuera incómoda. Pero Axel continúa hablando.

—Ninguno me ha provocado ganas de cruzar una autopista, ni de escalar contenedores, ni de escuchar música juntos en el radiocasete de mi habitación.

Eso me pasa por dar por hecho las cosas. Quizás no he vuelto a ser el Milo viejo, pero puedo asegurar tras repetidas comprobaciones que el Milo nuevo no está libre de cargas y empieza a cometer los mismos errores que su versión beta.

—Axel, no...

—Tranquilo —me interrumpe—. No pretendo nada. Sólo estoy diciendo lo que hay. Me alegro de que tengas novio y seas feliz. Te lo mereces... Tú te lo mereces todo.

No sé muy bien por qué lo hago, pero le cuento a Axel que lo de tener novio no es tan fantástico como parece, porque llegan las dichosas separaciones por vivir en diferentes estados y uno no para de cuestionarse si su relación es real o solo un espejismo, si estamos juntos porque hay amor o solamente avanzamos por inercia. Tengo claro que Jess y yo nos queremos, pero también sé que las relaciones humanas no son perfectas. Estoy cansado de verlo en todas partes en la carrera de Historia del Arte. Prácticamente todos los artistas de la historia han estado eclipsados por el amor, ya sea para bien o para mal, de forma platónica o incluso neurótica.

El amor revuelve por dentro, nos trastoca la cabeza y nos exprime el corazón. Es capaz de disolver nuestros miedos o de provocar los peores terrores imaginables. Tiene vida propia, es maleable y consumible. Se agota sin avisar y se regenera cuando quiere, nadie sabe realmente cómo. Es un ente que viaja entre personas sin rumbo fijo, aunque a veces se quede y permanezca a cobijo años, muchos años. El amor hiere y sana, enloquece al más cuerdo de los sentidos y alivia hasta la mente más descontrolada. Es vida y es muerte, es arte, es poesía, es novela y es música. Y, siendo todo eso y mucho más, no sé cómo me atrevo siquiera a intentar dominarlo.

Amor es el paso del tiempo, que cicatriza las heridas pero mantiene vivo el recuerdo. Amor es no saber que amas hasta que no te permiten hacerlo. Amor, quizás, es una palabra que empieza por A y todo lo que representa.

—¿La felicidad es lo mismo que la estabilidad? —le pregunto a Axel.

Él me mira con ojos brillantes.

—No creo. La felicidad es otra cosa.

—Eso pensaba yo.

AXEL

Tres semanas han sido suficientes para comprobar que no estoy enamorado de un crío de catorce años. Yo, Axel Foster, en el día de mi cumpleaños, puedo asegurar que Milo Fisher, de catorce años, ha desaparecido de mi corazón y sólo duerme en mis recuerdos, alejado de toda posibilidad de ser reavivado en el presente.

La putada es que el Milo Fisher de diecinueve años que he estado conociendo es aún mejor, me gusta mucho más y me va a resultar todavía más difícil aceptar que no tengo ninguna oportunidad con él, por mucho que mi padre se empeñe en creer lo contrario.

Cinco años dan para mucho, sobre todo durante la adolescencia y la entrada en esta edad que nos convierte en semiadultos. En ese tiempo, Milo ha dejado de ser un asustadizo y tímido chaval que no se atrevía a nada y al que todo le daba miedo, que no dejaba de pensar en que todo el mundo le juzgaba por ser cómo era y que no aspiraba a encontrar el amor porque ni siquiera se planteaba que pudiera existir algo así para él. Milo es ahora un tío inteligente, con la capacidad de tener conversaciones decentes y de rebatirme todo aquello que considera oportuno. Ha perdido inocencia pero ha ganado voz. Ya no se esconde, ni se siente perseguido por sus traumas. Le sigue gustando la música pop comercial, pero tampoco puedo pedir que sea perfecto.

Durante estos días, hemos estado viéndonos casi a diario, porque en Portsmouth poco más se puede hacer. Ha sido como regresar al verano de 1999, cuando nos conocimos. Sin embargo, esta vez las salidas de exploración han sido diferentes y sus dotes como jugador de videojuegos han mejorado considerablemente. Eso se lo tengo que agradecer a Jess, por lo visto.

Hoy es mi cumpleaños y mis padres me están organizando una fiesta sorpresa de la que supuestamente no sé nada, así que han convencido a Milo para que me saque de casa. Le he dicho que sabía cuál era el motivo y que no opondría resistencia, lo que le ha aliviado bastante porque, de todas las cosas que ha mejorado, lo de mentir y ocultar secretos sigue siendo uno de sus puntos flacos. Hemos cogido las bicicletas, hemos atravesado Park View y hemos llegado hasta la zona este de la ciudad, justo hasta donde cruza el río que separa Portsmouth de Norfolk. Estas semanas las hemos pasado sin hablar de Jess. Supongo que Milo no quería mencionarlo para no molestarme y yo he evitado nombrarlo porque me gusta fingir que no existe, aunque siempre acabe dándome contra la realidad y aceptándola maduramente (algo que no es fácil). Lo que pasa es que esos golpes de realidad los suelo tener cuando estoy solo, no con Milo, y me es más fácil evitar preguntas como la que voy a hacerle ahora mismo:

—¿Lo echas de menos? —En verdad no quiero saber la respuesta, pero ya he dejado claro que, con los años, me he vuelto más imbécil. Y un poco masoquista.

—¿A Jess? —me pregunta Milo, caminando y empujando la bicicleta que le he prestado, sujetándola por el manillar.

—No, lo que teníamos hace años. —Milo gira su cuello a la velocidad de la luz y casi puedo escuchar el crujido de sus músculos al hacerlo. Lo curioso es que no tiene cara de estar sorprendido por el comentario en sí, sino por el hecho de que me he atrevido a decir algo así—. Es broma, tío. Me refiero a tu novio.

Milo se detiene, mira hacia el otro lado del río con la mirada perdida y después se gira para observarme de nuevo, cegado por la luz del sol de la mañana que asciende a mi espalda.

—¿Te digo la verdad? —me pregunta, haciendo sombra sobre sus ojos con la mano que tiene libre.

—Siempre.

—Menos de lo que esperaba.

Mi interior grita de alegría. Mi exterior se muestra impasible. Mi moral se siente ofendida por alegrarme de la mísera idea de que Milo y Jess pudieran romper pronto, cuando lo cierto es que esto que ha dicho no significa nada. No echar de menos a alguien no significa no quererlo. Creo que a veces echamos de menos a las personas porque tenemos miedo de que ya no estén ahí al volver. Echar de menos es no tener la certeza y la confianza de que volverás a verlas.

—No sé... Esperaba sentirme mal, ¿sabes? Pensaba que iba a ser más doloroso, en plan físicamente. Pero sólo es una sensación, un pensamiento, la idea de que quiero estar con él y no puedo. No sé si me explico.

Pienso en los días previos a que Milo regresara a casa y en cómo me sentía. Pienso en todos estos años. Pienso en cómo fue mi vida una vez acepté el hecho de que Milo y yo ya no éramos amigos. Y no lo entiendo. Porque yo no tenía ningún tipo de certeza y, desde luego, no sabía que volveríamos a vernos algún día. Por eso sí lo echaba de menos. Y al principio dolía que no veas. Luego ya me acostumbré y dejé de sentirme así hasta que regresé a casa.

—Claro que te explicas —le miento, porque me niego a reconocer que sigo pillado por él—. Yo creo que estamos demasiado influenciados por la películas. —Menuda gilipollez he dicho. Retomo el paseo montado en mi bicicleta, pedaleando a la mínima velocidad para no dejar a Milo atrás, haciendo equilibrios para no caerme al suelo—. Nos bombardean con esta idea de que echar de menos a alguien es sufrir y llorar su ausencia y buscar continuamente otra persona que llene ese hueco como si fuera una extrema necesidad, como la falta de agua en el desierto. Y creo que no funciona así. Echar de menos a alguien no es algo físico y rara vez se exterioriza. Es un estado mental, supongo. Y las cosas de la mente desaparecen en cuanto te distraes con otra cosa.

—¿Y cuándo realmente sientes en la piel que necesitas tocarlo? No sé... Cuándo te pican los labios porque necesitas besarlos. Cuándo echas en falta sus dedos en tu cuello como si te hubieran arrancado algo. —Su mirada se clava en la mía—. ¿Qué pasa cuando sientes todo eso al mismo tiempo que tu cabeza te dice que estás equivocado? ¿Sigue siendo un estado mental?

Detengo el pedaleo y apoyo un pie en el suelo.

—¿Seguimos hablando de Jess? —pregunto.

Milo se detiene también, sin quitarme la vista de encima. Permanece en silencio y sus ojos azules, casi transparentes reflejan el verde de los árboles que tengo detrás y el azul, más intenso, del cielo. Aparta la vista hacia el suelo y continúa caminando sin responder a mi pregunta. Es posible que la haya hecho en un tono desagradable que no he controlado y él haya pensando que no quiero seguir hablando de Jess, pero yo siento curiosidad por seguir yendo más allá y tocar todas esas conexiones internas que Milo, quizás, tiene dejadas a la costumbre.

—Sabes que ya os podríais casar, ¿no? —Milo mira hacia detrás y me regala una sonrisa burlona—. Es en serio, han aprobado una ley en Massachusetts.

—Axel... ¿En serio?

Sonrío y después niego con la cabeza. No, Milo, no. Claro que no es en serio. Lo último que quiero ahora mismo es que te cases con otro tío. Y menos todavía con *ese*, que es una copia adulta de mi yo adolescente. Todavía no me queda claro si ese detalle es casualidad o es que el Milo de diecinueve años sigue teniendo pendientes algunos asuntos sentimentales con el de catorce.

—De todos modos, da igual que sea legal —continúa hablando Milo—. No creo que pudiera ir

por ahí estando casado con otro chico en un país que se ha escandalizado por verle una teta a Janet Jackson en la Super Bowl.

No hay país más hipócrita que este, eso desde luego, pero no creo que Milo deba tomar decisiones en la vida según lo que puedan opinar los demás. Pensaba que estaba libre de miedos e inseguridades, pero se ve que me equivocaba y todavía quedan algunas por ahí que deben ser pulidas o erradicadas por completo. Yo, desde luego, nunca he tomado decisiones teniendo en cuenta los inconvenientes que pudieran surgir en el camino, sino los beneficios. Si no fuera así, nunca hubiera besado a Milo. Y quizás eso provocara que nuestra amistad se fuera por el sumidero, pero al menos yo no viví el resto de mi adolescencia enamorado del vecino y con el deseo constante de mostrarle mis sentimientos. Supongo que a eso es a lo que se refieren cuando dicen que es mejor arrepentirse de las cosas que haces y no de las que dejas por hacer. Destruí lo que tuvimos, pero al menos no he estado cinco años pensando qué hubiera pasado si...

El teléfono móvil de Milo suena con un mensaje y lo extrae del bolsillo de sus vaqueros cortos.

—Deberíamos volver.

Lo dice en un tono tan extraño que siento que ha ocurrido algo malo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

Milo sube en la bicicleta, comienza a pedalear sin sentarse en el sillín y pasa a mi lado. Me da una colleja mientras sonrío y sigue su camino.

—¡Tu fiesta, pringado! —me grita cuando se aleja unos metros.

Joder. Ya ni me acordaba de eso. Este chico sigue consiguiendo que me evada del mundo y sólo tenga ojos para él. Lo sigo y pedaleo con fuerza hasta alcanzarlo.

—¿Habrá tarta? —le pregunto mientras avanzamos por el paseo y giramos hacia una de las calles.

—¡Y muchas *strippers*!

—¡Tetas! ¡Tetas! —grito.

Un par de horas después, en medio de una barbacoa organizada en el jardín de nuestra casa, soy el centro de atención y no lo estoy disfrutando. Odio sentirme observado, aunque las intenciones sean buenas. Parte de mi familia ha venido y se quedarán hasta finales de mes en Portsmouth, en un apartamento que han alquilado en el vecindario. También andan por aquí los Fisher. Madre, hijo y tío-novio-cuñado. Es un personaje el Eddy este. Si Milo pudiera dejar a un lado sus ideas preconcebidas y dejar de sentirse engañado, descubriría que Eddy es un tío respetable que hace feliz a su madre. Entiendo que Milo tenga reticencias al respecto, porque no deja de ser raro que su madre ahora esté liada con el que era su tío, pero nadie dijo nunca que las familias fueran perfectas.

Olivia y Eddy están hablando junto a la barbacoa y nunca había visto a mi hermana sonreír así. Ni siquiera con su novio (prometido), Lemar. Se la ve forzada, poco natural. Entonces caigo en la cuenta de que tal vez Eddy no es el que provoca esa reacción, sino las chuletas que está asando en la parrilla. Mi hermana es vegetariana desde que se fue a la universidad. Seguro que está intentando convencer a Eddy de las virtudes de los vegetales al vapor. Es que, vamos a ver, cómo va a ser Eddy mal tipo si mi hermana y él casi no se conocen y ya han hecho buenas migas, incluso ganando confianza como para que él tenga gestos con ella como tocarle el hombro. Olivia es otra que debería juzgar menos y experimentar más antes de abrir la boca.

Huyo de cualquier conversación familiar, porque no me apetece hablar de mi carrera frustrada y de mi futuro en el aire. Avanzo por el jardín y veo a Milo. Se ha cambiado de ropa y se ha puesto guapo para mi fiesta, pese a que no hacía falta alguna que se quitara sus vaqueros cortos y su camiseta a rayas que tanto me recordaba a su estilo marinero de años atrás. Está charlando con mi madre y la suya, así que me integro en su conversación.

—Es que es muy fuerte que vayan a meterla en la cárcel —dice Linda—. Que tampoco ha matado a nadie.

—Pero así es la ley, amor —le responde mi madre—. Si sólo metieran en la cárcel a los asesinos, las calles estarían hasta arriba de delincuentes.

—¿De quién hablan? —le pregunto a Milo, que parece estar atento al tema pero ajeno a la participación.

—Martha Stewart.

—¿Le de los programas de cocina? —pregunto, sorprendido. Milo asiente.

—Claro, Hannah, pero no sé...

—Linda —la interrumpe mi madre—, lo dices porque es famosa. Si el mismo delito lo comete una desconocida, no la defenderías tanto.

—Sí, supongo que tienes razón —le responde Linda.

—Es como cuando se muere un famoso —añade Milo—. Es un drama nacional. Pero es que se muere gente todos los días y a nadie le importa.

Mi madre asiente, mientras se lleva un trozo de carne a la boca con los dedos y deja el resto en el plato de plástico que tiene en la mano.

—Hablando de muertos... —dice Linda—. Marlon. —Y mira a mi madre con cara de pena.

—¡Es verdad! —exclama mi madre después de tragar—. Menudo verano llevamos. Joder, qué guapo era.

—¿Quién? —pregunto. Hoy no me entero de nada.

—Marlon Brando —me dice Milo—. ¿No sabes quién es?

—Me suena el nombre pero no le pongo cara.

—Pues mejor que no se la pongas —me dice mi madre—, porque estaba bueno que te cagas.

—¡Pero mamá! —exclamo, ligeramente avergonzado—. ¡Esa boca!

Linda se echa a reír y Milo tras ella. Yo me muero de la vergüenza porque mi madre y yo siempre hemos sido muy abiertos y nos lo hemos contado casi todo, pero nunca delante de otra gente. No reconozco a esta mujer tan suelta que dice cosas como «estaba bueno que te cagas» delante de nuestra familia. Pero me gusta.

—Pues he leído en internet que estaba liado con James Dean —dice Milo después de un rato.

—¡No! —exclama mi madre—. ¿Es que no quedan hombres en el mundo?

—¡Ey! —gritamos Milo y yo al unísono.

Mi madre se lleva la mano a la boca y se disculpa entre risas. Puedo percibir cómo la cara de Milo ha cambiado en cuestión de segundos y cada vez está más rojo, lo que significa que le incomoda la situación. Seguro que se arrepiente de haber sacado el tema de la homosexualidad. No creo que le resulte cómodo hablar de ello delante de su madre, teniendo en cuenta que se enteró de que es gay el mismo día que yo, cuando apareció con Jess.

—Hablando del tema... Me alegra ver que volvéis a ser amigos —dice mi madre, metiendo el dedo en la llaga—. Mira que estar tantos años enfadados por una tontería...

Acabo de darme cuenta de que mi madre ha relacionado el tema (homosexualidad) con nosotros dos (nuestra antigua relación), y me pregunto si los adultos nos veían con otros ojos y

pensaban que nuestra amistad era en realidad... *amistad*.

—Bueno, en aquel momento no fue una tontería —aclara Milo—. O sí, pero yo no lo viví de esa forma. Aún no sabía... Bueno, eso.

—Espera, espera... —Linda le pone la mano a su hijo en el brazo—. ¿Por qué dejasteis de ser amigos, exactamente?

—¿Nunca lo supiste? —Hannah Foster, siempre al pie de la noticia—. Porque éste —me señala— besó a tu hijo —señala a Milo— y no le sentó nada bien que lo hiciera. Ay, Milo...

Milo está del color de la sandía que hay abierta sobre la mesa del jardín y su madre lo mira extrañada y confusa. Yo no sé en qué momento decidí que era buena idea integrarme en esta conversación surrealista.

—Vaya forma de reaccionar, hijo —le dice Linda a Milo—, sólo porque Axel no fuese tu tipo... Qué idiotez. —Linda pone los ojos en blanco y apura el vaso de refresco hasta el final.

—No es que no fuera mi tipo, es que no me gustaban... En fin, que no, que hablemos de otra cosa.

—Pero si tú siempre has sido gay, Milo —añade Linda, y yo me muero. Empiezo a pensar que los vasos de nuestras madres tienen algo más que simple refresco. Y llevan horas empinando el codo.

Milo abre los ojos de par en par y directamente ha pasado a estar pálido como la luna, como si toda la sangre de su cuerpo se hubiera evaporado de golpe.

—No me jodas que pensabas que... —Milo deja la frase incompleta y Linda se encoge de hombros y se ríe con mi madre—. ¡Joder, no!

Es curioso cómo a veces nos montamos historias en la cabeza en base a lo que van a opinar los demás si supieran tal o cual cosa. Y al final no importa una mierda porque cada persona es un mundo y nosotros no podemos vernos a nosotros mismos ni saber qué es lo que estamos proyectando al mundo. Ni siquiera un espejo es fiel a la realidad porque es una superficie plana e invertida. Nunca nos podremos observar del mismo modo en el que lo hacen los demás.

—Para tenerlo tan claro —continúa Milo—, bien que te molestaba que escuchara a Mariah Carey o hiciera cosas de niñas.

—Supuestamente —añado. Hay niñas que arreglan aparatos electrónicos y juegan al fútbol.

Linda deja el vaso vacío sobre la mesa y pone sus dos manos sobre los brazos cruzados de Milo.

—Vamos a ver, cariño. Nunca me ha molestado que seas como eres, y, si alguna vez te di a pensar lo contrario, lo siento de verdad.

—Vale, no pasa nada —Milo ha cumplido un ciclo de color y comienza uno nuevo poniéndose rojo de nuevo—. Tampoco me siento muy cómodo hablando de esto.

—Y a Mariah no la soporto, hijo —Añade Linda, intentando desviar el tema ligeramente—. Menudo verano me diste con aquella canción del demonio.

—¡Yo no escogía lo que echaban en la Mtv! —exclama Milo, levantando los brazos de forma frustrada, haciendo que recuerde cuando hacía exactamente ese mismo gesto cada vez que se indignaba por algo.

—En cambio esta nueva que ha salido ahora me encanta... ¿Cómo se llamaba? —Linda se pone la mano en la boca y desvía la mirada hacia lo alto.

—Da igual, Milo —intento calmar las aguas—. Ya no somos dos niños, somos todos adultos y estamos recordando el pasado sin más. No te sientas mal, que aquí nadie tiene intención de ridiculizar a nadie, ¿verdad? —Ambas madres asienten—. Estamos en familia y no pasa nada.

Todos te queremos igual.

Milo se relaja, me mira fijamente con los ojos brillantes y musita «¿tú también?» sin emitir sonido alguno. Me acerco hasta él y le doy un abrazo. Nuestras madres exclaman «¡oooh!» al unísono y nos separamos. Ahora soy yo el que se muere de la vergüenza.

—¡Beyoncé! —exclama de pronto Linda.

Al mismo tiempo, mi padre aparece desde el interior de la casa con una tarta llena de velas y todos los asistentes se ponen a desentonar. Vuelvo a ser el centro de atención y vuelvo a sentirme incómodo. Sólo me salva de la situación el brillo de los ojos de Milo, que ha vuelto a sonreír y su piel tiene un color normal, para ser él.

Cae la noche, todo el mundo se ha ido, los restos de la fiesta han sido recogidos y sólo quedamos Milo y yo, sentados en dos tumbonas, mirando hacia la oscuridad de un cielo que debería verse estrellado pero ha decidido nublarse desde media tarde. En estas tres semanas, hemos hablado del pasado, de lo que fuimos y dejamos de ser, de quienes fuimos cuando nos separamos y de todo lo que hicimos y dejamos de hacer. Pero hoy me he dado cuenta de que a mí lo que me importa es el futuro. El mío. El de Milo. El de ambos. Sin embargo, no contemplo la posibilidad de que esos futuros estén juntos, al menos no a corto ni medio plazo.

Incluso si yo le gustara. Incluso si Jess no estuviera en la ecuación. No puedo querer a Milo en mi vida si no vamos a tener la posibilidad de estar juntos. Él volverá a Washington y yo no sé muy bien qué será de mí, pero lo he estado pensando y creo que me iré con James a Los Ángeles. Tengo miedo y no estoy seguro de estar tomando la decisión correcta, pero tengo que dar algún paso en cualquier dirección que me aleje de Portsmouth si quiero tener algo parecido a la vida que he soñado.

Milo podría estar loco por mí, pero nunca podríamos ser capaces de mantener con vida una relación desde cada costa del país. Yo sí estoy loco por él, pero no tanto como para tirar abajo su vida actual y ofrecerle una peor. O tal vez es que me gusta tanto que prefiero su bienestar antes que el mío.

—No deberías hacer eso —me dice.

—¿Mirarte? —le pregunto. No pensé que fuera tan evidente que lo hacía.

—No —responde tímidamente—. Fumar.

—Ah, ¿esto? —levanto el porro—. Venga ya, si no es nada. Sabes que no lo hago todos los días.

—Ya, pero sigue sin ser bueno.

—Puedo dejarlo cuando quiera. Sólo lo hago de vez en cuando, para relajarme.

Milo se encoge de hombros y echa la cabeza hacia atrás, devolviendo su mirada hacia donde en cualquier otra noche habría un lienzo repleto de estrellas parpadeantes.

—Es una pena que esté nublado —me dice Milo, mientras deja caer su espalda sobre el respaldo de la tumbona—. En esta época se puede ver la constelación de Hércules y también la de Escorpio.

—Veo que sigues siendo un sabelotodo, Miles. —Me tumbo también y alzo la vista hacia las nubes bajas del cielo, iluminadas por las luces de la ciudad—. Cuéntame algo que no sepa, a ver.

—Mira que eres engreído, Axel —se queja. Yo me río.

—¡Pero si no he dicho nada de mí!

—No es lo que dices, sino cómo lo dices.

Milo suspira y nos quedamos en silencio otra vez. Me gustaría adivinar qué es lo que está pensando, qué opina de mí después de todos estos años. No es que pudiera dar rienda suelta a nada, pero no estaría mal saber si soy su tipo de chico, aunque no pueda mostrarlo por respeto a Jess. No obstante, en seguida caigo en la cuenta de que a lo mejor eso sería peor. A veces, la ignorancia es una bendición y creo que prefiero no saber si le gusto o no. Prefiero asumir que no tengo ninguna posibilidad de saber que sí la tengo y aun así no poder aprovecharla.

—En marzo descubrieron el objeto más lejano del Sistema Solar —dice Milo de pronto—. Es un planetoide llamado Sedna y es la materia más grande que se ha descubierto desde Plutón en... 1930, creo.

—¿Has dicho «creo»? —le digo con fingido ímpetu—. ¡Milo Fisher no está seguro de algo!

—Cállate, imbécil —me responde con una sonrisa—. La ciencia no es lo mío, ya sabes que soy más de arte.

—¿Vas a seguir por ahí? —le pregunto—. ¿Qué harás cuando termines la universidad?

Milo apoya los codos en los reposabrazos y se frota las cejas mientras resopla.

—No estoy muy seguro. Tengo varias opciones, cada cual menos realista.

—A ver, sorpréndeme —le pido, girando mi cuerpo para quedar tumbado de lado, hacia él.

—Podría dar clase en institutos o en la universidad. Esa es la opción fácil. Podría ser tasador de obras de arte y trabajar en alguna galería, o fundar una. Esa es la opción difícil. O podría ser yo el artista que crea y vende su trabajo, pero ese es el sueño que no aspiro a cumplir. Demasiada competencia.

—Tú vas a hacer cosas importantes —afirmo. He visto sus dibujos, conozco su talento—. Acuérdate de este día.

—Gracias, pero no. Ese sueño está en un cajón.

—Miles, los sueños siempre hay que aspirar a cumplirlos. Si no, ¿de qué sirve tenerlos?

—Me gusta cuando me llamas Miles —dice, cambiando de tema—. Me recuerda que hubo un tiempo en el que todo iba bien, que el mundo no se había vuelto loco, que la música no se había vuelto absurda, que el terrorismo no tiraba abajo torres ni explotaba trenes. —Milo suspira y deja de hablar. Tiene razón. A lo mejor el mundo siempre ha estado loco y la vida siempre ha sido una mierda, pero antes no lo sabíamos, no éramos conscientes de que ser adultos no significa madurar, sino descubrir el lado malo de crecer—. ¿Y tú? ¿Qué sueños tienes?

Vuelvo a girarme y me quedo boca arriba. No quiero decir nada de lo que me arrepienta. Tengo tantos sueños que no alcanzo a elegir ninguno. O a lo mejor es que el más grande e improbable eclipsa a los demás. Quiero vivir de la música. Quiero tocar mis canciones y las de otros. Quiero componer con los más grandes y sonar en sus álbumes. Quiero tocar en garitos de mala muerte y en el Madison Square Garden. Quiero tener una estrella en el paseo de la fama de Hollywood y, al mismo tiempo, que nadie me reconozca en ninguna parte. Quiero todo y nada al mismo tiempo. Quiero ser imposible. Y quiero lo que no puedo tener.

—Quiero ser feliz —le respondo finalmente—. Despertarme cada mañana con un motivo para levantarme y acostarme por la noche pensando en lo genial que ha sido todo, incluso en los días malos. Quiero querer y que me quieran, saber que hay alguien en este inmenso planeta de mierda que daría la vida por mí.

Miro hacia Milo, que se ha girado para escucharme hablar.

—¿Es suficiente? —le pregunto.

—Siempre lo ha sido.

MILO

No puedo dejar de mirar el brillo de los ojos de Axel mientras me cuenta qué espera de la vida y qué es lo que necesita para ser plenamente feliz. Nunca lo había visto hablar con tanta verdad, ni siquiera cuando habla de la música que le gusta. Por encima del rock y de las guitarras eléctricas, Axel quiere alguien a su lado que le dé todo lo que él no puede conseguir por su cuenta ni en otros lugares o experiencias.

Ojalá yo tuviera esa pasión al pensar en Jess, pero no es así. Después de dos semanas a tope, llevamos una semana en la que sólo nos hemos enviado dos o tres mensajes. Y lo peor no es que eso ocurra, sino que a mí no me está importando demasiado. No sé si es esta ciudad, si soy yo o si es él, pero algo ha provocado que me desconecte de mi vida en Washington y me sumerja de lleno en todo lo que había dejado pendiente aquí, en todo lo bueno.

Tenía miedo de volver y de resucitar al viejo Milo, pero ahora soy consciente de que era justo lo que necesitaba. Me está viniendo bien recordar quién era y analizar qué cosas ocurrían a mi alrededor (y en mi interior) sin que me diera cuenta. No tiene sentido, porque no hemos hablado de ello, pero siento que Jess no se enamoraría del verdadero Milo si lo conociera. Jess quiere al Milo actual, el de Washington, el que lleva un año enterrando su pasado, sus traumas, sus inquietudes. Y luego está Axel. Es como si lo hubiera redescubierto, como si nos hubiéramos conocido por primera vez y sintiera que en otra vida vivimos algo especial juntos. Han pasado cinco años, pero el recuerdo lo siento mucho más lejano. Y vuelvo a ser el Milo de catorce años que tenía miedo pero corría hacia delante porque no quería perderse nada de lo que Axel quería mostrarle.

—¿Es suficiente? —me pregunta Axel.

—Siempre lo ha sido. —No puedo evitarlo. Me acerco hasta su cara y lo beso, devolviéndole aquello que debí haberle dado hace cinco años en su habitación.

Axel se echa a un lado, apoya su mano sobre mi hombro y me empuja suave pero firmemente de vuelta a mi tumbona. No entiendo qué está pasando. Las señales estaban ahí. Lleva tres semanas dándome a entender que le sigo gustando. De hecho, he percibido su rabia al saber que ahora sí tengo clara mi sexualidad.

—¿Qué pasa? —le pregunto—. Pensaba que...

—Sí, Milo, sí. —Axel baja la mirada y chasquea la lengua—. Pero no.

—No lo entiendo.

—Milo, tienes novio. —Intento explicarle que eso ahora mismo me da igual, pero apenas puedo articular una palabra antes de que vuelva a hablar—. Pero no es sólo eso. No tendría sentido. Tú te vas a marchar y yo me voy a... —Carraspea—. Yo me voy a sentir mal cuando eso pase. No quiero volver a revivir todo de nuevo.

No sé muy bien qué decirle. Es cierto. Me voy en septiembre, pero eso no significa que no podamos aprovechar el verano y darnos todo lo que nos debemos desde que éramos críos. A nadie le hace daño un amor de verano y, quién sabe, tal vez seamos capaces de sobrevivir hasta el otoño, y después el invierno, la primavera, y de vuelta al verano. No me reconozco. No debería estar teniendo esta clase de pensamientos. No debería estar tirando tantos meses por la borda a cambio de lo desconocido.

—¿No decías siempre que hay que tomar riesgos en la vida? —insisto.

—Ya no soy esa persona, créeme. Hay riesgos que es mejor no correr. No quiero estropear esto que tenemos ahora y que tanto nos ha costado recuperar. No quiero volver a perdernos.

—Pero es que podría ser incluso mejor. No vamos a perder nada. Yo no voy a huir de ti.

Intento coger su mano pero él la aparta disimuladamente, como si no se hubiera dado cuenta, pero sé que sí.

—No es buena idea, Milo.

—Te juro que no te entiendo, Axel. Pensaba que esto era lo que querías. O yo me he vuelto estúpido de nuevo, o juraría que llevas tres semanas tirándome indirectas.

No quiero discutir. No con él. Pero no puedo evitar molestarme porque esta situación tampoco es fácil para mí. Soy yo el que tiene una relación, aunque no sé en qué estado se encuentra. Soy yo el que está arriesgando su estabilidad actual por algo efímero.

—Lo que quiero es a ti, Milo —me reconoce Axel finalmente—. A ti, sólo a ti, a tiempo completo. Todos los días del año. Pero no tiene sentido, ¿no lo ves?

—Lo que no tiene sentido es que renuncies a un verano porque tengas los ojos puestos en toda una vida.

—Es que eso es lo que quiero. Toda una vida contigo. No un polvo de verano y en septiembre no ha pasado nada. ¿No lo entiendes? —Axel me mira fijamente a los ojos—. Un verano para mí no es suficiente.

Me reciclo hacia atrás y acepto la derrota. Aunque no sé si debería usar esa palabra para definir una situación en la que hemos perdido los dos. No es una cuestión de amor no correspondido, sino de miedos e inseguridades con respecto a la logística de la relación y al futuro. Pero lo entiendo. No estoy en posición de exigir nada a Axel después de lo que yo hice. Probablemente habría sido mejor no haber hecho nada, no haber dicho nada. Y ahora tengo miedo de que hayamos vuelto al punto de partida en el que estábamos antes de regresar a casa.

Una gota de lluvia cae en mi cara y después otra. Comienza a llover y Axel se levanta de la tumbona. Yo le sigo en silencio, aunque la tensión entre ambos es realmente incómoda. Entramos en su casa, llegamos hasta la entrada y él comienza a subir las escaleras. Yo permanezco junto a la puerta y la abro para irme a mi casa.

—¿Te vas? —me pregunta Axel desde la mitad de la escalera.

Me encojo de hombros, porque he supuesto que es lo que tocaba hacer. Irme. Aceptar que nuestra amistad ha vuelto a fragmentarse, otra vez por culpa mía. Me doy la vuelta y comienzo a salir.

—De eso nada. —Axel baja los peldaños y tira de mi brazo—. Tú no te largas así. No pienso estar otros cinco años sin hablarnos. Vamos, sube.

Subimos juntos hasta su habitación y Axel enciende el rótulo de la guitarra que sigue colgado sobre su cama. Algunos tubos de neón están fundidos pero es tal y como la recordaba. Me asomo a su ventana y observo a través de la lluvia el cuadrado negro en el que se ha convertido la ventana de mi habitación. Esto sí que lo recordaba diferente. Echo en falta la luz azul del acuario tiñendo mis muebles y las paredes.

—Ven, siéntate —me dice Axel, cogiendo su guitarra—. Te voy a enseñar una cosa a ver qué te parece.

Avanzo hasta su cama, me siento a su lado, pero no demasiado cerca para evitar tentaciones. Axel toca algunos acordes que no parecen conducir a nada y después se pone en serio.

—Esto sonaría mejor con una guitarra acústica —me dice por encima de la música—, pero

para componer un poco me sirve.

Sigue tocando acordes que, poco a poco, parecen transformarse en una melodía. Pero de pronto se detiene y deja caer la mano sobre su rodilla.

—Joder, qué vergüenza —me dice—. Debería haberlo pensando mejor.

—No es la primera vez que te oigo tocar.

Axel me mira de reojo y sonríe tímidamente, apretando los labios. Después inspira profundamente y vuelve a tocar la guitarra. Taylor resuena levemente en el altavoz al que está conectada a bajo volumen y, de nuevo, escucho la melodía de antes. Hasta que, inesperadamente, Axel empieza a cantar.

*«You're lying on the floor.
Mourning with your skin inside out.
Face against the rug.
Like a prey, there's no sign of life.
Reaching for the door.
Tried to leave a hundred or more times.*

*Let it burn. Smash it to the ground.
Let it burn. Keep you safe and sound.
Lift the spirit of the fighter.
Leave the crying out for later.
Don't you surrender, go and let it burn.*

*Nobody told you fairytales go wrong.
Unhappy never-ending far too long.
Nobody told you how to fly alone.*

*Let it burn. Smash it to the ground.
Let it burn. Keep you safe and sound.
Lift the spirit of the fighter.
Leave the crying out for later.
Don't you surrender, go and let it burn.»*

Siento un escalofrío que me recorre la espalda y los brazos. No puedo creer que haya escrito una canción sobre mí. O al menos eso creo. Prefiero no preguntarle para no llevarme una decepción. A veces es mejor creer en una mentira maravillosa que en una verdad indiferente.

—Es genial —le digo—. Y, oye, no se te da mal lo de cantar.

—Sí bueno... —Axel se ruboriza y baja la vista, es incapaz de mirarme y me muero de amor porque parece de nuevo un adolescente—. Gracias.

—En serio... Esto debería estar sonando en la radio y entrando en las listas de Billboard.

—La escribí pensando en ti —me reconoce—. Hace un par de semanas.

—Pues al menos ya ha salido algo bueno de este reencuentro —le digo, pensando sobre todo en el traspies que he tenido antes en el jardín—. Perdona, por...

—No hay nada que perdonar —me interrumpe.

Axel se levanta, todavía nervioso y se sienta en el alféizar de la ventana. Un relámpago ilumina la mitad de su cara y descubro que la lluvia de fuera se ha convertido en tormenta. Vuelo años atrás y es como si no hubiera pasado el tiempo. Nunca pensé que volvería a estar de nuevo

en esta habitación, alumbrado por estos neones, escuchando música y cobijándonos del temporal del exterior. Es como si todas las piezas se hubieran reunido de nuevo para formar el mismo puzzle, sólo que, esta vez, el dibujo es ligeramente distinto. Ya no somos dos niños, está claro, pero es como si lo siguiéramos siendo. La esencia está ahí. La conexión también. Las ganas de ser todo lo que podamos y más. Es una pena que siempre falle algo, que nunca consigamos que esto que nos une termine de estallar, en el buen sentido. Como el sol y la luna, estamos destinados a encontrarnos sólo de vez en cuando formando algo especial que no durará más de lo que tarda una gota de lluvia en caer desde el cielo y desaparecer en un charco.

—¿Te quieres quedar a dormir? —me pregunta Axel.

—No debería... No sé si podré controlarme —bromeo. Aunque cierto que me parece una mala idea.

Axel sonrío sin mostrar los dientes y niega con la cabeza. Debe de pensar que sigo siendo un torpe inocentón.

—Ya controlo yo por los dos.

Miro hacia el exterior y, pese a que sé que no lo veo bien, acepto su propuesta aprovechando la excusa de la tormenta, que es el único motivo por el que Axel me ha pedido que me quede. Estoy seguro. No quiero decirle que ahora mis miedos son otros y las pesadillas las vivo despierto. Prefiero dejarle creer que me está protegiendo cuando, en realidad, voy a protegerlo yo a él.

Despierto sobresaltado por culpa de algún ruido. La habitación está a oscuras y Axel duerme plácidamente a mi lado. Es la primera vez que dormimos juntos desde que he vuelto a casa y de pronto echo en falta no haber pasado todas las noches de los últimos años con él. Me siento fatal por sentir algo así, pero ni siquiera lo pienso voluntariamente. No me regodeo en ello ni disfruto, porque sé que estaría mal. Esa sensación simplemente existe.

Me gustaría poder acariciar su cabeza rapada, recorrer su cara con la yema de mis dedos, bailar con ellos a lo largo de su cuello, rodear la cicatriz de su pecho y delimitar el contorno de la botella rota que tiene dibujada a cada lado, pero me limito a mirar y admirar. Axel ya era guapo con dieciséis años, aunque yo no quisiera darme cuenta, y ahora con veintiuno provoca en mí deseos y fantasías que hacen que me sienta excitado y culpable a partes iguales. No puedo evitar pensar en cómo de suave será el tacto de su torso, cómo de fuerte serían sus abrazos cuando da rienda suelta al amor e incluso cómo sería tenerlo a mi lado, libremente, sin cadenas y desnudo.

Sabía que esto no era buena idea. Me levanto con cuidado de la cama y me acerco hasta la ventana. Ha dejado de llover, así que me pongo la camiseta, cojo mis zapatillas y salgo de la habitación de puntillas. Bajo la escalera intentando que no crujan los peldaños y salgo de casa de los Foster haciendo el menor ruido posible. Cuando llego a casa, la culpabilidad me puede y le envío un mensaje a Jess por si sigue despierto. Hoy no me ha escrito en todo el día. Me tumbo en la cama con el teléfono en el pecho y pienso en todo lo que ha ocurrido hoy. El paseo en bicicleta, la fiesta, nuestras madres, Marlon Brando, Axel soplando las velas de la tarta mientras me miraba de reojo, las constelaciones ocultas, las expectativas de futuro de Axel, el beso, los neones, su cuerpo dormido...

Hasta que se abre la puerta de mi habitación y aparece mi padre. Me incorporo de forma agitada y le pregunto qué hace aquí a estas horas de la noche, pero no responde. Sus ojos desprenden la misma furia que aquel día hace tantos años, y lleva en la mano el tablón de madera.

Ha conseguido arrancarlo del suelo. Se acerca a mí sonriendo, como si no pasara nada, y yo me arrastro hacia el otro lado de la cama, cayendo al suelo y golpeándome la espalda contra la mesa de noche. Me pongo en pie y mi padre ha desaparecido. Miro hacia la ventana y las cortinas empiezan a echar humo, están ardiendo otra vez desde abajo. El fuego no tarda en ascender y, sin darme cuenta, mi padre me sujeta por detrás, por el cuello, empujándome hacia las llamas. Intento resistirme pero no puedo mover las piernas. Siento el calor del fuego. Quema, me arde la cara. Grito.

Abro los ojos de golpe y el corazón me late desbocado, como si me golpearan el pecho con un martillo. Tengo el teléfono entre las manos y sigo tumbado en la cama. Intento respirar despacio para calmarme, pero empiezo a temblar. Me incorporo y veo que las cortinas siguen en su sitio, intactas. La puerta cerrada. El tablón de madera sellado al suelo. Trago saliva y me pongo en pie, me acerco hasta el escritorio y cojo una silla. La pongo junto a la ventana, me subo en ella y descuelgo las cortinas.

Al mirar hacia fuera, descubro que está lloviendo de nuevo. De pronto, la habitación de Axel se ilumina levemente y su silueta aparece en la ventana. Nos quedamos mirándonos fijamente. Su contorno destacando frente a la tenue luz. Mi figura en la oscuridad subida encima de la silla dejando caer las cortinas al suelo.

Axel me hace una seña con el dedo para que me baje de la silla. Espero que no piense que pretendía tirarme o algo así. Le hago caso y sigo mirándolo. Vuelve a hacer la seña y desaparece. No lo entiendo. Permanezco inmóvil frente a la ventana, observando el que ahora es su cuadrado oscuro, esperando que vuelva a aparecer, pero no lo hace. Pocos segundos después, lo veo aparecer en el exterior, por la esquina de su casa y en dirección a la mía.

Con prisa, me pongo una sudadera con capucha y me calzo las zapatillas. Salgo al rellano y, al comprobar que mi madre y Eddy duermen con la puerta cerrada, bajo la escalera corriendo y salgo a la calle. Axel está esperando a los pies de la escalera del porche, empapándose. Me acerco hasta él y me quedo justo donde cubre el techo. Axel tiende su mano hacia mí y yo hago lo mismo. Tira de mi mano, obligándome a bajar la escalera y a quedarme de pie bajo la lluvia, calándome igual que él.

No sé muy bien qué está pasando o si quizás sigo soñando y no he despertado todavía de la pesadilla, pero tengo claro que está siendo el momento más surrealista de mi vida. Todo está oscuro. Las farolas de la calle ya no están encendidas. Nos estamos empapando y no parece verano.

—Ya sé que acabo de cumplir veintiuno —me dice—, pero por una noche me gustaría volver a ser el imbécil que se arriesga sin pensarlo.

Se acerca hacia mi cara empapada y me besa. Esta vez, su brazo me rodea y su mano me aprieta la espalda para que no huya, pero no pensaba hacerlo. Es como si se cerrara el ciclo que dejé abierto y por fin hubiera ocurrido lo que estaba destinado a pasar. Alcanzo a percibir la diferencia notable entre ser besado por Axel sin estar preparado y recibirlo cuando me moría de ganas. Tiro hacia atrás de mi capucha y dejo que la lluvia me moje por completo, porque quiero vivir este momento sin barreras ni escondites. Quiero sentir la libertad de ser quien soy y el vértigo de no saber qué pasará a continuación.

El frío de la lluvia contrasta con el calor que siento entre nuestros labios. Sus manos heladas y mojadas se deslizan por debajo de mi sudadera y me acarician la cintura, provocándome escalofríos. Mis manos recorren su espalda, por debajo de su camiseta, y la atraigo hacia mí como si fuera posible fundirnos en un solo cuerpo.

Ya no hay más secretos. No hay más maniobras furtivas. No hay más dudas ni miedos. Me entrego por completo y por primera vez siento que las piezas del puzzle encajan y por fin muestran el dibujo que tanto me ha costado descubrir. Todo es perfecto y no puedo evitar ser consciente de que en el mundo real, a veces, también se puede vivir un poco de magia. Y que los sueños que se acaban cumpliendo no son siempre los que habíamos decidido perseguir.

A la mañana siguiente me despierto resacado de emociones. Mi sudadera húmeda reposando en el respaldo de la silla me confirma que no fue un sueño. Casi como un acto reflejo, miro el teléfono móvil y compruebo los mensajes. Es ahora, cuando el cuerpo despierta acostumbrado a seguir una rutina, cuando recuerdo que lo ocurrido anoche tiene daños colaterales. Jess no ha respondido al mensaje que le envié anoche, pero eso no me legitima para haberlo engañado. Súbitamente siento una oleada de compasión por mi madre y por cómo me he estado comportando estos días. De tal palo tal astilla, supongo. He tenido que caer en su mismo error para darme cuenta de que las cosas no siempre son tan simples.

Me levanto de un salto y lo cierto es que no recuerdo haber tenido nunca antes esta energía tan temprano. Rectifico: nada más despertarme; porque es casi la hora de comer. Pero supongo que esto es lo que pasa cuando te levantas de madrugada para salir a la calle a zanjar los asuntos sentimentales pendientes con el vecino y no vuelves a dormir hasta pasadas las cuatro. Me doy una ducha, me visto con lo primero que pillo y bajo a la cocina en busca de algo que echarme a la boca. Por el camino, le envío un mensaje a Axel:

«Tan cerca y a la vez tan lejos. ¿Vamos al río después de comer?».

Pienso en enviarle otro mensaje a Jess. Me gustaría saber por qué no me ha respondido, pero decido que es mejor dejar que las cosas fluyan solas, que sea él el que dé explicaciones cuando lea mi mensaje y no forzar la situación; sobre todo cuando, siendo honesto conmigo mismo, ahora mismo estoy jugando a dos bandas sin saber muy bien cómo va a terminar todo eso.

Me preparo un sandwich con algo de ensalada y huevo, me tomo un vaso de leche de soja con sabor a vainilla y compruebo que Axel no ha respondido sin que me diera cuenta. Nada. Subo a mi habitación, me pongo el bañador y una camiseta un poco más decente, cojo la mochila con la toalla, el iPod, las gafas de sol y el teléfono y salgo de casa. La tormenta de anoche ha dado paso a un radiante cielo azul de verano y la humedad provoca que la sensación de calor aumente varios grados. Toco en casa de Axel y Olivia abre la puerta.

—¡Ey, Milo! Pasa, que tengo la sartén al fuego.

Entro en casa de los Foster y cierro la puerta. Olivia ha desaparecido hacia la cocina y no parece haber más señales de vida en la planta baja. Como ya hay confianza, subo las escaleras y entro en la habitación de Axel. Su cama está bien hecha (algo que he aprendido que es poco habitual en él), Taylor no está en su soporte y juraría que en la estantería faltan algunos discos. Salgo al rellano y asomo la cabeza en el resto de habitaciones, cuyas puertas están abiertas. Nadie.

—¿Milo? —me llama Olivia—. ¿Sigues ahí?

Bajo las escaleras y me acerco hasta la cocina. Olivia está haciendo un par de huevos fritos y su novio está sentado a la mesa, leyendo el periódico. Levanta la vista cuando me ve y saluda con la mirada, arqueando las cejas. Después regresa a su lectura.

—Estaba arriba —le digo a Olivia—. Pensaba que...

—Ah, no —me interrumpe—. Se han ido ya.

Lo dice como si yo supiera a dónde han ido y quiénes.

—¿Dónde... Adónde se han ido? —titubeo—. ¿Y Axel?

Olivia saca los huevos de la sartén con una espátula a toda velocidad, los deja en un plato y apaga el gas de la cocina.

—Dime que estás bromeando. —Olivia me mira con cierta desconfianza, como si estuviera revelando algo secreto—. Mi hermano te lo contó, ¿no?

—Tu hermano me contó, ¿qué?

—Ay, madre mía. ¡Yo lo mato!

Olivia se lleva una mano a la frente y empieza a comportarse de forma incómoda, poniendo una cara de circunstancia que me empieza a hacer sentir molesto. Lemar sigue a su bola, como si el tema no fuera con él. Aunque, técnicamente, no lo es.

—¿Qué pasa, Olivia? —le pregunto, empezando a ponerme nervioso.

—Ay, Milo... —Suspira y me dan ganas de zarandearla para que hable de una vez. No puedo disimular la cara de impaciencia—. A ver, cómo... Bueno, sabes que Axel quería ir más en serio con lo de la música, ¿no? Trabajar en algún estudio o algo de eso. —Asiento, pero sigo sin entender qué está pasando—. Bueno, pues hace unos días nos dijo que había decidido mudarse a Los Ángeles con su amigo... ¿Jake? —Olivia mira a Lemar buscando confirmación.

—James —la corrijo—, el que cantaba en el grupo ese que tenían en la universidad.

—Sí, ese mismo —continúa ella—. Pues eso... Que hoy era el día. Se han ido esta mañana temprano al aeropuerto.

—Pero si tu familia ha venido a pasar el mes completo.

—Bueno, los demás seguiremos estando aquí —me responde ella con cierta indiferencia—. ¿En serio que Axel no te había dicho nada? —Niego con la cabeza—. Pensaba que por eso te habías quedado a dormir, porque era la última noche juntos y tal.

Intento controlar las ganas de llorar, pero escuece demasiado.

—Yo pensaba que era la primera —murmuro, y me muerdo el labio para evitar seguir hablando.

Tomo aire intensamente por la nariz y me doy la vuelta. Necesito salir de aquí, de esta casa, de él. Corro hacia la salida y tiro la mochila en las escaleras del porche. Me siento con la cabeza entre los brazos e intento contener la rabia y las ganas de llorar, pero no lo consigo con ninguna de las dos cosas. Quiero romper algo. Quiero gritar. No entiendo nada. Axel se ha ido a la otra punta del país, literalmente a la costa opuesta. Cojo el teléfono de la mochila y le envío otro mensaje:

«Dime que esto es una puta broma, por favor».

Y otro detrás:

«No me puedo creer que te hayas ido sin avisar. Después de lo de anoche... Esto no se hace, Axel».

Me levanto, cojo la mochila y regreso a casa. Subo las escaleras, lanzo la mochila en el suelo de mi habitación y me tiro en la cama, liberando todo lo que he intentado contener a duras penas. Lloro, grito, pateo, doy puñetazos en la almohada. Maldito, Axel. No sé por qué ha hecho esto. ¿Está ignorando mis mensajes o ha apagado el teléfono porque ya está en el avión? ¿Por qué no me dijo nada? Joder, pero es que no tiene ningún sentido. Después de lo de anoche, no. Todo esto es una mierda. Axel es un capullo y yo soy un estúpido por haberme dejado llevar.

Mi teléfono suena en la mochila y salto de la cama a toda velocidad. Lo saco y aprieto las teclas con nerviosismo hasta que llego a la pantalla de los mensajes para descubrir que no es una respuesta de Axel, sino de Jess. Me asombra la capacidad que tengo de olvidarme de que existe

cuando mi mundo se centra en Axel.

«Perdona, M. Anoche estuve en un fiesta alucinante y terminé no sabiendo ni quién era. Tranquilo, he sido bueno. ¿MSN más tarde?».

Le escribo un simple «ok» y me apoyo contra el borde de la cama, sentado en el suelo. Miro por la ventana sin cortinas hacia la habitación de Axel y me cuesta creer que no esté allí, que se haya marchado sin avisar, que me la haya jugado de esta manera.

Sostengo el teléfono entre las manos y le envío otro mensaje a Axel, con la esperanza de que, al menos, pueda darme alguna explicación: «¿por qué me besaste si sabías que te ibas?», pero, antes de darle a enviar, me doy cuenta de que ya tengo la respuesta a esa pregunta, porque es exactamente lo mismo que yo le propuse. Aprovechar el tiempo juntos antes de separarnos de nuevo. Vivir lo que quedaba de verano. Arriesgarnos. Pero mi verano con Axel terminaba anoche y yo no lo sabía.

En cambio, mi verano continúa y ahora me siento completamente hundido. He perdido a Axel de nuevo (culpa suya) y, evidentemente, también he perdido a Jess (culpa mía). Porque da igual que él haya sido bueno y que yo haya sido malo. Si nuestra relación fuese tan real como yo pensaba, anoche no habría vivido el momento más intenso de mi vida con Axel. Ya no tiene sentido seguir juntos, si es que alguna vez lo tuvo.

♥ Noviembre de 2011

“Somos canciones sin terminar, esperando a que llegue la mejor parte”

Diane Warren

AXEL

Llaman a la puerta. Una y otra vez. Repetidas veces. Intento espabilar pero me pesa el cuerpo y no coordino.

No recuerdo muy bien cómo he llegado hasta aquí desde la fiesta de anoche, pero al menos esta vez sí soy consciente de dónde estoy: Nueva York. A mi lado, un tío que no había visto en mi vida duerme boca abajo y comienzo a pensar en excusas para echarlo:

Estoy casado y no quiero que nadie sepa que nos hemos acostado.

Paso, demasiado absurdo. Y no llevo anillo. Además, a saber qué le dije a este guaperas anoche.

Me drogaron anoche y no tengo ni idea de quién eres.

Ya, claro. Seguramente fui yo el que le ofreció algo para animarnos, y las sobras que veo sobre la mesilla de noche confirman que al menos uno de los dos se lo pasó muy bien anoche.

Tengo que prepararme para un evento.

Podría ser. Mi pase para la gala de esta noche está junto a los restos de droga. Creo que lo usé para dividirla. Eso le diré.

Vuelven a golpear la puerta, así que me quito las sábanas de encima de un manotazo y me levanto de la cama. Todavía estoy desnudo y, al tocar el suelo con el pie, piso el envoltorio de un preservativo. Bueno, al menos no me han pegado nada. Llego hasta la puerta, la abro y la mirada de Gregor viaja directamente desde mi cara hasta mi entrepierna; permanece ahí más segundos de lo correcto y después regresa hasta mis ojos. Abre la boca pero no dice nada. Es probablemente el momento más incómodo de su vida, y en cambio a mí no podría molestarme menos.

—¿Qué quieres, Greg? —le pregunto, chasqueando mis dedos delante de su cara perpleja.

Él no reacciona.

—Es un pito. Todos tenemos uno.

Greg menea la cabeza, parpadea varias veces y tartamudea un par de palabras hasta que finalmente consigue decir algo coherente.

—Necesito tu pase —me dice, haciendo un gesto con la mano, como si lo llevara encima y pudiera entregárselo sobre la marcha—. Y que te pongas una toalla o algo. Podría verte alguien.

—Ya ves tú qué problema —le respondo, apoyándome en el marco de la puerta y asomando la cabeza hacia el pasillo del hotel—. Y tampoco parece que haya mucho público.

Gregor mira hacia ambos lados y después resopla.

—Haz lo que quieras, pero dame el pase, por favor.

Doy la vuelta, regreso al interior de la habitación y, mientras me agacho para coger el pase de la mesilla de noche, el desconocido con el que he pasado la noche me observa sin decir nada. A saber cuánto tiempo lleva despierto. Regreso junto a Gregor.

—¿Para qué lo necesitas? —le pregunto, tendiéndole la acreditación.

—Error logístico. Al final resulta que tienes la noche libre.

Encojo el brazo hacia mí antes de que Gregor pueda coger el pase.

—¿Cómo que tengo la noche libre? Contaba con ir.

—A mí no me mires, yo sólo soy el mensajero. Tengo que recoger todos los pases de la banda y eres el único que falta.

Lo miro extrañado, pidiéndole más información sin palabras, con el brazo doblado sobre mi pecho y rascándome el lateral del cuello con la acreditación.

—La organización pensó, por error, que íbamos a actuar esta noche y envió más pases de la cuenta. Y ahora los quieren de vuelta porque necesitan enviar algunos a Christina.

—¿Aguilera?

—No, Hendricks.

—¿Quién?

Gregor pone los ojos en blanco y me arrebató el pase de entre los dedos.

—Nadie, era sarcasmo. Son para ella, sí.

—¿Y lo sabe la jefa? —le pregunto a Gregor mientras se da la vuelta, no sin antes volver a mirar hacia mi entrepierna—. Hazle una foto si quieres.

—¡No, gracias! —exclama él, avanzando por el pasillo de espaldas a mí. Después se detiene y se gira—. Y sí, lo sabe. Pero, si todo sale bien esta noche, estará demasiado ocupada contando premios como para preocuparse porque tú y tu pito os hayáis quedado sin fiesta.

No me molesto en responder. Por un lado, Gregor tiene razón, y, por otro, en el fondo me da bastante igual no poder ir a los American Music Awards. Mañana tocaré en el Madison Square Garden y nada puede superar eso. Regreso hasta la cama y como-quiera-que-se-llame está completamente despierto, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama y mirando su teléfono móvil. Justo cuando voy a decirle que debería irse, él habla primero.

—Nos hemos quedado sin plan, ¿no?

—¿Hemos? —le pregunto, extrañado.

—La gala... —me responde, entrecerrando un ojo—. Anoche me dijiste que me llevarías contigo.

Se me escapa una risa un tanto irónica, me siento en el borde de la cama y me pongo los calzoncillos que andaban tirados por el suelo.

—Seguramente anoche dijera muchas cosas, pero voy a ahorrarte tiempo: no me acuerdo de ninguna.

—No te preocupes, tampoco le di demasiada importancia —me dice, sin levantar la vista del teléfono—. Si te soy sincero, tampoco me lo había creído del todo. Pensaba que te lo estabas inventando todo para follar. Estoy aquí porque estás bueno, no porque seas productor de Lady Gaga.

Casi me atraganto con mi propia saliva y suelto una carcajada ridícula. Otra cosa no, pero cada día me vuelvo más creativo.

—Esto te dije, ¿eh?

Como-quiera-que-se-llame asiente con la cabeza pero sigue ojeando el teléfono, así que se lo

quito de las manos. Mi intención no es mala, ni mucho menos, sólo pretendo que me haga caso. Pero, cuando lo tengo en mis manos, la imagen de la pantalla muestra las sábanas de la cama en movimiento y mi rodilla. Tiene activada la cámara.

El chico tarda medio segundo en reaccionar. Tiempo suficiente para que yo pueda echarme hacia atrás y levantarme de la cama mientras cierro la cámara y abro el carrete de fotos.

—¡No es lo que...!

—No es lo que parece —le interrumpo sin levantar la voz—. Sí, sí, lo que tú quieras.

Me ha hecho cuatro fotos. Una desnudo de frente, dos sentado en el borde de la cama y otra en calzoncillos. Las borro y tiro el teléfono sobre la cama.

—Sólo quería... —comienza a decir.

—Me importa una mierda que me saques fotos como recuerdo, o para enseñarle a tus amigos a quién te has tirado, o para tocarte por las mañanas... Pero, por ir de listo y hacerlo a escondidas, ahora te has quedado sin ninguna.

Busco por el suelo mi camiseta y me la pongo. Me da igual mi desnudez y no me incomoda que la gente me vea tal cual. Pero ahora mismo siento como si hubieran invadido mi intimidad. Una cosa es ser natural y no darle importancia, y otra es que venga un soplapollos a hacerme fotos para vete tú a saber qué. Y entonces caigo en la cuenta de lo que, supuestamente, le dije anoche.

—¿Quieres oír un tema? —le pregunto.

—Pensaba que ibas a echarme —me dice él, que ha comenzado a vestirse.

—Y voy a hacerlo, pero no por las fotos. Es simplemente que no quiero que esto parezca lo que no es. ¿Quieres oír ese tema o no?

—¿De Gaga? —me pregunta, confirmando mis sospechas—. Claro.

Levanto la tapa de mi ordenador portátil, finjo que busco entre algunas carpetas y me giro hacia él, que se ha sentado en el borde de la cama para calzarse las botas. Entonces caigo en la cuenta.

—Las fotos eran para esto, ¿a que sí?

El chico levanta la mirada y niega con la cabeza.

—Venga, que no pasa nada. Si yo también lo habría hecho.

—En serio, yo no...

—Ibas a decirme que tenías una foto mía desnudo y que la borrarías si te pasaban alguna maqueta inédita —le digo, con una falsa sonrisa que parece real—. Te he pillado.

—Bueno, quizás sí —reconoce—. No lo sé. Lo hice un poco sin pensar. Pero es probable que lo tuviera en mente, sí. Pero no en plan chantaje, sólo para ver si colaba.

Me río falsamente y le digo que no pasa nada, que lo entiendo, que él al menos ha sido sincero. Y que, como me gustó lo que hicimos anoche (*spoiler*: no lo recuerdo), no se lo voy a tener en cuenta. Pero, después de un rato trasteando por el ordenador, abro iTunes y reproduzco *Express yourself* de Madonna.

El chico desconocido se pone en pie pensando que, realmente, está oyendo algo inédito en exclusiva, hasta que, pasados veinte segundos de canción, entra el estribillo y se da cuenta de lo que estoy haciendo. No sólo le he puesto una canción que no es de Lady Gaga, sino que está sonando el tema que, según la polémica de este año, le plagió a Madonna. Yo, como músico, prefiero no dar mi opinión al respecto, aunque el parecido es sospechoso.

—Creo que ahora es cuando debería decirte que no soy productor de Lady Gaga. —Me corrijo:—. No soy productor, a secas.

—Esto no se hace, joder.

Me encojo de hombros y le dejo que llegue a su propia conclusión sobre qué es lo que realmente *no se hace* cuando te interesa acostarte con alguien. Con todo mi buen humor, mientras Madonna sigue poniendo la banda sonora a este momento, recojo su ropa del suelo y conduzco al chico por la habitación hasta llegar a la puerta. La abro y, antes de que pueda replicarme nada, ya está en el pasillo.

—Me llamo Troy, por cierto.

—Nadie te ha preguntado.

Le doy un beso en los labios, con más cinismo que gusto, y le cierro la puerta en las narices.

Busco mi teléfono por la habitación y confirmo lo que me pareció haber visto en la esquina de la pantalla del ordenador: son las dos y media de la tarde. Además, tengo un porrón de mensajes por leer y una llamada de mi hermana. No tengo la cabeza ahora para gestionar todo esto, así que dejo el teléfono sobre el escritorio. En otras circunstancias, me tendría que empezar a preparar para la gala. Pero, en vista del cambio de planes, me tiro en la cama con el portátil y abro Google Maps para buscar algún sitio donde comer algo cerca del hotel.

Ese último tiro antes de salir tal vez no ha sido buena idea. No lo necesitaba. Y ahora ando por las calles de Nueva York como si llevara de fiesta desde anoche ininterrumpidamente. Aunque es probable que eso sea lo que siente y piensa mi cuerpo. Si es que mi cuerpo siente y piensa de forma independiente. No estoy del todo ido pero tampoco estoy en plenas facultades. La ráfagas de euforia se fusionan con las depresivas y por momentos dejo de ser yo mismo y me convierto en un zombie que busca desesperadamente un lugar en el que sentarse y comer algo o uno donde saltar y volverme loco. Lo primero que encuentre. Resulta que es lo primero.

Ni siquiera me fijo en el nombre del local, pero sé que venden comida porque la tienen expuesta para que me sirva yo mismo. Un deli. No sé muy bien cómo termino sentado en una esquina del local, comiéndome una ensalada mezclada con pollo frito y arroz con un tenedor de plástico. A veces siento que quiero vomitar y otras que necesito comer todavía más. Es como vivir en un extraño sueño. De esos en los que a nivel consciente reconoces todo lo que está sucediendo, pero en verdad los estímulos visuales no se corresponden con la realidad que crees estar viviendo. Si no me he vuelto paranoico es porque estoy acostumbrado.

Creo que hasta le he tirado los tejos a una camarera. Ese es el nivel.

Intento leer alguna noticia en mi teléfono, pero no consigo leer más de dos o tres palabras sin que se me nuble la vista y vuelva a enfocarse de nuevo sobre la brillante pantalla, que a ratos me ciega y a otros se vuelve oscura. A lo mejor debería dejar de meterme mierda. Y no lo digo por la comida que tengo en el plato.

Sin saber si he pagado o no, me levanto para irme, dando por hecho que alguien me detendrá si no lo he hecho. Después de todo, yo no soy *la jefa* y no me puedo permitir esa clase de lujos sin que pase nada. A los guitarristas venidos a menos no nos dan nada gratis. Excepto pases VIP para eventos musicales, si no llegan listillos como Gregor a quitártelos debido a errores logísticos. Maldita Christina, malditos Maroon 5 y maldito *Moves Like Jagger*, que ahora no consigo dejar de tararear en mi cabeza. Ahora sí que creo que voy a vomitar. No, espera, necesito más pollo. Me vuelvo a sentar y termino lo que había dejado en el plato.

El efecto de la droga empieza a desvanecerse cuando llevo un rato paseando por la calle, porque ahora es cuando soy consciente de que voy en camiseta y el viento frío de noviembre me eriza la piel de los brazos. A estas alturas, me pregunto cómo nunca me he despertado en la cama

de un hospital, bien por hipotermia, bien por otras cosas. No es normal el despiste que llevo encima cada vez que... Bueno, casi todos los días mientras no esté trabajando. Me da por acordarme de aquel día en el que Damien despertó en un hospital de esta misma ciudad y me preguntó qué había pasado. Y no supe responderle porque yo también me había puesto hasta el culo y no tenía ni idea de cómo habíamos llegado hasta allí, pese a que yo lo hubiera hecho por mi propio pie.

Fue después de alguna entrega de premios de la Mtv. Los Video Music Awards, los Europe Music Awardss, los Vete-tú-a-saber-en-qué-continente Music Awards... Después de dos o tres eventos iguales entre sí dejas de llevar la cuenta. Y si encima te hacen subirte al escenario a fingir que estás tocando la guitarra (porque rara vez la música es en directo, y buena parte de las veces la voz tampoco, aunque lo disimulen muy bien), sintiendo que has estado trabajando durante años para hacer el memo en televisión, lo raro sería que, encima, lo vivieras con ilusión. Muchas de las veces no sé en qué evento tengo que hacer el panoli hasta que veo algún monitor y distingo el logotipo de la gala sobreimpreso en la pantalla.

La cuestión es que por aquel entonces no tocábamos para nadie en concreto, sino que la discográfica nos mandaba aquí o allí a tocar (o fingirlo) para el artista de turno que lo necesitara. Recuerdo que aquella noche actuamos con Jay Z y Alicia Keys, pero ni siquiera estábamos en el escenario ni se nos veía por ninguna parte. La señora Keys quería tocar el piano en directo y eso obligaba a que todo lo demás también lo fuera, detrás del telón. Ahora que lo pienso, a medida que el aire fresco me renueva las ideas, tuvo que ser en los VMAs del 2009 porque aquella noche Kanye West hizo el ridículo más grande la historia de los eventos musicales cuando le dieron un premio a *la jefa*. Y esa movida no hay droga que pueda borrarla de la mente de ningún habitante de este país.

Después fuimos a un *afterparty* donde, evidentemente, había barra libre de *chucherías* y alcohol para todos. Y uno no va a una barra libre para beber agua. Uno la aprovecha. Si te ofrecen chupitos, te los bebes. Si te ofrecen un vodka soda, te lo bebes. Si te ofrecen un tiro, te lo metes. Y si te ofrecen dos, te metes uno e invitas a alguien al otro. Y así durante horas. Hasta que el cuerpo aguanta o tu Pepito Grillo interno te dice que es hora de dormir la mona si no quieres acabar durmiendo para siempre. Pero Damien había matado a su conciencia bastante tiempo atrás y no tenía ningún tipo de mecanismo interno que le dijera que era hora de parar, salvo caer inconsciente. Normalmente lo hacía en la habitación del hotel, entre las tetas de alguna bailarina. O en su casa, entre las tetas de su novia. O en algún baño, entre las tetas de alguna cantante pop venida a menos que necesitara desahogar su irrelevancia musical con algún desconocido. Pero aquella vez la conciencia la perdió en mitad de la calle. Y no tengo ni idea de si volvíamos al hotel o seguíamos de fiesta hacia alguna otra parte porque, como decía, yo tampoco iba muy lucido. Mi Pepito Grillo tenía tal colocón que se habría llevado a Pinocho a fumarse todos los puros de la Isla de los Juegos.

No me doy cuenta de que estoy esperando a que el semáforo cambie más allá del bordillo de la acera hasta que la bocina de un coche me espabila y me retiro de la calzada de un salto. La gente me observa y soy incapaz de descifrar sus caras. No sé si sienten pena, creyendo que soy un simple borracho. O si sienten admiración, pensando que soy alguien importante porque, pese a mi patético estado interior, por fuera sigo teniendo el aspecto que mi buen sueldo me otorga. O al menos eso creo. A veces pintamos la realidad del color que más nos interesa porque nos negamos a aceptar que somos un dibujo en blanco que nadie quiere comprar.

Damien y yo nos reímos aquella mañana en el hospital. No era la primera pero si fue la última.

Pocos meses después cayó inconsciente en la ducha de su novia y no volvió a despertar. Aquello me hizo darme cuenta de que estaba viviendo por encima de mis posibilidades. O, mejor dicho, que mis amplias posibilidades me estaba haciendo vivir de tal forma que no duraría demasiado tiempo. Pero la tontería me duró un par de meses y enseguida volví a las andadas. Siempre he sabido controlar y lo de vivir con miedo nunca ha sido mi fuerte.

—Te podría haber pasado a ti —me dijo mi hermana, Olivia, poco después

—Sí, pero le pasó a Damien —le respondí yo—. Y yo no soy Damien. Cada uno tiene su destino.

—Pues más te vale que el tuyo incluya ir a la boda de tu sobrina —me respondió de mala gana. Supongo que Olivia pensó que el chantaje emocional me haría cambiar.

—¡Pero si Lia tiene tres años! —me reí.

—Precisamente. No quiero que crezca sin tu tío Axel.

—Dices «su tío Axel como si tuviera algún otro». —El marido de mi hermana, Lemar, es hijo único.

—Más motivos para que no se quede sin su único tío, ¿no crees?

No pude evitar reírme de aquella conversación. Olivia tenía y tiene su parte de razón, viendo las cosas desde su perspectiva. Pero yo no puedo vivir pensando en el daño que pueda hacerle a los demás, porque eso sólo me ha provocado malas decisiones en el pasado. Y mucho arrepentimiento. Si no me importa hacerme daño a mí mismo, al cuerpo en el que vivo, al organismo que me mantiene en pie, ¿cómo van a importarme los demás? Dicen que parar querer a alguien primero tienes que aprender a quererte. Y yo quiero a mi familia, pero quizás no tan bien como debería. Tal vez porque no he aprendido todavía cómo debo quererme y, por tanto, no sé querer bien a los demás. Al menos no como ellos esperan. A mi manera, sí que lo hago. Yo lo siento así.

Llego al hotel, me quito las botas, reproduzco una lista aleatoria de canciones en el ordenador portátil y me tiro en la cama. Abro el Grindr en el teléfono y un montón de torsos descabezados se muestran ante mis ojos. Reconozco el de (¿cómo dijo que se llamaba el tío de esta mañana?) por el tatuaje que tiene en el pectoral izquierdo. Es el mismo lobo aullándole a la luna. En un mundo en el que los tatuajes tienen vida propia, ese lobo ha sido degollado por la botella rota de mi pecho.

Miro y los mensajes y tengo una conversación con él. Normal, supongo. Me envió un par de fotos, ambas descamisado, y le dije dónde podíamos vernos. Ni me acordaba. Daba por hecho que lo había conocido en la fiesta. Lo bloqueo, porque lo último que quiero es que piense que vamos a ser amigos, o que vaya por ahí contando que finjo ser productor de Lady Gaga para follar. Le escribo un mensaje a otro perfil que me aparece bastante cerca. Un tío de treinta y ocho años (me saca diez, pero no los aparenta) con el cuerpo más bonito que he visto en mi vida. Le adjunto una foto mía recién salido de la ducha con la toalla colocada estratégicamente de modo que marque lo que tiene que marcar e insinúe lo que tiene que insinuar, pero sin llegar a ser obscena. Menos es más y la sutilezas son más atractivas. Me responde en menos de treinta segundos con una foto de su rabo y lo bloqueo. Hay que saber jugar, joder.

Me doy cuenta de que me he quedado dormido cuando suena el teléfono encima de mi pecho y doy un respingo en la cama. No entra luz por la ventana, así que he estado durmiendo toda la tarde. Miro la pantalla. Qué tío más pesado.

—¿Qué quieres, Greg?

—Estamos esperando por ti —me responde con bastante indignación.

—¿Esperando para qué? —Activo el altavoz y miro los mensajes. Tengo uno del susodicho pidiéndome que esté a las siete en el lobby del hotel para ir al Madison a hacer la prueba de sonido de la banda.

—¿No miras los mensajes, Axel?

—Acabo de hacerlo. Me quedé sopa.

—Sopa es lo único que vas a comer como la jefa decida prescindir de ti —me responde con su antipatía habitual.

—Dame diez.

—Te doy cinco.

—Pues te robo otros cinco —le digo, levantándome de la cama—. No me hagas perder el tiempo, chiqui, que llego tarde a un asunto de trabajo.

—Serás...

Cuelgo la llamada antes de que Gregor pueda terminar de odiarme. Me doy una ducha rápida, me visto con lo primero que pillo, cojo una botella de agua y me cuelgo a Taylor del hombro. Antes de salir, vuelvo sobre mis pasos y abro el papel plegado que hay sobre la mesilla de noche. Le doy unos golpecitos para acumular todos los restos en el centro del pliegue y esnifo hasta dejarlo limpio. Me daba pena desaprovecharlo.

Unos veinte minutos después, y tras haber sido recibido por los aplausos del resto de la banda (que yo respondí con reverencias) y la cara de amargado de Gregor, llegamos al Madison Square Garden y alzo la vista hacia las pantallas. «Taylor Swift. Speak Now World Tour». Debería sentirme realizado. Debería estar flipando porque voy a tocar en el Madison Square Garden de Nueva York y, aunque no sean los Red Hot Chili Peppers, trabajo para una de las cantantes más importantes del panorama. Debería sentir escalofríos al pensar que he cumplido mi sueño. Pero lo cierto es que me siento vacío.

Aunque hay veces que no sentir nada es mucho mejor que sentirlo todo y no poder soportarlo.

MILO

Escucho los latidos de Bruno y no puedo evitar emocionarme.

—Eres un blandengue —me dice Vanessa, con las manos detrás de la cabeza y estremeciéndose por el frío del gel que le cubre parte de la barriga—. Míralo, el que decía que esto sólo era una transacción.

Es la primera vez que vengo con ella a una revisión. Y, claro, ella ya ha escuchado los latidos del bebé durante las revisiones de los últimos dos meses, pero para mí es algo nuevo.

—Déjame —le respondo, con fingida molestia—. Y lo sigue siendo. Una transacción.

—Ya sabes que mi oferta sigue en pie.

—No, no —me apresuro a responderle—. Déjate de historias, que un hijo es mucha responsabilidad.

—Sí, sí —me interrumpe—. Y si me dices que sí, luego no podrás echarme atrás y tendrás que cargar con el peso de la paternidad durante dieciocho años.

—¿Ves? Si es que te sabes mis razones de memoria, así que deja de hacerme ofertas en situaciones emotivas.

Sólo mi semen. Ese era el acuerdo que tuvimos Vanessa y yo. Ella quería ser madre y pensamos que, puestos a elegir a algún desconocido en un banco de espermatozoides, tendría mejores garantías si yo le hacía el favor. Y además le saldría gratis. O eso pensamos hace seis meses, cuando creímos (erróneamente) que podíamos solucionar el asunto de la fecundación de la forma natural, alcohol mediante. Pero todo el alcohol del mundo no habría sido suficiente para que aquel intento hubiera resultado exitoso. Ella lesbiana. Yo gay. Demasiada amistad de por medio. Cero atracción física y sexual. También probamos métodos un poco más rudimentarios, como jeringuillas extralargas y cosas por el estilo (bueno, eso lo intentaba Vanessa sola, el voyeurismo no es lo mío). Después de todo, teníamos barra libre de espermatozoides para intentarlo cuantas veces fuese necesario. Al final mi amiga se gastó el dinero en inseminación artificial y también siguió intentándolo de la manera menos ortodoxa durante las mismas semanas, así que ahora nos sabemos a ciencia cierta si se gastó 500 dólares por amor al arte. Amor a la maternidad en este caso.

El trato era ese: yo le ofrecía mis bichitos y ella me redimía de toda responsabilidad como padre. Sería simplemente un donante, sin más. Pero claro, cuando tu mejor amiga se queda *embarazada de ti*, es difícil trazar una línea que separe la amistad de la paternidad. Yo he estado aquí, todo este tiempo, en calidad de amigo, sin más. Pero a veces llegan momentos como este en el que los sentimientos se mezclan y Vanessa me permite que sea un poco menos amigo, un poco más padre temporal, y me deje llevar. Sin embargo, ambos sabemos que la realidad es que el bebé es suyo, única y exclusivamente. Yo seré el tío Milo, o el amigo de mamá, o incluso un perfecto desconocido si nuestros caminos se separaran.

De momento lo llevo bien. Es raro, pero no siento un apego invencible hacia lo que se está gestando en el vientre de mi amiga. Supongo que para los hombres es un poco más fácil renunciar a algo así (generalizo, lo sé); más que nada porque no llevamos al bebé dentro. No es nuestro cuerpo el que sufre todos esos cambios. No son nuestras hormonas las que se revolucionan y provocan un incondicional e instantáneo amor (generalizo de nuevo) hacia la criatura.

—Si todo marcha según lo previsto, a finales de febrero saldrás de cuentas —dice la doctora,

mientras se imprime la ecografía y limpia el gel de la barriga de Vanessa con un pedazo de papel.

—Acuario o Piscis —dice Vanessa, como si pensara en voz alta—. Yo soy Acuario, así que deberíamos llevarnos bien.

—Es tu hijo, no una cita con alguna de internet —le digo—. Claro que os caeréis bien.

Vanessa y la doctora intercambian una mirada cómplice y después se ríen.

—Deberías conocer más familias, Milo. No todas son...

Entonces Vanessa deja de hablar. Nunca le he contado todos los detalles, pero sabe que mi familia es de todo menos perfecta y estructurada. Que mi padre nos abandonó a mi madre y a mí, y que el impresentable de su hermano era casi tan mala persona como él y mi madre vuelve a estar sola en Portsmouth. «Mejor sola que con mamarrachos», me dijo Vanessa el día que descubrimos que Eddy había desaparecido también, tal y como hizo mi padre. La diferencia entre ambos que Vanessa desconoce es que mi padre se fue por un motivo, mientras que Eddy lo hizo sin previo aviso y dejando atrás sólo una carta pidiendo perdón a mi madre.

—Oye, gracias por atenderme hoy, Patricia —le dice Vanessa a la doctora, mientras se abrocha los pantalones de los vaqueros y se cubre la barriga con la camiseta. Supongo que lo dice porque es domingo y la doctora ha abierto la consulta sólo para nosotros.

—No hay que darlas, Vanessa. Sobre todo porque soy yo la que se va de vacaciones mañana y no quería dejarte sin revisión hasta que vuelva.

—Bueno, pero la mayoría de personas se irían de vacaciones y les daría igual, porque, al fin y al cabo, sólo somos números en un papel.

La doctora levanta las cejas y asiente con la cabeza fugazmente, como si quisiera darle la razón a mi amiga pero su código deontológico no le permitiera afirmar que la mayoría de médicos han desarrollado cierta aversión a sentir empatía.

Salimos de la clínica y Vanessa va directa a la estación de metro porque ha quedado con Sylvia y Andrea para estudiar en la librería pública, en Manhattan. Como yo no conocía esta zona de Queens, decido quedarme y dar una vuelta. En la esquina del Parque Murray hay un Dunkin Coffee y aprovecho para comprar algunos bollos para llevar.

Pese a ser finales de noviembre, no hace demasiado frío, así que me siento en un banco del parque y, mientras como y recorro el *timeline* de Twitter en busca de entretenimiento, observo un par de niños que se balancean en sus columpios. Hacia delante y hacia detrás. Un vaivén que no cesa. Cada vez más alto. Mientras su niñera está absorta en su teléfono (no puedo culparla) y no les presta atención. Uno de los niños está a un par de balanceos más de terminar rompiéndose los dientes contra el suelo (me vienen recuerdos de mí mismo en esa situación y todavía puedo sentir el golpe en la boca), pero ella está demasiado distraída para darse cuenta. Hago un amago de levantarme para evitarlo. No sé si gritarle o ir hasta allí. Pero entonces el columpio pierde altura y el juego deja de ser peligroso.

Yo no voy a ser así con Bruno. De ninguna manera. No pienso ser uno de esos padres que... No, espera. No debería estar pensando esto. No voy a ser uno de esos padres porque no voy a ser padre. No es mi hijo. No es mi hijo. No. Es. Mi. Hijo. Aunque en realidad sí que lo es, ¿no? Un poquito. En fin, que no. Sacudo la cabeza y dirijo la vista hacia otra parte, pero esto es un parque y es domingo por la tarde, así que solo veo niños y niños y más niños. Me guardo el teléfono en el bolsillo, cojo la bolsa del Dunkin y abandono el lugar antes de desarrollar un instinto paternal que nunca he tenido y que no debería empezar a tener. De ninguna manera.

Camino por la calle 45 y me introduzco de lleno en una pequeña zona residencial. Y allá donde mire veo niños. Niños en las escaleras de los edificios, niños agarrados a sus madres, niños en

monopatín. ¿Desde cuando las calles de Queens son seguras para que los más pequeños jueguen en ellas? Miro hacia el frente y acelero el paso, porque es como si la ciudad se hubiera puesto de acuerdo y quisiera recordarme la decisión que he tomado. A ver, que no es para tanto. Han sido los latidos. Es eso. Me he vuelto un poco más sensible con el tema, pero ya está. Seguramente estaría en el mismo estado si no hubiera contribuido a la creación de esa nueva vida.

La plataforma por la que se extienden las vías del metro aparece sobre mi cabeza. Bajo la calle hasta dar con las escaleras de la estación de Court Square y subo para coger la línea 7 hasta la calle 90, en Jackson Heights. Llego hasta el final de la calle, accedo a mi edificio y subo hasta la quinta planta. Entro en casa, dejo la bolsa con los donuts encima de la mesa y me quito el abrigo.

—Hola, papi —me dice Evan. Y no es que sea latino, sino que sabe de donde vengo. Maldigo la hora en la que se lo conté, porque ahora siempre me llama así—. ¿Cómo ha ido?

—Bien, supongo. He escuchado el latido de Bruno.

—¡Oh, oh! —exclama Evan con cierta musicalidad.

—No —me quejo enseguida—. Ni «oh, oh», ni «ah, ah». No pasa nada.

Evan arquea una ceja pero tiene la decencia de no seguir picándome con el tema.

—¿Eso es para mí? —Señala la bolsa del Dunkin.

—Todos no.

Evan se asoma en la bolsa y se le ilumina la cara al ver que hay cuatro bollos y que, si no soy un jodido egoísta, al menos dos son para él. Lo que no sabe es que ya me he comido uno por el camino y en verdad puede comerse tres.

Evan tiene veinte años y todavía no sé muy bien cómo hemos congeniado y cómo hemos llegado a vivir juntos. Bueno, sí que lo sé, pero es que este chico tiene un don de gente innato. Vivimos en Jackson Heights, en pleno Queens, pero cualquiera que lo viera pensaría que vive en la mismísima Manhattan. Casi todos sus amigos son de la alta sociedad neoyorquina: niños ricos, modelos, hijos de empresarios y demás fauna del Upper East Side. Pero también se relaciona con gente de nuestro barrio, de Brooklyn e incluso de Nueva Jersey, que está, literalmente, cruzando dos ríos y la capital del mundo.

Tiene contactos en todas partes y siempre encuentra la forma de engatusar a alguien para que le consiga lo que quiere. Tanto si es entrar en algún local de moda como ser invitado a fiestas privadas. Nos conocimos por fuera de una discoteca de Chelsea hace dos años. Y eso que ni siquiera tenía edad para tener esa clase de vida social, pero esa es otra: aparenta tres o cuatro años más de los que tiene. Nadie diría que tengo seis años más que él. Sobre todo porque parece mucho más experimentado en cualquier situación o tema que se te ocurra. Y es mucho más espabilado y resolutivo.

Coincidió que, por aquel entonces, yo andaba buscando piso porque había terminado los estudios y necesitaba dejar la residencia de estudiantes en la que llevaba viviendo desde que me había mudado desde Washington casi dos años antes. Iba hablando con Vanessa de ese tema cuando él, ni corto ni perezoso, se metió en la conversación y, antes de que pudiera darme cuenta, estábamos los tres dentro de un vagón del metro destino Jackson Heights. Lo mío con este apartamento no fue amor a primera vista. Y sigue sin serlo. Pero no pude resistirme. Ni a la zona, que tiene su encanto, ni al precio, ni a Evan. Es probable que me hubiera acabado liando con él si no hubiese sido porque aquella misma noche también había conocido a Pablo. Tenía su número de teléfono apuntado en una servilleta en el bolsillo de mis vaqueros, y, sin saberlo, se convertiría en algo más que un simple desconocido.

—¿Qué haces mañana? —me pregunta Evan, mientras devora sin piedad uno de los donuts de la bolsa.

—¿Trabajar? —pregunto retóricamente—. Tengo que entregar la portada del libro el viernes y todavía no he pasado de los bocetos a mano.

—Ay, el otro día me acordé de ti —me dice, levantando la vista del bollo y señalando hacia la ventana, como si todos los lugares del mundo donde alguien se puede acordar de una persona estuvieran arremolinados al otro lado del cristal—. Estaba en Barnes & Noble y vi el libro en el que estabas trabajando en verano.

—Ah, sí —respondo más desinteresadamente de lo que debería—. Salió hace poco.

—Fue un poco raro ver en persona los dibujos que estaba ya harto de ver en tu ordenador. ¿No te sientes importante?

—La verdad es que no.

A ver, reconozco que puedo sonar un poco petulante, pero es la verdad. Sí, sé que mi trabajo de ilustrador me permite presumir de que mis obras están disponibles en librerías de todo el país, que mucha gente ve mis dibujos y demás, pero no tengo arraigado ningún sentimiento de orgullo por ello. No sé. Es como si en el fondo no fuera consciente de que está pasando. O quizás es que vivir en Nueva York te genera otro tipo de expectativas y presiones personales, y ser ilustrador de libros infantiles no es precisamente el *súmmum* del éxito en esta ciudad.

—Pues deberías —responde Evan, hurgando en la bolsa hasta extraer otro donut—. Yo me siento importante y mi trabajo no está expuesto por ahí.

—Tu trabajo es servir tacos en un 7 Eleven —le digo sin ánimo de ningunearlo.

—Y por eso soy importante.

—Sí. Tú eres lista, tú eres buena, tú eres importante —le respondo, usando una cita de la película *The Help*, que tantas veces nos repetimos mutuamente desde que fuimos juntos a verla en septiembre.

—Y lloraré golpeando el cristal de la ventana el día que prosperes y me abandones —añade él.

—Vivimos en un quinto piso, Evan. Desde ahí abajo no me enteraré de tu pataleta. Lo siento. No me verás llorar.

Evan deja los dos bollos restantes en la bolsa, no sin antes echar un tímido vistazo en su interior. Después se tumba en el sofá y enciende la televisión. Cuando ha cogido la postura cómoda, se da cuenta de que la calefacción no está encendida y me mira con ojitos de corderito. Sé lo que quiere, así que subo la temperatura y me llevo la bolsa de donuts a la cocina. Abro el frigorífico y Evan me llama desde la sala.

—¿Entonces qué haces mañana? —me pregunta de nuevo.

—Ya te dije que trabajar.

—Por la tarde.

—Ídem.

—Ah —se limita a decir. Me doy la vuelta—. Entonces iré yo solo—. Vuelvo a girarme sobre mí mismo.

—¿Adónde?

—Al Madison.

—¿Ahora compras en Madison? —le pregunto, con cierta sorpresa—. No sé qué hacemos viviendo aquí si resulta que eres una señora adinerada del centro.

Evan cierra los ojos y menea la cabeza con incredulidad. Sí. A veces puedo ser muy tonto.

—Al Madison Square Garden —me aclara, mientras cambia de canal compulsivamente entre los siete que sintoniza nuestra porquería de televisión.

—¿Baloncesto? —pregunto con desgana—. Uf, qué pereza, Evan.

—No, hombre. Taylor.

—¿Qué Taylor?

—Swift. ¿A cuántas Taylor conoces?

—Liz Taylor, Taylor Lautner, Taylor Momsen... —Pienso en la guitarra de mi antiguo vecino Axel, no sé muy bien por qué.

—¿Momsen?

—La rubia de *Gossip Girl* —le aclaro.

—¿Serena?

—No, la hermana de Dan. La que es medio gótica.

—¡Ah, Jenny! —exclama—. Pero ya no está en la serie.

—¿Ah, no? No he visto la última temporada.

—En esa sí sale, pero en la nueva que están echando ahora no.

—¿Y no se sabe todavía quién es *gossip girl*?

—Si se supiera ya, se habría acabado la serie, Milo.

—Bah, da igual —digo, restándole importancia al asunto—. Seguro que es alguien obvio como Blair o Serena.

—¿Tú crees? Me da que va a ser alguno de los chicos.

—No tendría sentido. La que narra es una chica.

—Pero, Milo, la voz que narra es sólo un concepto. *Gossip girl* sólo escribe cosas. Puede ser cualquiera. ¡Hasta Rufus!

—Sea quien sea, le han dado tantas vueltas a la serie que será un desastre. Si es un chico, será Eric. Es obvio que si *gossip girl* no es una chica será un chico gay. Un chico hetero no tiene esa clase de perversiones sociales.

—Pues a ese también se lo han cargado en la nueva temporada, así que ve descartándolo.

Meneo la cabeza porque no sé en qué momento derivó la conversación hacia *Gossip Girl* y retomo el hilo que me interesa de la conversación. Evan me dice que, gracias a su amigo Oscar, tiene dos entradas para el concierto de mañana de Taylor Swift en el Madison Square Garden. Y yo no es que sea muy fan de ella. Ni mucho ni poco. No he oído una canción suya en la vida, al menos de forma voluntaria. Pero nunca he ido a un concierto en ese sitio y me apetece estrenarme. Y tampoco está mal poder decir que he visto al prodigio nacional de la música country en directo. Acepto la invitación y dejo a Evan con su interminable *zapping*.

—¡Liz Taylor se murió en marzo, por cierto! —me grita Evan desde el salón justo cuando entro en mi habitación.

Cuando está atardeciendo, llego a Brooklyn en metro y doy un paseo por la calle Pacific hasta llegar al apartamento de Pablo. Uso mi copia de las llaves para entrar y descubro que todavía no está en casa, porque Max se lanza sobre mi pierna de forma efusiva. Son más de las seis y el pobre debe de llevar más de ocho horas sin salir, así que le pongo la correa y dejo que corretee como loco por la sala mientras le escribo una nota a Pablo para que no piense que le han robado el perro. La dejo en el mueble de la entrada, donde siempre deja las llaves al entrar, y salgo de nuevo a la calle.

Tengo frío así que decido no ir hasta el parque y, simplemente, deambulo dando vueltas a la manzana hasta que Max termina de hacer sus necesidades y yo, cívicamente, las recojo y las tiro en la basura. No me hago responsable de las paredes que ha orinado, lo siento.

Al regresar a casa de Pablo, veo luz por debajo de la puerta y sé que ya está en casa. Dejo que Max pase primero y corre a patearlo y lamerlo como si hiciera media vida que no lo ve. Ojalá las personas nos quisiéramos la mitad de bien que nos quieren los perros. Después soy yo el que va a por él, pero sin lametones ni lanzándome a su regazo.

—Hola, guapo —me dice, con una sonrisa seguida de un beso en los labios—. Gracias por sacarlo.

Me encojo de hombros, porque no se merecen y tampoco es la primera vez. Pero si algo tiene mi novio es que es bastante educado y agradecido.

—¿Qué tal el día? —le pregunto, pues ha pasado un domingo atípico de reuniones con sus editores. Es escritor. Y la persona a la que debo mi actual trabajo, realmente. Le atribuyo el mérito de haber conocido a uno de sus editores en una cena informal y que me ofrecieran una entrevista de trabajo cuando saqué a relucir el tema de mis aptitudes artísticas.

—Pues... tengo una noticia buena y otra mala.

Dejo mi abrigo sobre el respaldo del sofá y me siento a su lado, dejando que Max se suba sobre mis muslos para que lo acaricie.

—Dime la mala primero —le pido—, así nos la quitamos de encima rápido.

—En verdad es más mala para ti que para mí.

—¿Me vas a dejar? —bromeo. Podemos permitirnos el lujo de bromear con esas cosas.

—Todavía no —me responde él con una sonrisa—. O, en cierto modo, sí, pero no... no de esa forma.

—Te vas de viaje —adivino.

Pablo hace una ligera mueca de tristeza y asiente con la cabeza.

—Mañana.

Resoplo con indignación. No pensé que fuera tan pronto.

—Tengo que ir a Chicago —continúa—. Resulta que la editorial se ha fusionado con no-se-qué grupo. Ya sabes que cuando estoy nervioso no me entero de una mierda. —Asiento, en silencio—. Bueno, que la publicación de *Siempre no es para siempre* se mantiene, que ya es bastante, pero será con otra filial diferente y tengo que ir a reunirme con el nuevo equipo para que me presenten el proyecto, aprobar cubiertas y organizar el calendario de publicación y presentaciones.

Hace dos meses, Pablo terminó de escribir su nuevo libro. Una novela romántica futurista en la que dos chicas que viven en una ciudad espacial se enamoran. Debido a los adelantos tecnológicos y científicos de esa época, los humanos pueden vivir eternamente, así que la muerte es algo opcional. Después de una intensa historia de amor, una de las chicas decide que doscientos cincuenta años son suficientes y (spoiler, lo siento) no quiere seguir viviendo. Y, claro, la otra chica tiene que respetar su decisión pese a que se habían prometido que estarían siempre juntas.

Mientras leía esa parte, le dije a Pablo «sí, bueno, pero siempre no significa para siempre». Y así, sin más, su libro dejó de llamarse *Eternamente tuya*. A lo mejor tengo estropeado el rasero para medir las cosas, pero me hizo mucha más ilusión que Pablo usara mis palabras para titular su novela que el hecho de diseñar portadas e ilustraciones de otros libros que se venden en las mismas librerías.

—¿A qué hora te vas? —le pregunto.

—Me vienen a buscar a las once de la mañana.

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo por la tarde voy a ver a Taylor Swift con Evan, así que tampoco íbamos a poder estar juntos todo el día de todos modos.

—Evan y sus influencias... —dice Pablo, levantándose del sofá—. Debería hacer la maleta, así me lo quito de encima ya.

Asiento, aunque no me ha pedido mi opinión, y jugueteo con las patas de Max. No he podido ver a Pablo en todo el fin de semana porque ha estado liado con el cierre de la novela a nivel interno (porque un libro no se termina cuando escribes la última frase) y ahora resulta que no lo veré más hasta...

—Oye, ¿y cuándo vuelves?

—¡El jueves, creo! —me grita desde la cocina. Después se asoma desde la puerta—. Ya te digo, estaba tan nervioso que no me enteré de lo que me dijeron. Mira.

Me enseña la palma de la mano y tiene escrito con rotulador «Chicago. Lunes, 10 am». Este chico es mi perdición. Pues eso, hasta el jueves sin verlo. Pero bueno, ya estoy medianamente acostumbrado. Llevamos juntos dos años y, cuando lo conocí, ya había publicado dos libros, así que tenía claro dónde me metía. No es que sea JK Rowling, pero las promociones son bastante intensas porque hacen muchas presentaciones en librerías por todo el país a lo largo del año. Y, de vez en cuando, según vayan las ventas, también tiene que conceder entrevistas a periódicos y revistas literarias. Una vez incluso salió en una televisión estatal. Todo, como digo, muy modesto, que Pablo Speer vende los suficientes libros como para poder permitirse un apartamento en Brooklyn, pero de momento no han traducido ninguno a diferentes idiomas y tampoco le han ofrecido adaptaciones cinematográficas. Aunque algo me dice que el nuevo romperá con esa dinámica.

—¿Y la buena noticia? —le pregunto, siguiéndolo desde la cocina hasta la habitación.

—La buena es que, si no me gusta ninguna de las propuestas que me enseñen en Chicago, podrás diseñar la portada del libro.

No sé si alegrarme.

—¿Si no te gusta ninguna? —le pregunto.

—Sí. Tienen tres preparadas, pero no tengo que elegir ninguna obligatoriamente. Así que, si no hay ninguna que me convenza... —Sonríe.

—O sea, que sólo es una buena noticia a medias.

—Si no elijo ninguna, la harás tú —me repite—. Buena noticia.

—Si te gusta alguna, no la haré yo —le respondo—. Mala noticia.

Pablo se queda mirándome fijamente, pero tiene la mirada perdida. Pensativo. Se encoge de hombros. Y yo, que no soy negativo por naturaleza, prefiero quedarme con el lado bueno del asunto y obviar que la respuesta lógica habría sido «no voy a elegir ninguna y así la portada la podrás hacer tú». Pero, claro, tal vez la culpa es mía por mezclar amor y negocios. Y, por mucho que me quiera, no está obligado a conformarse con una ilustración mía si mañana en Chicago ve algo de calidad que le gusta.

Después de todo, nuestra relación no se basa en decisiones laborales. Gracias a él tengo el trabajo que tengo y no puedo hacer otra cosa más que estarle agradecido. No puedo pedir más. Sobre todo, cuando me da otras muchas cosas. Pablo tiene treinta años y, aunque parezcan pocos, cuatro años de diferencia son suficientes para que él viva a otro ritmo, decida otro tipo de cosas y vea la vida de un color ligeramente diferente al mío (pero no demasiado). Yo todavía estoy descubriendo quién soy y quién quiero llegar a ser, mientras que él está viviendo plenamente la persona que quería llegar a ser. Su sueño era ser escritor y que le publicaran un libro. *Siempre no*

es para siempre será el quinto, de modo que está en pleno apogeo personal.

Yo, en cambio, no tengo muy claro todavía si he cumplido mi sueño. Quizás sí, por los motivos que ya he mencionado. Mis ilustraciones y eso. Pero, ahora que parece que lo he cumplido, no estoy seguro de si mi sueño era ese, o si he renunciado a otros por el camino en favor de lo que la vida me ha ido poniendo delante. El problema es que no tengo muy definido qué más quiero en mi vida.

¿Qué quiero? A bote pronto diría que me gustaría exponer en alguna galería de arte. Tengo otras ilustraciones más artísticas y abstractas. No lo he planteado nunca en serio, pero quizás no estaría mal conseguir algo así. Me gustaría dar el salto e ilustrar libros con más recorrido, no solamente infantiles. Soy más versátil de lo que parece y me aburre estar siempre limitado a contenidos aptos para todos los públicos, en el sentido artístico. Y me gustaría prosperar lo suficiente como para poder permitirme vivir por mi cuenta. Por muy bien que me caiga Evan, no quiero cumplir los treinta compartiendo un miniapartamento en Queens. Dicho eso, tampoco aspiro a vivir en el centro de la ciudad.

Luego está mi madre, que no es uno de mis sueños, pero me ha venido a la cabeza. La veo menos de lo que me gustaría, pero cuando lo hago estoy desandando largarme de Portsmouth porque no soporto que me siga tratando como si tuviera quince años y me fuera por ahí yo solo a explorar por el río. Sé que se siente sola, que ha sufrido dos desengaños amorosos con el mismo apellido y que la vida no se ha portado demasiado bien con ella. Pero es que en Portsmouth no hay mucho más que pueda hacer más allá de conformarse con lo que hay. Con cincuenta y dos años y viviendo en el pueblo más aburrido y desolado de Virginia, no puede esperar que su vida mejore. Sí. Conformarse es la palabra. Conformarse con su casa. Conformarse con su trabajo. Conformarse con su única amiga, Bertha Anderson. O salir de allí y atreverse a renovar por completo su vida después de los cincuenta. Pero ni mi madre ha sido nunca tan aventurera, ni creo que abandone Portsmouth por nada del mundo. Es decir, ni siquiera lo hizo cuando el pirado de mi padre casi prende fuego a la casa con nosotros dentro. Si no fue capaz de marcharse de allí para protegerme (no es un reproche, sólo establezco un hecho), ¿cómo iba a ser capaz de alejarse para protegerse a sí misma?

Y es lícito. Tenga los motivos que tenga para quedarse. Es su vida y es su decisión. Y por eso yo no debería sentirme mal por no volver a casa con más frecuencia. Pero es que, sinceramente, no puedo. Cada vez que vuelvo a Virginia, es como si regresara a la adolescencia. Vuelven a preocuparme cosas que ha dejado de lado. Vuelvo a mirar hacia la ventana de enfrente como si allí todavía viviese alguien y no, simplemente, el recuerdo de algo que se vino abajo. Vuelvo a sentirme indefenso, incomprendido, utilizado y completamente perdido. Y aun así vuelvo, porque quiero a mi madre. Pero en todos estos años nunca lo he hecho por mí, sólo por ella. Yo no me puedo permitir el lujo de que mi vida se vuelva a poner patas arriba por culpa de impulsos que nunca aprendí a controlar.

AXEL

Salgo al escenario y ocupo mi posición inicial. El ruido del público es ensordecedor, así que me coloco los *in-ears* en los oídos y así, al menos, se camufla un poco el estruendo. Escucho indicaciones técnicas, avisos, repasos, pruebas de sonido y al tonto de Lou contando chistes de última hora. La cortina roja gigante que nos separa del público me provoca tantos nervios como tranquilidad. Por un lado, me separa de la jauría de voces feroces que se apelonan más allá de la tela. Por otro, ese telón significa que yo estoy en el lado complicado, ese en el que la puedes cagar si no das la nota (literalmente). Parece que todo está listo.

Cae la cortina. La voz programada de *la jefa* suena por los altavoces con un mensaje inspiracional, cuyas partes importantes se muestran en las pantallas gigantes simulando brillo y purpurina. Cada noche igual. Podría recitar sus palabras de memoria. Suena la claqueta en mis *in-ears*. Tres, dos, uno.

Comenzamos a tocar *Sparks Fly*. La luz del foso se ilumina, tal y como ha ocurrido en cada uno de los conciertos que llevamos de la gira. Humo, mucho humo. Puedo sentir los pasos de Taylor corriendo bajo la tarima del escenario hasta que llega hasta la plataforma y asciende para quedar a nuestra misma altura. El público enloquece. La oscuridad del escenario se transforma en un teatro de pantallas LED, con cortinas virtuales y escaleras doradas de acero.

Ya está. Ya está hecho. No han transcurrido más de cinco minutos, pero ya he tocado en el puto Madison Square Garden. ¿Se supone que ya puedo morir en paz o ahora estoy obligado a cumplir otro sueño? La gente se muere cuando se queda sin sueños por cumplir o todo eso de la muerte no tiene relación alguna. ¿Cuál era el sueño de Damien? ¿Lo cumplió? Porque estoy harto de escuchar eso de que los sueños se hacen realidad si pones empeño, pero en este mundo he visto mucha gente quedarse por el camino (literalmente y en sentido figurado). Detrás de cada Taylor Swift hay trescientas que no lo han conseguido. Es genial animar a la gente a que se esfuerce, pero la meta debería ser la satisfacción personal de haberlo intentado, no un espejismo poco realista de que los sueños se cumplen si crees en ellos.

Con la tontería, pasan cinco canciones de concierto y he estado tocando con el piloto automático encendido. Estoy viviendo mi supuesto sueño y en realidad estoy en otra parte. No sé dónde, pero no aquí, no en este recinto tocando la guitarra para miles de personas (a las que les importo una mierda, quizás el problema es ese).

Entonces la jefa aparece de nuevo desde el suelo, sentada al piano, y comienza a tocar *Back To December*. En esta canción no entro hasta pasados casi dos minutos y, por primera vez en toda la gira, debido a la estupidez mental que llevo encima hoy y al lugar especial en el que estamos, me da por observar detenidamente al público de las primeras filas y presto atención a sus reacciones y a lo que están cantando al unísono.

*«Because the last time you saw me
Is still burned in the back of your mind
You gave me roses and I left them there to die»*

No sé si es la droga o si estoy volviéndome loco de verdad, pero estoy viendo al puto Milo Fisher delante del lateral del escenario.

«So this is me swallowing my pride

*Standing in front of you saying I'm sorry for that night
And I go back to December all the time»*

Es como si alguien invisible levantara la barbilla del puto Milo Fisher, al que no veo desde hace una eternidad, porque de pronto me está mirando. No sé si no se ha dado cuenta de que soy yo o lo sabe pero le da igual.

*«It turns out freedom ain't nothing but missing you
Wishing I'd realized what I had when you were mine
I'd go back to December, turn around and make it all right»*

Es como si toda esta gente y la jefa le estuvieran cantando la letra directamente a él. No sé por qué, ni cómo, pero es así. Es como si él lo supiera porque no deja de mirarme. Joder, tiene al otro lado del escenario a la jodida Taylor Swift, pero prefiere mirarme a mí.

No sé que está pasando, pero llega mi entrada y casi se me pasa por estar pendiente de un tío que, a lo mejor, ni si quiera es Milo y yo soy un paranoico que ha decidido ver a mi amor adolescente justamente esta noche. Sí, será eso. Es este jodido lugar, que me está removiendo por dentro cosas que creía dormidas.

Pero, con el estribillo, las luces retoman intensidad y los músicos volvemos a ganar presencia. El tío que se parece a Milo abre la boca, sorprendido, porque sí que es Milo, y ahora puede verme perfectamente y sabe que soy yo. Y no puedo creer que todavía queden más de doce canciones de concierto, porque quiero bajarme ya de este escenario y darle un abrazo al puto Milo Fisher.

Cuando quedan las tres últimas canciones del concierto, los no-tan-improvisados bises, empiezo a sentirme mal. Tal vez es por lo que me he tomado antes del concierto. Tal vez es porque son fechas muy malas y hay mucho virus suelto. Tal vez es porque se ha pasado la euforia del concierto y ya solo queda el estrés postsubidón. O tal vez es porque acabo de recordar que besé a Milo Fisher bajo la lluvia, por fuera de su casa, hace siete años, y desaparecí al día siguiente sin decirle nada. Y no hemos vuelto a vernos ni a intercambiar ni una sola palabra desde entonces.

Lo más probable es que no se alegre de verme, sino que me odie por haber provocado que le pusiera los cuernos al pavo aquel con el que salía y después yo lo dejaré tirado, como las rosas que alguien le dio a *la jefa* y ella dejó morir en su canción.

Termina el concierto, Taylor Swift desaparece del escenario y el espectáculo se convierte en una sobremesa musical donde ya todo el pastel ha sido descubierto y el equipo campa a sus anchas a mi alrededor como si nada, mientras el público va abandonando el recinto. Pero yo sigo aquí, clavado en mi sitio, mirando hacia el lugar en el que Milo sigue clavado en su sitio mirándome a mí. Me odia y quiere que lo sepa. Me odia porque su relación se jodió por mi culpa. Me odia porque le di esperanzas y lo dejé tirado. Me odia porque cree que quise vengarme de él porque, años antes, fue él el que desapareció (no literalmente) de mi vida cuando lo besé.

Pero yo no he llegado hasta el Madison Square Garden para quedarme con la duda y que esta noche me persiga otros siete años más. Así que le hago una seña, salgo del escenario por un lateral, bajo las escaleras y camino hacia la valla que separa al público del espectáculo. Milo le dice a su acompañante que espere donde está y se acerca. Joder. No ha cambiado. Bueno, sí. Ahora es casi un hombre, pero sigue teniendo cierto aire universitario. La vida lo ha tratado bien. Eso se nota en la cara. Y la cara de Milo dice a gritos que la vida ha sido benevolente con él. Se nota que no se mete mierdas ni folla con cualquiera de Grindr en cada ciudad nueva que visita. Eso sólo nos pasa a los Axel Foster. Los Milo Fisher están hechos de otra pasta, de esa con la que hacen a los ganadores. Sin darme cuenta lo tengo delante y ninguno dice nada.

—Mi madre me dijo que estabas de gira con Taylor —dice finalmente.

—¿Ah sí? —Entonces, ¿ha venido sabiendo que me vería? ¿No me odia?

—Sí, pero creí que se refería a tu guitarra. Esto es otro nivel.

Me río, pero él no. Sí que me odia. Y no ha venido por mí. Soy imbécil.

—Ya ves. —No se me ocurre otra cosa. Debería pedirle perdón—. Oye, yo...

Milo se apoya en la barandilla y se lleva la mano a la barbilla.

—Casualmente, ayer me acordé de ti.

—¿En serio?

—Hablando de Taylor con mi amigo. —Mira hacia atrás, hacia el otro tío. Ha dicho «amigo», no es su novio—. No sé por qué, pensé en tu guitarra.

—Entonces te acordaste de ella, no de mí —bromeo.

—Sí, creo que técnicamente fuiste un daño colateral de acordarme de ella.

Daño colateral. Eso soy para Milo Fisher. Sonríe sin ganas y regresa el silencio.

—Deberías volver con tu novio, se va a aburrir.

Joder, no sé por qué coño he dicho eso. Es evidente que si ha dicho «amigo» es porque eso es lo que son, o es su novio pero no quería darme esa clase de información. Y ahora estoy yo aquí, obligándole a confirmar o desmentir lo que he dicho.

—Perdona, no...

—Evan no es mi novio —me interrumpe, y lo dice sonriendo—. Compartimos piso pero sólo somos amigos.

—Ah, vale, me alegro entonces. —No sé muy bien por qué he dicho eso. Joder, el puto Milo Fisher sigue consiguiendo que me comporte como un adolescente.

—No, pero... sí que tengo novio —me dice con cara de apuro. Y entonces caigo en la cuenta de lo que puede haber entendido con mis palabras.

—No me refería a que me alegre de que estés soltero, Miles.

—Hay cosas que nunca cambian, ¿no?

—Sí. Siempre te pillo comprometido, ¿eh? —Hola, Axel, ¿te puedes callar la puta boca de una jodida vez? Deja de hablar como si estuvieras intentando llevártelo a la cama. No es lo que quieres. ¿O sí? No sé, da igual. No es lo que vas a conseguir. Vas a volver a asustarlo. Y ahora le toca huír y desaparecer a él.

—Lo decía porque me has llamado Miles.

Resoplo y me llevo las manos a la cabeza. Necesito tomarme algo. No sé funcionar de esta forma.

—Perdona, estoy todavía con el subidón del concierto. —Y el bajón de la coca, pero eso no se lo digo—. No sé lo que digo ya.

Milo se ríe de una forma un tanto rara y no alcanzo a adivinar si está incómodo o si ahora esa es su forma de reírse. Yo no dejo de meter la pata una y otra vez y esta conversación no sé a dónde pretende llegar. No somos amigos. Yo lo dejé tirado. Él tiene novio. Somos dos desconocidos con un pasado en común y ya está. He bajado, lo he saludado, hemos hablado cívicamente y no hay más que hacer. Está claro que todos los sueños no se cumplen.

—¿Haces algo ahora? —le pregunto. Es como si alguien hablara por mí. Me contradigo y me odio por hacerlo. Casi tanto como Milo debe odiarme a mí por lo que hice. O, peor aun: siente indiferencia.

—Volver a casa, supongo —responde él, desinteresadamente—. No quiero acostarme tarde. Tengo que terminar unos proyectos y ya voy algo retrasado.

—Espera un momento —le digo.

Doy media vuelta, corro hacia el escenario, subo las escaleras y le pido a Lou que me dé su acreditación.

—Tienes la tuya colgada del cuello, Foster —me responde mientras desenchufa cables y los enrolla a sus pies.

—Ya lo sé, luego te lo explico —Miro hacia Milo y su amigo y Lou me sigue la mirada—. Pídele a Greg que imprima dos nuevas.

Lou hace un gesto de resignación, pero se quita la acreditación del cuello y me la entrega.

—Si son para dos chochitos, quiero uno para mí —me dice bromeando. Lou es más gay que un desfile del Orgullo.

Vuelvo corriendo hasta donde está Milo, ondeando las acreditaciones como si fuese la cosa más alucinante del mundo. Empiezo a sentirme ridículo, pero su cara de sorpresa me indica que a él sí le parece algo chulo. Y su amigo Evan se acerca lentamente pero sin pausa hasta dónde estamos.

—Tomad. Entrad con esto mañana —les digo—. Y así podemos hablar mejor y en otras condiciones. Estaremos aquí desde las cinco.

Evan me los quita de las manos, como si fuera a arrepentirme.

—Tío, no sé quién eres, ¡pero te quiero! —me dice, pasando un brazo por encima de la barandilla y dándome medio abrazo.

—No sé si vamos a poder venir —dice Milo—, pero lo intentaremos.

—¿Estás tonto? ¡Claro que podremos! ¿Tú sabes lo que significa esto? Lee, Milo, lee. *All access*. ¡Ahora sí que somos importantes!

Milo se lleva una mano a la cabeza y se disculpa por el comportamiento de su amigo. Me cuenta que viven lejos del centro, que tiene mucho trabajo y que su amigo tiene que trabajar mañana y tiene turno de noche. Evan no deja de dar vueltas con las acreditaciones en la mano, sonriendo y repitiendo «yo soy liiiisto, yo soy bueeeno, yo soy importaaante» una y otra vez.

—Si vienes, por aquí estaré —le digo a Milo—. Y si no, lo entenderé. Será lo que merezco.

Doy media vuelta para irme, pero Milo me sujeta por el brazo y me estremezco. Es la primera vez que siento su piel en muchos años. Y ya no recordaba lo que es ser tocado por alguien que no espere follar contigo en la próxima media hora.

—¿Lo que mereces? —me pregunta, extrañado. Yo me limito a ladear la cabeza y a hacer un gesto. «Ya sabes»—. No pensarás que te guardo rencor por... Joder, Axel, que han pasado muchos años.

—Yo qué sé, tío... Me comporté como un capullo.

—A ver, sí. Pero una cosa es que te comportes como un capullo y otra que lo seas.

Quiero irme, pero la duda y la culpa me han estado corroyendo por dentro, sin saberlo, durante demasiado tiempo.

—Seguro que te jodí la relación, Miles. Y lo siento.

Milo se echa a reír y se rasca la frente. Evan sigue dando vueltas por el espacio que antes ocupaban muchas voces histéricas.

—Mi relación se jodió, sí. Pero porque Jess se acostó con otro aquel verano, un par de semanas después de que desaparecieras. Y al volver a la universidad me enteré de que se había estado tirando a otros dos mientras salíamos juntos. Así que espero que no hayas estado siete años pensando que destruiste algo, porque no había nada que romper.

—Qué va... Sólo me he acordado ahora —miento.

Me siento incómodo porque acabo de tocar en el Madison y me pregunto si ha valido la pena; si irme de Portsmouth porque Milo y yo no teníamos futuro juntos fue la decisión correcta. Me fui porque el volvería a Washington y yo quería probar suerte en Los Ángeles. Mi decisión me ha traído hasta aquí, pero ahora que lo tengo delante y vuelvo a hablar con él, me da miedo pensar que debería haberme quedado, haber renunciado a esto, haberme ido con él a Washington o al fin del mundo. Esta noche he sentido muchas emociones diferentes, pero todas las positivas han sido provocadas por él.

Alguien del equipo grita a mi espalda. Me están llamando.

—Tengo que irme —le digo a Milo. ¿Nos vemos mañana?

—Lo intentaré —me responde.

—¡¡Cuenta con ello!! —me grita Evan, pesé a que está sólo a un par de metros de distancia.

Me alejo y enseguida me siento como una puta mierda. Fui un imbécil y lo sigo siendo. Porque acabo de darle un pase a Milo para estar conmigo toda la tarde de mañana. Ahora que sé que a lo mejor tomé la decisión incorrecta. Ahora que sé que no hay nada que hacer porque tiene la vida resuelta con otro. Ahora que... ahora sí que necesito tomar algo. Algo fuerte.

Suelto a Taylor en el suelo de la habitación y me dejo caer boca abajo sobre la cama en mi habitación de hotel. Ojalá pudiera quedarme así para siempre, mimetizarme con las sábanas y desaparecer del mundo, pero todo me da vueltas y no soporto quedarme quieto. El problema es que lo que da vueltas no es la habitación, como cuando vas ciego, sino mis pensamientos. Soy incapaz de controlarlo y no dejo de viajar en el tiempo sin remedio: el beso bajo la lluvia, la cara de Milo entre el público, la luz entrando por la ventana del desván de mi casa, *Back To December*, Milo cayéndose al agua en el río, su mano sujetando mi brazo tras el concierto, la ventana de su habitación iluminada de azul por la luz del acuario, yo soy listo yo soy bueno yo soy importante (¿a qué venía eso?), la cara de mi copia universitaria saliendo del coche, Lou hablando de chochitos, algo sobre Plutón, pollo frito con ensalada y arroz, Milo, Milo, Milo... No consigo poner orden en mi cabeza y siento que va a explotar.

Me levanto de la cama, busco entre los bolsillos de la chaqueta que llevaba puesta esta tarde y no encuentro nada. Repito la búsqueda en todas las chaquetas y abrigos que encuentro tirados por la habitación y en una encuentro media pastilla que ahora mismo no recuerdo qué es; pero si me tomé la otra media y sigo vivo, muy mala no sería. La destrozo con la esquina del teléfono móvil hasta hacerla añicos y después un poco más hasta dejarla medio decente. Esnifo con fuerza y siento como si me rajaran la nariz por dentro, pero al menos esto calmará la tormenta que arrasa con mi cerebro en estos momentos. Eso espero.

Cuando quiero darme cuenta, estoy desnudo dentro de la ducha. El agua caliente corre por mi cuerpo y las manos vuelan solas hacia mi entrepierna. Pienso en Milo. Está descamisado, tirado en mi cama, con los vaqueros ligeramente abiertos y me pide que vaya hacia él. Me detengo, tanto en mi imaginación como en la vida real. Milo se merece más que una paja en la ducha. Salgo y me seco y me enrolló la toalla en la cintura. Me dejo caer sobre la cama, cojo el teléfono y abro el Grindr. Le envío mensajes a cuatro o cinco tíos que andan cerca. Ninguno tiene cara. Casi que mejor.

Levanto la tapa del portátil y pongo música aleatoria. Cualquier cosa menos country pop. Suena Coldplay y me conformo. Vuelvo al teléfono. Han respondido dos de ellos. Uno ha enviado foto de su cara y me pregunta qué tal estoy. El otro me pregunta si busco quedar y qué edad tengo.

Le envío un mensaje al segundo, después otro y otro más, y veinte minutos después llama a la puerta de mi habitación. La abro y el capullo es bastante guapo. Un rubio recién salido de Abercrombie & Fitch. A veces lo de quedar a ciegas sale bien, aunque hoy me conformo casi con cualquiera.

—Pasa —le digo—. Perdona el desorden.

Avanzamos entre chaquetas tiradas en el suelo, fundas de guitarras, Taylor tirada en medio del pasillo, más restos de ropa y la toalla mojada en el suelo junto a la cama. Yo ni si quiera me he molestado en vestirme del todo. Sólo llevo puestos unos vaqueros gastados.

—¿Eres famoso o algo? —me pregunta con cierta arrogancia—. ¿Debería saber quién eres?

—No soy nadie —le digo, dejándome caer en la cama de espaldas—. Esto es todo *atrezzo*, para parecer interesante.

—Ya, claro —me responde el tío.

Sin más, deja el abrigo en el suelo, se quita la camiseta y me muestra sus pectorales. Lo pillo mirándose de reojo en el espejo y empiezo a arrepentirme. No soporto a los narcisistas. No sólo son imbéciles, sino que follan de pena, porque están más pendientes de cómo se mueven sus músculos al compás del movimiento que de usar el único que realmente importa en ese momento. Deambula por la habitación como si fuera la señora de la limpieza y no supiera por dónde empezar, así que cojo mi teléfono móvil y abro de nuevo el Grindr a ver si capta la indirecta.

—¿Esperas a alguien más? —me pregunta.

—No, estoy esperando a que vengas a la cama, pero no pareces muy interesado.

—Me he quitado la camiseta, ¿no? —Señala su torso desnudo y sonrío. Quizás me estoy pasando de borde, pero no necesito alguien que me dé conversación. Esta noche no.

Me levanto de la cama, me acerco hasta él, lo sujeto por el cuello y lo beso. Todo en mi cabeza sigue dando vueltas. Pienso en Milo. No, lárgate. Tú no deberías estar aquí. No puedes ver esto. Empujo al tipo este sobre la cama, se quita las zapatillas y le desabrocho los pantalones, tirando de ellos hasta quitárselos. Me tumbo junto a él y se coloca sobre mí. Me besa el pecho, el ombligo, la cintura. Sus manos recorren los tatuajes de mis brazos y me da por pensar que me hubiera gustado que Milo los acariciara en su lugar. No, ¡fuera! Me baja los vaqueros hasta los muslos y juega entre ellos, pero mi cuerpo no reacciona.

—¿Hay algún botón para encender esto? —me pregunta. Y me quiero reír, pero simplemente no me sale. Es buen tío. En otras circunstancias sería incluso gracioso. Sabe a lo que ha venido, pero no es un depravado que sólo quiera follarme como un animal y desaparecer. Eso es bueno. Pero yo hoy no necesito algo bueno, necesito algo real. Real y fugaz.

Tiro de sus hombros hasta tenerlo a mi altura y vuelvo a besarlo. Giramos sobre la cama, yo encima de él. Me restriego contra todo lo duro de sus calzoncillos, pero somos polos opuestos, literalmente. Su polla es el infierno y la mía está en el Ártico. Acaricio su cuerpo, sus brazos musculados, su mandíbula angulosa y la parte alta de su espalda. Me aprieta fuerte contra sí mismo y volvemos a girar. Se coloca sobre mí y su cara es la de Milo. Sacudo la cabeza y siento como si me faltara el aire. De pronto siento calor. El rubiales me mira con deseo, pero yo no consigo salir del torbellino de recuerdos que azota mi cabeza. Necesito otro tiro, pero entonces pienso en Damien y me dan náuseas. Me quito al chaval de encima y corro a abrir la ventana de la habitación. El aire frío me hiela las pelotas, pero ni siquiera eso consigue espabilarme.

—No pasa nada, tío —me dice—. A todos nos pasa alguna vez.

Lo miro y me devuelve la mirada. Veo en ella lo peor que podría ver esta noche: compasión. Niego con la cabeza y vuelvo a la cama. Lo empujo contra las almohadas, me arrastro por su

pecho con manos, labios y lengua y bajo hasta los calzoncillos. Sigue duro y yo ni siquiera consigo dejar de pensar. Introduzco mi mano y siento ganas de vomitar. Corro hasta al baño y toso sobre el lavabo, pero no expulso nada. Levanto la vista y no reconozco al tío que me mira al otro lado del espejo. No entiendo qué está pasando. Sólo es un jodido tío. Y no me refiero a mi reflejo ni al adonis que tengo en la cama, sino al puto Milo Fisher. Llevo siete años de mi vida sin saber nada de él y no ha sido el fin del mundo. No soporto que pueda tener tanto control sobre mí. No él, (que no ha hecho nada), sino la situación.

Todo gira sin cesar y ni siquiera soy capaz de desfogarme con el tío este que, además, parece buena persona. La peor noche que recuerdo en mucho tiempo y tiene que aparecer don Perfecto ahora. Cualquiera otro ya se habría largado y me habría dejado tirado con mis demonios internos y mi polla floja. Pero él sigue aquí, dispuesto, preparado, esperando a ver si finalmente las cosas salen bien. Es un optimista, un luchador.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta—. ¿Has vomitado?

Niego con la cabeza y me tiro en la cama junto a él. Lo miro a los ojos. Debería ver quién es, sentir atracción por todo lo que no dice y podría decir, tener un flechazo con su cuerpo y, sobre todo, con la indulgencia de su mirada. Pero lo único que siento son náuseas, falta de aliento, calor y que mi vida de pronto da mucha pena. Es como una resaca que no termina nunca.

—Deberías irte —le digo, sin más.

—¿Estás seguro? No me importa quedarme si quieres. No tenemos que hacer nada.

—Seguro. Es absurdo que te quedes conmigo a mirar el techo.

—Mirar el techo a veces viene bien. Ayuda a saber dónde está el suelo.

Hoy no tengo el cuerpo para mensajes positivos de autoayuda.

—No sé. Haz lo que quieras.

Me doy cuenta de que me he quedado dormido cuando abro los ojos, es de día, y el rubio ha desaparecido. Me incorporo sobresaltado y gateo por la cama hasta alcanzar a ver el pasillo de entrada de la habitación. Taylor sigue ahí. Mi portátil también está sobre el escritorio. Mi teléfono en la mesilla de noche. Me dejo caer sobre las almohadas y cierro los ojos. No sé si vuelvo a dormirme o no, pero cuando los abro cojo el teléfono y abro el Grindr. No busco nada ni a nadie. Quizás sólo saber si me equivoqué o no. Tengo dos mensajes suyos.

«No te conozco de nada. A lo mejor eres un pirado. A lo mejor eres buena persona. Prefiero pensar lo segundo. Si es así, permíteme decirte que no estás solo. He visto suficiente tirado por tu habitación como para saber qué estilo de vida llevas. No te juzgo, jamás podría. Pero no estás solo, aunque a veces te lo parezca. No soy un santo, pero me muevo por intuición e impulsos, así que te dejo mi número por si algún día quieres hablar y que te ayude. Hudson».

«Hudson es mi nombre. ¡No te estoy diciendo que te tires al río!».

Sonrío. Al final ha conseguido alegrarme un poco. Pero sólo un poco. Me sigo sintiendo como una puta mierda y las náuseas han regresado con fuerza. Voy al baño y saco todo lo que anoche no pude echar, menos a Milo de mi cabeza.

MILO

Pensaba que había olvidado su cara, sus gestos, sus ojos, su sonrisa... Pero no. En cuanto lo vi en el escenario supe que era él, aunque una parte de mí intentaba convencerme de que estaba viendo un fantasma del pasado y que no tenía ningún tipo de lógica que uno de los guitarristas de Taylor Swift fuese Axel Foster. No tenía sentido, pero muchas veces la realidad carece de tal. El sentido de las cosas es una construcción social.

Portsmouth está lejos de aquí y aun así las circunstancias de la vida nos han llevado por caminos diferentes que se han cruzado aquí y ahora, en Nueva York, siete años después de aquel verano en el que él me dejó, casi literalmente, con la miel en los labios. Y tiene razón, parece que soy incapaz de cruzarme con Axel sin tener el corazón ocupado (o confundido). Y claro, visto con perspectiva, Jess se merecía que yo besara a Axel aquella noche, pero Pablo no. Aunque tampoco sé por qué es necesario este planteamiento, pues esta vez no ha pasado nada ni tengo intención de que ocurra.

Ha pasado demasiado tiempo y Axel sigue siendo Axel, pero al mismo tiempo no parece Axel. Su media melena surfera ha vuelto y su cara sigue siendo la suya, pero lo demás es un dibujo adulterado de la versión de Axel que tenía en mi memoria. Hace siete años no tenía esos brazos cubiertos de tatuajes; ni esa barba descuidada de varios días que le sienta bastante bien; ni esa forma de hablar tan despreocupada y de vuelta de todo. O quizás sí y sólo estoy idealizando las cosas que me decía. Ha sido hipnótico. No he podido apartar la vista de él. Menos mal que no soy seguidor de Taylor Swift, porque me habría fastidiado el concierto. Lo único que recuerdo a partir de delega apareciera tocando el piano es la cara de Axel y las luces, muchas luces.

Ahora me siento raro y estoy viviendo en una especie de estado de irrealidad constante. ¿Ha sido casualidad? ¿Ha sido el destino? ¿Es el fantasma de mi adolescencia que viene a recordarme algo que no terminé de descubrir? Sea como sea, no me puedo permitir el lujo de repetir los mismos errores. Quizás es eso. No es Axel Foster, es sólo su concepto. Una aparición encargada de ponerme a prueba, a mí y a lo que siento por Pablo. No debo cometer los mismos errores, supongo. Debo demostrar que los veintiséis son diferentes de los diecinueve, que he cambiado y madurado, que no soy el mismo chico inocente que no entendía cómo funcionaba el mundo (en realidad sigo sin saberlo, pero ya no me pilla por sorpresa).

Y aquí estoy, a pocos metros de la puerta del personal del Madison Square Garden, conteniendo los impulsos que me incitan a huir de aquí y dejar que el fantasma de Axel Foster sea sólo eso: un fantasma. Pero hay algo dentro de mí que me empuja irremediabilmente hacia esa puerta.

Tal vez habría sido más fácil si hubiera venido acompañado. Finalmente, Evan no pudo cambiar el turno porque ya lo había cambiado para venir al concierto anoche, Vanessa prefiere evitar las aglomeraciones en su estado, Pablo sigue en Chicago y habría sido una mala idea traerlo, y no seguí preguntando porque al final me di cuenta de que, si voy a hacer esto, es algo que debo hacer solo. Si quiero que Axel Foster siga perteneciendo a mi pasado, no puedo mezclarlo con mi presente.

Enseño la acreditación en la entrada y accedo al interior con más facilidad de la que esperaba. Daba por hecho que habría otro tipo de controles, que no dejarían pasar a cualquiera que se

plantara en la puerta con una tarjeta que ponga «All Access», la cual podría haber hecho en cinco minutos en casa con una impresora y una plastificadora. Pero la tranquilidad no dura demasiado.

—¡Ey, tú! —una voz me llama por la espalda—. ¡Tú!

Me doy la vuelta.

—No me suena tu cara. —Mira fijamente mi acreditación según se acerca—. ¿Quién te ha dado eso? ¿Eres nuevo?

—Yo... Erm... He venido a ver a alguien. Me han invitado.

—Ya, claro —responde el chico con cierta incredulidad y un ligero amaneramiento—. ¿Y ese alguien no se llamará Taylor Swift por casualidad?

—Pues la verdad es que no.

El chico me mira de arriba abajo, arqueando una ceja.

—Bueno, sea cual sea tu plan, queda abortado. Es hora de volver a casa, Dorothy.

Me pone la mano en el hombro y me empuja para que dé la vuelta. Creo que intenta echarme de aquí. Corrijo: está claro que quiere que me vaya. Pero yo no me estoy colando y no tengo el teléfono de Axel para llamarlo y que aclare esta situación.

—No tengo ningún plan —le respondo, pero no puedo evitar seguir el movimiento de su mano y obedecer—. El pase me lo dio Axel anoche.

—Ya, claro —repite—. Yo también sé usar Google, ¿sabes? Seguro que sabes hasta cómo se llama la maquilladora. Venga, chico, que casi cuela.

—Greg, déjalo —dice una voz a nuestra espalda—. Viene conmigo.

El tal Greg lo mira con la misma cara de desconfianza con la que me ha mirado a mí hace un momento.

—Acaba de decirme que viene por Axel. No sé qué pretendes Lou, pero es obvio que no viene contigo y se está colando. ¿Hoy no te has tomado la pastilla?

Lou se ríe y se interpone entre ambos.

—Es amigo de Axel —dice mientras mira a nuestro alrededor—. Y se supone que eran dos, así que alégrate de que al menos sólo haya venido uno.

—Sabes que no le gusta que la molesten antes de actuar —murmura Greg, aunque puedo escucharlo perfectamente.

—No ha venido por ella, ¿verdad que no? —Me mira. Niego nerviosamente con la cabeza—. Ha venido por mí y por Axel. Entretanto con otra cosa, Greg.

Lou no le da tiempo a réplica, me pone la mano por encima del hombro y caminamos hacia el interior como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿Por qué has hecho esto? —le pregunto.

—Porque la acreditación que llevas colgando del cuello es la mía y le debía una a Foster desde hace tiempo.

Entrar en el Madison Square Garden cuando está vacío es otra historia. Todo parece mucho más feo, más técnico, más burdo. Parece increíble que ese amasijo de hierros, pantallas y cables oscuros pueda llegar a convertirse en el espectáculo que vimos anoche. Bueno, el que vio el público; el único espectáculo que disfruté yo no tiene nombre de mujer.

Bajamos la escalera de las gradas y caminamos por la pista hasta llegar frente al escenario. Axel levanta la vista, nos mira, la vuelve a bajar y sigue comprobando cosas en su guitarra, la otra Taylor. Entonces vuelve a mirarme de pronto y se le dibuja una sonrisa en la cara. Deja la guitarra en el suelo y desaparece por un lateral del escenario. Antes de que me dé cuenta, aparece a nuestro nivel, salta la valla de la primera fila y se acerca hasta nosotros.

—Le princesa casi lo echa a patadas —le dice Lou.

Axel se muerde el labio y sonrío.

—Menos mal que estabas tú ahí para dejarle claro quién manda.

—Sí... Hasta que decida despedirnos a ambos y nos demos cuenta de que no mandamos una mierda.

Ambos se ríen y yo no entiendo nada, pero sigo como en una extraña nube de la que no sé cuándo caeré, ni cuánto dolerá el golpe. Miles de asientos vacíos me rodean y me parece casi físicamente imposible que dentro de tres horas vayan a estar llenos de personas reales de carne y hueso, gritando y coreando canciones, ajenos a que, horas antes, en este momento, algo extraño y surrealista está ocurriendo entre un guitarrista del concierto y un chico que ha llegado hasta aquí por casualidad.

Lou se va, Axel me guía hacia uno de los bares y pedimos una cerveza para él y una Fanta para mí. Nos sentamos con los vasos de plástico en dos asientos de las gradas y apenas hablamos, simplemente mostramos sonrisas incómodas y comentarios como «qué fuerte estar aquí» o «qué chulo es todo esto».

Poco a poco, recuperamos un poco de la confianza perdida y hablamos de mi trabajo y del suyo. No tardo en darme cuenta de que Axel tiene el mismo síndrome de la indiferencia que yo. No es capaz de valorar lo importante que es estar de gira con Taylor Swift. Lo ve como un trabajo, sin más. Uno del que no habla con demasiada pasión, por cierto.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —le pregunto.

—¿A qué te refieres?

—No sé, Axel...

—Me encanta oír mi nombre saliendo de tu boca —me interrumpe.

No entiendo muy bien a cuenta de qué ha venido eso. Sonrío y lo miro de reojo con cara de «no vayas por ahí». Retomo el tema:

—Uno no acaba tocando por todo el país con la estrella del country por excelencia —le digo

—. ¿Cómo termina un chico de Portsmouth en un lugar como este?

—¿Y cómo termina un crío de Portsmouth estampado en las librerías de todo el país?

—No es lo mismo —le digo.

—Crecer. Es lo mismo. Yo estoy aquí por casualidad. —Ya somos dos.

Axel me cuenta que aquel verano de 2004 llegó a Los Ángeles y comenzó a tocar en la calle y en garitos de mala muerte para ganar dinero. Los padres de su amigo James tenían bastante dinero y no tuvieron que preocuparse por no tener un techo bajo el que dormir. Pocos meses después, conoció en una discoteca a un productor musical de Big Machine Records y empezó a tocar la guitarra en algunas grabaciones de estudio de artistas menores. Al mismo tiempo, por medio de un chico con el que tuvo un lío, comenzó a hacer actuaciones esporádicas mediante Universal aquí y allí. Hasta que un día tuvo que sustituir a otro guitarrista en una gala de premios de no-se-qué cadena (he descubierto que Axel y su memoria no se llevan bien para según qué cosas). El tipo en cuestión nunca regresó y Axel dejó de ser el sustituto, comenzó a moverse por otro tipo de círculos, participó en discos de más prestigio y a finales del año pasado le dijeron que tocaría en la gira *Speak Now*. No supo para qué artista era hasta que vio unos carteles en la oficina de la discográfica.

—Yo daba por hecho que sería algún cantante venido a menos, tipo Dixie Chicks, Josh Turner o alguna movida así.

—Quién te lo iba a decir, ¿eh? —le doy con el codo en el antebrazo—. De los Red Hot Chili

Peppers a Taylor Swift.

Axel se ríe y se esconde detrás del vaso de cerveza, mostrándome inconscientemente un bíceps musculado y tatuado por el que no debería sentir atracción, pero los ojos se me van solos.

—Por eso, Miles... Esto es un trabajo. No es mi sueño.

Lo miro arqueando una ceja, de forma incrédula porque no me creo lo que acaba de decir.

—Tocar aquí sí lo era, claro —se corrige—. Pero no soñaba con este tipo de concierto y lo sabes.

—Te entiendo, pero a día de hoy esto es de las mayores cosas a las que puedes aspirar, en lo que a repercusión y prestigio se refiere, ¿no? Es decir... —Hago gestos con la mano, subiendo de nivel en el aire—. Taylor... Gaga... Beyoncé.

—Hay vida más allá de las divas, Milo.

—Sí, una que no merece la pena ser vivida —bromeo.

—Míralo... El que se avergonzaba por ver vídeos de Mariah Carey —me dice tras apurar la cerveza de un trago.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar reírme, mostrando falsa indignación.

—¡No los veía! —exclamo, bromeando, aunque un poco en serio—. Simplemente estaban ahí.

—Tranquilo, Miles. No te juzgo —me dice, intentando picarme. Y me aprieta el muslo con su mano. Me estremezco y me pongo nervioso al instante. Miro hacia otra parte mientras doy un trago a la Fanta y su mano sigue en mi muslo. La levanta y señala hacia el escenario—. Mira, ¿ves aquellas campanas de ahí arriba? De ahí dentro sale gente.

—Axel, estuve anoche aquí —le digo, porque ese momento es de las pocas cosas que recuerdo.

—Perdona, es verdad. Se me va la cabeza.

Se hace el silencio. No uno de esos bonitos cuando sobran las palabras, sino uno incómodo. Pero no creo que sea provocado por la indiferencia, sino por los nervios. Tenemos tantas cosas de las que hablar que es difícil elegir una. Y no puedo hablar por él, pero mi cabeza se va siempre al pasado, queriendo preguntar por qué se fue, por qué me dejó tirado en Portsmouth cuando me había costado tanto aceptar mis sentimientos por él.

—En verdad es un poco injusto —dice finalmente. Y se enciende un cigarro.

—No deberías fumar —le digo. Y me viene a la mente una imagen nuestra tumbados de noche en su jardín.

—Da igual —me responde—. No está abierto al público. Hacen la vista gorda.

—No digo aquí, sino en general.

—Ah, bueno... Hay cosas peores —se justifica.

—Sí, claro. Violar y matar es mucho peor, pero eso no significa que esa mierda no te mate de igual forma.

—¿Sabes qué pasa? —me dice, cambiando un poco el tono de su voz, más serio, ligeramente agresivo, pero sin intimidar—. Que hay cosas que no podemos ver ni tocar y que nos matan mucho más rápidamente que cualquier droga.

Me mira fijamente, sin pestañear. El cigarro se consume entre sus dedos y sus ojos no se apartan de los míos, como si pretendiera decirme algo. Quiero pensar que está hablando de mí, de nosotros, pero no puedo creer que después de tanto tiempo esa herida siga abierta. Sobre todo cuando soy yo el que me quedé en Portsmouth todo un verano, asomándome a la ventana cada vez que escuchaba el sonido de un motor, por si él había decidido regresar. Soy yo el que no tenía forma de contactar con él porque ignoraba mis llamadas y mensajes y me quedé día tras día

esperando alguna noticia. Soy yo el que estaba tan ocupado echando de menos lo poco que Axel me había dado que apenas presté atención al corazón que Jess me había dejado roto. Soy yo el que moría lentamente, así que no entiendo cómo él puede ser capaz de afirmar algo así cuando no tuvo que sufrir el peor verano de todos.

Decido no dejarme llevar por mis pensamientos y reconducir el tema.

—¿Qué es lo que te parece injusto, entonces?

—Que tú ya has visto mi trabajo pero yo no he tenido el placer todavía.

—Ya sacarán el DVD, no te preocupes —bromeo, porque sé perfectamente que está hablando de mí.

—En realidad salió hoy a la venta —me dice. Mientras tanto, saco mi teléfono del bolsillo y busco en internet las portadas de algunos de los libros que he ilustrado.

—Toma —le paso el teléfono.

Axel minimiza el explorador, aprieta el botón verde con el icono de un teléfono y marca un número. Llama. Después de unos segundos, cuelga.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Llamarme. Ya tienes mi número y yo el tuyo.

Sonrío, aunque no sé hasta qué punto quiero que este extraño momento rememorando el pasado pase a formar parte de mi presente actual. Un presente con un novio que no ha dejado de existir, ni yo he dejado de querer. Un presente en el que no entiendo siquiera por qué me planteo ciertas cosas. Axel ha llegado y volverá a irse. Es un paréntesis, un lapsus, una acotación aislada del mundo real, una nota al pie de página que sirve para aclarar la historia y seguir adelante.

Axel regresa al explorador y observa una de mis portadas con detalle. Amplía la imagen y recorre los dibujos con calma. Después me pide que le enseñe otra. Y otra. Y otra más. Continúa observando cada uno de los libros que he ilustrado hasta que, pasados unos diez minutos, ya no me queda nada más por enseñarle.

—Tengo otros trabajos, pero son más... experimentales. Espero exponerlos algún día.

—Seguro que lo harás —responde él, casi sin pensar.

—No sé.

—Lo harás —insiste—. A verlos.

Niego con la cabeza y el extiende su mano hacia mí. Abro el carrete del iPhone sin entregadle el teléfono y le enseño algunas piezas que he ilustrado libremente, sin presiones de editoriales ni exigencias laborales.

—Voy a hablar con la jefa —dice después de ver cinco o seis ilustraciones.

—¿Qué jefa? —le pregunto, mientras me guardo el teléfono en el bolsillo.

—La jefa de todo eso que ves. —Señala de nuevo al escenario—. Le voy a decir que eres un puto crack y que debería hablar con los grandes jefazos para que te contraten.

—No digas tonterías, Axel —me ruborizo.

—Te digo yo que de aquí a unos meses estás haciendo libretos y portadas para gente como ella. Hazme caso.

—Axel, te lo agradezco, pero ya hay profesionales que se dedican a eso.

—Ninguno será tan bueno como tú, Miles.

Después del concierto, me siento en una esquina del backstage a esperar a Axel. Hay gente entrando y saliendo, cargando material y desmontando el equipo porque hoy sí que tienen que

desmontar el escenario. Es el fin de la gira en Estados Unidos y se acaba lo que se daba hasta que visite Australia en marzo del año que viene. Hay un río de pisadas en el suelo e intuyo que o bien sea ha roto una tubería o fuera está lloviendo. Más probablemente lo segundo.

Axel y el resto de la banda aparecen poco después. Axel me pide que vaya con ellos, nos montamos en la furgoneta y nos llevan hasta su hotel. Atravesamos el grupo de fans que se agolpa en la puerta, recorremos el lobby, subimos en ascensor y, cuando tengo dos segundos para pararme a pensar y reaccionar, soy consciente de que estoy en la habitación de hotel de Axel. Y madre mía, menuda cuadra. Hay ropa tirada por el suelo, botellas de agua vacías o a medias repartidas por todos los muebles, la cama deshecha y toallas en el suelo del baño.

—¿Aquí no limpian? —le pregunto con una sonrisa, porque no quiero que piense que le estoy juzgando; aunque sí, lo hago.

—Claro, por la mañana.

No puedo creerme que todo este desorden se haya podido producir en un solo día, antes de las cinco de la tarde que fue cuando me dijo Axel que llegaban al Madison. Definitivamente, la vida de una estrella del rock es otra historia.

—Déjame que recoja —me dice titubeando, juraría que algo nervioso.

Coge la ropa y la tira dentro de un armario. Todas las botellas de agua acaban en una papelera. Y también hay algunos papeles plegados (como las típicas notas que se pasa la gente cuando está en el instituto) repartidos por diferentes zonas. Los acumula en una mano y después los guarda en un cajón. Fuera, la lluvia ha empeorado y ahora es una tormenta. El agua golpea los cristales rompiendo el silencio de la habitación. Finalmente, Axel se quita la chaqueta, la deja sobre la silla del escritorio y se sienta en una esquina de la cama. La habitación ahora parece incluso habitable. Yo sigo de pie, casi inmóvil, cerca de la puerta.

—¿Vas a salir corriendo? —me pregunta—. No muerdo.

«Ojalá», pienso. Y automáticamente sé que no debería haberlo hecho. Me acerco hasta él y me siento al borde de la cama. Me fijo en su brazo izquierdo, el que hace unas horas usaba para aferrarse a mi muslo. No deja de resultarme chocante que toda esa piel que tan bien conocía ahora esté cubierta de tinta y dibujos. Siento la tentación de recorrerlos con el dedo, pero me limito a señalarlos y seguir el camino de la tinta con el dedo en el aire. Entonces Axel levanta ligeramente el brazo hasta que nuestras pieles se juntan. Levanto la vista.

—Puedes tocar, los tatuajes tampoco muerden.

No debería, pero acaricio su piel. Paso los dedos junto a las letras L I A.

—¿Lia?

—Es mi sobrina.

—¡Anda! No tenía ni idea. Mi madre no me cuenta gran cosa de tu hermana.

—Ya ves. Casada y con una cría. Tres años tiene ya.

Pienso en decirle lo de Bruno, pero me contengo. No viene a cuento que le hable de un bebé en camino que realmente no va a ser mi hijo. Y yo debería acostumbrarme a ello, porque como empiece a hablar del tema, voy a terminar creyendo que soy su padre de verdad y ese no es el trato al que habíamos llegado. Y no me puedo permitir la temeridad de cambiar de idea.

—Ah, claro. Lemar y Olivia —le digo, cuando me doy cuenta de que el nombre de la niña está formado con las letras de los nombres de sus padres—. Lia.

—Exacto.

Entonces Axel se pone serio y se re coloca de tal forma que ya no rozo sus tatuajes, pero lo tengo frente a mí.

—¿Y dices que tu madre no te ha contado nada de mi hermana?

—La verdad es que no.

—¿Y lo de Eddy?

No entiendo muy bien la pregunta. Sé que Eddy dejó tirada a mi madre, tal y como ocurrió con mi padre (por suerte), pero no entiendo qué relación tiene eso con la hermana de Axel.

—¿Qué tiene que ver Olivia en eso?

Axel se levanta, resopla y se rasca la nariz de forma incómoda. Después me mira, apoyándose en el espejo del armario.

—Eddy no ha vuelto, ¿no? —me pregunta—. No está con tu madre ni nada de eso...

—No, claro que no. ¿Por qué?

—Milo, lo siento porque es tu tío, pero Eddy era tan capullo como tu padre.

—Permíteme que lo dude —le digo, restándole importancia a sus palabras. Eddy era un capullo, sí. Y seguramente lo sigue siendo. Pero no hizo nada tan terrible como lo que nos hizo mi padre en su día.

—No sé por qué no te lo ha dicho tu madre, pero Eddy acosaba a mi hermana.

No sé qué responder a eso. Siempre percibí que Olivia era un poco reacia a relacionarse con él, pero dí por hecho que era una cuestión de afinidad.

—Eddy estuvo varios años flirteando con ella, haciéndole comentarios guarros. Ya sabes. Hasta que mi hermana se hartó y le plantó cara. Y él respondió abalanzándose sobre su cuello y susurrándole que si no tenía la boquita cerrada, no iba a poder dormir ninguna noche, porque quizás alguna él se colaría en la casa y se la follaría con todos dentro.

No reacciono. No puede ser. O sea, sí que puede ser. El apellido Fisher está manchado por la decadencia personal, pero es como si me estuvieran contando el argumento de una mala película de sobremesa.

—¿Y mi madre lo sabe?

—Claro, tío. ¿Por qué te crees que lo echó de allí? Mi hermana no es una mosquita muerta que puedan manipular. Ese mismo día habló con mis padres y luego los tres hablaron con tu madre.

—Por eso tu hermana ya no pasaba los veranos en casa... —afirmo, sin esperar respuesta—. Estaría asustada.

—Lo que estaba era hasta las narices. Yo cuando me enteré casi me vuelvo loco, joder. Si yo hubiera estado allí eso no habría pasado. Mi hermana pasó unos cuantos veranos horribles porque yo no era capaz de regresar a casa y encontrarme cont... Y ver a mi familia y eso. No puedo explicarlo.

—¿Ibas a decir conmigo?

No sé por qué he preguntado eso. No quiero saberlo. Axel murmura «es complicado» y se asoma a la ventana. La lluvia sigue repiqueteando los cristales. Él abre una rendija para que entre el aire, coge un cigarro de la caja que hay junto a la ventana y se lo lleva a los labios. Prende el encendedor y mira fijamente la llama. Después lo apaga y deja caer el cigarro en el alféizar de la ventana. La cierra.

Debería callarme. Debería poner punto y final a este paréntesis en mi vida e irme. Debería olvidarme de estos dos días que no han existido. Y, sobre todo, debería dejar de abrir la puerta del pasado, porque los sentimientos son escurridizos y se cuelan con facilidad a través del tiempo.

Pero no lo hago. Hago justo lo contrario.

—Axel, tú me dejaste allí. No fui yo el que fingió que no había pasado nada y desapareció. Si a caso, debería haber sido yo el que no pudiera regresar a casa. Pero lo hice. Año tras año.

Verano tras verano. Y tú nunca estabas allí.

—Estaba más de lo que piensas.

—No, no estabas —me quejo, me pongo en pie, me cerco a él—. Porque, de haber estado, me habrías visto sufrir. Me habrías visto desear con fuerzas e ilusamente que quizás ese año decidirías volver a casa. Hasta que entonces un día decidí que no iba a esperarte más. Me cansé de pensar que quizás el tiempo arreglaría las cosas.

—Hiciste bien, Milo. No te convengo.

Permanezco en silencio.

—No te convenía, quiero decir. No podía darte lo que tú mereces.

—¿Qué sabrás tú lo que yo merezco, Axel?

Aparta la vista de la ventana y se gira para mirarme.

—Todo. Y un poco más.

—Estás equivocado —le digo. Extiendo mis brazos, mostrándome vulnerable—. Yo sólo soy esto que ves. No soy tan importante.

—Da igual, Milo. Esta conversación no tiene sentido.

—¿Y qué lo tiene? Mira tu vida, mira la mía. Estamos dónde estamos y somos lo que somos y eso es lo único que importa. Las cosas no tienen sentido más allá de los que las experimentan.

Axel se sienta en la cama y se deja caer boca arriba. Yo me levanto y observo la lluvia al otro lado de la ventana. La abro, extendiendo el brazo hacia afuera y dejo que moje mi mano. Después la introduzco de nuevo en el interior y cierro la ventana.

—¿Ves? Ya ni siquiera me produce nada —le digo. Después me acerco y restriego mi mano mojada por su cara—. ¿Tiene sentido que cuando era pequeño me diera miedo la lluvia? Ahora no lo tiene, antes quizás sí. El sentido de las cosas es efímero y circunstancial.

—Joder, Milo, ¿dónde has aprendido a hablar así?

Sonríó y me dejo caer a su lado boca abajo. Me apoyo en los brazos y, por primera vez en lo que parecen mil vidas, nuestras caras están a un palmo de distancia. Puedo oler su cuerpo, escuchar su respiración y ver los latidos de su corazón bombeando en el cuello. Entonces Axel gira la cabeza y me mira. Nos miramos. Veo al chico de dieciséis años, y al de veintiuno, y al hombre de veintiocho. Todos en uno. Diferentes personas en una sola mirada. Se acerca y me da un beso en los labios. Debería apartarme, pero no lo hago.

—Lo siento —me dice—. Vete, por favor.

—No quiero irme —le digo, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Por favor —insiste. Yo niego con la cabeza—. Si no te vas ahora, vamos a cometer un error de los grandes.

—El único gran error que hemos cometido fue pensar que teníamos elección.

Me acerco a su cara y esta vez soy yo el que lo besa. Me giro sobre él y siento sus manos en mi cuello y mi espalda, recorriendo cada vértebra, cara terminación nerviosa, cada poro de la piel. Acaricio sus brazos hasta los hombros, bajo por su cuello y me detengo sobre su pecho. Introduzco las manos por debajo de la camiseta y recorro su cuerpo con la yema de mis dedos hasta dar con su cicatriz. La acaricio de principio a fin y saco la mano por el cuello de su camiseta. Él se incorpora conmigo encima y se quita la camiseta, descubriendo incluso más tatuajes, aunque no tantos como en sus brazos. Yo hago lo mismo y volvemos a caer sobre la cama.

Cuerpo con cuerpo, pecho con pecho, piel con piel, tatuajes con nada. Su boca recorre mis labios, mi mandíbula, mi oreja y baja por mi cuello. Y esto es increíble porque me siento un adolescente pero al tacto somos dos adultos. Me acaricia una y otra vez, me desgasta la piel, me

tensiona y me relaja, me da todo lo que es suyo y yo le doy todo lo que es mío. Introduce su mano en mis pantalones y creo que no había estado tan excitado en mi vida. Podría morir ahora mismo y habría valido la pena. Le quito los vaqueros y apagamos la luz de la lámpara.

Nos probamos en la oscuridad y nos entregamos el uno al otro como si fuéramos los únicos habitantes del planeta. No es sexo, es otra cosa. Es conexión, es química, es el destino que sabe a qué está jugando. Es lo efímero de la existencia y lo eterno de la historia. Es algo que no puede borrarse ni olvidarse y que sólo conocemos nosotros. Es acierto y es contradicción. Es un grito en mitad de la oscuridad y jadeos y músculos y carne y fuego que arde pero no quema. Es orgasmo y es real.

Axel me abraza, me besa el cuello y nos quedamos boca arriba respirando a trompicones. El pasado y el presente se han unido y ahora sólo existe esto. Me río y él me imita. Hablamos de la lluvia y del olor a tierra mojada, del sudor y las caricias, de la música, del viento, de las almendras amargas que saben a ansiolítico, de la historia de cada uno de sus tatuajes, del olor de las toallas en los hoteles.

La oscuridad nos envuelve y el peso de la realidad comienza a descender sobre la cama en la que estamos tumbados. Él se pone en pie, se pone los calzoncillos y rebusca entre los cajones de la habitación. Yo me giro hacia él y lo observo caminar. Su silueta pálida cubierta de dibujos se refleja en el espejo del armario mientras se mete en el baño. Entonces lo veo, abre uno de esos papeles que le había visto recoger antes, le da unos golpes contra el lavabo y se lo acerca a la nariz. Me parece escuchar el ruido que hace el velcro cuando lo arrancas de golpe. Sé lo que ha hecho y me giro hacia el lado opuesto de la cama porque no quiero que sepa que lo he visto. Y me acuerdo de Pablo.

Miro mi teléfono y no tengo mensajes ni llamadas. Axel vuelve a la cama y yo me levanto. Me pongo la ropa interior, los pantalones y la camiseta. Me siento en la cama y respiro hondo. No quiero pensar. No estoy preparado para hacerlo y afrontar las consecuencias de esta última hora juntos. Todavía estoy a tiempo de cerrar este paréntesis que no existe. Es un recuerdo del pasado. Es eso, sólo un recuerdo. No es real.

Pero Axel sujeta mi mano y miro hacia atrás.

—Quédate, por favor.

—Sabes que no puedo —le digo.

—Todavía está lloviendo —me dice, sin mirar hacia el exterior.

Un par de horas después, abro los ojos y escucho la respiración de Axel, que duerme profundamente. No dejo de pensar en lo que vi en el espejo, en cómo encaja eso en todo lo demás que la emoción y el brillo del espectáculo no me permitía ver. Me levanto con cuidado de la cama, me calzo las botas y me pongo la chaqueta. Busco una hoja de papel, de esas que tienen siempre los hoteles, y un bolígrafo. Le escribo una nota y se la dejo sobre la almohada.

AXEL

Todo ha perdido sentido otra vez. Ese sentido del que hablaba Milo, el que decía que no importaba porque las cosas sólo tienen sentido cuando se lo damos las personas, no por sí mismas. Y yo ahora mismo soy incapaz de darle sentido a nada. Porque la historia se repite y ahora es Milo el que ha desaparecido. Y ha borrado la llamada entrante que hice desde su teléfono, por lo que no tengo forma de contactar con él. Tampoco sé si lo habría hecho de haber tenido la oportunidad, pero es la imposibilidad lo que me mata, joder. Todo es demasiado definitivo.

Llevo una hora bebiendo con todo el equipo. Fiesta de fin de gira. Una hora perdido, mentalmente abstraído. El puto Milo Fisher me la ha devuelto y me lo merezco. Por capullo y por insensato. Por haberle hecho esto mismo hace siete años. No esperaba que ocurriera, la verdad, pero me lo merezco.

Tal vez una parte de mí pensaba que lo de anoche era el comienzo de algo nuevo, que había sido distinto. Un resplandor del pasado. Será imbécil. Joder. Me odio por decir eso, porque no lo pienso. Es mi propia vergüenza la que habla por mí. Él al menos ha sido honesto y me ha dejado las cosas claras con una nota. Algo es algo. Yo desaparecí sin dejar ni rastro, sin explicaciones, sin posibilidades.

Me voy al baño y me meto media con David. Después deambulo por el local fingiendo malamente que me lo paso bien. Desearía estar en cualquier otro lugar menos aquí. Mejor dicho: hoy no quiero estar en ningún lugar que no sea junto a él. No entiendo por qué me comporto así. Sólo es un tío. Uno más. Uno de miles. Uno de millones. Puedo tener a otros. Puedo conocer a alguien, más que a Milo, ser feliz. Y sin embargo no consigo creérmelo, porque en el fondo siento que no hay nadie en el mundo con el que sea capaz de tener una conexión como la que tenemos él y yo.

Lo de anoche fue brutal. Fue algo de otro mundo. No podría explicarlo ni usando todas las palabras del diccionario. Hay cosas que no se entienden si no se sienten. E incluso tras sentirlas es complicado entenderlas del todo. Lo peor de todo es que sé que esto es lo correcto. Su huida, que en realidad no es tal; sólo ha vuelto al lugar en el que estaba antes de que nuestros caminos de cruzaran por accidente. Milo no se merece todo esto que me rodea, toda esta locura, este ritmo de vida. No se merece alguien como yo, que vive deprisa y sin mirar atrás porque el peso del pasado es demasiado intenso.

¿Qué pasado? En realidad no lo sé ni yo. El pasado del que huyo es precisamente el presente que me atormenta: Milo Fisher. No ser suficiente para él, no querer contaminar su vida con toda mi mierda, no sentirme virtuoso para merecer que me quiera. Mi pasado me persigue, mi presente me atormenta y mi futuro me inquieta. Porque no soy del tipo suicida, pero esta vida nadie querría vivirla. Esta vida, mi vida. Nadie en el mundo desearía pensar como yo, sentir como yo, ser yo. Todo en mí es falso, excepto lo que queda de él recorriendo mi cuerpo.

Abro el puño y desenvuelvo el trozo de papel. Los pliegues están desgastados de tanto que lo he leído en las últimas horas. Es lo último que he sabido de Milo y, probablemente, lo último que sabré en mucho tiempo. Porque esta historia me suena y sé cómo continúa. Siempre acaba igual.

No voy a decir que esto haya sido un error, porque creo que nos lo debíamos. Pero esta no es mi vida, es la tuya. Me ha cegado el resplandor de un pasado que creía haber olvidado y ahora toca abrir los ojos y volver a la realidad del presente. Por favor, cuídate. En el mundo no sobran los Axel Foster.

Milo.

Pd.: La culpa de lo que ha pasado ha sido mía. No pases los próximos siete años sintiéndote culpable.

Todos soñamos con algo y yo me siento vacío, porque me doy cuenta de que mi sueño no era ser músico, ni famoso (no lo soy), ni tener dinero (no tengo tanto), ni follar como un loco (siguiente), ni tocar en el puto Madison Square Garden. Porque ya lo he hecho. Dos veces. Y no he sentido nada más allá de ganas de que termine para estar con él. Y me da la sensación de que quizás lo que más he deseado en el mundo, por encima de todas las cosas, era querer a Milo y que Milo me quiera. Por lo que el golpe de realidad es todavía peor cuando soy consciente de que llevo media vida huyendo de mi sueño y ahora que lo he tenido por fuera y por dentro, entre mis brazos, mis piernas y mis sentidos, he permitido que se escapara una vez más porque no he tenido el puto valor de decirle algo tan simple como: elígeme a mí, quédate conmigo esta noche y todas las demás.

Mas no puedo, no puedo, no puedo, joder. No podía hacerle eso. He sido un mierda, pero he hecho lo correcto, aunque fuese por culpa del miedo. Porque Milo debe olvidarse de mí y yo debo olvidarme de él. Milo está hecho para alguien mejor, alguien con los pies en el suelo. Y es eso mismo lo que me recuerda algo. Salgo al exterior del local, enciendo un cigarro y busco entre mis contactos del teléfono. Llamo.

—¿Quién es? —pregunta al otro lado de la línea.

—¿Hudson? —pregunto—. La persona, no el río.

—Ese mismo, ¿quién eres?

—Soy Axel.

—¿Quién?

—Axel. Me diste tu teléfono por si quería hablar.

—¿El de la otra noche? —El tono de voz le cambia, más animado—. ¿El guitarrista? Joder, si no eres tú estoy quedando fatal, lo siento.

—No te preocupes, soy yo.

—No esperaba recibir tu llamada. De hecho no te he visto conectado.

—Sí, lo sé. He estado ocupado.

—Alex, no te oigo bien —me dice—. ¿Estás en la calle o algo?

Camino alejándome de la puerta del local y me cobijo en un callejón.

—Es Axel.

—¿Cómo?

—¡Axel! —le grito, y mi voz resuena entre las paredes. Alguien me manda a callar desde una ventana.

—¡Ah, vale! Perdona, Arsel.

—Ahora lo estás haciendo adrede.

—Culpable.

Hablo con Hudson durante un rato y le cuento lo que ha pasado. No sé muy bien por qué. Creo que necesito desahogarme para no cargar con esto yo solo. Y, claro, el no ve la situación tan dramática, porque nadie está enfermo, ni se ha muerto un familiar, ni me tienen que amputar una pierna. Y tiene razón, pero no es suficiente, porque él no conoce a Milo, ni me conoce a mí, ni sabe que lo nuestro va mucho más allá del tiempo y la atracción. Termino igual de frustrado y le digo que ya hablaremos en otro momento antes de colgar.

Siento como si nada sirviera y quizás el problema es que estoy intentando solucionar mi estado en sólo una noche y la vida, por muy rápido que transcurra, no funciona así. Sin embargo, yo necesito algo instantáneo. Necesito soltar lastre, olvidarme de él y de mí, dejar de ser quién soy, frenar el dolor y ahogar la pena. Al menos por esta noche. Saco un paquetito del bolsillo, meto el dedo en el interior y me lo llevo a la nariz. Y otra vez, y otra, y otra más. Absorbo los restos, me sacudo la nariz, me limpio las lágrimas y vuelvo al local donde se celebra la fiesta.

Camino entre la gente, me reúno con los otros músicos que están en la barra y nos echamos dos rondas de chupitos. Suena música de todo tipo menos (gracias, joder) la de Taylor Swift. Las caras cada vez se vuelven más borrosas y yo me voy sintiendo mejor. Voy al baño, meo, me lavo las manos, me echo otro tiro sobre el lavabo, me limpio, me miro en el espejo, me doy asco. Vuelvo a la barra y le tiro una copa encima a Mindy sin querer. Nos reímos. Le pido otra y me disculpo. Bailo entre mis compañeros de equipo: buenos amigos y personas con las que nunca he hablado. Echo la cabeza hacia atrás y doy vueltas al ritmo de *When Them Girls At*. Vuelvo al baño y, sin saber muy bien cómo ni por qué, uno de los camareros tira de mi brazo y lo sigo. Pienso que me va a expulsar del local y no sé qué es lo que he hecho, pero terminamos dentro del almacén. Él sentado en el congelador del hielo y yo metiéndole la lengua hasta la garganta. Mete su mano dentro de mi pantalón y me desabrocha los botones de un tirón. Ahora está en el suelo y yo apoyo las manos sobre el congelador. Éxtasis. Tiro de su cabeza hasta mí y vuelvo a besarlo. Imagino que es Milo y después me doy tanto asco por hacer algo así, que el que me da asco es el camarero. Tengo calor, los pantalones a la altura de los muslos, la cabeza del camarero entre las piernas y siento que puedo echar a volar, pero siento vértigo. Me agacho un poco, saco el paquete de mi bolsillo, meto el dedo me lo llevo a la nariz. El camarero se separa de mi entrepierna y me chupa los restos de coca del dedo. Lo pongo en pie y le doy la vuelta, contra el congelador.

—Aquí no —me dice.

Sin saber cómo, estamos en un taxi. Mierda. Miro hacia abajo y tengo los vaqueros abrochados. Creo que no he salido de la fiesta enseñándole la polla a todo el equipo. Nos besamos, nos metemos mano por encima de la ropa. Yo intento meter mi mano en sus calzoncillos, pero él se ríe y me lo impide. Subimos en un ascensor y no sé cómo he llegado hasta aquí. La puerta de mi habitación se abre con la tarjeta que tengo en la mano y caemos en la cama. Aprieto las nalgas del camarero con fuerza mientras le miro a los ojos y al ombligo. Siento arcadas. Estoy tirado en el suelo y me río, no sé de qué. El camarero me pregunta si quiero *popper* y la música de mi portátil suena a todo volumen. Recorro su espalda y veo constelaciones entre sus lunares. Le doy una nalgada y gime. Me derrumbo sobre su cuerpo y con cada embestida siento que pierdo un poco más de vida. Me da igual, no la necesito. No sé darle buen uso. Danza sobre mis muslos una y otra vez. Estiro la mano y cojo un papel doblado que hay en la mesilla de noche. No sé cómo ha llegado ahí. Asomo la nariz dentro y esnifo. Lo tiro al suelo y el polvo blanco se esparce por la moqueta. Veo los coches a través de la ventana y sujeto la cabeza del camarero con fuerza. Se queja pero me pide que no pare. Le doy la vuelta y chocan nuestras durezas. Le como la boca sin

control mientras le meto mano y todo vuelve a darme vueltas, pero esta vez sí que es la habitación.

Su cara está en el suelo y sus pies en el techo. Le veo las pelotas y me doy cuenta de que no es él el que se ha dado la vuelta, sino que estoy tirado en el suelo.

No puedo respirar y veo el pánico reflejado en su cara.

El camarero está vestido y veo sus piernas correr por la habitación. Se abre la puerta, veo la luz del pasillo, se cierra. Estoy solo y no sé qué está pasando.

No puedo moverme y me pesa el pecho. Me doy la vuelta a duras penas y no sé cómo lo hago pero estoy sobre la cama. Cojo mi teléfono y le doy al botón verde varias veces.

Camino por la habitación.

Una voz me está hablando, creo que viene desde mi teléfono, pero no sé donde está.

Voy al baño y abro el grifo, me lleno las manos de agua y me lavo la cara. Sólo veo sangre. Vuelvo a llenarme las manos de agua, pero es roja. Levanto la vista y todo lo que veo es rojo.

Estoy en el suelo y el ventilador del respiradero del baño da vueltas. No sé qué está pasando.

—Milo.

La luz se apaga y no veo nada.

♥ Febrero de 2020

“Y es que siento como si toda mi vida me hubiera estado conduciendo a este preciso momento”
La Bien Querida

MILO

Estamos en febrero pero no siento el frío. De hecho, ahora mismo no siento nada. O siento tantas cosas a la vez que se anulan unas a otras. Ni siquiera he sido capaz de llorar. Me acerco hasta el atril, miro hacia abajo y comienzo a leer lo que escribí anoche en el avión:

—Te pido perdón por haber llegado tarde. Sé que debería haber venido antes pero no pensé que las cosas fueran a cambiar tanto y tan rápido, de forma tan fulminante. No quería que nuestro próximo encuentro fuera de esta forma y supongo que hay cosas que no podemos controlar. La vida hace con nosotros lo que le da la gana y no avisa para que estemos listos. —Levanto la mirada y me incomoda que tanta gente desconocida me esté observando, pendiente de mis palabras—. Ni siquiera sé si últimamente eras feliz, si echabas en falta algo, si no cumpliste tus sueños. Podría decir que siempre estuve ahí y que no me arrepiento de nada, pero sería mentira. Ambos sabemos que no estuve ahí, que me fui y te abandoné a tu suerte; que elegí vivir mi vida a mi ritmo, en mi propio espacio, lejos de ti para conseguir encontrarme y crecer. Quizás tenía razón, o a lo mejor no. Eso ya nunca lo sabremos y es lo que me mata por dentro. Se han agotado todas las oportunidades que teníamos.

Nunca me han gustado los cementerios porque me obligan a enfrentarme a la cruda realidad de la muerte. La ajena y la propia. Si hay algo que me dé más miedo que perder a alguien es saber que algún día me perderé yo. Me estremece este lugar. De hecho, he tenido que tomarme un ansiolítico esta mañana porque no podía soportar la idea de enfrentarme a algo así. Cuando era pequeño, mi padre me decía con frecuencia que era un blandengue, pero hoy todavía no he llorado. Y no lo digo como algo meritorio, todo lo contrario. Estoy bloqueado y no soy yo mismo. Continúo leyendo, porque si tuviera que improvisar algo creo que me quedaría aquí de pie en silencio. Tengo todas las facultades anuladas.

—Me cuesta aceptar que ya no estás, que te has ido para siempre, que ya formas parte del pasado y es a él al que tendré que referirme cuando quiera verte y escucharte y olerle y sentirte. Ya no tendremos nuevos recuerdos, sólo los mismos repitiéndose una y otra vez hasta quedar tan desgastados que no se parecerán a lo que un día fueron. Te he pedido perdón pero sé que no sirve de nada. No creo en las disculpas que llegan en tiempo de descuento, y me siendo un hipócrita por haberlo hecho. El perdón debería ser una herramienta para limpiar el daño y empezar de cero. Sin embargo, ya no hay opción de hacer borrón y cuenta nueva. Te has ido y me has dejado. Aunque, siendo honestos, la realidad es que yo te dejé primero. Más de una vez. Te dejé cada vez que no te

dije que te quiero. Te dejé todas las veces que ignoré tus palabras. Te dejé cada verano después de pasar como una exhalación fingiendo que aquí las cosas no eran de verdad.

Me aferro con fuerza al atril con las dos manos, porque siento que no puedo continuar. Los efectos de la pastilla no duran tanto como esperaba y puedo sentir cómo la química que me mantiene en pie va mermando poco a poco, haciendo que mis verdaderos sentimientos salgan a la superficie. Y es insoportable.

—Por eso me duele tanto no haber tenido la oportunidad de abrazarte una última vez, de besarte, de respirarte, de llenar mi cabeza de nuevos recuerdos, de conocer en quién te habías convertido en mi ausencia, de volver a ser parte de tu vida y no sólo de tus pensamientos. Y claro que te voy a echar de menos, porque haber sido egoísta y haber mirado por mis intereses no significa que sea un monstruo. Simplemente tomé decisiones que podrían haber sido diferentes. Pero ya no hay nada que hacer. Te querré siempre, eso sí lo sabes. O al menos eso espero.

Bajo del atril y dejo caer una rosa blanca sobre el ataúd. Vanessa se aferra a mi brazo y con el otro acaricio el pelo de Bruno. El féretro desciende lentamente y sigo sin ser capaz de asimilar que ya no exista en mi vida. Por dentro estoy roto, ahogado en mi llanto, y por fuera soy como una figura de cera inerte que no siente ni padece.

Comienzan a llenar el foso y, poco a poco, la madera desaparece, las flores se inundadas por la tierra y algo se parte dentro de mí cuando pensaba que no sería capaz de sentir nada. Comienzo a llorar desconsoladamente y hundo la cara en el hombro de Vanessa. Aprieto a mi hijo con fuerza hacia mí y pido con todas mis fuerzas ser capaz de sobrevivir a esto. Porque ahora mismo sólo veo oscuridad.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta Vanessa. Yo niego con la cabeza.

—Llévame a casa, por favor.

Nos subimos en el coche y atravesamos Olive Branch hasta llegar a la autovía. Diez minutos después, llegamos a Shea Terrace y entramos en casa. No puedo con el dolor, porque todo lo que veo reaviva recuerdos y sensaciones y remordimientos y culpa. Vanessa va hasta la cocina y sirve algunos vasos de agua. Me tomo otro ansiolítico y apuro mi vaso de agua hasta dejarlo vacío. Bruno sube las escaleras corriendo hasta llegar a lo que, en otra vida pasada, fue mi habitación. Yo camino hasta el sofá y me desplomo. Vuelvo a llorar de nuevo intensamente y, al menos, me reconforta saber que no estoy muerto por dentro y todavía puedo sentir cosas como una persona normal.

Todo me parece tan irreal que hasta dudo de mis propias lágrimas. Es como si en cualquier momento fuese a despertar de un sueño absurdo y sinsentido. La sensación de irrealidad me envuelve desde ayer y la ansiedad me come tan ferozmente que ni las pastillas pueden eliminar esta sensación de angustia.

Poco después, estoy casi dormido cuando llaman a la puerta. Sé que no será quien me gustaría que fuese, porque la vida es cruel y ha jugado sus cartas de mala manera, de forma despiadada. Bruno baja corriendo las escaleras y abre la puerta. Oigo su voz, miro hacia atrás y no pudo evitar romper a llorar otra vez.

Axel Foster se acerca y, sin decir nada, se sienta a mi lado en el sofá y me abraza. Mojo su jersey con mis lágrimas y me disculpo. No le importa. Se queda aquí, abrazándome, acariciándome la espalda, dejado que me desahogue. Lloro sin querer contenerlo pese a las circunstancias, no puedo evitar sumergirme en su olor y en sus brazos. Extrañamente, por primera

vez en todo el día siento que estoy en casa.

—Lo siento mucho —me dice.

Me separo de él y me seco las lágrimas con un pañuelo de papel.

—Gracias —le respondo con un hilo de voz. Desde que dejamos el cementerio soy incapaz de hablar en un tono de voz normal porque siento como si el esfuerzo de hablar me rompiera por dentro—. Y gracias por llamarme.

—Me habría gustado haber podido hablar contigo en otras circunstancias, pero no podía dejar que otra persona hiciera esa llamada.

—Lo sé. No pasa nada, gracias.

Me dejo caer sobre su hombro y su brazo me rodea por detrás.

—Perdona por no haber ido al entierro, Milo —me dice—. Lia es muy aprensiva y alguien tenía que quedarse con ella en casa. Ya sabes que mis padres estaban mucho más unidos a tu madre que yo.

—No te preocupes.

Bruno se acerca hasta nosotros y nos ve abrazados. Me llama «papá» y pregunta quién es Axel.

—Es... —No sé cómo definirlo en este momento.

—Soy un amigo de tu padre.

—¿Y tú vives aquí donde la abu? —le pregunta Bruno.

—No le hagas caso —le digo—. Está en esa edad en la que lo comenta todo si filtro y hacer demasiadas preguntas.

Axel hace un gesto para que me despreocupe y se dirige a Bruno. Es su cara, es su cuerpo y es su voz, pero hay algo en él que es completamente diferente. No veo al Axel de aquel hotel de Nueva York por ninguna parte. Soy incapaz de imaginármelo subido encima de un escenario tocando *Lover* con Taylor Swift.

—¿Cuántos años tienes, Bruno? —le pregunta. Bruno le enseña los dedos de las dos manos con uno encogido.

—Nueve. Fue mi cumpleaños y a mamá se le cayó la tarta al suelo —le dice con los ojos muy abiertos. Lleva dos semanas recordando esa anécdota a todas horas.

—¿En serio? —le pregunta Axel en ese tono de voz en el que a veces hablamos a los niños, como si fueran tontos. No le culpo. Yo lo hago a veces—. Qué pena, ¿no?

Bruno niega con la cabeza y se ríe.

—No, fue divertido. Hicimos una guerra de tarta y mamá me llenó la cara de nata.

—Se refiere a Emily —le susurro a Axel—, la mujer de Vanessa.

Él me mira y es como si su cara comprendiera de golpe la situación. No puedo leer su mente, pero su media sonrisa parece decirme que estaba bastante confundido con la existencia de Bruno y ahora ha salido de dudas.

—Pues tú padre y yo éramos vecinos, ¿sabes? —le dice Axel a Bruno—. Pero de eso hace mucho tiempo.

—¿Vives aquí? —pregunta Bruno. Axel asiente—. Nosotros vivimos en Nueva York —le dice, presumiendo. Axel se ríe. Yo vivo en un mundo extraño en el que no puedo dejar de sollozar y al mismo tiempo me fascina que mi hijo, el tímido e introvertido (de tal palo, tal astilla), esté teniendo una conversación con Axel.

—¿Ah, sí? Yo antes vivía en Los Ángeles y era una estrella del rock.

Bruno abre los ojos como platos y me mira, como preguntando si es verdad. Yo entorno los ojos y niego con la cabeza.

—Bueno, tampoco te vengas arriba. Tocabas para Taylor Swift.

—¿Tay-lor Swift? —pregunta Bruno, enfatizando cada sílaba.

—¿Sabe quién es la jefa? —me pregunta Axel.

—Mi hijo tiene la cultura musical de un veinteañero.

Bruno sale corriendo en dirección a la cocina, gritándole a su madre que Axel tocaba para Taylor Swift, y yo bendigo la inocencia infantil que no es consciente de lo que significa realmente esto de morirse, el funeral, el luto. Apenas he hablado con Axel, así que le pido que me distraiga y me cuenta que lleva cinco años viviendo de nuevo en Virginia, en una casa de Ghent Square, al otro lado del río.

—Técnicamente, no has vuelto a Portsmouth entonces —le digo.

—No, pero ahora trabajo en tu viejo instituto, así que oficialmente sigo pasando la mitad del tiempo por aquí.

Ayer recibí su llamada, durante la presentación de la última novela de Pablo Speer. Por suerte, Vanessa estaba conmigo porque veníamos de una reunión escolar y pasamos por la librería a desearle suerte a Pablo. Mi mundo se vino abajo cuando el mismísimo Axel Foster reaparecía después de más de ocho años para decirme que mi madre había tenido un ictus y no lo había superado. Entré en estado de *shock*. Negación completa. Cogimos algo de ropa y a Bruno y nos fuimos directos al aeropuerto en el primer vuelo disponible. Emily insistió en que un funeral no era un buen sitio para un niño como Bruno (para ninguno en general), pero fue Vanessa la que insistió en que el niño debía estar aquí. Tienen una dinámica completamente genial como pareja y para criar a Bruno, pero hay momentos comprometidos (como este) en los que se hace evidente que Bruno ya existía antes de que ellas se conocieran y, aunque estén casadas y Bruno no aprecie la diferencia entre quién es su madre biológica y quién no, la opinión de Vanessa siempre prevalecerá sobre la de Emily. Y sobre la mía, por supuesto.

No salí de mi estado de negación hasta que llegamos al hospital y comprobamos que no era una macabra broma. Mi madre había muerto con sesenta años y hoy en día eso es muy injusto, porque le podrían haber quedado dos o tres décadas más por delante. Y desde entonces no soy persona, porque no dejo de culparme por no haber estado aquí, por haberme centrado tanto en mi vida, mi carrera y mi hijo que ni siquiera volvía a casa por Navidad. Después de todo, Vanessa se había acostumbrado a pasar las fiestas con sus padres los primeros años de Bruno. Cuando cambié de idea y le dije que quería ejercer de padre, no me sentía con derecho a quitarle eso, a dejar que sus abuelos no vieran a su nieto cada Navidad y casi todos los veranos. El único pequeño rayo de tranquilidad que ilumina mi conciencia es que mi madre sí pudo conocer a su nieto cuando pasamos aquí, en Portsmouth, el tercer cumpleaños de Bruno y buena parte de ese mismo verano.

Vuelven a llamar a la puerta. Vanessa se acerca a abrir y una señora cuya cara me resulta familiar entra en la casa que ahora se supone que es mía pero yo siento como si fuera de nadie.

—Hola, Bertha —dice Axel.

—¿Bertha? —pregunto—. ¿Bertha Anderson?

Me levanto y voy hasta la puerta a recibirla. Y es entonces cuando me doy cuenta de que la foto que hay en la pared de la entrada, aquella en la que una vez estuvo mi padre y después mi tío, muestra a mi madre y a Bertha juntas, jugando al bingo en un local del pueblo.

—Sólo éramos amigas, ¿eh? —me dice Bertha, que se ha fijado en que no le quito ojo de encima a la foto—. Lo digo porque este marco de fotos ha visto pasar a mucha gente.

Le doy un abrazo y me dice que estoy enorme. Aunque creo que se refiere más a la edad que al

tamaño, porque sigo siendo menudo. Me dan ganas de llorar porque me doy cuenta de que echo de menos cosas que de pequeño echaba de más.

—Ay, Milo...

Bertha me mira. Sabe que no hay nada que pueda decir ahora que vaya a cambiar las cosas.

—¿Era feliz? —No sé cómo ha salido esa pregunta de mi boca. No sé si quiero saber la respuesta.

—Mucho, Milo. Mucho —me responde Bertha—. Sé que ya casi no por aquí. Lo sé sobre todo porque yo pasaba casi todo el tiempo con ella. Pero no te preocupes porque tu madre estaba contenta. ¡Había renunciado a los hombres! —exclama, con un humor que, aunque parezca contradictorio, se agradece en estas circunstancias—. Pero no en plan... —Hace un gesto de tijeras con las manos y Bruno pregunta qué significa eso. Lo mando a mi habitación. Nos reímos, pero dura poco—. Ven aquí, anda.

La señora Anderson me da otro abrazo y, aunque hacía mil años que no la veía, me siento todavía un poco más en casa. Supongo que un hogar no son cuatro paredes y un techo, sino las personas que hay dentro.

—¡Eramos las viudas de Portsmouth! Y ahora...

Su mirada lo dice todo y no hace falta que exprese lo sola que estará a partir de ahora. Mi madre ha fallecido, pero Bertha Anderson ha perdido a la única persona que ha estado siempre en su vida, su familia. Y yo estaba tan lejos y ausente que ni siquiera sabía que la repelente y cotilla Bertha Anderson de mi infancia se convertiría en mi vía de escape para redimir mis malas decisiones. Mi madre no estaba sola. Nunca lo estuvo. No la abandoné a su suerte, sino que la dejé, sin saberlo, en las mejores manos posibles. Y estaré eternamente agradecido a esta mujer.

Dos horas después, tras comer algo y despedir a los vecinos que se han acercado a mostrar sus respetos. Bruno duerme la siesta en el regazo de Vanessa mientras Axel y yo hablamos en la cocina. Él repara en una estantería de libros que hay en la pared que lleva hasta la escalera y se acerca a ella. Coge uno de los libros.

—*La virtud de los inertes* —dice, leyendo el lomo del libro—. Pablo Speer.

Es uno de los libros de Pablo. De hecho, todos los de la estantería son libros de Pablo. Mi madre los compraba todos. Era su forma de mostrarme que aprobaba mi relación cuando yo aún tenía la decencia de venir a visitarla en verano y durante las fiestas.

—*Uno y uno a veces no son dos*, Pablo Speer —continúa leyendo Axel, mientras desliza el dedo por los libros. Me acerco hasta él y cojo una de las novelas.

—*Siempre no es para siempre* —lee Axel—. Espera, que lo adivino: Pablo Speer.

Levanto la mano de la carátula y muestro su nombre. Abro las primeras páginas y le enseño la dedicatoria que escribió para su nueva editora de entonces.

—El título me lo inventé yo... y ni si quiera me lo dedicó —le digo.

—¿En serio? —me pregunta él, sorprendido—. Vaya novio tienes, tío.

—Tenía —le aclaro. Cojo el último libro de la fila, el octavo. Lo abro por la página de los créditos y le señalo el año de publicación. El 2015—. Mi madre dejó de comprarlos cuando rompimos.

—¿Y qué portadas son tuyas? —El dedo de Axel vuela por encima de los lomos otra vez, esperando mi respuesta.

—Ninguna.

—¿En serio? —Asiento—. Lo siento.

—Está olvidado, Axel —le digo, quitándole importancia. En verdad, no tiene ninguna—. Junto al equipo de música de la sala hay una estantería más grande con todos los discos que he ilustrado o diseñado gracias a ti.

Su cara se ilumina y yo sonrío agradecido, aunque nunca le había dado las gracias de ninguna manera.

—¿En serio? ¿Taylor habló de ti con los directivos? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—Fue Lou.

—¡No! —exclama él, y se lleva las manos a la boca—. Mientes.

—Te lo juro. Supongo que le contaste que ibas a hablar con Taylor de ese tema, ¿no? —Axel asiente—. Pues algo hizo que terminaron llamándome, pero no de Big Machine sino de Universal. Sigo ilustrando libros de vez en cuando, pero gracias a ti trabajo para la discográfica desde hace ya bastante tiempo. Y no solo haciendo libretos y portadas de discos. También creo contenido digital y algún que otro visual para giras y videoclips.

—¡Te lo dije, Miles! —Se da cuenta de su euforia poco apropiada en un día como este y recula—. Perdona. Te lo dije —repita susurrando—. Te dije que tú valías demasiado.

—Y yo te dije que el mundo no anda sobrado de gente como tú. ¿Te has cuidado?

Axel se encoge de hombros.

—Ahora sí —responde con cierta melancolía—, aunque hoy no es el día para hablar de mí —tira de mi brazo suavemente, me lleva hasta el salón y señala a Bruno con una sonrisa en la cara—. Cuéntame su historia, porque los cálculos me cuadran y me asusto. Dime la verdad, Miles. ¿Es mío?

Maldito Alex Foster. No me hagas reír, por favor. Hoy no.

—Hubo un tiempo en el que ni siquiera era mío.

Quiero contarle a Axel la historia de Bruno: cómo Vanessa y yo decidimos cometer la locura más entrañable de nuestras vidas, cómo se gestó, que empecé a sentir el instinto paternal el día antes de que él y yo nos reencontráramos en el Madison Square Garden, cómo se lo conté a Pablo cuando Vanessa estaba casi fuera de cuentas (lo sé, es algo que le debería haber contado antes); cómo vino al mundo hace nueve lejanos años que parece que ocurrieron ayer; cómo yo estuve meses y años luchando contra mi propio instinto porque no quería tomar una decisión errónea una vez más y, sobre todo, cómo Bruno se ha convertido en la verdadera constante (en un mundo de locos donde cada día el mundo parece ser un lugar más oscuro) que me ha mantenido cuerdo y bien encaminado todo este tiempo.

Pero no puedo hacerlo porque presiento algo diferente, me doy la vuelta y miro hacia la entrada de la casa. A través de la ventana que hay junto a la puerta, veo la figura que protagonizaba todas y cada una de mis pesadillas, tanto de día como de noche.

Siento que me fallan las fuerzas. De pronto me tiembla el brazo derecho y es como si mis rodillas fueran a ceder. Me sujeto al brazo de Axel y puedo susurrar un leve «sácalo de aquí, por favor» antes de dejarme caer hacia delante como si me empujara un viento invisible. Pensaba que iba a desmayarme, pero lo que siento es un calor interno que me obliga a abrir la puerta, cerrar el puño, llevar el brazo hacia atrás y proyectarlo contra su mandíbula.

Nunca antes había pegado a nadie y duele más de lo que habría imaginado nunca. Tanto por fuera como por dentro. Es probable que me haya lesionado algún dedo. El hombre que quizás alguna vez fue mi padre se tambalea, da un traspiés y cae hacia atrás. Por un segundo, siento pena

y remordimiento cuando parece que va a rodar escalera abajo (son sólo cuatro escalones pero él pasa ya de los sesenta años). Es como si la parte noble que hay en mí se arrepintiera de lo que acaba de hacer cuando piensa que el daño va a ser mayor de lo esperado. Pero se sujeta a la barandilla del porche y cualquier tipo de arrepentimiento que yo pudiera haber sentido se desvanece.

—Milo, ¿qué está pasando? —pregunta Vanessa a mi espalda.

Me giro y la veo bajo el umbral de la puerta con la cara desencajada. Detrás de ella, al pie de la escalera, Axel lleva a Bruno dormido en brazos y se dirige hacia la planta superior.

—Es Jack —le digo. Y pensaba que eso sería suficiente, pero ella da algunos pasos y se coloca entre ambos.

—Sé cómo te sientes —me dice Vanessa.

—No, no lo sabes —le respondo—. Entra en casa.

—Vale, no lo sé, pero sabes a lo que me refiero. Esto no está bien, Milo.

El viejo (ahora literal) Jack se frota la mandíbula pero no dice nada. Los nudillos de mi mano derecha están enrojecidos y todavía siento el calor. Lo siento tan profundamente que podría acercarme y darle otro guantazo. Vanessa tiene razón: no está bien. Pero me da igual. Tal vez no sea lo correcto, pero es lo que se merece por presentarse aquí precisamente hoy. Es lo que se habría merecido cualquier día que hubiera aparecido por aquí. Sólo tenía que hacer una cosa: no volver.

—Joder —dice Jack, me niego a referirme a ese señor como mi padre—. Al final sí que te has hecho un hombre, Milo. —Se frota la mandíbula una vez más y sonríe de forma descarada. Le faltan algunos dientes, pero eso no ha sido cosa mía, sino del paso del tiempo.

—Márchate —me limito a decirle.

—Tan mal no habré hecho las cosas si te he ayudado a que sacaras *esto* a la luz. —Supongo que se refiere a mi actitud.

—Ni se te ocurra por un instante pensar que puedes haber hecho algo positivo.

—Salta a la vista, hijo...

—Yo no soy tu hijo —le interrumpo. Él sigue hablando como si nada.

—...que gracias a mí te has convertido en un tipo duro, un hombre de bien. Ibas camino de ser un sarasa y mírate, pegando a tu propio padre.

—Señor Fisher —interviene Vanessa—, yo estoy a favor de las buenas formas, pero si sigue por ese camino la que le va a terminar de partir la cara soy yo.

—¿Y tú quién eres, cariño? —le pregunta Jack a Vanessa—. ¿Su mujercita?

Vanessa pone los ojos en blanco y se hace a un lado. Es como si me dijera «adelante, remátalo», pero yo ya me he dado cuenta de que no merece la pena. Pasado el momento de euforia, soy consciente de que ni yo soy tan fuerte ni mi padre es tan viejo como para ser un impedido. Su traspiés se debe a que va considerablemente borracho.

—Ya veo que has vuelto a las andadas —le digo—. Qué sorpresa.

—Se ha muerto mi mujer, ¡tengo derecho a tomarme una!

—Tú nunca has tenido mujer, ni has tenido hijo, ni vas a tenerlos nunca —le digo, casi sin pensar—. Si todavía te queda un mínimo de conciencia, lárgate de aquí.

—Sólo quería decirte que siento lo de tu madre.

—Pues siéntelo en otra parte.

Sujeto a Vanessa por el brazo y tiro de ella hasta entrar en casa. Después, cierro la puerta sin mirar atrás. Estoy temblando. Vanessa se tumba en el sofá, ligeramente agitada. Voy a la cocina y

me sirvo un vaso de agua. Necesito algo más fuerte, pero ahora mismo el alcohol me produce absoluto rechazo. Es como si me estuvieran robando la vida poco a poco por dentro. Axel aparece a mi espalda y me pregunta qué ha pasado.

—Jack es lo que ha pasado.

Axel suspira, me da un abrazo, me pierdo en su espacio y me dejo caer sobre su hombro hasta que me he relajado, durante unos pocos minutos que parecen tan largos como horas. Después, da media vuelta y sale de casa. Estoy tan cansado y agotado mentalmente que no me molesto ni en preguntarle a dónde va. Quiero dejar de pensar.

Subo a mi antigua habitación, veo a Bruno durmiendo y me tumbo en la cama con él. El sol se refleja en el cristal de mi antiguo acuario, que ahora es un terrario lleno de cactus de diferentes tamaños.

Cierro los ojos e imagino que es de noche, la luz azul del acuario ilumina mi habitación y al otro lado de la ventana puedo ver las luces de neon tiñendo de colores la habitación de Axel.

AXEL

Abrazar de nuevo a Milo, después de tanto tiempo, me produce algo inexplicable. Una sensación de que el tiempo no pasa, sólo cambian nuestros cuerpos.

Han pasado más de ocho años desde la última vez que nos vimos y parece que fue ayer cuando nos besábamos de improviso en aquella habitación de hotel. Lo pienso, y me cuesta creer que seamos las mismas personas que iban a explorar por el río y a cruzar autopistas temerariamente. ¿Qué fue de aquellos niños? ¿Somos realmente nosotros? A veces es como si me hubieran implantado los recuerdos de otra persona, porque no concibo la idea de que un día tuve dieciséis años. Otra vez, como ahora, comprendo que sería incapaz de sentir lo que siento cuando lo tengo cerca si no fuera por toda la historia que nos une. Una historia que, sumada, no llenaría las páginas de un solo calendario; pero que tiene mucha más fuerza y brilla con más intensidad que el resto de hojas y calendarios que han formado mi vida.

Es por eso, tal vez, por lo que siento el impulso de separarme de él y salir de su casa.

Respiro hondo, porque me conozco y sé cómo puedo ponerme. Y no quiero llegar a cometer ningún error. No lo digo por él, que va por ahí solo deambulando por la acera, sino por Milo. No quiero hacer nada que le dé a pensar que soy un monstruo. Aunque ahora mismo lo que me apetece es romperle el cráneo contra el asfalto. Pero no, yo no soy como él. Yo sé controlar mis demonios. Mi maldad, como la de la mayoría, no sale nunca de mis pensamientos, no se convierte en actos.

Camino hasta llegar a él y lo sujeto por el hombro.

—¿Sí? —me pregunta Jack. Joder, qué pestazo a alcohol lleva encima. Pero estoy acostumbrado. He tratado con gente peor, en lo que a adicciones se refiere.

—¿Jack? —Intento ser educado, sé que es él, aunque él no me ha visto en su vida.

—¿Nos conocemos? —me pregunta. Después me mira de arriba abajo—. No querrás invitar a este pobre viudo a unas cervezas, ¿verdad?

Juro que estoy intentando no pensar nada de lo que me arrepienta, y eso que no saldrá de mi cabeza.

—No, no estoy aquí por eso.

—Entonces, ¿qué quieres, muchacho? —me pregunta, indignado. Reconozco que lo de «muchacho» casi me hace sonreír. En fin.

—Me llamo Axel y trabajo con adictos. Al alcohol, a las drogas, al juego...

Jack menea la cabeza con una mueca desagradable y me empuja ligeramente para que me aparte de su camino.

—Quita, quita, déjame. No me interesan tus charlas.

—No, espere, no es eso —le insisto. Me vuelvo a poner en su camino—. No quiero darle una charla, ni quiero que venga a alcohólicos anónimos, ni nada de eso.

—¿Qué quieres, entonces?

—Soy amigo de Milo. Ya sabe... El chico que vive en aquella casa.

—¿Eres amigo de mi hijo? —Vuelve a mirarme de arriba abajo—. ¿Qué clase de amigo?

Arqueo una ceja y sonrío desviando la mirada. Creo que también me he mordido el labio inferior. Y sí, lo he hecho todo adrede.

—Ya veo que hablé antes de tiempo —se queja. Y empieza a caminar de nuevo, intentando

rodearme—. Sarasa —murmura finalmente. Yo resoplo y aprieto los puños, pero me contengo.

—Sólo quería decirle que su hijo es la mejor persona que he conocido en mi vida y que...

—Si vas a pedirme su mano, te lo puedes ahorrar —me interrumpe—. No quiero saber nada de...

—No —me río, aunque por dentro echo fuego. Contrólate, Axel—. Lo que quería pedirle no era la mano de Milo, sino advertirle de que yo puedo cometer muchas locuras por amor. Y me da igual que las personas se merezcan una segunda oportunidad y que usted sea un pobre borracho infeliz. Le juro que, como vuelva a aparecer en la vida de Milo sin ser invitado, el que va a coger un tablón de madera y le va a dar una paliza a usted hasta que deje de respirar voy a ser yo. —Sonrío de nuevo—. Queda advertido. Buenas tardes.

Me doy la vuelta y camino por la acera sin mirar atrás. Abro los puños para liberar la tensión y empiezo a llorar sin haberlo visto venir. No me enorgullezco de lo que acabo de hacer. No es lo que me han enseñado. No es lo que llevo varios años tratando de mejorar en la asociación. Pero llevo media vida queriendo ver a este hombre en persona y hacerle pagar por todo el daño irreparable que le ha hecho a Milo y que provocó que tuviera una infancia de mierda, atrapado en sí mismo y avergonzado por todo lo que le hacía feliz.

Ha pasado una semana desde el funeral de Linda y he estado viniendo a casa de Milo algunas mañanas, aunque, al mismo tiempo, he querido darle espacio e intimidad. Le he estado ayudado con el tema burocrático (algunos dicen que la peor parte de morir es el papeleo de después) y con otros asuntos relacionados con la herencia, las escrituras de la casa y demás historias legales. No hemos tenido demasiado tiempo para ponernos al día hasta hoy. Las aguas se han calmado, él está mucho más tranquilo y ya no toma ansiolíticos. Sigue llorando, sobre todo cuando hablamos por teléfono algunas noches, pero al menos ya no siente que el mundo ha llegado a su fin. Una semana no es tiempo suficiente para superar la pérdida de una madre, pero al menos él ha conseguido estabilizarse y dejar de culparse por no haber estado por aquí en más ocasiones.

No es de extrañar que yo haya estado esta semana más cariñoso que de costumbre con mis padres, e incluso con Olivia. Aunque nuestra relación siempre ha sido buena, momentos como el que ha vivido Milo te hacen darte cuenta de que nunca son suficientes los abrazos, porque nunca se sabe cuándo será el último.

Milo y yo llevamos toda la tarde hablando de nuestra vida. En común y por separado. No hay reproches, sólo anécdotas e información. Somos dos personas consecuentes con sus actos que saben todo lo que han hecho mal pero intentan no castigarse por ello.

Me sigue pareciendo muy extraño que ya no exista esa mujer que tan amable fue siempre conmigo, la madre de Milo, la vecina de mis padres, la mujer que antepuso la integridad de mi hermana por encima de su asqueroso novio y la trató como familia. La que siempre estuvo ahí para lo que fuera, desde un brik de leche hasta hacer de canguro de mi sobrina cuando pasaba el verano en casa de mis padres y ellos tenían que salir. Y Milo, mi pobre Milo. No quiero ni imaginar por lo que está pasando, aunque lo puedo comprender porque yo he pasado por algo similar (aunque no se acerca ni remotamente a la muerte de una madre) dos veces: Damien y Hudson. A éste último, además, le debo la vida.

Desperté cuatro días después en un hospital de Nueva York. Había estado en coma después de sufrir una sobredosis. La noche del fin de gira, la fiesta, los chupitos, la droga, el sexo con el camarero sobre el congelador y en la que todo parecía tan irreal que no comprendía nada de lo

que estaba pasando. Normal, con todo lo que me había metido en el cuerpo, no sé ni cómo resistí lo suficiente como para tener sexo con aquel tío. Los médicos me dijeron que lo natural (¡natural!) habría sido que hubiese muerto en el taxi. Todo lo demás fue un extra que no consiguen explicar y mucho menos que al final sobreviviera.

Me salvó una llamada que ni siquiera me acordaba de haber hecho. Es más, nunca recordé nada de lo que ocurrió entre el local de la fiesta y mi habitación de hotel, aunque James (el camarero) juró y perjuró días después que todo lo que me había contado era real. No se disculpó por haber salido corriendo de allí, pero tampoco podía culparle. ¿Quién querría ir a echar un simple polvo y terminar cargando con un cadáver?

Pero Hudson sí quiso meterse en ese fregado. Y cuando le llamé supo que algo no andaba bien y llamó al hotel. Todavía tenía mi número de habitación en los mensajes de Grindr y no dudó en hacer una llamada a recepción y contarles que había alguien dentro que necesitaba ayuda. Fue al primero que vi cuando abrí los ojos en el hospital y, de no haber sido por él, nunca más los hubiera abierto.

En una de tantas charlas mientras me recuperaba, me contó que estaba enganchado tanto o más que yo, y a drogas peores. Caballo y cosas así. Aunque yo no recordara nada de aquella experiencia cercana a la muerte, decidí que había tocado fondo y debía cambiar mi estilo de vida antes de que fuese tarde. Damien tuvo su segunda oportunidad y no la quiso aprovechar, pero yo no quería caer en el mismo error. Hudson y yo nos fuimos juntos a Los Ángeles e ingresamos en una clínica de rehabilitación.

—¿Estás seguro de esto? —me preguntó, antes de entrar—. Una vez entremos, no hay vuelta atrás.

—Estoy seguro.

Nos encargamos de cumplir nuestro cometido a rajatabla. Él no podía pedir el alta voluntaria si yo no firmaba su salida, y viceversa. Sabíamos que nuestra perseverancia era más dura cuando se trataba de la vida del otro la que estaba en juego. Conectamos rápidamente. Cuando ingresamos, fue (literalmente) el séptimo día que compartíamos juntos. Cuando entramos a rehabilitación éramos casi desconocidos y cuando salí de allí éramos pareja. Supongo que la reclusión es lo que tiene, que te aferras a lo que tienes más cerca.

A día de hoy no sé si amaba a Hudson o sólo a la persona que yo era cuando estaba con él, pero en aquel momento sentía que, por fin, había dejado atrás a Milo Fisher de una vez por todas. Me había convertido en una persona nueva, sana, más en forma que nunca y con la mente clara y despejada por primera vez en, tal vez, toda mi vida. Fueron los seis meses más duros de mi vida, pero valió la pena.

Hudson no se recuperó tan rápido (si es que seis meses puede contar como algo rápido) y estuvo ingresado otro medio año más. Mientras tanto, yo volví a tocar en garitos de Los Ángeles y en algunos estudios de grabación para artistas desconocidos. Lo suficiente para poder estar entretenido, porque todavía me sobraba pasta de mi vida anterior como pseudoestrella del rock. Visitaba a Hudson todas las tardes y me permitían quedarme a dormir algunas noches.

Pero el tiempo pasaba. El espejismo de la vida nueva se disipaba. El acto casi heroico de salvarnos la vida mutuamente (mas por su parte que la mía) se desvanecía en el recuerdo y los verdaderos sentimientos salían a la luz. Pasaron las semanas y me di cuenta de que no estaba enamorado. No sabía todavía cómo ser el nuevo Axel y tampoco tenía claro qué quería hacer con mi vida, pero sabía que lo que sentía por Hudson había sido una ilusión desesperada en un intento de dejar atrás mis vicios. Tan sólo había sido un punto de anclaje para poder levantar cabeza de

nuevo. No era real. Había dejado atrás el éxito, el alcohol y las drogas, pero no había conseguido superar a mi peor adicción de todas: Milo.

Tras recibir el alta, Hudson llegó a esa misma conclusión por sus propios medios. Descubrió que la vida se veía de otra forma cuando estabas limpio y que yo no lo quería como el necesitaba que lo hiciera. Pero las historias de amor nunca son perfectas. Él sí estaba enamorado. Yo, como he dicho, no lo estaba, y había aguantado ya nueve meses en una relación que no iba a ninguna parte.

Me dejó, o quizás lo había dejado yo a él bastante tiempo atrás, y seguimos siendo amigos. Pero él no tardó demasiado en regresar al alcohol y la hierba. Nos distanciamos. No me cansaba de advertirle, pero tampoco podía controlar su vida ni encerrarlo para que no cometiera locuras. Cada vez nos veíamos menos, y cuando lo hacíamos intentaba por todos los medios que fuese de día. La noche me seguía resultando peligrosa. Pero de vez en cuando caía y aceptaba algún plan nocturno. Una de esas pocas noches, intentó convencerme para que nos metiéramos un par de rayas.

—Sólo esta vez —me dijo—. Por los viejos tiempos. Somos adultos, joder. Tenemos fuerza de voluntad.

Aquello era cierto. Yo la tenía. Y por eso le dije que no, pero él no me hizo caso. Y la vida es muy puta porque aquella noche se repitió la historia, pero al revés. Y yo no estuve allí. Y la llamada que recibí aquella mañana, mientras desayunaba en una cafetería de Santa Mónica, no fue la de la salvación.

Hudson murió de una sobredosis.

Lloré. Me culpé. Me responsabilicé. Volví a terapia sin ingreso. Me costó entender que yo no era responsable de la vida de los demás, que yo no puse la coca delante de Hudson, que no le instigué a hacer nada. Y al final entendí que no estaba en mi mano salvarle. Que el destino de Hudson, quizás, era salvarme la vida, pero el mío era otro diferente. Tal vez salvársela a otra persona. Pero había visto demasiada oscuridad. Había estado demasiado tiempo al borde del abismo como para no darme cuenta de que necesitaba regresar a tierra firme, lejos de las tentaciones que quizás algún día de debilidad no sería capaz de controlar.

Y volví a casa.

—Huí de Portsmouth buscando una vida y he regresado para no perderla —le digo a Milo, mientras Lia y Bruno corren por el pasillo y salen al jardín trasero.

—Está claro que tomaste la decisión acertada —me dice mientras me abraza—. Y no te olvides de que tú me salvaste la vida a mí.

Lo miro extrañado, porque no pensé que se acordara de aquel día en el río.

—Si te vas a poner místico, que Hudson te salvara la vida era el karma de vuelta, Axel. No algo que tuvieras que devolver para estar en paz.

—Puede que tengas razón, pero bueno, ya es un poco tarde para eso. No puedo mandar a paseo a las personas de la asociación a las que ayudo.

—Claro que no. —Milo me rebuja el pelo con la mano.—. Pero no te martirices ni sientas que son tu responsabilidad, que te encanta eso de cargar con piedras que no te pertenecen.

—Y sigue siendo toda una estrella —le dice Vanessa a Milo—. Me ha dicho Lia que en el colegio tienes a tus alumnos de música revolucionados porque estuviste de gira por todo el mundo.

—¡Normal! —exclama Milo—. Yo habría alucinado mucho si alguno de mis profesores hubiera trabajado para Michael Jackson.

—Bueno, bueno... No es para tanto —respondo con falsa modestia—. Me faltó Australia.

Nos reímos y me alegro de que mi tontería sirva para que Milo se olvidé, aunque sea por un momento, de la verdadera razón por la que ha vuelto a casa.

Me ha dicho que no tiene muy claro qué hacer con su vida y que las únicas constantes son el trabajo y Bruno. Después de Pablo Speer, llegaron otros pocos y ninguno funcionó más allá de algunos meses. Cuando pasas de los treinta es muy complicado conocer gente si no tienes unos círculos sociales amplios, así que entiendo que su vida sentimental haya sido un poco pobre últimamente. Le he dicho que la mía ha sido incluso peor porque, bueno, ahora vivo aquí. Sin embargo, no me ha importado. He estado centrado en otras cosas. El amor no se busca y el sexo... En fin, sexo tuve suficiente para varias vidas y hoy en día no me interesa si va desligado de algo más productivo.

Este verano cumpliré treinta y siete años (Milo cumplió los treinta y cinco el mes pasado) y, después de vivir deprisa y por encima de mis posibilidades, ahora he echado el freno y me he dado cuenta de que el paisaje está ahí para admirarlo, no para cruzarlo a toda velocidad. Dicen que el tren pasa sólo una vez, pero yo estoy convencido de que no es cierto. Tal vez ese tren no pase de nuevo, pero vivimos en una estación y habrá nuevas y mejores salidas. Dejar escapar el tren no tiene por qué ser algo malo, porque siempre vendrá otro detrás que te lleve a otro sitio, o al mismo por un camino diferente. Lo importante es disfrutar de la espera, del viaje y del nuevo destino, sabiendo que en cualquier momento tendremos la posibilidad de cambiar de ruta y probar suerte en otros lugares. No hay que obsesionarse con eso de coger el tren, porque el juego consiste en no dejar de viajar nunca, tomando uno, dos, tres y mil trenes si hace falta. Porque un día llegará la locomotora oscura de la muerte. Y, cuando eso ocurra, me gustaría irme de aquí sabiendo que el plano de mi vida tiene tantos viajes y trayectos dibujados que sería imposible irme de aquí insatisfecho.

Milo me sujeta por el brazo y salimos al jardín juntos. Caminamos por la hierba y nos sentamos en los columpios viejos de Milo. Está atardeciendo y el sol se cuele entre los huecos de la valla de madera que rodea el terreno. Observo a Milo y no sé cómo lo hace pero me sigue eclipsando como el primer día. Joder, es tan guapo. Y no lo digo en el sentido físico de la palabra. Su belleza no tiene nada que ver con su apariencia.

—¿Qué habría sido de nosotros si no hubieras besado a aquel niño y nunca hubierais dejado Beech Groove? —me pregunta, sin más.

—Yo no sé, pero tú aún estarías flotando en el río.

Milo me golpea el hombro de forma cariñosa y se balancea en su columpio, provocando que el acero chirríe y estoy convencido de que terminará en el suelo tarde o temprano. Los niños corretean a nuestro alrededor y todavía no me creo que ese mini Milo de ojos azules tenga sus genes. Tendrá treinta y cinco años, pero para mí sigue siendo el chico mofletudo y risueño del que me enamoré aquel verano. Pese a ser un poco menor que ella, Bruno ha hecho muy buenas migas con Lia en apenas una hora. Juegan a buscar bichos, levantando cada piedra que se encuentran a su paso.

—Mira, otros dos exploradores que no saben la que se les viene encima —me dice Milo.

—Déjalos, ya tendrán tiempo de descubrir en qué consiste realmente el juego.

Ojalá tener la capacidad de volver a ser así: inocente, ingenuo, despreocupado. Ojalá pudiera regresar a esos días en los que todo era fácil y cómodo, en los que lo único que me estresaba era perderme el capítulo de Scooby-Doo en Cartoon Network. Ese instante en el que ya eres una minipersona con ciertas nociones de lo que significa existir, pero sin ningún tipo de

responsabilidades. Antes de los amores erróneos, las mudanzas, las guitarras de neón, los estudios frustrados, el éxito, las drogas, el country pop y todo lo demás. Entonces caigo en la cuenta de que volver atrás también significaría regresar a antes de Milo. Y soy consciente de que no importa cuántos golpes haya recibido por el camino, no quiero vivir en un mundo en el que nuestros trenes no se han cruzado.

Me sujeto a las cadenas del columpio, me inclino hacia atrás y respiro hondo, intentando, tal vez, absorber un poco de normalidad que devuelva a mi cuerpo la convicción de que puedo moldearme a todo lo que la vida me ofrece y el mundo sigue girando. Pese a ser invierno, el sol me ciega como si fingiera ser el final de un día de verano cualquiera, o tal vez de uno en especial. A mi lado, Milo sigue balanceándose ligeramente en el asiento de su columpio y no deja de resultar cómica la imagen.

—Es curioso —me dice Milo, deteniendo el balanceo de su columpio y ladeando la cabeza hacia mí.

—¿El qué? —le devuelvo la mirada.

—Después de todo este tiempo y conociendo todo lo que ha pasado, ahora mismo desearía volver a estar ahí arriba, en tu habitación, contando los segundos que faltan para el año nuevo.

No llevo veinte años amando y odiando a este tío como para no entender lo que eso significa.

Me inclino hacia él, empujando las cadenas del columpio, levanto su cara con la mano y le doy un beso que llega tan tarde como puntual. Milo sonrío entre mis labios, sujeta mi cabeza con su mano y sus dedos se enredan en mi pelo.

Nos miramos fijamente mientras acaricio lo que en otra vida eran sus mofletes sonrojados. Aunque han cambiado, sus ojos azules mantienen el mismo brillo, las mismas inquietudes y la misma forma de pedir a gritos que lo protejan de todos los males del mundo. Toda mi vida ha sido como un largo y terrible verano que no terminaba nunca. Y ahora es como si, por fin, las hojas de los árboles empezaran a caer y el otoño avanzara entre nosotros.

—¿Vas a quedarte? —le pregunto.

—Creo que sí. —Vuelve a besarme y ahora soy yo el que sonrío.

—Hasta que deje de llover.

Milo mira hacia el cielo y yo sigo su mirada.

Está completamente despejado.



Agradecimientos:

Dave Santleman, por no tener piedad conmigo y por recordarme que debo ser la *leading lady* de la película. Te sigo debiendo un vermut.

Mario Gil, por tomarte tan en serio algo que realmente no debería importarte demasiado.

Jano Iglesias, por ayudarme a promocionar mis novelas sin pedir nada a cambio. Y por darme tu opinión objetiva siempre.

Hola, soy un autor que autopublica todas sus novelas, y llegar al público es muy complicado al no tener un presupuesto elevado para promocionar mis obras.

Si te ha gustado este libro o alguno de mi colección, me harías un gran favor si lo compartieras y recomendaras en tus redes sociales para ayudarme a ganar visibilidad y lectores. Cuantos más seamos, más sentido tendrá lo que hago y más y mejores historias podré publicar.

Por supuesto, también me interesa conocer tu opinión para seguir mejorando. No dudes en enviarme algún mensaje o dejar una valoración o reseña en la plataforma donde compraste este ejemplar o en GoodReads.

¡Muchas gracias!



DESCUBRE OTROS LIBROS DEL AUTOR

SELENOFILIA

ANIMALES DISECADOS

TRILOGÍA 'AQUÍ Y AHORA'

AQUÍ Y AHORA

AHORA O NUNCA

NUNCA ES TARDE

spin-off 1

EL CAMPAMENTO

spin-off 2

YO SOY MIKE

spin-off 3

FUERA DE JUEGO

Más información en libros.javiermartinez.me